historia



Pierre Vilar

Economía, Derecho, Historia

Ariel

PIERRE VILAR

ECONOMÍA, DERECHO, HISTORIA

Conceptos y realidades

EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA

Título original:
UNE HISTOIRE EN CONSTRUCTION
Approche marxiste et problématiques conjoncturelles
Éditions du Seuil, 1982

La presente edición castellana reproduce una selección
de artítulos del título francés

1.ª edición: octubre 1983

Traducción de
NURIA LAGO J. e IGNACIO HIERRO

El capítulo final, "Historia marxista, historia en construcción.
Ensayo de diálogo con Althusser", se reproduce aquí
gracias a la amabilidad de Editorial Anagrama
(traducción de Antoni Doménech),
primera edición: abril 1974

Córcega, 270 - Barcelona-8

ISBN: 84 344 6541 8
Depósito legal: B. 35357 - 1983

Impreso en España

PRÓLOGO

En 1964 (¡pronto hará ya veinte años!), la Editorial Ariel, a la que debo mi más fiel agradecimiento, publicaba bajo el título de Crecimiento y desarrollo *una recopilación de artículos míos, anteriores unos a 1960 y otros algo posteriores a esa fecha; algunos de ellos dedicados a diferentes episodios de la historia de España y otros a reflexiones de tipo metodológico. En 1983 este libro se encuentra en su quinta edición.*

En 1982, bajo el patrocinio de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, las Éditions Gallimard y «Le Seuil» publicaron en francés una recopilación de inspiración análoga, que comprendía la mayor parte de los artículos incluidos en la edición española, pero de la que se excluían los estudios específicamente hispánicos y a la que, por el contrario, se añadían nuevas reflexiones metodológicas aparecidas alrededor del año 1970.

La Editorial Ariel me ha pedido que reúna en una nueva recopilación en castellano los textos que no figuraban en Crecimiento y desarrollo. *Permítaseme aquí dar algunas explicaciones sobre los temas que se han conservado.*

La primera parte vuelve de nuevo a tratar las nociones de «estructura» y «coyuntura» en la elaboración de una problemática histórica. Por ejemplo, con anterioridad al capitalismo industrial y al asentamiento de sus «estructuras», los hechos de «coyuntura corta» —es decir, las crisis *agudas capaces de sacudir profundamente a las sociedades— estaban determinados por lo que en ocasiones se denominan «caprichos de la meteorología» o, mejor aún, por la relativa «regularidad de las irregularidades» en el nivel de las cosechas. El objetivo fundamental del primer artículo de la presente recopilación (escrito en homenaje a mi maestro Ernest Labrousse, primer analista serio de estas «crisis de tipo antiguo») es el de mostrar que este tipo de crisis* no ha desaparecido, *pues por todas partes (quizás en la mayor parte del mundo), el fenómeno del «hambre», tan a menudo denunciado, es más bien un fenómeno* periódico *—«escasez», «ham-*

bres»—, algo que con frecuencia olvidan señalar los organismos oficiales, incluso los más especializados (como la FAO), reproduciendo de esta manera a nivel mundial algunos errores de apreciación, y de política, observados ya desde hace tiempo en la Francia o en la España del siglo XVIII. A menudo, no se ha subrayado este lazo entre economía e historia, entre conocimiento del pasado e interpretación del presente. Hacerlo puede ser útil.

El segundo se refiere a las palabras empresa *y* beneficio, *cuyos sentidos, y las connotaciones de todo tipo, cambian con la estructura material y moral de las sociedades: en las sociedades precapitalistas estos términos pueden haberse visto rodeados por la desconfianza, por la reprobación, llegando incluso a implicar ilegalidad (¡ha podido existir un «delito de empresa»!), mientras que en la sociedad capitalista, sobre todo en los momentos de prosperidad, «la empresa» es objeto de una mitificación apologética, y el beneficio (es decir, todos los «excedentes» que van más allá de la remuneración del trabajo), ha sido exaltado como si se confundiese, sin desorden ni desperdicio, con una inversión creadora. Por lo tanto, hay que hacer una historia de las* palabras, *de los* conceptos, *al mismo tiempo que de las realidades significativas. El artículo que aquí se reproduce anunciaba un programa de investigación del que no me queda la ilusión de que haya podido cumplirse. Cuando menos ha inspirado un libro reciente —*Entrepreneurs, entreprise, histoire d'une idée *(París, PUF, 1982)— en el que Hélène Verin, brillante filósofa, ha presentado el problema de las relaciones entre el vocabulario de una sociedad, sus prácticas y su moral.*

Más técnica y especializada puede parecer la discusión que he planteado hace ya mucho tiempo a los economistas, en ocasiones demasiado pagados de sí mismos, inventores de una «historia cuantitativa» *de los productos globales, y de sus agregados, llevada* a largo plazo. *Las aportaciones de su intento son considerables. Pero creo útil señalar dos escollos: 1) el torpe manejo, equivocado en ocasiones, de las fuentes antiguas por los no historiadores; 2) la aplicación de conceptos económicos nacidos de la observación del mundo actual a sociedades de hace dos o tres siglos, diferentes de las nuestras en sus estructuras y en sus mecanismos. Creo que aún es válida esta prevención.*

Más ligeras y superficiales son las reflexiones que me han inspirado un día el proyecto (todavía en fase de experimentación) de conseguir la penetración en la enseñanza secunda-

ria —dedicado, por tanto, a los espíritus muy jóvenes— de elementos de educación económica, sociológica, incluso «politológica». Partiendo de esquemas de actualidad el riesgo es grande. Frente a dogmas implícitos es importante suscitar una actitud crítica, y únicamente el espíritu histórico es capaz de prepararnos para ello: ni la economía ni las sociedades se sitúan fuera del tiempo. Incluso cambia el sentido de las palabras. Pero, ¿cómo formar historiadores que no sean ignorantes en economía?, ¿cómo formar economistas, sociólogos, habituados a pensar históricamente? Es difícil indicar soluciones, pero es importante ayudar a que se vaya tomando conciencia ante estos problemas.

Una segunda serie de artículos aborda los mismos problemas a partir de ejemplos críticos o constructivos: en Las palabras y las cosas, Michel Foucault ha creído poder caracterizar el pensamiento de la economía «clásica» como un «saber» cerrado, atento exclusivamente a los signos e ignorando los fenómenos de producción; confieso que me ha irritado su forma brillante, pero nada científica, de utilizar los textos, y mi crítica está llevada a cabo en un tono polémico poco habitual en mí. Pido al lector que se divierta pues no es preciso tomar el charlatanerismo intelectual ni muy por lo trágico ni demasiado en serio.

Concedo mayor importancia a un tipo de reflexión de la que estoy reconocido a la Universidad de Granada, y al profesor Pérez Prendes, por haberme proporcionado la ocasión. Se trata del derecho como tema de reflexión para el historiador. Y, claro está, de la historia como referencia posible para los juristas. El derecho debería descansar en principios válidos por sí mismos (hay quienes creen que es así). Pero, esos principios, ¿son los mismos para un imperio de la antigüedad, para el mundo feudal o cuando se trata del siglo XIX europeo? En la Alemania del siglo pasado la «escuela histórica del derecho» ha dejado planteado el problema. He intentado una rápida puesta a punto inspirada en recientes conquistas de la historia y en mi propia experiencia como historiador. En principio, he encontrado que en el joven Marx (1842), discípulo y crítico de Savigny, aparecían nociones decisivas para su pensamiento futuro acerca de las relaciones entre «Estado» y «sociedad civil», entre legislación y transición de un tipo de sociedad a otra: episodio fundamental en la evolución de la ciencia histórica.

Esta referencia marxista introduce en el volumen el último tipo de reflexiones que lo forman. Se trata del papel de-

sempeñado por Marx en la elaboración de un tratamiento razonado de la historia de las sociedades. En un primer desarrollo, y dedicado a un público no marxista, intento exponer con toda simplicidad lo que es el marxismo para un historiador: no se trata de una «filosofía de la historia», según se ha sostenido a menudo, sino de un instrumento de análisis. *La historia, como cualquier otra actividad del espíritu, es una conquista continua. Pero con descansos. En esta conquista, creo que Marx ha franqueado un umbral decisivo.*

¿Ha sido escuchado, comprendido? En 1968, una revista francesa muy oficial ha tenido la idea de hacer una encuesta entre los historiadores sobre el estado actual de su disciplina, que ya no puede ser el mismo que el de hace un siglo o dos, desde el mismo momento en que determinadas formas de interrogar la realidad han quedado anticuadas. «La historia después de Freud» le fue confiada a mi amigo Alphonse Dupront. A mí se me encargó «La historia después de Marx». Este hecho me proporcionó la ocasión de hacer un esfuerzo por distinguir, en la historiografía contemporánea, lo que el método de Marx ha impuesto en la práctica corriente, tanto si se admite como si no, al tiempo que sería un eror el mirar únicamente las etiquetas si se pretende juzgar la penetración del marxismo. Pero el artículo es de 1969. Desde entonces han pasado muchas cosas en las luchas ideológicas (abiertas o disimuladas) en torno al marxismo, en torno de la historia. Pediría que ese artículo se lea como una puesta a punto bien fechada.

El volumen se cierra con un «Diálogo» con Althusser, que algunos han considerado erróneamente como un ataque, una polémica. De hecho se trata de un auténtico diálogo *entre dos actitudes del espíritu: el espíritu filosófico (o, si se prefiere, «teórico»), y el espíritu histórico formado en la práctica cotidiana del análisis concreto. Dos actividades* complementarias *por poco que se las entienda correctamente. He dudado de incluir ese artículo en la recopilación pues ha sido traducido al castellano en varias ocasiones. Pero constituye* un todo *con los demás planteamientos que he resumido aquí. Puede muy bien servir de conclusión.*

Julio de 1983.

I

ESTRUCTURAS Y COYUNTURAS

REFLEXIONES SOBRE LA «CRISIS DE TIPO ANTIGUO» «DESIGUALDAD DE LAS COSECHAS» Y «SUBDESARROLLO»*

Entre las numerosas contribuciones decisivas para la elaboración de la ciencia histórica de las presentadas por Ernest Labrousse, me atrevería a colocar en primerísimo lugar, como instrumento analítico, el modelo de la «crisis de tipo antiguo», tal y como lo concibió a partir de sus estudios sobre Francia en el siglo XVIII, en 1830, en 1848, y tal como lo utilizaron para otras épocas o distintos marcos, tantos fieles discípulos suyos.

Se me objetará que los historiadores —y antes que ellos, simplemente los hombres— no habían esperado al *Esquisse* o *Comment naissent les révolutions*? para saber que la humanidad había conocido el hambre, «la escasez», las «crisis de subsistencia», las «revueltas del hambre» y que desde tiempo atrás, el mito de las vacas flacas tenía su aspecto científico en las teorías de los ciclos agrícolas ligados a los movimientos de Venus o a las manchas solares.

Pero lo que precisamente le da originalidad al análisis de Ernest Labrousse en esta materia es que no se trata de una descripción empírica tomada de los contemporáneos y contaminada por sus prejuicios —trampa de la historia tradicional— ni de un modelo econométrico o matemático basado en una hipótesis desligada de su desarrollo humano —trampa de cualquier investigación basada sólo en lo económico.

Incluso cuando, en este último caso, el modelo se declara «experimental», como el de Henry Ludwell Moore,[1] que se refiere tanto a Simiand como a Cournot,[2] nunca servirá ple-

* Contribución publicada en *Conjoncture économique, structures sociales. Hommage à Ernest Labrousse*, París-La Haya, Mouton Éditeur, París, Écoles des Hautes Études en Sciences Sociales, 1974, pp. 37-58. Reproducido con la amable autorización de los editores.

1. H. L. Moore, *Economic Cycles, Their Law and Cause*, Nueva York, 1967 (primera edición 1914), epígrafe y p. 67.
2. Cf. n. 1 y *Generating Economic Cycles*, 1928[1], reimpresión 1967.

namente a la historia cuyas exigencias superan en gran medida las de Simiand. La «crisis de tipo antiguo» de Ernest Labrousse es un *fenómeno histórico* suficientemente repetido como para ser imaginado según un *modelo*; aunque se trate de un modelo donde se combinen, en una totalidad que no puede disgregarse, lo cuantitativo y lo cualitativo, lo objetivo y lo subjetivo, lo estructural y lo coyuntural. Así —y sólo así— se define la especificidad del *objeto de historia.*

Sin embargo, si hasta el presente el instrumento forjado por Ernest Labrousse ha servido magníficamente a la historia de los tiempos modernos y del Occidente europeo, está casi totalmente ausente —lo cual es paradójico— de la literatura (no obstante abundante) que trata en general de las estructuras «tradicionales», las «economías agrícolas» y el «subdesarrollo».

Realmente, yo no quiero sugerir, al lamentarlo, que exista *identidad* entre el «subdesarrollo» del siglo XX y la «economía del Antiguo Régimen» de nuestros países, ni tampoco que la literatura del subdesarrollo haya desdeñado concederle su papel a la irregularidad de las cosechas y los riesgos provocados por el hambre. Hay evidencias que saltan a la vista. Sin embargo me parece —pues la evidencia de un fenómeno a veces desvirtúa su análisis— que el *papel histórico* de las irregularidades meteorológicas y de los ciclos agrícolas, no ha sido sometido a un estudio lo bastante metódico y razonado *en el pasado reciente de la mayor parte del globo.* Intentar ese estudio requeriría un volumen. No plantearé aquí más que unos bosquejos de *reflexión.*

Por otro lado, la mayoría versarán sobre los distintos tipos de tratamiento aplicados a los datos de la economía agraria y sobre la distancia que los separa de las investigaciones en torno a la «crisis de tipo antiguo» tal y como nos esforzamos en definirla, es decir, como *objeto de historia.* Porque a este respecto, primero hay que hacer un examen de conciencia de los historiadores. No obstante, señalaremos unos casos poco conocidos de aplicación de ese modelo a unos campos o unas épocas que nos sean menos familiares, para concluir brevemente con la utilidad que tal aplicación pudiera tener para la *historia contemporánea,* y por lo tanto para la comprensión del presente, si fuese más sistemática.

LOS MODELOS PARCIALES: ALGUNAS TENTACIONES ANTIHISTÓRICAS

Ya se trate de investigar las «causas» o de explorar las «series», cualquier utilización parcial desfigura la historia. Ésta no es ni meteorología ni psicología. La peor tentación de un historiador es *aislar* un factor o un aspecto de la realidad.

La tentación de lo climático

Referir la coyuntura general a la coyuntura agraria, y ésta al clima, es una tentación antigua y muy natural.

Pero no hay que limitarse a decir, como observa sonriendo el mismo Ernest Labrousse (*Histoire économique et sociale de la France*, t. II, p. 391), «que algunos factores climatológicos alternan una y otra vez, de año en año, la penuria y la abundancia, cosa de la que no dudábamos».

También sonreía Albert Demangeon cuando, para subrayar la sutileza de las relaciones entre suelo y clima bajo el cielo de Francia, apuntaba que si el campesino francés no está nunca contento, es porque *nunca* tiene *a la vez, todos* los motivos para estarlo.

Evidencia de las relaciones entre recursos humanos y clima. Igual evidencia de su extremada complejidad. De la primera derivan la precocidad y el obstinado regreso de las esperanzas puestas en la recopilación de series meteorológicas, y la búsqueda de sus correlaciones. De la segunda derivan las decepciones que a menudo siguieron a esas esperanzas.

Por lo que se refiere a los economistas, es divertido ver todos los tratados generales y toda la literatura coyuntural remontarse a Herschell y citar sin falta los trabajos de los dos Jevons y de Moore (incluso se le acaba de volver a editar) para concluir, también sin falta, en los «motivos de inquietud» que inspiran esas «teorías cósmicas»[3] cuando no su «total descrédito».[4]

Pero el problema está más en los fines que en los métodos.

3. H. Guitton, *Les fluctuations économiques*, París, 1951, p. 201.
4. J. Sirol, *Le Rôle de l'agriculture dans les fluctuations économiques*, París, 1942, p. 139.

El análisis matemático puede ser irreprochable, y las series numéricas correctas. Pero *¿qué buscamos*? ¿Altas correlaciones?, ¿Regularidades perfectas? ¿Una relación causal que vaya de lo más alto de las estrellas a lo más hondo de toda la economía? Unos éxitos demasiado abultados en ese sentido harán siempre sospechar algún amaño de construcción que no revele más que las leyes de una distribución estocástica, o las relaciones incluidas en las hipótesis. De todas formas, lo que importa al historiador ¿no es acaso la *crisis* antes que el «ciclo», la *irregularidad* del producto antes que la regularidad de las oscilaciones, *las* consecuencias antes que *la* causa del fenómeno, *sobre todo si esa causa desafía las intervenciones*? Porque el terreno del historiador es la *reacción de los hombres.*

De modo que el *empirismo* histórico, que desconfía legítimamente de las causas climáticas «lejanas», aunque satisfecho con simples constataciones en cuanto a las causas meteorológicas «próximas», tampoco se acerca lo más mínimo al modelo labroussiano.

Jean Georgelin, en una reciente tesis,[5] dedicó unos capítulos prodigiosamente documentados a la fluctuación de las cosechas y los precios agrarios en Venecia entre 1660 y 1796. Ahí están todos los datos, en series magníficas. Y además, *año por año*, están comentadas las cifras, las anotaciones cualitativas de los contemporáneos, y se sugieren comparaciones internacionales.

Sin embargo, a ese escrupuloso esfuerzo descriptivo, lo mismo que al esfuerzo teórico, le preguntamos en primer lugar: *¿qué intenta demostrar*?

¿Que los ciclos de Beveridge se encuentran en Venecia? Sólo la constatación opuesta hubiera planteado problemas. Que sobre ellos se impuso un ciclo de nueve años, descubierto en 1770 por el abad Toaldo y (¡ya entonces!) referido «apasionadamente» por él mismo a un hecho «cósmico»: los ciclos lunares.[6] Jean Georgelin nos recuerda que el ciclo también existe a ojos de la gente «desapasionala». Pero ¿quién demonios puede poner «pasión» en establecer que un precio máximo del grano corresponde a un verano podrido, a una helada tardía o a una «cúpula» de esos mismos precios en la serie de

5. J. Georgelin, *Venise au siècle des Lumières*, París-La Haya, 1978. 1.226 p., caps. 5-7.
6. *Ibid.*, p. 257.

años fríos que verifica tal avance de los glaciares alpinos —aquí vecinos tan próximos—?[7] «Eso no se ponía en duda.» Repitamos que el problema no está en las «causas». Para el análisis histórico, la constatación de una coyuntura *no es un fin*. Es un dato. El interés reside *en la respuesta del sistema agrosocial al desafío meteorológico*, y en la información que ofrece esa respuesta sobre el mismo sistema, sobre sus medios, su psicología y sus instituciones.

Por eso, más que de la sobreabundancia de concordancias meteorológicas, convendría ocuparse de los *contrastes* entre diversas combinaciones de producción. Jean Georgelin nos dice que para él era «tentador y peligroso»[8] comparar Venecia con el norte de Francia. ¿Por qué? Porque el «cereal principal» —entendiendo por ello el grano consumido por la masa popular— era en un caso el centeno (o una mezcla de centeno y trigo candeal) y en el otro el maíz. Y, al confrontar la mercurial de Beauvais con la de Udine, se ve que Udine, como Toulouse, escapa relativamente a las locas irregularidades que en Beauvais pesan sobre las economías familiares. Y escapa *gracias al maíz*.

Eso significa que el maíz es una *respuesta posible* a ciertas fatalidades, una *elección técnica* a fechar y explicar, y sobre la que habría que elaborar un *modelo modificado de crisis*. La «tentadora» comparación no tenía nada de «peligrosa». El peligro más bien estaría en la obsesión por el clima concebido como referencia suprema.

Es cierto que pueden precisarse «las relaciones entre precios, cosechas y clima». J. Georgelin, en un esfuerzo meritorio y original, aplicó a sus datos venecianos las fórmulas elaboradas por tres agrónomos,[9] los señores Soubiès, Gadé y Maury, para la región de Toulouse. Éstas, por lo que se refiere al maíz y al trigo, vinculan las *variaciones de rendimientos* a las de las lluvias caídas en distintos meses del año. Las correlaciones, comparaciones y verificaciones sobre casos concretos son satisfactorias. Sabemos pues, a partir de series pluviométricas correctas (existen desde 1725), las «posibilidades de cosecha» de la antigua Venecia, mejor dicho, las probabilidades de variación de sus rendimientos y sus lími-

7. *Ibid.*, p. 261.
8. *Ibid.*, p. 254.
9. *Ibid.*, p. 275 y notas cap. 6, 212 a 217. Soubiès, Gadé y Maury, «Le climat de la région Toulousaine et son influence sur les récoltes de blé et de maïs», *Comptes rendus de l'Académie d'agriculture*, 1960, pp. 185-295.

tes, ya sea en relación a la normal (promedios, medias y modos) o relacionando un año con otro.

Esto no se debe subestimar, pero nos gustaría conocer: primero, el nivel de los rendimientos absolutos (para poder estimar la carga de semilla); segundo, la variación de las superficies sembradas (rendimiento no quiere decir cosecha); tercero, el papel de los intercambios y de las instituciones (está Venecia y su política de granos). Porque la confrontación entre precios y rendimientos calculados reserva algunas sorpresas. Entonces se dirá: ¿no bastaban *los precios* (de los que disponíamos) para establecer, en el espacio geográfico y en el espacio social, los efectos de las oscilaciones sobre *la distribución de las rentas y de las cargas*? Porque el problema *reside en el punto final del proceso* —lo social— y no en el punto de partida, lo climático.

Por supuesto, me refiero al historiador. De hecho, es en el aspecto de la *práctica agrícola* donde se descubre la primera preocupación por tomar nota de las irregularidades (o la regularidad de las irregularidades) en el orden meteorológico, para poder prever o prevenir. Preocupación que en primer lugar toma la forma empírica y popular de los refranes, para luego hacer un llamamiento al mundo de las regularidades cíclicas: el de los astros.

No lo despreciemos. En 1618, el español Lope de Deça[10] estimaba que una astronomía «lícita, física» podía prever los acontecimientos climáticos, pues:

> Como toda cosa se concibe y se conduce conforme a su ser, puede decirse otro tanto de su conocimiento, y esa clase de hechos, siendo necesarios y ciertos, pueden ser conocidos y pronosticados de manera certera.

Ésta será la fe *científica* de un Toaldo, de un Moore. Y sin embargo, sobre el ritmo treintañal de las catástrofes, Beveridge no dice mucho más que algún proverbio chino. Es que los lazos entre el cosmos, el clima y el tiempo desafían todavía, en cuanto a *previsiones* y a *intervenciones*, a la ciencia mejor instrumentalizada. La tierra firme, en esas materias, sigue siendo *la probabilidad*. Es el método utilizado por los fluviólogos para las crecidas. Y el mejor aparte hecho a los estudios agrarios sobre el clima semiárido me parece que fue el de aquella finca experimental aragonesa que, cultivando

10. Lope de Deça, *Gobierno de agricultura*, 1618, f. 20.

según los métodos tradicionales, y observando sus cosechas anuales, reveló *el riesgo de tres cosechas nulas por década.*[11] Lo que importa al historiador es la *magnitud* y la *frecuencia* del *riesgo,* más que el sueño, aunque estuviera justificado, de llegar a las «causas». Ese sueño, con demasiadas ansias de adelantarse a la ciencia, cae a menudo en el mito, o revela alguna ideología.

La tentación del largo plazo y los promedios

No obstante, cualquier agricultura, incluso la «tradicional» (como el *dry-farming* ibérico) ya es una conquista sobre el clima. Y los señores Soubiès, Gadé y Maury, con sus cálculos sobre la región de Toulouse, intentaban sobre todo demostrar que entre 1915 y 1945 el progreso de los rendimientos estudiados era debido *a la técnica y no al clima,* al haber sido éste desfavorable en el conjunto de ese período. Ello implica que los progresos técnicos, sin modificar el clima, pueden compensar sus efectos, y también que los grupos de años, naturalmente favorables o desfavorables, pudieron a largo o medio plazo, influir sobre los resultados agrícolas. Entonces sólo se puede juzgar el progreso técnico *eliminando* el factor clima, y el factor clima presuponiendo estable la técnica. Todo esto convierte la observación a largo plazo en tan peligrosa como necesaria.

Ahora bien, ésta fue la investigación preferida por los historiadores, ya se trate de las prudentes tesis climáticas de Emmanuel Le Roy Ladurie, o de la medición de los rendimientos a través de los siglos de Slicher van Bath, Toutain, Bairoch, Michel Morineau, la conferencia de Munich o los trabajos sobre el diezmo, produciendo las discusiones testimonio suficiente de las dificultades que encontrábamos para distinguir los movimientos naturales de los logros técnicos. Sin embargo, ésa sería la distinción más importante. El deseo de confrontar las «fuerzas productivas» con las necesidades humanas no es en realidad una tentación antihistórica. Es una de las razones de ser de nuestro oficio.

Pero nociones como «revolución agrícola» o «crecimiento» no debieran tomar un lugar tal en la reflexión hasta el punto de que releguen al olvido el rasgo más evidente de las anti-

11. Prueba de J. Cruz Lazaparán, en la finca de Almudévar, para la Confederación sindical hidrográfica del Ebro.

guas economías: *la «desigualdad» de las cosechas, más bien que su insuficiencia.*

Este privilegio del «crecimiento» no puede causar asombro. El coyunturalismo de los años treinta respondía a una situación conocida. Desde los años cincuenta, el discurso sobre el desarrollo (el «desarrollismo») refleja una sociedad que se cree *self-sustained, konjunkturlos,* y puede desdeñar la crisis. Pero el historiador se ocupa, en el 90 por ciento de los casos, de economías cuyos *sobresaltos* no importan menos que su continuidad. Puede recordarle al economista que más de la mitad, tal vez las dos terceras partes del mundo actual, todavía responden al mismo modelo. Tiene que haber un intercambio de lecciones entre las dos disciplinas.

«El hombre no se alimenta de promedios.» Esta vieja objeción de historiador, en los primeros pasos de una historia económica cuantitativa, sólo tuvo una auténtica respuesta en la obra de Ernest Labrousse. Con él fue como la medición de las desviaciones anuales en relación con el *trend* dejó de perderse en la persecución formal del «ciclo». La *desviación* (y más precisamente la *desviación diferencial*) adquirió un sentido *social* en sí misma, un sentido *histórico,* al tomar la Revolución francesa un valor de síntesis entre la «punta» y el *trend.* Por eso mismo, entre el ejemplo monográfico sin valor y el «promedio nacional» sin significado, el problema se ha convertido en el de la *extensión espacial* del fenómeno, por el que el «mal año» puede convertirse en catástrofe y la «revuelta de subsistencia» en revolución.

A pesar de la importancia de estas lecciones, aún se da el caso de que incluso para períodos antiguos, se razone sobre promedios quinquenales o decenales, creyendo eliminar así las variaciones (lo que conseguirían, en realidad, serían promedios *cíclicos*). En cuanto a los períodos más próximos a nosotros, es raro que se evoquen esas variaciones, en especial en las presentaciones rápidas, pedagógicas. Pues bien, cabe preguntarse cuál es el elemento que caracteriza mejor la «modernización» de una agricultura. Tomemos el ejemplo, a principio de nuestro siglo, de la producción de trigo en tres grandes países de la Europa continental: Alemania, Francia y Rusia, y anotemos, desde 1900 a 1913, las cosechas, los rendimientos y las variaciones de estos últimos.[12]

Es evidente, que los promedios de las cosechas y los buenos resultados obtenidos en los últimos años en Rusia y

12. *Annuaire statistique de la France,* 1954, parte retrospectiva.

Alemania, tienen un significado, lo mismo que el estancamiento francés; es también evidente, que los tres rendimientos medios —20, 13,5 y 6,5 q/ha respectivamente— caracterizan a tres agriculturas de muy distintos niveles técnicos; pero ¿no se diría que es por lo menos instructivo constatar que a partir de 1902 Alemania no conociera, en sus cosechas de trigo, ninguna caída de más del 4,5 por ciento, mientras que Francia todavía tenía una producción en forma de dientes de sierra, con la sensible caída, bien conocida, de 1910, y Rusia unos hundimientos que, en plena época de «crecimiento», podían poner sus rendimientos por debajo de 5? Debía de tener su importancia para un país agrícola en su 80 por ciento.

	Alemania			Francia			Rusia		
	A	B	C	A	B	C	A	B	C
1900	38,4	18,7		88,6	12,9		107,7	5	
1901	25	15,8	— 15,6	84,6	12,5	— 3,1	109,3	5,4	+ 8
1902	39	20,4	+ 29,1	89,2	13,6	+ 8,8	152,6	7,4	+ 35
1903	35,6	19,7	— 4,5	98,8	15,2	+ 11,7	150,2	7,1	— 4,1
1904	38	19,8	— 0,5	81,5	12,5	— 17,9	169,4	7,7	+ 8
1905	37	19,2	— 3,6	91,1	14	+ 12	154,7	6,7	— 13
1906	39,4	20,3	+ 5,7	89,5	13,7	— 2,2	147,9	5,3	— 20,9
1907	34,8	19,9	— 2	103,8	15,8	+ 15,3	155,2	5,7	+ 7,6
1908	37,7	20	+ 0,5	86,2	13,2	— 16,5	170,8	6,2	+ 8,5
1909	37,6	20,5	+ 2,5	97,8	14,8	+ 12,1	230,3	7,9	+ 27,4
1910	38,6	19,9	— 3	68,8	10,5	— 29,1	226,7	7,2	— 8,9
1911	40,7	20,6	+ 3,5	87,7	13,6	+ 29,5	153,4	4,7	— 34,8
1912	43,6	22,6	+ 9,7	91	13,8	+ 1,4	218,2	6,9	+ 48,9
1913	46,6	23,6	+ 4,4	86,9	13,3	— 4,7	279,7	8,3	+ 20,2

A = Cosecha (M. q. m.) B = Rendimiento (q/ha) C = Variación (%)

Por eso no faltan trabajos rusos sobre la «desigualdad de las cosechas».[13] El hambre ruso de 1891 conmovió a Europa. Tras la de 1921 (¿ritmo treintañal?), la reflexión se orienta hacia la «coyuntura» y la oscilación de los rendimientos. N. S. Tschetverikoff[14] calcula la *desviación estándar* de los rendimientos sobre el período (algo corto) 1895-1912, hallando máximos de un 30 por ciento en el Bajo Volga, y mínimos del

13. Wl. P. Timoshenko, *Agricultural Russia and the Wheat Problem*, Stanford, 1932, cap. 9 y bibliografía. Cf. también A. V. Cajanov, *Oeuvres choisies*, París-La Haya, 1967, t. I: «Introducción», de B. Kerblay.
14. Citado por Timoshenko, *op. cit.*, pp. 280-282.

6 por ciento en las tierras negras septentrionales, y entre el 15 y el 20 por ciento en la mayoría de las regiones.

Obsérvese que esos cálculos se realizan sobre rendimientos *por grano sembrado*, y no por unidad de superficie, para tener en cuenta las costumbres regionales de siempre y evaluar el peso de la semilla en la inversión que se debía prever: se trata de problemas familiares a los especialistas en el Antiguo Régimen.

Obsérvese también que los rendimientos del centeno se comportan como los del trigo en las regiones atrasadas, con fuertes altibajos, siendo por el contrario débil el coeficiente de variación en las regiones con redimientos mayores y menos desiguales. No hay pues más investigación útil que la diferencial. Los promedios no tienen sentido en un espacio demasiado extenso.

Aún es más cierto en el espacio social. En 1891, año de hambre, Postnikov publica la *Economía campesina del sur de Rusia*; Lenin tomará de ahí numerosos apuntes [15] que se publicarán en 1923 y que inspirarán en más de un punto su *Desarrollo del capitalismo* (1899). Lo principal trata de las distinciones entre capas campesinas: el papel de las necesidades monetarias entre los más desfavorecidos, la asimilación entre campesinos que *no* siembran y campesinos que siembran *poco* (también *compran* grano, sobre todo en años malos), el contraste entre los que pueden *almacenar* y los que no, la proletarización de los más débiles al menor «accidente», siendo la «mala cosecha» un «accidente» masivo, colectivo. Que todas estas observaciones, por evidentes motivos estructurales, se acerquen al análisis de E. Labrousse, no se presta a sorpresas ni a contestación. Pero, ¿qué obra general, dedicada a la agricultura y al campesinado ruso del siglo XX ha utilizado esa aproximación? Al no ser especialista, no puedo afirmar que no las haya. Y por la misma razón, no puedo profundizar yo mismo sobre ese acercamiento. Pero el modelo ha servido ya lo bastante a la historia como para que no sea deseable generalizar su aplicación.

A la inversa, en cuanto a las «agriculturas modernizadas», se olvida la *regularización* como rasgo típico. Tomemos, por

15. Lenin, *Oeuvres complètes*, París, t. I, *Nouvelles transformations économiques dans la vie paysanne*, escrito en 1895, publicado en 1923 (pp. 1-85), Cf. también, a continuación, «A propósito de la llamada cuestión de los mercados».

ejemplo, las conclusiones de Wilhelm Abel, en ese monumento titulado *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur.*[16]

Comparan, *por simples curvas tendenciales,*[17] en Alemania e Inglaterra, el movimiento del «salario» (en general) y el de los precios del hierro y el grano, entre 1401-1450, 1801-1850 y 1951-1960. Sobre estas bases «coyunturales», ¿se puede concluir otra cosa que perogrulladas?

Por otro lado, una definición de las «Agrarkrisen»[18] está tomada de un tratado (Buchenberger) de 1897. Sale de la «gran depresión». Una «crisis» es una *disminución global* de la «renta agrícola». Pero para un libro que se remonta al siglo XIII, semejante definición mezcla peligrosamente el «tipo antiguo» y el «tipo nuevo», lo estructural y lo coyuntural, lo económico y lo social, las máximas y las medias. ¿No habría pues, en seis siglos, más que una sola clase de «agricultores»?

Al reeditar en 1966 su libro de 1935, W. Abel no podía, sin embargo, ignorar lo que denomina *«die Krisenlehre der Labrousseschule»*. Sabe por David Landes, que esa «lección» se incorporó a la historiografía francesa. Él mismo la aplica, como con sorpresa, a su siglo predilecto, el XV, al haberle convencido un artículo de Van der Wee de que una crisis (en el sentido de Labrousse) se introdujo en la «edad de oro de los trabajadores». *Pero,* dice inmediatamente, las ventas de trigo de un señorío wurtembergués dieron, ese mismo año, su máximo producto monetario. ¿Por qué ese *pero*? El beneficio máximo del vendedor almacenista, en un año malo, en contraste con la miseria máxima del campesino pobre, es el mismísimo modelo de Labrousse. W. Abel lo comprendió mal, porque le propone un «complemento» a ese modelo: el cuadro (cifras ficticias) elaborado con todos los cuidados en 1936, según el cual, entre tres explotaciones de distintas dimensiones, el abanico de las rentas debe ser:

1.000 - 4.000 - 12.000 en año normal
1.200 - 3.600 - 9.600 en año de abundancia
0 - 3.600 - 14.400 en año malo[19]

16. W. Abel, *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur,* 1935¹; Hamburgo-Berlín, 1966².
17. *Ibid.,* p. 268.
18. *Ibid.,* p. 269.
19. *Ibid.,* p. 22.

Esto no es un «complemento«. Es el esquema sin explotar de lo que nos enseñó Ernest Labrousse, y que ya decía de forma muy pintoresca el refrán español:

De los vivos mucho diezmo
De los muertos mucha oblada
En buen año buena renta
Y en mal año doblada.

La tentación del modelo único: «crisis» e ideología

De hecho, lo que sorprende a W. Abel del esquema que estableció es *la caída de la renta más alta*[20] en caso de abundancia. Nos remite a Shakespeare, quien en *Macbeth* (obra escrita tras una serie de buenas cosechas), muestra a un agricultor que se ahorca ante el anuncio de una buena cosecha. E invoca a Boisguilbert:[21] «Cuanto más bajo está el precio del trigo, más miserables son los pobres.» Pero Boisguilbert piensa en el largo plazo, no en el año malo. Pionero del pensamiento mercantil, los economistas lo toman por un precursor, porque identifica buen precio con prosperidad *general* y crisis con bajo precio, como Méline o Buchenberger.

Es cierto que el mismo Labrousse llamó «crisis» al interciclo de bajos precios que, bajo Luis XVI, afectó las rentas de los agricultores-vendedores. Pero le dio una explicación. Y no pretende confundir (puesto que, al contrario, estudia sus combinaciones) esa «crisis» con la «crisis de tipo antiguo», que no es una depresión a medio plazo de las «rentas agrícolas», sino un hundimiento brusco de los recursos de la capa inferior de los campesinos (muchas veces *no a cero, sino por debajo*), con una caída inducida del salario real del obrero, cuando no se llega al paro.

Los economistas parecen ser rebeldes a esas distinciones, primero, porque una subida de las rentas más altas difícilmente evoca para ellos una idea de «crisis»; segundo, porque  están buscando un modelo *universal*; en tercer lugar, porque están más interesados en la *causa económica* del ciclo que en sus *consecuencias sociales*, en las fluctuaciones globales del producto más que en las contradicciones internas de su distribución.

20. En castellano en el original. Cf. Pierre Vilar, *Le Catalogne dans l'Espagne moderne,* París, 1962, t. II, p. 557.
21. Abel, *op. cit.*, pp. 25-26.

Pero, para Ernest Labrousse:[22]

> La significación humana de las fluctuaciones cortas es muy distinta, según éstas se refieran a la economía agrícola o a la economía industrial, y según la clase social considerada.

Podría parecer que, en un mundo donde «las etapas del crecimiento económico» se definen por la proporción del sector industrial en su producción, y donde uno de los rasgos reconocidos del subdesarrollo es la creciente polarización de las rentas elevadas y la miseria, la fórmula que acabamos de citar tuvo que estar siempre en la mente, bien para ofrecer un *criterio* del desarrollo, bien para analizar las «sociedades tradicionales».

Sin embargo, W. W. Rostow, en 1960 sólo conoce la «crisis de tipo antiguo» por un breve artículo de Heckscher.[23] Akerman en 1954 preconiza el estudio de las sociedades preindustriales sin hacer referencia a Labrousse.[24] Y sobre todo, se ve a los especialistas del «subdesarrollo» desdeñar los severos golpes de la coyuntura agraria, mientras que los especialistas en coyuntura agraria se obstinan en buscar su efecto «generador» en el ciclo de «*los negocios*» del mundo desarrollado. A lo que los marxistas ponen el grito en el cielo, sospechando que ese llamamiento a los «ciclos naturales» está encaminado a relevar al capitalismo de sus responsabilidades en las crisis. Se olvidan añadir que en la misma medida en que un tipo de crisis *caracteriza* un modo de producción, *otro* modo de producción puede presentar *un tipo de crisis distinto.*

E. Labrousse observa precisamente que el modelo de crisis de tipo antiguo, que J.-B. Say dedude de la observación de los años 1811-1813, clasifica la «loi de débouchés» (ley de mercados) entre los conceptos *antiguos.*[25] J. Sirol, usando las citas de Labrousse,[26] se asombra en cambio de no ver transferidos al mundo de los siglos XIX y XX esos esquemas concebidos en otro mundo. La noción de «*umbral*», *de cambio de naturaleza*

22. E. Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution,* París, 1944, p. XV.
23. *Première Conférence internationale d'histoire économique, Stockholm, 1960,* París-La Haya, 1960, p. 18, n. 1.
24. J. Åkerman, «Le problème du dualisme appliqué aux problèmes de la croissance et des cycles», *Economie appliquée,* 7, 1-2, 1954, p. 19.
25. E. Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII*e *siècle,* París, 1933, t. II, p. 628.
26. Sirol, *op. cit.,* p. 16.

del signo coyuntural durante lo que algunos denominan las «etapas del crecimiento» y otros los «cambios de modo de producción» (que es históricamente fundamental), parece poco accesible a los economistas. Es de extrañar, por ejemplo, que Celso Furtado, que incluye una larga exploración en su teoría del subdesarrollo,[27] califique de «accidentes» (importantes pero no característicos) las malas cosechas y las pestes, y, en un título, reserve a la economía industrial liberal el carácter de «inestabilidad».

Y es que el economista, por su profesión, está atento a lo que impulsa la máquina económica. El historiador está atento a la *«significación humana»* de cada instante. Elección ideológica, dirá tal vez Maurice Lévy-Leboyer.[28] Pero, ¿lo es menos la otra elección? Y arriesga a cegarse todavía más. Entre los *factores económicos*, también se ha de contar con la emigración irlandesa y la «Grande Peur».

Algunas tentaciones histórico-sociológicas

También escapa a veces al historiador la dialéctica entre economía y política, entre corto y largo plazo.

Charles Tilly tuvo la gran amabilidad de hacerme partícipe del capítulo que, en la recopilación *The Building of the States in Western Europe*, iba a dedicar al tema de las subsistencias.[29] A la vez que expreso mi admiración por su brillante síntesis, no puedo ocultar que estoy en cierto desacuerdo.

No conozco nada más seductor que el principio de su exposición: el relato condensado de tres revueltas de subsistencia, el «tumulto di San Martino» (1628), la «guerra de las harinas» (1775) y los disturbios de 1816 en el este de Inglaterra. Esta distribución enmarca perfectamente el modelo. Y el que la mejor evocación de 1628 sea debida a Manzoni, en 1820, confirma el efecto de larga duración de las crisis de tipo antiguo sobre las estructuras mentales.

Pero si, en sus *definiciones*, se propone distinguir bloqueos

27. C. Furtado, *Développement et Sous-développement*, París, 1966, cf. cap. 3.

28. M. Lévy-Leboyer, «L'héritage de Simiand. Prix, profit et termes d'échange au XIXe siècle», *Revue historique* (enero-marzo 1970), páginas 77-120.

29. C. Tilly, «Food Supply and Public Order in Modern Europe», texto dactilografiado, Stanford, Institute for Advanced Study, en preparación para *The Building of the States in Western Europe* (Committee on Comparative Politics, Social Science Research Council).

de la circulación, violencia en las tasas, ataques contra bienes y personas, ¿no convendría precisar que se trata de tres *formas* de un fenómeno común? Y, si se cita una cuarta categoría de revuelta, la «demostración agraria», en la que se *destruyen* los productos, ¿bastaría con invitar a no confundirla con las otras tres? La crisis en que un productor se alza contra el bajo precio (la sobreabundancia) no es sólo «distinta» de la crisis de tipo antiguo. *Es su antítesis.* Y si las dos formas se combinan, o se suceden, es un *signo* que el análisis debe aprovechar. La diferencia *de naturaleza* entre ambas enfrenta dos *modos de producción* en sus mecanismos, en sus mentalidades.

No basta pues con condenar, con C. Tilly, el «modelo hidráulico» de las crisis de subsistencia. Por supuesto, la revuelta no es un «desbordamiento» necesario y natural. Los revoltosos no son cosas. Piensan, moral y políticamente. Pero es tarea del historiador investigar cómo la *probabilidad física* (que sí es de tipo «hidráulico») arrastra o no la *probabilidad del acontecimiento humano*, social. Eso depende, claro está, del contexto político.

Espero haber demostrado, en un reciente trabajo sobre los *motines* españoles de 1766,[30] cómo eran, en Madrid, políticos, en Zaragoza, antiadministrativos y antimercantiles, y en el País Vasco antiseñoriales y antimunicipales, aunque en todas partes de *tipo antiguo*, en la *forma* y en el *fondo*. Sólo que, en aquel 1789 español, ¡no había Estados Generales! Y hay una distancia de treinta y tres años entre las dos revueltas en cadena, la española y la francesa, sobre el largo *trend* modernizador que tendrá el siglo. El *motín* de 1766 no condujo a una revolución. Quizá sus lecciones la prevengan. Para comprenderlo, la pluralidad dimensional de la historia comparada exige un mínimo de teoría de las estructuras y de análisis de la coyuntura.

Pues bien, C. Tilly, abandonando el corto plazo, pasa en seguida al examen empírico de una construcción *multisecular* del Estado, según una hipótesis de trabajo, seguramente útil, de un nexo entre esa construcción y los problemas de subsistencia y de orden público. Así se estudian los excedentes demográficos, la proletarización rural, la urbanización, el nú-

30. P. Vilar, «El motín de Esquilache y las crisis del antiguo régimen», *Revista de Occidente*, Madrid (febrero 1972), pp. 199-249, versión francesa en *Historia Ibérica* (Madrid-Nueva York), 1, 1973, *Economía y sociedad en los siglos XVIII y XIX*, pp. 11-33, e *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*, Crítica, 1981, pp. 93-140.

mero de improductivos, la multiplicación de los ejércitos, a muy largo plazo, bajo el ángulo de las subsistencias que, dándole al poder crecientes preocupaciones, le invitan a concentrarse. No es extraño encontrar una Europa del siglo XVII (o XIX) aún más comprometida que la Edad Media con dificultades de alimentación, una época de Smith y de Turgot más mercantilista que el siglo XVI. Los cuatro bosquejos regionales (Inglaterra, Francia, España y Prusia), muy bien documentados, confirman mal las sugerencias del esquema global. Así que las conclusiones de C. Tilly[31] están salpicadas de humor: por un lado, «*Was Mann isst, er ist*» y por otro, no había que esperar descubrir en «el pan» todos los orígenes del Estado democrático, fascista o militar.

Pero, ¿quién obligaba a buscarlos allí? ¿Quién obligaba a basar sobre un mecanismo tan superficial como el del «modelo hidráulico» a corto plazo, una hipótesis que sólo podía aclarar aspectos *parciales*? Dicho uso del factor «revuelta» está en las antípodas del método de Ernest Labrousse. ¿Conscientemente? Entonces, eso hubiera debido decirse. ¿Inconscientemente? En la deslumbrante bibliografía de C. Tilly, observo que cita a E. Labrousse como autor de *Histoire économique de la France* y no del *Esquisse*, y a Georges Lefebvre como autor de *Étude sur Orléans* y no de la *Grande Peur*. Pero ¿dispensa acaso «la última palabra» bibliográfica de *remontarse a las fuentes*, a las fuentes *del método*?

Louise Tilly sí cita y critica el *Esquisse*, pero, al estudiar la «revuelta alimentaria, forma de conflicto político en Francia»,[32] anuncia:

> La *aparición* y *creciente* importancia de las revueltas alimentarias no estaban ligadas a las oscilaciones de precios a *largo plazo, aunque* las revueltas *siempre* hayan tenido lugar en momentos de alza temporal.[33]

No se comprende. Si las revueltas no dependen del *trend* sino de las alzas temporales, su estudio debería fundarse sobre tales alzas, y no sobre el *trend*. Sin embargo, Louise Tilly no sólo reprocha al *Esquisse* el insistir en las disparidades regionales a corto plazo, sino que ecuentra demasiado breve su siglo XVIII. Desde el siglo XVII se dibuja un mercado

31. Art. cit., p. 94.
32. L. A. Tilly, «La révolte frumentaire, forme de conflit politique en France», *Annales ESC* (mayo-junio 1972), pp. 731-757.
33. *Ibid.*, p. 733.

nacional donde pesa cada vez más París, y los precios tienen tendencia a igualarse. Todo ello es plausible (aunque las cifras sean poco convincentes) pero, puesto que los disturbios se acabarán cuando el mercado sea fluido, ¿por qué se agravan cuando éste lo consigue? Enorme problema: la economía comercial quiere penetrar, regentar una sociedad *cuya base la rechaza,* precisamente porque los intercambios y la técnica no dominan todavía ni la desigualdad de las cosechas ni sus efectos.

Al describir por un lado la ascensión del comercio, y, por otro, la «economía moral» tomada del excelente estudio de Thompson[34] sobre las revuéltas inglesas, Louise Tilly parece no advertir que repite a Labrousse mientras sigue por debajo de él, porque no demuestra como él los *mecanismos intermedios* que enfrentan en cada crisis a las clases. ¿Qué hubiera dicho el querido Meuvret al ver atribuírsele[35] la paternidad «reciente» del esquema según el cual el precio del centeno, en un año malo, sube más que el precio del trigo, en razón del crecimiento del consumo del cereal barato? ¿Cómo ha podido leerse el *Esquisse* sin encontrar en él esa «ley de las desviaciones sociales» ya clásica, no ignorada por los hombres del siglo XVIII?

Tampoco hay que perseguir falsas quimeras. Un envío de trigo del Languedoc a Cataluña en tiempos de guerra y de peste no es una «expansión del mercado».[36] Añadir que «parecidos intentos tuvieron lugar en los siglos XVIII y XIX en los puertos atlánticos» raya en lo absurdo. ¡Como si no se hubiera exportado siempre el trigo bretón! Exponer que los disturbios de la Fronde fueron menos graves en Languedoc porque esos años la sequía hizo «disminuir las cosechas»,[37] es hacerle decir a Le Roy Ladurie justo lo contrario de lo que dijo. Pequeños «fallos» que hacen menguar la autoridad de la autora, cuando los descubre en las páginas 1 a 9 del *Esquisse.*[38]

De hecho, lo que se cuestiona es un método de trabajo.

34. E. P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present* (febrero 1971), pp. 76-136.
35. L. A. Tilly, art. cit., p. 742, n. 2.
36. *Ibid.*, p. 742.
37. *Ibid.*, p. 745, y E. Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc,* París, 1966, t. I, pp. 449-450 (reed. París-La Haya, 1974, 2 vols.).
38. L. A. Tilly, art. cit., p. 742, n. 2.

No se renueva un gran problema histórico hojeando descuidadamente las obras fundamentales que lo trataron, yuxtaponiendo modelos dispares, despojando los últimos artículos de erudición, agudizando algunas confrontaciones estadísticas. Para manejar el corto y largo plazo, primero hay que tener una teoría de los precios. No se descubre a Turgot en Afanassiev, a santo Tomás en De Roover, o el *«laissez-faire»* en Thompson. Se vuelve a las fuentes. No se atribuye a los «economistas teóricos y hombres de sentido común» el descubrimiento de las ventajas de la libertad: eso siempre fue un pensamiento *de comerciantes*. Hasta su último suspiro, Meuvret se preguntó cuál fue el Legendre que le dijo a Colbert: «Señor, dejadnos hacer.»[39] Y he observado que en España, en 1766, mientras los amotinados usaban el lenguaje de los frailes mendicantes, *los comerciantes* utilizaban el de Samuelson. Sólo hay que estudiar cómo la libertad crea el monopolio: cuando iban a fijar el precio del pan, los amotinados vascos pretendían «liberar el mercado»;[40] ¡y tal vez tuvieran razón! Es comprensible que los historiadores jóvenes aborden esos difíciles temas con cierta embriaguez. Quizá comprendieran mejor las diez primeras páginas del *Esquisse* si empezaran por las últimas veinte: «influencia del movimiento de los precios y las rentas, sobre las doctrinas económicas, las instituciones y los acontecimentos».

Por supuesto, la influencia es recíproca. Pero, ¡Dios nos libre de volver a «lo político primero»! Entre el precio máximo y el conflicto político está la contradicción de las rentas y la lucha de clases. De acuerdo con que la «participación política popular» sea, a mediados del siglo XIX, una forma de «integración» paralela a la integración económica que consigue el mercado. Pero la lucha por el salario sustituye a la lucha por el pan. *Ha cambiado el modo de producción.*

Recientemente, había aceptado la tarea de exponer,[41] en un diálogo con una epistemología marxista bastante desconfiada para con la historia, de qué manera se integraban los análisis de Ernest Labrousse en la teoría de los modos de producción. Me permito repetirlo aquí, a sabiendas de que

39. J. Meuvret, *Études d'histoire économique*, París, 1971, p. 289.
40. Vilar, «El motín de Esquilache...», art. cit., pp. 202 y 241.
41. P. Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser», *Annales ESC*, 1 (enero-febrero 1973), pp. 165-198, reproducido en esta recopilación, pp. 174 ss.

el esquema será discutido, pero persuadido de que vale tanto como los que nos presenta una sociología preocupada en realidad por justificaciones ideológicas.

El ciclo corto que da ritmo a la realidad económica y social del siglo XVIII en Francia es el ciclo original del modo de producción feudal, donde: primero, la base de la producción es aún agrícola; segundo, la técnica productiva de base todavía no domina el ciclo estocástico de la producción; tercero, las exacciones sobre los productores *deberían* (en la superestructura institucional y moral original) regularse automáticamente sobre la producción; cuarto, las limosnas y la fijación de precios, *deberían* mitigar, en años malos, las más bochornosas miserias.

Pero ese «tempo» precapitalista *co-existe*, desde el siglo XVIII, con otros ritmos, los cuales, sin ser todavía típicos del futuro modo de producción (como lo será el «ciclo industrial»), participan en él y lo preparan: en primer lugar, un *largo período* de acumulación previa de capital monetario, de origen directa o indirectamente colonial, que crea una burguesía acaudalada y aburguesa a una parte de la nobleza; en segundo lugar, la posibilidad, a *medio plazo*, de *depresiones comerciales* (crisis de mercado, descenso de los precios) que afectan y descontentan a un número creciente de agricultores, de propietarios y de empresarios, cuyos productos, que entran desde entonces en el circuito comercial, se han convertido en «mercancías»: lo mismo puede decirse de otras capas interesadas en la igualdad de derechos, la libertad de mercado y la abolición de las estructuras feudales; en tercer lugar, en fin, la exasperación, *a corto plazo*, de la crisis de «tipo antiguo», menos mortal que en las épocas de hambre, pero en la que la especulación sobre artículos escasos, menos frenada por las tasas administrativas y las redistribuciones eclesiásticas, empobrece y proletariza más que nunca, alzando al campesino pobre periódicamente y a un tiempo contra las exacciones feudales, las exacciones reales y la libertad de comercio.

La conjunción de esas temporalidades específicas conduce a la revolución.

ADQUISICIONES Y PROLONGACIONES

¿Pueden ampliarse o prolongarse las lecciones de este modelo?

El caso de México

E. Florescano[42] es sin duda alguna el más fiel discípulo de E. Labrousse en el extranjero. Lo ha sido en todas sus exigencias. Su éxito en la historia del siglo XVIII en México es tan perfecto que no hay que lamentar el hecho de que no haya innovado. Así verificó la universalidad del modelo. La extraña coincidencia del ciclo mexicano del maíz y el ciclo europeo del trigo plantea un problema de *causas*. La función de las *consecuencias* es la misma en ambas orillas del océano. Pero el régimen de propiedad y la primacía *exclusiva* del maíz sobre los hombres *y los animales* agravan las crisis mexicanas. Mientras el aumento de los diezmos (de 13 a 32 millones de pesos entre 1770-1779 y 1790-1803) da medida del enriquecimiento a largo plazo de la clase alta; las crisis desencadenan, lo mismo que en Europa, hundimientos de pequeños cultivadores, despidos de peones, huidas hacia las ciudades y paro. Ahora bien, su intensidad crece más que en Europa: las crisis de 1722, 1730-1731, 1759-1760, 1771-1772 enfrentan al pueblo llano con los agricultores-almacenistas, y a éstos con la administración española intervencionista. En 1785-1786, terrible «año de hambre», este enfrentamiento se agrava, pero los tiempos son demasiado duros para una doble revuelta; el clero organiza a lo grande la caridad y la predicación social semirrevolucionaria. La escasez de 1795-1796 y la sequía de 1808-1809 hacen culminar los precios en 1810. La independencia vivió su primer episodio «en medio de una tormenta de alza de precios». Blancos, indios y mestizos aprietan filas detrás de la virgen de Guadalupe y del cura Hidalgo. Los episodios posteriores seguirán otras hendiduras socio-políticas, puestas de manifiesto por las crisis. La aplicación del modelo podría *prolongarse*.

Como el siglo XIX no registra más que unos progresos limitados en las técnicas y los intercambios, y como las revueltas campesinas se cuentan por centenares,[43] esa aplicación podría *prolongarse*. Podría también *extenderse* a los disturbios y revoluciones del resto de Latinoamérica. Su *naturaleza*, ciertamente, es más importante que su *ritmo*. Pero su ritmo puede revelar su naturaleza y sus mecanismos inter-

42. E. Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*, México, 1969.

43. Cf. *XIIIe Congrès international des Sciences Historiques, Moscou, 1970*, Commission d'histoire sociale. *Les Mouvements paysans. Rapports de synthèse*, Moscú, 1970.

nos. El único caso realmente tratado es alentador, incluso decisivo. Pero el lento trabajo de análisis concreto es evidentemente menos seductor que la psico-sociología, por la que habría que terminar, y nunca comenzar.

España y la zona mediterránea

Mientras G. Anes, J. P. Le Flem y P. Ponsot[44] estaban trabajando sobre las cosechas y los precios de la España antigua, R. Garrabou verificaba las imperfecciones del mercado agrícola catalán,[45] yo mismo me volcaba sobre la crisis de 1766,[46] Irene Castells y H. Moreu sobre la de 1789,[47] J. Nadal mostraba el lejano impacto demográfico de la terrible crisis de 1812,[48] en donde coincidieron la guerra y el hambre, y Nicolás Sánchez Albornoz emprendía la descripción, en la España «dualista» del siglo XIX, del persistente papel de las crisis de tipo antiguo.[49]

Todavía queda mucho por hacer sobre la primera mitad del siglo, al haber sido menos escrutados los ritmos de las «rebeliones primitivas» y del carlismo que su aspecto externo. La crisis de 1847,[50] menos marcada en España que en Europa, lo está también menos en sus manifestaciones. Pero 1856-1857 tiene todos los rasgos de los «años malos»:[51] asaltos a cara-

44. G. Anes Álvarez y J. P. Le Flem, «La crisis del siglo XVII. Producciones agrícolas, precios e ingresos en tierras de Segovia», *Moneda y Crédito*, 93 (junio 1965), pp. 3-55; G. Anes Álvarez, «Las fluctuaciones de los precios del trigo, de la cebada y del aceite en España, 1788-1808; un contraste regional», *Moneda y Crédito*, 97 (junio 1966), pp. 69-103; también, *Las crisis agrarias en la España moderna*, Madrid, 1970, t. I; P. Ponsot «En Andalousie occidentale. Les fluctuations de la production de blé sous l'Ancien Régime», *Études rurales*, 34 (abril-junio 1969), pp. 97-112 (reproducido en *Les fluctuations du produit de la dîme*, París-La Haya, 1972, pp. 304-320).

45. R. Garrabou, «Sobre la formació del mercat català en el segle XVIII», en *Recerques. Historia, Economía, Cultura*, Barcelona, 1970, t. I, pp. 82-121.

46. Vilar, «El motín de Esquilache...», art. cit.

47. I. Castells, «Els rebomboris del pa de 1789 a Barcelona», en *Recerques. Historia..., op. cit.*, pp. 51-81, y E. Moreu-Rey, *Revolució a Barcelona el 1789*, Barcelona, 1967.

48. J. Nadal, *Historia de la población española*, Barcelona, 1966.

49. N. Sánchez Albornoz, *Las crisis de subsistencias de España en el siglo XIX*, Rosario, 1963. También, *España hace un siglo, una economía dual*, Barcelona, 1968.

50. *Las crisis de subsistencias..., op. cit.*, pp. 20-25.

51. *Ibid.*, pp. 47-111.

mero asombró, según la cual la crisis agraria dominante es sensible en Francia hasta el último cuarto de siglo, pasa hoy por valor adquirido. Y cuanto más se extienden los trabajos sobre Inglaterra y Alemania, más cabe preguntarse si las secuelas del Antiguo Régimen (psicológicas y sociales) no derivan, en cierta medida, de la lentitud de la transformación agrícola y del mantenimento de los altibajos de la producción alimenticia. Richard Tilly [57] para Alemania, Hobsbawn y Rudé en *Captain Swing*,[58] muestran lo difícil que es separar el estudio de los movimientos sociales nacidos con los primeros pasos de la industrialización, de las reacciones de «tipo antiguo» ante las alzas del precio del pan.

Preferiríamos una sistematización, incluso diría una *teorización*, del análisis. Aquí también sería importante que el gusto por la *forma*, o por una investigación puramente mecánica de las correlaciones no comprometiese la dificultosa penetración en las relaciones imbricadas *entre dos estructuras*, una que resiste y otra que se instala, revelando al máximo los *dos tipos* de crisis los *dos tipos* de contradicciones.

Según Louise Tilly,[59] los amotinados de las revueltas alimenticias «debían de pagar el costo de un gigantesco florecimiento en la economía nacional» y, como conservaban la «concepción grosera y expeditiva de los controles», utilizaban «el arma de los débiles, la violencia» (¡como si en la lucha social, los fuertes fuesen particularmente suaves!). Pero los obreros sobreexplotados de los principios de la era industrial pagaban también el costo económico del despegue. ¿Pueden incluirse en una misma categoría a las víctimas de la primera acumulación del capitalismo industrial, y a las de la acumulación primitiva que proletariza al campesino y permite la puesta en marcha de la industria? Existen unos lazos evidentes, y la distinción puede parecer una sutileza teórica.[60] ¿No sería, sin embargo, más útil para el análisis histórico que la aglomeración de todos aquellos que «pagan el costo del progreso»?

57. R. Tilly, en *Journal of Social History*, 1970, pp. 1-17.
58. E. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing*, Londres, 1969.
59. L. A. Tilly, art. cit., p. 757.
60. Cf. Las discusiones de los temas de R. Romeo por A. Gerschenkron en *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge (Mass.), 1962, cap. 5, donde esa distinción no se capta claramente.

vanas, motines en cadena, disturbios callejeros en Valladolid, en los que unos ven la mano de «los socialistas» y otros la de «provocadores». En Andalucía, los ataques a cuarteles y la guerrilla campesina, acaban con fusilamientos en masa. Aproximadamente diez años después, estalla la revolución política sobre un fondo de clásica crisis agrícola.[52] Demográficamente, 1868 es uno de los peores años del siglo. En Andalucía es tanta la agitación social, que los propietarios, dispuestos a aclamar la «revolución burguesa» se vuelven atrás bruscamente (A. M. Bernal).[53] En 1881, el «año de hambre» precede al turbio asunto de la «Mano Negra». Hambre y revuelta (también provocación y represión) tienen, según Díaz del Moral,[54] complejas relaciones, nunca directas, diferidas a menudo. La buena cosecha de 1882 hizo que los hambrientos de 1881 tomaran la idea de volver a empezar, con reacciones de venganza.

En cuanto a Italia, lugar donde apasionan los estudios agrarios, nos gustaría una aplicación razonada del modelo de la crisis, de la que el ensayo de Rosalba Davico[55] sobre el Piamonte napoleónico nos ha proporcionado una alentadora muestra.

Y por lo que se refiere a Portugal, los trabajos de Victor de Sá y Myriam Halpern[56] renovaron las consideraciones sobre la revolución de Maria da Fonte, de la «Patuleia». Se aclararon sus relaciones con la crisis alimentaria de 1846.

Inglaterra, Francia y Alemania: los dos tipos de crisis y el despegue

La Europa mediterránea arranca mal. Pero, ¿y la Europa de la «revolución industrial»? La idea de Labrousse que pri-

52. *España hace un siglo..., op. cit.*, pp. 119-134.
53. A.-M. Bernal, «Bourgeoisie rurale et prolétariat agricole en Andalousie pendant la crise de 1868», en *Mélanges de la Casa Velázquez*, t. VII, 1971, pp. 327-346.
54. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, 1929*, Madrid, 1967, cap. VI; cf. sobre todo las notas 35 del cap. VII, p. 438 y 40 del cap. VIII, p. 446.
55. R. Davico, *Le Piémont napoléonien. Aperçu sur les origines économiques du Risorgimento*, tesis del 3.er ciclo, dactilografiado, 1967.
56. M. Halpern Pereira, *Livre cambio e desenvolvimento económico. Portugal na segunda metade do seculo XIX, Lisboa*, 1971 (tesis del 3.er ciclo, Sorbona, 1969); cf. pp. 326-335.

¿Y EL SIGLO XX?

Todos sabemos que nuestro mundo, en enormes extensiones, sigue siendo un mundo *de hambre.* Tal vez no sea ya el de las «crisis de subsistencia». ¿Es sólo un mundo de *promedios* alimenticios insuficientes, de malnutriciones *latentes*? ¿Habrá desaparecido el fenómeno cíclico?

Basta con consultar las relaciones anuales de la FAO para saber que las angustias y satisfacciones (por otra parte, de diversos órdenes) *se alternan*; eso es algo de lo que, una vez más, «no dudábamos». Ya es más extraño que unos técnicos que deberían estar prevenidos interpreten cualquier mala cosecha como una amenaza a largo plazo, o incluso como característica de una organización política o social en el país afectado, y cualquier buena cosecha como un anuncio de una revolución decisiva. ¡Y no porque se hayan olvidado de usar los promedios! Pero raras veces nos preguntamos sobre *el profundo efecto de los altibajos*; aunque no desemboquen en «hambre», y tal vez precisamente cuando dejan de hacerlo, las «desigualdades de las cosechas» revelan problemas de fondo.

Al término de la superabundante campaña agrícola de 1969 1970, los *stocks* de trigo del Canadá y los Estados Unidos ascendían a 66 millones de toneladas; la prensa americana, la de la CEE e incluso la española, no hablaban más que de subvenciones del Estado, de limitaciones de producción. Y la FAO escribía:[61]

> Puesto que las continuas mejoras tecnológicas de la producción alimentaria parecen estar llamadas a mantener, por lo menos a medio plazo, la actual tendencia hacia un aumento de la producción de numerosos productos más rápido que la demanda de que son objeto, el problema que se plantea en el plano de la política internacional consiste principalmente en saber *cómo debe ser repartido entre los países el costo del ajuste de la producción a la demanda.*

¡De nuevo, y siempre, enfrentadas las dos nociones de «crisis» y de «ciclo»! Apenas detectado un éxito en el plano de la innovación productiva, hay que repartirse —o disputarse— el costo del ajuste de la producción a la demanda. El

61. ONU-FAO, *La situation mondiale de l'alimentation et de l'agriculture,* 1970, p. 13.

presente «año malo» de la agricultura rusa y china tal vez resuelvan la cuestión momentáneamente, porque China y Rusia, en vías de desarrollo, tienen medios para pagar. Pero, ¿y si la crisis meteorológica recae en un país insolvente? Como máximo, esta situación creará en Rusia o en China problemas internos, que deberán resolverse en el marco de un nuevo modo de producción; pero puede crearlos en otras partes, y dentro de los marcos más antiguos.

En su *Géopolitique de la faim*,[62] Josué de Castro aborda sólo raras veces el problema de la «desigualdad de las cosechas». Lo hace a propósito de Egipto y Marruecos.[63] Y precisamente, encontramos que se agravan los efectos de la desigualdad de las cosechas cuando se pasa de un sistema tradicional de regadío o de comunidad agrícola, a la agricultura capitalista, al acaparamiento de tierras y medios de almacenamiento. Y J. de Castro, según Nouvel,[64] describe el proceso de «*hambres periódicas*» como un factor de disgregación socioeconómica de desaparición de las explotaciones pequeñas, de creación de un proletariado urbano inactivo. Y añade: «dispuesto a la revuelta». Ya sé lo que se objetará: proceso lento, de larga duración, y sólo interesa eso. Pero ¿acaso se cree que, para el estudio de esas sociedades y sus metamorfosis, no es *el tiempo de crisis* lo que interesa al historiador? Un proceso con tirones no presenta los mismos rasgos, ni las mismas probabilidades que una formación regular y lenta (y por otro lado, ¿acaso existen éstas?).

Pero, incluso en Europa ¿estamos tan alejados de los tiempos de escasez? ¿No dependía de ella la historia más inmediata de nuestros vecinos más próximos? Josué de Castro recuerda que para Europa la toma de conciencia decisiva ante sus propios problemas de hambre data de los años treinta.[65] Yo mismo recuerdo, no sin cierto escalofrío —de hombre, aunque también de historiador— haber oído en un pueblo español contestar a mi pregunta:[66] «¿Qué tal?» «Hambre, mucho hambre.» Y esto en los años cincuenta. En Andalucía, el último «año de hambre» fue 1946; en 1945 la cosecha de la provincia de Córdoba descendió de 3 a 1 y en 1946

62. J. de Castro, *Géopolitique de la faim*, París, 1971.
63. Cf., *ibid.*, pp. 356-360.
64. Cf., *ibid.*, p. 360.
65. Cf., *ibid.*, pp. 386-387; referencias sobre las encuestas de 1935-1936.
66. Encuesta en La Alberca; no se trataba sólo del hambre endémica de Las Hurdes.

el índice de mortalidad subió de 12 a 17; diez años después, todavía se les decía a los niños que tiraban el pan:[67] «¡Acuérdate del año del hambre!» La «imputación a lo político» ganaba tereno. «Después de mí, la sequía», se ponía en boca de Franco;[68] o también:

Virgen de la Magdalena
Anda y le dices al Caudillo
Que nos quiten los cardillos
Y nos traigan habichuelas.[69]

Recordemos también que, en casos semejantes, es el ganado el que sufre, y durante años. En 1971 fue la primera vez que alimentos artificiales importados pudieron salvar al ganado mayor español de una destrucción masiva. Pero, en 1968, no ocurrió lo mismo en Chile.

Aunque la revolución de 1917 (imagino que la de marzo) sea la única que cite de pasada Charles Tilly, sonriendo, como salida de una agitación de subsistencia,[70] yo no creo que se pueda repetir, en las revoluciones rusa o china, la aplicación del modelo de 1789. Pero, lo mismo que la historia de la Revolución francesa, y la del Terror, se han renovado desde que, al estudio de las condiciones objetivas en los «años malos», se le unió el de las condiciones políticas y mentales, alrededor de los años 1921-1922, 1931-1932, la historia de la transformación de la sociedad rusa no podrá, como hace aún demasiado a menudo (y por otra parte, en cualquier versión) desdeñar por completo, o contentarse con señalar, el problema de la «desigualdad de las cosechas». Éste plantea a la vez los de alimentación, autoconsumo campesino, los de las disponibilidades para el comercio exterior, que pueden dominar las posibilidades de industrialización y los de las relaciones entre la ciudad y el campo, donde hay que pasar de un sistema tradicional y simultáneamente muy implicado en el comercio internacional, a un sistema de exacción sobre el producto agrario, que puede ir desde la pura y simple requisa hasta el juego de fijación de precios, siempre más o menos completado por un mercado libre. Todo ello se sabe, al menos de forma relativa. Pero no he hallado información

67. J. Martínez Alier, *La estabilidad del latifundismo*, París, 1968 (tesis de Oxford, 1966; encuestas de 1964), pp. 97-98.
68. Chiste habitual en 1947. Observación personal del autor.
69. En castellano en el original; cf. Martínez Alier, *op. cit.*, p. 98.
70. Tilly, art. cit., p. 8.

—y continuó investigando— sobre las sacudidas que podría registrar el sistema (o los sistemas sucesivos) por el hecho de la sucesión de años buenos y años malos.

Al lado de los cálculos globales y de las monografías regionales, de pueblos y de categorías sociales, haría falta un «modelo Labrousse» aplicado sistemáticamente —incluso en la «imputación a lo político»—, cuando el naciente Estado socialista atribuye ciertas caídas al sabotaje, pero también sus adversarios atribuyen todas las dificultades al naciente Estado socialista.

En particular en la historia de la colectivización, habría que seguir una cronología *estricta* para estudiar el papel del «año malo» 1932, que no fue «malo» sólo para la URSS.[71]

Producción de trigo en millones de quintales

Año	URSS	Polonia	Rumanía	Yugoslavia
1930	269,2	22,4	35,6	21,9
1931	205	22,2	36,8	26,9
1932	202,5	13,1	15,1	14,5
1933	304,1	20,8	20,8	18,6

¿Son discutibles las estadísticas soviéticas? Consultemos las de los países vecinos. No hay más historia que la comparada.

Claro que algunas reacciones siguen siendo *específicas*. Por eso hay que establecer las condiciones que no lo son. En España, con una economía dirigida, el miedo a la escasez determina muchas decisiones hasta después del año 1960.[72] Los años malos 1950, 1952 y 1954 tuvieron repercusiones graves en Yugoslavia, donde las importaciones alimenticias crecieron como la espuma (1952: 120 millones de dólares) mientras las exportaciones agrícolas descendían al 38 por ciento de su valor de antes de la guerra. Tito, en un discurso (27 de septiembre de 1953) se niega a aceptar la explicación por la sequía, y transforma la legislación agraria; en Hungría se

71. *Annuaire statistique de la France*, 1954, parte retrospectiva.
72. J. L. Leal. *Les mécanismes de financement de l'industrie par l'agriculture dans la croissance économique de l'Espagne, 1939-1963*, tesis del 3.er ciclo, dactilografiado, pp. 4, 23, etc.

plantea el mismo problema.[73] Habría pues que completar el estudio, evidentemente necesario, de los efectos de la legislación socialista sobre la agricultura, con la de los efectos de la «desigualdad de las cosechas» sobre esa legislación. Sería un buen tema de estudio histórico.

He protestado contra lo que Josué de Castro llama «el viejo caballo de batalla del clima».[74] No es por buscar en el «año malo» la clave de la historia. Pero si la estructura —el modo de producción— es el concepto que nos ofrece esa clave, la coyuntura nos obliga a pensar *dentro del tiempo.* El largo plazo transforma. El corto plazo, a veces, también. Y en cualquier caso, es revelador.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Este artículo llevaba ya escrito algún tiempo (30 de noviembre de 1971) cuando apareció en la prensa:

Le Figaro, 22 de marzo de 1973: «Según la FAO ... varios millones de personas pueden morir de hambre ... Hacía tiempo que semejante azote no se abatía sobre África ... Ciertamente, en 1789, en sus cuadernos de quejas ... los ciudadanos de San Luis del Senegal ya se quejaban de una sequía, que atribuían a una crisis cíclica (¡*sic*!) ... Sus quejas no tuvieron mucho eco. Hoy ya no puede ocurrir lo mismo.»

Le Monde, 22-23 de julio de 1973: «Por muy anacrónica que pueda parecer, la vieja revindicación "Queremos pan" ha resonado en Nápoles ...; cortejos de mujeres del pueblo, con sus hijos, llevan gritándolo desde hace tres días por todas partes; han levantado barricadas, incendiadas rápidamente...» El trigo ha pasado de 6.700 a 10.000 liras/quintal (12.500 el trigo duro), la harina de 92 a 150 liras/kg, huelgas de panaderos exigiendo el pan a 300 (contra la fijación a 190, y hasta 1.300 en el mercado negro), peticiones de lo que se mantiene

73. Cf. en particular Kende, *Logique de l'économie centralisée: un exemple, la Hongrie,* París, 1964. Observemos la generalidad de las caídas para las cosechas de trigo (en millones de quintales métricos):

	Turquía	*Yugoslavia*	*Canadá*
1953	81,3	25,1	17,2
1954	60	13,8	9

(Rendimientos: Yugoslavia, caída de 13,3 a 7,5; Canadá, de 16,2 a 8,3.)

74. *Op. cit.,* pp. 369-378.

en el *stock* público (400.000 unidades), Palermo alertado contra el bloqueo de 25 vagones de harina en Nápoles; ¿a quién beneficiará esa agitación?, pregunta el periodista; ¿al MSI?

Le Monde, 26 de agosto de 1973: «Crisis en "la mayor democracia del mundo"», titula el periódico. Se trata de la India.

«Hace cinco años, afirmaba orgullosamente la señora Gandhi el año pasado, los más eminentes expertos nos predecían hambre; ahora, nos autoabastecemos.»

Pero una sequía seguida por lluvias torrenciales sumió en la miseria en 1973 a cien millones de indios; el Estado tomó en sus manos el comercio de cereales, pero las ventas «paralelas» hicieron aumentar el precio del trigo un 20 por ciento en un año; niños andrajosos asedian a la señora Gandhi; hay revueltas (Bhopal, 8 muertos); se grita (como en Madrid en tiempos de Esquilache) «raciones y no palabras». Se ridiculiza el eslogan «abajo la pobreza»: se lo cambia irónicamente por «abajo los pobres».

Le Monde, 22 de noviembre de 1973: Título: «El juego de la caridad con las víctimas del hambre.» Dos franceses han visto en el país Wollo (Etiopía), aparte de la vieja mendicidad, «a familias campesinas enteras huyendo de sus tierras para refugiarse en los pueblos que atraviesa la carretera ... Se trata de una civilización rural bloqueada en un sistema feudal de otro siglo».

Sí. Pero los viajeros (comerciantes, funcionarios, estudiantes, cooperadores) desayunaron en un restaurante y compraron sacos llenos de panecillos, que echaban a los mendigos desde las ventanillas del autocar a toda velocidad. Pues bien (*Le Monde*, 1 de diciembre de 1973), en mayo último, por haber despreciado este tipo de caridad, unos estudiantes «fueron colgados por los pies y azotados» como «delincuentes» y tras enfrentarse con la policía, dejaron a seis de los suyos sobre el terreno, según datos oficiales que desautorizan la cifra de diecisiete muertos.

Así pues, todas las *formas* de la vieja crisis están presentes. Pero, ¿y *el fondo*? ¿No es acaso, *trasladado a escala mundial*, el viejo conflicto entre el temor fisiocrático a los precios de la abundancia, y las llamaradas, localizadas aunque insoportables para las capas humildes, de los precios de escasez?

La FAO lanza, «por unanimidad» (*Le Monde*, 18-19 de noviembre de 1973) llamamientos de ayuda, ya escuchados (*Le Monde*, 25-26 de marzo de 1973); es la forma más elevada del «juego de la caridad» de lanzar panecillos a las masas. Pero

la relación de 1972-1973 de la FAO plantea siempre el problema en *lenguaje de mercado,* sin empacho (p. 4) en emplear dos veces en cinco líneas la palabra «*beneficiado*», respecto a los «*ingresos por exportación*» de los países desarrollados (acrecentados en 4.170 millones de dólares), en un «*crecimiento espectacular del comercio mundial*». Es cierto que la expresión en dólares perjudica un poco la «visibilidad económica» querida por Ernest Labrousse. Pero la FAO que se preguntaba, en 1970, qué países soportarían «el costo del ajuste de la producción a la demanda» no se pregunta, en 1973, *ni geográfica ni socialmente* ¡quién soporta el costo del ajuste de la demanda a la producción! Al contrario, le inquieta un hipótetico futuro en que China, la India y la URSS (el 40 por ciento del consumo mundial de cereales) hubieran superado *definitivamente* la «desigualdad de las cosechas» (p. 76). ¿Qué sería de los vendedores? Y esto le confiere todo su sabor a otra visión del hecho coyuntural, la expresada hoy por Alfred Fabre-Luce: «El pueblo americano pagó con el alza de sus precios alimenticios el suministro de cereales a los países comunistas deficitarios. ¡También hay unos límites para el sacrificio!» (*Le Monde,* 1 de diciembre de 1973) (*sic*).

¿Por qué no? Cualquier «pueblo» paga con un alza de precios la exportación de los *stocks* acumulados en tiempos de abundancia. ¿Quién lo sabía mejor que las masas del siglo XVIII? Precios altos y precios bajos, consumidores y comerciantes, «crisis» a distintos plazos y en los dos sentidos del término, «imputación a lo político» y luchas de clases, penetración de la ideología en la teoría: el mundo todavía no está regido por las armonías fisiocráticas; el «año malo» continúa siendo una fuente de lecciones para nosotros.

EMPRESA Y BENEFICIO
INTRODUCCIÓN A UN ESTUDIO HISTÓRICO *

El tema de la «empresa», no sólo en economía, sino incluso en historia, es desde hace tiempo un tema banal, y no se trata de emular (ni de reflejar) los esfuerzos de excelentes centros de investigación y de publicaciones que, sobre todo en los países anglosajones, han estudiado y siguen estudiando «la historia de las empresas». Un ensayo francés en ese sentido podría justificarse en la medida en que dispusiéramos en particular sobre la empresa francesa, de abundantes fuentes monográficas. Vemos que, por el momento, los archivos abiertos y utilizables son limitados; lo confirma el fracaso de una revista especializada hace algunos años.

En el Instituto de Historia Económica y Social orientamos con un espíritu totalmente distinto nuestras investigaciones de seminario sobre la noción de *empresa*. La historia económica no tiene interés a nuestros ojos más que si aclara y critica la teoría recurriendo a lo concreto; pero esto exige que lo concreto sea examinado con un mínimo de rigor teórico. Y si, según Colin Clark, la historia es una ciencia «más elevada» que la economía, porque su materia engloba a lo económico en un complejo más amplio, el oficio de historiador consiste precisamente en elevar los instrumentos teóricos del economista al rango de instrumentos teóricos para la historia, o sea, para el análisis global de las sociedades.

Nuestra elección de la noción de empresa como tema de investigación tuvo por punto de partida reflexiones de muy diversos órdenes, en apariencia dispares y, por eso mismo, su convergencia nos pareció significativa. Unas cuantas se apoyaban en constataciones de actualidad. Otras estaban su-

* Artículo aparecido en el *Bulletin de l'Institut d'histoire économique de l'Université de Paris. I*, 1972, pp. 2-14, y publicado aquí con la amable cooperación de sus editores.

geridas por la historia del *pensamiento económico* en sus diversos estadios. Finalmente, un buen número de ellas nos resultaban familiares desde tiempo atrás por la naturaleza de nuestros propios trabajos personales y los campos que nos habían permitido abordar.

Actualmente, tras una época de dudas y eclipses, correspondiendo a tiempos de crisis y tiempos de guerra, la noción y —la palabra misma— *empresa* recobra en la vida económica, e incluso en la vida cotidiana, una presencia insistente, casi obsesiva, no desprovista de una tendencia a la mitificación, tanto en la publicidad y en las «ofertas de empleo» de los periódicos como en los títulos deslumbrantes de las revistas, tanto en la peor de las vulgarizaciones como en reflexiones teóricas del más alto nivel, o incluso en ensayos de síntesis a medio hacer, como los tres volúmenes de PUF publicados bajo la dirección de Bloch-Lainé y François Perroux.[1] En un sentido, el «boom» capitalista de los años sesenta parecía susceptible de renovar el «poder de sugestión» de la teoría schumpeteriana del empresario, de la que François Perroux dijo un día, en un resumen que quería asociar al triunfalismo del historiador de antaño el rigor del economista de nuestros días: «Esta fórmula de economía pura es una sublimación de la epopeya de la empresa moderna.» Además, el hecho de que François Perroux, en la misma presentación de la *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (1912), no dudara en aproximarse a los *Périodes de l'histoire sociale du capitalisme* de Henri Pirenne, de 1913, nos incitaba también, tanto a asociar una vez más las coyunturas intelectuales a las coyunturas económicas, como a ampliar las consideraciones históricas sobre «la empresa», mucho más allá de los horizontes del capitalismo industrial. En fin, Schumpeter y Pirenne habían hablado menos de «empresa» que de «empresario»; en la actualidad, en cambio, se pone todo el acento en «la empresa». ¿Se trata de una despersonalización? Pero está el «manager», el «PDG», el «promotor». Y precisamente Schumpeter, dándole al término *innovación* su más amplio sentido (tanto descubrimiento como invención, novedad en los intercambios y en la financiación, tanto como en las técnicas de producción), autorizaba toda extensión de su teoría, en el sentido de la «Führerschaft», a las más diversas formas de iniciativa en materia económica. Sin embargo, ¿dónde si-

1. F. Bloch-Lainé y F. Perroux, *L'Entreprise et l'Économie du XX[e] siècle*, París, 1967-1968.

tuar, y a qué nivel exactamente, la libertad, la posibilidad y la responsabilidad de combinar los factores de producción y jugar el juego del mercado? No es fácil captar, en la práctica y la teoría del capitalismo contemporáneo, con qué criterios se decide la designación, empleando la palabra «empresa», unas veces de una mera unidad técnica de explotación, y otras, de enormes pirámides económico-financieras, donde se complican y se velan, en distintas escalas, las relaciones entre propiedad y disposición del capital, entre poder de decisión (económico o técnico) y adecuación del producto. Ahora bien, si la «formación de capital» está reconocida hoy como motor principal del crecimiento de las economías, y habitualmente sale a la luz en los cálculos macroeconómicos de las diversas contabilidades nacionales, no es menos útil el mismo fenómeno en la empresa (aspecto concreto de idéntica *relación social*), para el conocimento de los mecanismos de base; señala pues, por lo menos tanto y tal vez más todavía que las constataciones globales, el esfuerzo de análisis y de observación del historiador.

Siempre dentro de las sugerencias de actualidad, desde los años 1960-1965, se plantean otros grandes problemas en torno a la noción de empresa, por la «reforma» de la economía en los países socialistas; esa «reforma» llama la atención de los observadores occidentales, hasta el punto de que algunos de sus trabajos parece que hacen datar en su aparición el interés que presenta el funcionamiento de las economías socialistas; pero se trata del funcionamiento de «la empresa», con reservas sobre la validez de las equivalencias semánticas; ¿hay que entender por esto también aquí la unidad de producción (o de venta) exclusivamente como se entiende en general? ¿Y quién decide las creaciones, las transformaciones? Como máximo, en una planificación centralizada, el «empresario», individual o colectivo, es el único responsable de la planificación. La eventualidad no es tan paradójica como podría parecer: la economía albanesa, después de todo, no debe de ser una empresa más desmesurada que la General Motors.

Estas evocaciones de actualidad muestran en primer término *la trampa de las palabras*. Y en consecuencia sus lecciones: lecciones en el espacio, lecciones en el tiempo. ¿No haría falta, para cada país socialista, lo mismo que antaño para cada invención burguesa, seguir las pautas de elección del vocabulario antiguo a la hora de designar unas cosas tal vez

nuevas? Y ¿estamos seguros de haber tenido en cuenta, en nuestras traducciones, el sentido real de esa elección? ¿No es acaso divertido, a la vez que «*management*» se convierte en un término francés, ver a los anglosajones apasionarse por la historia «*entrepreneuriale*»? Cuando Charles Morazé, al final de sus *Bourgeois conquérants*,[2] concluyó: «Los empresarios ... derriban la vieja sociedad ... » ¿hay que entender que identifica al «empresario» con el «burgués»? En su «índice de conceptos», no se descubre ni uno ni otro, pero el hallazgo no es fortuito. Sólo que la historia de la Empresa no puede ser una suma de historias de Empresarios.

Habría pues que hacer una historia de la palabra, *de las palabras*. Porque, claro, «empresarios» precede a «empresa» y «empresa», en su ingenuo primer sentido *de acción de emprender*, es a la vez menos concreto que empresa en sentido de fábrica o de tienda, y menos abstracto que la empresa «concepto» en vías de convertirse en una ideología. Sería importante seguir los pasos, el deslizamiento de la acepción según la función de su empleo, los hechos que relegan al olvido el núcleo semántico original, en particular del sentido de *iniciativa* al sentido de *gestión*. ¡Y al revés! Es cierto, por ejemplo, que la teoría de Schumpeter es una reacción contra la tendencia del siglo XIX a llamar «empresario» a todo propietario o todo gerente de una unidad técnica de producción, y no únicamente al innovador; mientras la asociación, tan natural hoy día, de los dos abstractos gestión-empresa deja entender, y no con inocencia, que la gestión de toda unidad económica, cualquiera que sea, es una iniciativa continua de creación o de transformación. ¡Apologética implicación!

Todo ello incita a remontarse a las fuentes, a los «primitivos». Por lo menos hasta Cantillon, en quien se dibuja primero la sacrosanta tripartición tierra-trabajo-capital, rentista-asalariado-empresario:

> Sólo el Príncipe y los propietarios de tierras viven con independencia; todos los demás órdenes y todos los habitantes están a sueldo o son empresarios...[3]

El campesino es empresario; el comerciante, el artesano y el que hace paños son empresarios; pero lo son también

2. Ch. Morazé, *Bourgeois conquérants*, París, 1957.
3. R. Cantillon, *Essai sur la nature du commerce en général*, ed. INED, París, 1952, p. 33 (1.ª edición 1755; redactado con anterioridad a 1734).

«quienes se encargan de las minas, los espectáculos, las construcciones, *etc.*, los negociantes de mar y tierra, *etc.*, los asadores, los pasteleros, los cabareteros, *etc.*». Los *et caetera* son de Cantillon, que subraya, por ese procedimiento, como por el voluntario acercamiento entre las minas y los espectáculos, los negociantes y los asadores, la extensión y heterogeneidad que quiere darle a la noción empresa, para llegar a lo que, en su mente, es el criterio principal: «emolumentos inciertos» en contraste con «emolumentos fijos». Tienen «emolumentos fijos»:

> el general que tiene una paga, el cortesano que tiene una pensión, y el criado que tiene un sueldo. *Todos los demás son empresarios,* ya se hayan establecido con un fondo para llevar su empresa, ya sean *empresarios de su propio trabajo,* sin fondo alguno, y entonces se puede considerar que viven en la incertidumbre; incluso los mendigos y ladrones son empresarios de esta clase...

No se podría ser más amplio ni más claro. Y el primer intento de juzgar una industria según la relación numérica entre sus exigencias de capital y sus exigencias de trabajo es, para Cantillon, el ejemplo del aguador, sus dos cubos y su jornada.

La observación de una sociedad subdesarrollada sugiere pues, tanto para la «empresa» como para la «industria», un sentido simultáneamente extenso y vago, y que algunas veces sobrevivirá mucho tiempo; un día, un limpiabotas español me mostró, con un guiño de ironía, su carnet de «industrial». De hecho, lo que Cantillon define históricamente, es la visión de un asalariado del Antiguo Régimen —paga del general, pensión del cortesano, sueldo del criado— frente a una proliferación de «empresarios de su propio trabajo», incluidos todos los oficios menores. ¿Se cita lo suficiente en las descripciones de la sociedad precapitalista? El genio de Cantillon me parece estar menos en esa «lucidez», en esa «penetración incomparable» ante «la función económica y sociológica del empresario», que le atribuye una nota de M. Salleron,[4] que en la presciencia del *futuro* papel de esa función. En la sociedad observada por Cantillon —no olvidemos que es la sociedad contemporánea a la redacción del *Essai* (1733) y no la de su publicación (1756)—, el empresario, al igual que el asalariado, sigue «dependiendo», nos dice, de la realidad aún

4. *Ibid.*, p. 33.

dominante, o sea, *de la tierra*. Pero al considerar a todos los que «viven de lo incierto», se observa ya que «todo el trueque y la circulación del Estado se producen por [su] conducto». Esa es la verdadera previsión del futuro de la empresa.

Ahora bien, la evolución debió apresurarse, porque, desde 1766, Turgot, en sus *Réflexions sur la formation et la circulation des richesses*, enfrenta, en el campo industrial, a «los empresarios de manufacturas, maestros fabricantes, todos ellos dueños *de grandes capitales*, que revalorizan haciendo trabajar por medio de sus adelantos», con los «simples artesanos, que no tienen más bienes que sus propias manos, que no adelantan más que su propio trabajo diario, y *no tienen más beneficio que su salario*», mientras lamenta la insuficiencia en el campo agrícola, «de hombres ricos que tengan *grandes capitales* para emplear en las *empresas* agrícolas ... ».

Así pues, de Cantillon a Turgot, a través de las palabras y sus asociaciones, se capta la evolución de las nociones de empresa y de salario. También se podría intentar el análisis de *beneficio* y *capital*. Otros tantos conceptos «recogidos ingenuamente». *Resulta que sólo la historia —acontecimientos y textos en unión—* puede criticar la «ingenuidad» de esa «recogida».

Hasta ahora no hemos hecho más que seguir ilustres ejemplos, los de Henri Hauser sobre la palabra o concepto de «industria», los de Lucien Febvre sobre «civilización» y «capitalismo». Hubiésemos deseado llegar más lejos en torno al concepto de *empresa* (lo hemos hecho más bien en torno al de *beneficio*), por medio de una confrontación de los textos con los *conceptos teóricos* elaborados sucesivamente por la economía clásica, por el marxismo, y las distintas formas de pensamiento económico contemporáneo.

Y por otro lado, hoy parece que es urgente someter el *discurso económico* a todos los niveles —desde la conversación y la correspondencia hasta el teorema científico, pasando por todos los estilos de periodismo—, al *análisis de estructura* que proponen los lingüistas para otra clase de «discursos», en particular el discurso político.

Desgraciadamente, en ese esfuerzo colectivo tropezamos con dos obstáculos: la débil formación económica de base de los estudiantes de historia a nivel de erudición, y la dificultad

para encontrar colaboradores, capaces de manejar varios idiomas, para una encuesta que debería ser internacional.

El último (y más alejado) origen de esta encuesta sobre «empresa y beneficio» se sitúa justamente fuera de Francia, en efecto, pues se trata de mis propias reflexiones sobre la formación de capital en la Cataluña española, desde alrededor de 1700 hasta más o menos el año 1800.[5] Las formas me parecieron lo bastante distintas de lo que normalmente recuerda la historia económica, por ejemplo de Francia en Inglaterra, como para que haya que imaginar unos procesos distintos al inicio de la revolución económica del siglo XVIII.

Tanto en el espacio como en el tiempo, se puede constatar la alternancia, o la coexistencia de cristalizaciones masivas de capital monetario, y floraciones «liliputienses» de iniciativas económicas, sin que pueda adelantarse que las primeras serán invertidas de forma productiva y las últimas progresarán sólo a «paso de tortuga». «El empresario de su propio trabajo», tal como lo vio Cantillon, puede perfectamente estar en los orígenes de una acumulación productiva; pueden existir «grandes capitales», los deseados por Turgot o Young, sin ser creadores. Veremos que la enorme constitución de fortunas en manos de los arrendadores de impuestos, en Francia («fermiers genéraux»), por ejemplo, seguramente merece el nombre de *primitiva* al no tener nada en común con la reproducción capitalista, aunque no merece en absoluto el de *previa*, porque no preludió nada nuevo.[6] Al contrario, los arrendamientos de derechos señoriales y reales en Cataluña, aunque de la misma naturaleza que la «Ferme générale» francesa, son realmente una forma de acumulación previa, porque, dispersas entre las manos de comerciantes o maestros-artesanos, consiguieron introducir su producto en los circuitos del capital comercial y finalmente industrial, sin olvidar los de la modernización agrícola. Lo que importa, pues, son menos las dimensiones de las ganancias en la cúspide que el mecanismo de su empleo «en la base». De ahí el interés, y la necesidad, de la *microobservación*.

Ello revela también que no existe identidad entre el nivel del empresario y el de la empresa: la empresa del siglo XVIII puede perfectamente no ser más que una realidad (o, si se quiere, una ficción) *contable*; pero, en la proliferación de

5. P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París, 1962, 3 vols.
6. J.-F. Gama, *La nature de l'entreprise économique de la Ferme Générale au XVIIIe siècle. Accumulation et emploi du capital par les fermiers généraux*, Memoria de maestría, París I, 1969.

«compañías», ¿dónde se coloca el «empresario»? ¿Es el «hombre de negocios», cuyo poder de enriquecimiento y de decisión depende del número y de la importancia de las compañías en las que está «interesado», por haberse conformado con invertir capital en ellas o simplemente controlarlas? ¿Es al contrario el *gerente efectivo* de la unidad de intercambio o de producción (tienda, buque, fábrica ...), subordinado en apariencia al capital que no le pertenece, pero responsable real de su reproducción, de su ampliación?

Esa compleja relación entre capital financiero y célula económica de base sugiere una proximidad, un parecido entre los siglos XVI, XVIII y XX, mientras que en el XIX —y quizás también el XVII— se manifestó una preferencia hacia el capital individual, o más bien familiar, en torno a su gestión y su reproducción por autofinanciación. Pero los lugares y los momentos en que triunfan esas tendencias, esas preferencias, pueden revelar, gracias a una encuesta sistemática, los factores de los que dependieron.

Las tendencias coyunturales seguramente favorecieron una sucesión de diversos *tipos de ganancias*. Me permito recordar que en 1960, en Estocolmo, había señalado la historia del movimiento de los beneficios como una de las tareas posibles, tal vez la principal, a asumir por el historiador-economista.[7] Y ha sido exactamente una tarea de ese tipo la que ha realizado desde entonces, respecto a unos episodios concretos, la *New Economic History*. ¡Pero tal vez se pudiera ampliar más todavía el sentido de ese intento! El estudio estadístico de los juegos de la rentabilidad sobre la hipótesis de la investigación espontánea de las rentabilidades máximas como una característica de la empresa, no adquiere verdadero valor más que si se aplica a unos fenómenos estructurales, como en el caso de la abolición de la esclavitud, o a tendencias de larga duración, como el caso del descenso de los fletes marítimos.

Nos encontramos ante una sugerencia del mismo género, que no llega al cálculo, pero hace desear que se intente, cuando Vitorino Magalhães Godino, en *Prix et monnaies au Portugal*,[8] afirma que «*la crisis y la depresión comerciales domi-*

7. P. Vilar, «Croissance économique et analyse historique», *Première Conférence internationale d'histoire économique, Estocolmo, 1960*, París-La Haya, 1960, reproducido en *Crecimiento y Desarrollo*, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 17-105.
8. V. Magalhães Godinho, *Prix et Monnaies au Portugal, 1750-1850*, París, 1955.

nan el desarrollo industrial», paradoja que significa solamente: cuando los índices del beneficio se derrumban en el seno del capitalismo comercial, se busca compensación en las inversiones industriales, a nivel individual o a nivel estatal. Es inútil añadir que semejante hipótesis de trabajo, nacida de la observación del Portugal de Pombal, no aclararía realmente el fenómeno y su teoría más que si se verificase masivamente por medio de la historia comparada. Pero la crisis de 1929, con los bosquejos de industrialización que provoca en América Latina, y los intentos de «autarquía» en la misma Europa, podría ser reexaminada desde ese prisma.

Sin embargo, la investigación sería aún más interesante a largo plazo. De los Descubrimientos a la Revolución industrial, la historia de los beneficios en el gran comercio es una *regularización* y una *disminución de los riesgos*, pero también un descenso tendencial de los índices medios de beneficio, que está en la lógica de un aumento de la competencia en los mercados lejanos, antaño reservados. Muy probablemente ese descenso tendencial de las tasas de beneficio comerciales y coloniales de finales del siglo XVIII (aunque debería demostrarse mejor) tuvo que hacer resaltar más la enormidad —en sentido etimológico— de los primeros beneficios industriales cuando las innovaciones técnicas inauguraban una producción en masa. En un sentido, *«la aventura»* cambiaba de terreno.

Por fin, en una fase más próxima a nosotros, el descenso tendencial de esas mismas tasas de beneficio industrial anunciado por Marx, se verificó realmente a finales del siglo XIX. Pero habría que observar, en cuanto al XX, la intervención y la función, según los lugares y las épocas, de la otra previsión de Marx, «las influencias opuestas»: superpoblación relativa, comercio exterior y privilegios coloniales, parte reducida de los dividendos distribuidos, concentración, monopolios y, finalmente, intervencionismo estatal. Así se justificaría la proximidad entre algunos rasgos del siglo XX y algunos otros del XVI, o del XVIII (expansión del capital financiero, mercantilismo, imperialismo). La historia más general está vinculada a esos vaivenes de los caracteres de la empresa, entendiendo empresa en el sentido más amplio. Pero no hay historia de la empresa sin historia de las tasas de beneficio: de ahí la vertiente doble —y el título doble— de nuestro proyecto de encuesta: «Empresa y beneficio.»

Queda por decir que la segunda palabra, lo mismo que la primera, tiene sus misterios.

Beneficio lo mismo puede tener tanto el sentido más amplio y más vago —«*ein Plus machen*»— que el sentido contable más preciso, en la columna «beneficios y pérdidas» de la contabilidad de una empresa seria. Pero, entre esos dos extremos ¡cuántas definiciones posibles, y cuántas dificultades para escribir unos números detrás de un concepto! En una expedición marítima y comercial ¿a qué capital hay que referir el beneficio? Y en el tiempo, ¿en cuántos ejercicios distribuirlo? ¿Quién ha calculado alguna vez el «beneficio empresarial» del campesino, o del cirujano, según el trabajo y el capital? ...

Es evidente que Quesnay y Marx intentaron captar *globalmente* el secreto del «producto neto» y de la «plusvalía». Pero Marx se proponía principalmente distinguir la plusvalía del beneficio, cuyos índices pueden variar de forma contradictoria. Sus adversarios también hacían la distinción, ya que se proponían imputar el producto a diversos factores, respectivamente retribuidos por el salario, la renta, el interés y el beneficio. Pero hoy, la noción de «excedente» global vuelve a introducirse en la teoría bajo formas diversas y he aquí que se propone llamarlo pura y simplemente «beneficio». En 1969 J. Ullmo, tras exponer lo que denomina «*una teoría puramente contable y por eso mismo poco contestable*» del beneficio, observa:

> que confirma la intuición (*sic*) fundamental de Marx: el total de los beneficios es en sentido estricto una plusvalía producida por el plustrabajo que los productores pudieron realizar por encima de lo suficiente para asegurar el consumo habitual ...[9]

Marx, en realidad, hubiera escrito: *su* consumo y no *el* consumo habitual, porque estimaba que el consumo de los no productores estaba incluido en la plusvalía; pero, en cambio, estimaba despreciable la posibilidad de ahorro de los trabajadores, que hoy forma parte, bajo la indeterminada rúbrica «ahorro familiar», de la «formación de capital».

No obstante, lo que transforma el dinero en capital, ¿es efectivamente esa formación, es ese origen, o es más bien *su empleo*? Es la costumbre de considerar que todo lo que no se consume se invierte lo que permite hoy esa «*defensa*

9. J. Ullmo, *Le profit*, París, 1969, p. 51.

del beneficio» reivindicada por J. Ullmo, en realidad defensa de la plusvalía o, más bien, de la inversión o, mejor aún, del capital. Del capital en el sentido en que lo entendió Marx, que no es, como a veces se cree, la condena de una categoría necesaria, sino, al contrario, el reconocimiento de una condición fundamental de la reproducción ampliada, por la prioridad atribuida a los medios de producción. Lo que Marx ataca es la *apropiación* del capital existente que arrastra la de toda la plusvalía. Ahora bien, el examen de esa apropiación lleva a J. Ullmo a la dicotomía empresario-empresa:

> El empresario, persona física, percibe el beneficio-renta, que pone en entredicho los principios morales de la distribución de las rentas. La empresa, persona moral, utiliza el beneficio para fines diversos, cuyo valor debe ser juzgado bajo el ángulo de la eficacia económica y el interés nacional ... [10]

Pero precisamente, ¿se emplea siempre el beneficio (en cuanto es renta y renta de una o varias «personas físicas») de manera inmejorable? ¿Se invierte automáticamente al máximo de posibilidades? Dejando a un lado toda polémica, y toda« moral» ¿basta acaso el paso de lo concreto a lo abstracto, del empresario a la empresa, para exorcisar la contradicción entre lo individual y lo social, entre el cálculo (o la intuición) microeconómica y el crecimiento global y armónico? ¿Volveríamos a Bastiat? Indudablemente, J. Ullmo no deja de enfrentar la época de prolongadas holganzas y gastos «suntuarios» de las clases altas del Antiguo Régimen con la austeridad victoriana, y los sutiles cálculos económicos de la más avanzada de las empresas actuales. Pero el historiador desearía unas sugestiones más originales. En cuanto al período actual, si el cálculo económico fuese llevado por cada empresa al máximo de su racionalidad, ¿cuál sería su dinamismo? ¿Reagrupación en una sola empresa? Pero ¿a través de qué etapas, a qué nivel, y dónde encontraría la incitación para desarrollarse? Hallamos de nuevo los problemas que nos planteábamos al principio respecto a la «empresa socialista». Mientras tanto, en el capitalismo las eliminaciones, sin duda nada irracionales, pero anárquicas, parece que se llevan la

10. *Ibid.*, p. 210.

palma. Y no está muy claro (en cualquier caso, lo sugería uno de nuestros estudios) si las empresas con un mayor dinamismo no obedecen más a la coyuntura que al cálculo, tantas veces inexistente.

Desde entonces la esperanza de un futuro racional más o menos lejano no nos exime de la preocupación de estudiar un presente, un pasado reciente, un pasado lejano donde el juego empresa-beneficio-crecimiento aparece al mismo tiempo como determinante y determinado, en constante relación con la historia más general. Los resultados globales de las «empresas» individuales o colectivas, en sentido más amplio, se llamaron *crecimiento* y *cambios de modos de producción.* También se llamaron *crisis* y *factores de subdesarrollo.* Por eso es importante el estudio *histórico*: a la vez a nivel global y a nivel de los micromecanismos de la acumulación, no para enfrentar los «casos concretos» a los «modelos», sino para sortear los dos escollos en los que la historia económica ha naufragado tantas veces: la hagiografía del empresario, y el mito de la empresa abstracta. Algunos de los estudios hechos bajo nuestra mirada precisaron los rasgos de tal o cual *novador*: un Montgolfier, hablando con propiedad, *inventa el salariado,* lo que es más importante que la *montgolfière.* Los maestros de forja, hacia 1800, saben ya practicar el cálculo de previsiones a medio plazo. Pero en cambio, cuántos productores del siglo XIX en la industria textil no se fijan en el beneficio máximo, sino en el medio, en una verdadera obsesión por la superproducción y la crisis. Es, pues, importante situarse siempre dentro de *una* coyuntura y *un* sector. La misma actitud para con el beneficio —en la práctica, en la teoría, en la ideología dominante— revela a menudo profundos fenómenos.

En particular, sería tentador relacionar las fases de expansión y contracción del capitalismo con las corrientes ideológicas y las direcciones teóricas (menos alejadas de lo que pudiera creerse) que sucesivamente exaltan, o minimizan, las nociones de producto neto, de plusvalía, de excedentes, aisladas o no de la noción de beneficio.

Marx podría pasar muy bien, en esa perspectiva, por el teórico socialmente crítico, pero económicamente deslumbrado, de una fase de desarrollo; mientras que Böhm-Bawerk, que defendió en su contra el interés (aunque no el beneficio),

o los marginalistas, que eliminaron el beneficio de las ecuaciones de equilibrio, corresponden a una época de inquietud y estabilización, muchas veces de malthusianismo. Se puede advertir un contraste del mismo tipo entre Schumpeter y Hicks. Después de 1950, la vuelta a una concepción del beneficio global, confundido con la inversión, marca una fase de vivo crecimiento y buena conciencia del capitalismo. Pero desde 1970-72 los signos han sufrido un cambio.

Y para el historiador, esas alternancias de «buena» y «mala» conciencia en torno al beneficio, no son un tema de reflexión infructuoso en aquellos que hacen profesión de investigador en relación con la carga peyorativa, siempre persistente, que la palabra no ha dejado de llevar. «Espíritu de empresa» es noble, «espíritu de beneficio» vulgar. Los que «viven de modo inseguro», ponen sus riesgos por delante para, llegado el caso, exigir mucho; pero ese «mucho» choca con la imaginación, y pronto parece escandaloso para aqueqos que «viven de forma fija» una seguridad generalmente mediocre, a menudo miserable, y a veces amenazada (el paro existe). Beneficios de especulación, beneficios de innovación, beneficios corrientes de empresa, renta de la tierra o interés del dinero: Marx, al unirlos en una sola categoría, se ha sumado de hecho a la opinión común, que apenas los distingue.

Ciertamente, todos saben que la Edad Media condenó cualquier clase de interés del dinero, por temor a la usura, cruel experiencia; se puso en el punto de vista del consumidor; fue, según Pirenne, menos «acapitalista» que «anticapitalista». Pero no sería difícil demostrar que se admitió un interés corriente, moderado, en todo tipo de operaciones: hay «beneficio», y por ello escándalo sólo por encima de un cierto interés admitido comúnmente; el siglo XVI lo pone en evidencia a través de la reflexión que inspira a los teólogos el nuevo comercio. Un usurero del Franco Condado, contemporáneo suyo, perseguido por haber retenido, por encima del 8 por ciento declarado, un 4 por ciento adicional sobre uno de sus anticipos, se defiende porque «bien tenía *que aprovecharle su dinero para algo*». Los españoles de la misma época, que vivían gustosamente de rentas, detestaban a los genoveses que ganaban el «chento per chento» al introducirse en el circuito Europa-metal americano. Los beneficios muy grandes atraen, pero también indignan. Una de las últimas memorias de maestría de nuestro Instituto, la del señor

Christophe Charle[11] muestra estupendamente que en los últimos años del siglo XIX, Zola, el banquero especulador y el ingeniero saint-simoniano, dudaba entre la condena y la admiración, porque sus nociones sobre «el Dinero», el crédito, el beneficio, el capital, la banca y la bolsa, seguían confusas, como seguían confusas (es correlativo) sus nociones sobre la aportación y el proyecto de Marx.

En cuanto a este último, pudo, muy conscientemente, proponer un análisis no «intuitivo», sino perfectamente elaborado, de todas esas categorías del capitalismo, y al mismo tiempo hacer de ese análisis un arma ideológica, que plantease los problemas de la *propiedad* y de la *eficacia real* del capital. De hecho, su teoría sólo se convirtió en un arma a nivel de las masas, al combinarse con la carga pasional negativa que habían comportado, sucesiva o conjuntamente, las palabras interés, renta, beneficio, especulación o acumulación.

«Empresa» es menos comprometido y puede servir, pues, por la «sublimación» adivinada por François Perroux, a la contraofensiva ideológica del capitalismo. Un portavoz de la patronal francesa, en una entrevista concedida el 12 de junio de 1972, cita una frase de Jean Ullmo posterior a su libro sobre «el beneficio»:

> La empresa tiene por finalidad superior, aunque muchas veces inconscientemente, contribuir al surgimiento de una nueva forma de organización social ...

Bajo esta prudente fórmula (inconsciencia y simple contribución), esta definición de la función de la empresa que quiere ser anunciadora de futuro parecería utilizable para el pasado, en la definición de nuestras líneas de investigación, a condición de tomar «la empresa» en su acepción más general: un sentido en el que Colón apareciera como el mayor empresario de los tiempos modernos y Lenin —creador de la firma URSS— como el mayor empresario de los siglos contemporáneos. Pero estos devaneos mentales de poco servirán si no estudiamos, antes que a Colón, a sus predecesores portugueses, y después de Colón, la combinación de las dos «compañías» que iban con los descubridores: compañía mi-

11. Ch. Charle, *La Vision capitaliste dans* «L'ARGENT» *de Zola. Littérature, idéologie et société.* Memoria de maestría, París I, 1972.

litar y compañía financiera. Y lo mismo se puede decir con respecto a Lenin, el papel de los conceptos descubiertos por Marx y su aplicación concreta en la planificación, esa nueva forma de «empresa».

La cuestión fundamental («¿Qué parte del producto será invertida?») se decide a nivel de empresa. Pero no se aleja mucho de las cuestiones: «¿Quién posee o adquiere los medios de inversión? ¿Quién decide su empleo? ¿Y con qué fines?» Frailes roturadores, príncipes navegantes, «labradores» emprendedores, capitanes de industria, planificadores socialistas. Cuesta creer que esos distintos tipos de inversores hayan obedecido a móviles idénticos, y que la sociedad que los rodeaba los considerase de la misma manera; cualquier salto cuantitativo del índice de inversión tiene un significado cualitativo, un sentido de estructura. Éstas son las cuestiones que había planteado en 1960 en la Primera Conferencia internacional de historiadores economistas, para pasar, esencialmente, de la historia económica a la historia general. Por ello, en nuestras discusiones de seminario, no hemos dejado de abordarlas. Desgraciadamente, los trabajos que inspiraron siguen dispersos, puntuales, elegidos a tenor de las posibilidades individuales y las fuentes existentes. Sólo deseamos que un mismo espíritu, una misma problemática permitan algún día reunirlos en un conjunto.[12]

12. Señalemos la tesis de Estado, sostenida en junio de 1980, de Mme Hélène Vérin, *L'Entreprise et l'Entrepreneur au début du XVIIIe siècle* (de hecho, estudio de la noción empresa desde la Edad Media bajo el ángulo epistemológico y filosófico, pero muy bien informado históricamente). Recientemente sintetizado en *L'entreprise-Historie d'une ideé*, PUF, París, 1982.

PARA UNA MEJOR COMPRENSIÓN ENTRE ECONOMISTAS E HISTORIADORES: ¿«HISTORIA CUANTITATIVA» O ECONOMETRÍA RETROSPECTIVA? *

Desde hace algunos años, un grupo de economistas ha puesto manos a la obra para elaborar «una historia cuantitativa de la economía francesa». Se han publicado resultados. Y encabezando el primer *Cuaderno*, en una especie de manifiesto, el promotor de la obra, Jean Marczewski, define lo que entiende él por «historia cuantitativa».[1]

Tal promesa había de interesar por fuerza a los historiadores, y en particular a los historiadores de la economía. La acogieron con respeto por el rigor científico anunciado. Con asombro y admiración, ante la rapidez de sus resultados.[2] Con esperanza, por anunciar los datos ya recogidos tan amplia y próxima cosecha.

Si ese recibimiento pudo ir acompañado de ciertas reservas, no fue tanto a causa del desdén manifestado —y cortésmente justificado— por la joven escuela «cuantitativa» hacia lo que denomina «la historia económica clásica». Fue a causa de las consecuencias de ese desdén en las primeras realizaciones que han visto la luz.

Ignorar a sus predecesores es a la vez ganar y perder tiempo. Descuidar las advertencias clásicas ya es correr un peligro más grave; referirse sin críticas a fuentes dispares es levantar en el historiador una desconfianza insuperable, porque sabe que en un retroceso de un siglo o dos, las palabras

* Artículo aparecido en la *Revue historique* (abril 1965), pp. 293-312. Publicado con la amable autorización de los editores.

1. J. Marczewski, «Histoire quantitative. Buts et méthodes», en *Histoire cuantitative de l'économie française. Cahiers de l'Institut de science économique appliquée,* 115 (julio 1961), pp. III-LIV.

2. *Ibid.,* J.-C. Toutain, I. «Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1858», pp. 1-216; II. Suplemento al mismo *Cahier* (julio 1961); III. «La population de France de 1700 à 1959», Suplemento al *Cahier* 130 (enero 1963).

y las cifras cambian de sentido. Después de todo, en «historia cuantitativa» existe la palabra «cuantitativo», pero también «historia». No hay esfuerzo interdisciplinario si cada disciplina, dispuesta a impartir lecciones, no acepta recibirlas.

Por lo tanto, se imponía una discusión. Afortunadamente la inició Pierre Chaunu, a buen seguro el historiador de la nueva generación que ha manejado la mayor cantidad de datos históricos en cifras. No digamos «cuantitativos». Él prefiere llamarlos «seriales». E indudablemente, tiene razón desde este primer momento, porque la historia económica pocas veces consigue «*cantidades*» absolutas, mientras que ha elaborado ya muchas *series* útiles.

Los *Cahiers Vilfredo Pareto* publicaron esta crítica de P. Chaunu entre una respuesta de J. Marczewski y una nueva edición de su «manifiesto».[3] Y ya entonces su respuesta conduce a un deseo de verdadera colaboración, lo que en un principio parecía ofrecerse como sustitución. Con estas referencias, el debate se revela útil. No puede dejar indiferentes a los lectores de la *Revue historique.*

Y es que no se trata de una guerra de palabras, de un control de etiquetas. Como dice Pierre Chaunu en una frase precisa: «La confusión está, por encima de las palabras, en los métodos, y un poco también en las mentes.»

Tampoco es una guerra entre escuelas. Hace ya mucho tiempo que el *Methodenstreit* entre teoría e historia se zanjó para los economistas. Hoy todos ellos declaran más o menos ser teóricos e historiadores al mismo tiempo. ¿Y puede reprocharse a los historiadores, en 1964 en Francia, el hecho de no estar atentos a la economía?

Como cabía esperar, el peligro ha cambiado de dirección. Otra vez lo advierte P. Chaunu con unos términos excelentes: «El historiador no gana forzosamente nada imitando al economista, ni el economista improvisándose historiador».[4] Digamos que ha llegado el momento, para unos y otros, no de sustituirse, ni siquiera de rodearse de barreras, ni tampoco de prestarse las técnicas (podrían prestarse técnicos), sino

3. *Cahiers Vilfredo Pareto,* Ginebra, 3 (1964); J. Marczewski, «Buts et méthodes de l'histoire quantitative», pp. 125-164; P. Chaune, «Histoire quantitative et histoire sérielle», pp. 165-175; J. Marczewski, «Quelques observations sur l'article de M. Chaunu», pp. 177-190.
4. Art. cit., p. 166.

de asimilar pacientemente las exigencias, actitudes y hábitos —*una cultura*— complementarios, que impidan a los unos moverse con torpeza en el espacio económico, y a los otros perderse cuando retroceden en el tiempo.

Pero tal vez este modesto consejo no convenga a la crisis de crecimiento (y por lo tanto de impaciencia) que atraviesa el conjunto de las ciencias humanas. Fascinadas por los éxitos de las ciencias físicas, por los progresos de la teoría y de los instrumentos de información, por las nuevas matemáticas, ponen en el cálculo sus esperanzas (lo cual está bien), y a veces su orgullo (lo cual es prematuro).

Las ciencias económicas, las más avanzadas con mucho en la formulación matemática de sus problemas, se creen con base para *proponer modelos* (en los dos sentidos de las dos palabras). La sociología quiere ser sondeo estadístico, trama de estructuras. La estrategia, y pronto también la política, que dice ser su forma más elevada, trabajan en la conceptualización de sus fines y la codificación de sus medios.

Pero la historia, que para cada espacio de tiempo y cada parcela de terreno, se esfuerza por reconstruir una economía, una sociología, una política, una estrategia —con las modalidades de pensamiento que se derivan y que las dirigen—, se siente tímida ante tantas técnicas por integrar, dudando de poder conjugarlas. Nota con satisfacción el reconocimiento implícito del carácter científico de su objeto, que le fue contestado durante tanto tiempo. Desearía salirse del estado de descripción impresionista y de «pobre y pequeña ciencia coyuntural». Pero sospecha que su vocación, que no es análisis y sincronía, sino totalización y diacronía, exigiría una información menos fragmentaria que la suya, y sin duda (poco se piensa en esto) una matemática renovada una vez más. Se permite encontrar bastante pueriles las proposiciones que le llegan desde fuera: la cuantificación del fenómeno guerra por Sorokin, o la aplicación, por Pierre Vendryès, del cálculo de probabilidades a la campaña de Egipto.

Entonces, ¿vamos a desmoralizarnos? No faltan peticiones de una historia anecdótica. Véanse los concursos de la televisión y las bibliotecas de estación. Los grupos humanos (y la humanidad), lo mismo que los individuos, prefieren acordarse que comprender. Después de todo, si el historiador les ayuda a recordar, no estaría tan mal.

Y si tenemos miras más elevadas, ¿por qué no confor-

marnos con las alegrías de la historia como inteligencia, la de Lucien Febvre y Michelet, la que encuentra la unidad de lo humano gracias a un cierto genio específico? Precisamente Jean Marczewski dice estar «dispuesto a reconocer» que un genio de ese tipo puede alcanzar un «grado inigualable de fidelidad histórica», incluso con malos instrumentos.[5] Pero su condena de esos instrumentos sitúa al historiador medio al margen de la ciencia, pues no es seguro que todo el mundo pueda tener genio.

Naturalmente, J. Marczewski, en su crítica de los «instrumentos» no piensa más que en los historiadores de la economía. Es a ellos a quienes se ha pedido que realicen un examen de conciencia. Al escuchar a Ernest Labrousse, habían creído poder entregarse a una ambición accesible a la vez que exaltante: darle a esa historia inteligente tan difícil de alcanzar, o más sencillamente aun a esa «historia razonada», cuya invención atribuía Schumpeter a Marx, una sólida *infraestructura objetiva*, que permitiera, por un acercamiento sin lentitud ni precipitaciones, reanudar los lazos entre economía, sociedad, vida política y espiritual, para unos lugares y momentos determinados, en prudentes síntesis. Al llamar «historia económica clásica» a ese esfuerzo (que parece conocer poco), y al ver apuntar, en un congreso de economistas en 1953, una «historia cuantitativa», única digna de ser llamada ciencia, ¿no comete Jean Marczewski, permítame preguntárselo, unas cuantas confusiones sobre los fines, las definiciones y las posibilidades de *la historia económica*, si quiere ser ante todo *historia*?

Ahora, Pierre Chaunu va a reprocharme que me meta en el terreno de la epistemología, «esa mórbida Capúa», cuyas peligrosas tentaciones denuncia.[6]

Pero el debate *es* epistemológico. ¿Qué buscamos los historiadores? ¿Y qué podemos buscar? Primero hay que contestar a esas dos preguntas.

Pierre Chaunu duda entre dos respuestas. Al principio admite, como había hecho ya, que hay que «*elevar*» la historia al rango de *auxiliar de lo económico*, lo que significaría

5. Marczewski, «Histoire quantitative. Buts et méthodes», prólogo citado, p. V. (En las notas siguientes, citaremos este artículo sólo por su página en números romanos.)
6. Chaunu, art. cit., p. 166, recuerdo de «Dynamique conjoncturelle et histoire sérielle», *Industries*, Bruselas (junio 1960), p. 371.

«*promocionarla*».[7] Se encargaría de proporcionar al economista largas series de números donde él buscaría sus leyes. ¿No sería eso olvidar que el tema de la historia —el hombre en sociedad— desborda infinitamente el tema económico? Ciertamente, el todo puede aclarar las partes, que a su vez ayudan a captarlo. Pero, ¿puede ponerse el todo «al servicio» de las partes?

Me quedo también más tranquilo al ver a P. Chaunu, proponer poco después la ayuda de la historia *a todas las ciencias humanas, a condición de reciprocidad.* Porque en ese caso hallaremos la gran unidad que predicó Lucien Febvre. Pero, para suscribir de todo corazón las conclusiones de P. Chaunu:

> La historia, ciencia auxiliar, ofrece a las ciencias del hombre del presente esa distancia en el tiempo que, cuando está verdaderamente integrada, constituye el sustituto más seguro de una experimentación imposible ...[8]

me gustaría poder sustituir *auxiliar* por *fundamental.*

No por vanidad de oficio. Sino porque una ciencia que da al hecho humano su dimensión en el tiempo no puede verse reducido a una técnica de la información, de la reconstitución, de lo que P. Chaunu, en un arranque de pesimismo, llama el «arte de recomponer los restos».[9]

Como técnica, la historia es «auxiliar», y *como técnica* está inválida, por su dependencia respecto al documento. Pero como método de análisis de la materia social y humana desde sus orígenes, como «sustituto de una experimentación», no sé qué podría reemplazarla. Entonces sí es *fundamental.*

Hablo dentro del tiempo en que vivimos. Porque existieron (y pueden existir aún) grupos humanos cuyas leyes de reproducción y de adaptación a la naturaleza derivan de la biología. Y existirá (es menos evidente, aunque cada vez más concebible) una humanidad cuya estructura interna y adaptación a la naturaleza serán fruto *del cálculo.* En el intervalo (que todavía durará mucho tiempo, sin lugar a dudas) se sitúa la humanidad *histórica,* dividida, desigualmente desarrollada, constantemente en lucha contra sí misma, donde nada es totalmente voluntario o racional, y sometida a unos

7. *Ibid.,* p. 168, recuerdo de *Séville et l'Atlantique,* París, 1960, t. VIII, 2 *bis,* p. 1.957.
8. *Ibid.,* p. 171.
9. *Ibid.,* p. 169.

cambios de estructura relativamente veloces, incluso en el campo de la mente. Esta humanidad *histórica* puede y debe ser objeto de una ciencia *histórica*, que no se defina simplemente por una técnica de investigación, sino por un *método de pensamiento.*

Lo que denominé «crisis de crecimento», para las ciencias humanas consiste precisamente en la tentación que hoy tienen de evadirse de esa realidad específica —la historia— tomando prestados modelos a la física o la biología, atribuyendo a los hechos humanos unas estructuras eternas, o inventando unas técnicas de intervención que se adelanten a las posibilidades *históricas* del momento en que se les pide intervención.

La ciencia económica se está librando poco a poco de esas tentaciones. Algunas sociologías aún caen en ellas. ¿Acaso se hace avanzar a la «polemología» (ciencia que merecería nacer) al calificar una campaña de Du Guesclin de «estrategia operacional defensiva»? [10] Me permito ponerlo en duda. Me parece que el historiador está bien situado para distinguir, entre la proliferación de investigaciones y de problemáticas nuevas, lo que, en las ciencias humanas, deriva de un auténtico espíritu científico y lo que no es más que formalismo y falsa «conceptualización».

No se piense que quiero poner a la joven «historia cuantitativa» entre los intentos pseudocientíficos. Todo lo contrario. El modelo de contabilidad nacional que pretende utilizar es uno de los instrumentos mejor experimentados del análisis económico. Ni siquiera añado del análisis «moderno», porque su promotor nos avisa de que el pensamiento humano está sobre la pista de este modelo desde hace tres siglos, y yo diría que incluso desde hace cuatro, para rendir homenaje a un viejo amigo, el «contador de Castilla» Luis Ortiz, que escribía en 1558.[11] Esto no es un simple juego. Al aplicar una fórmula al pasado, es útil comprobar si era, si no conocida (entonces no habría progreso), al menos *concebible* en el mo-

10. J.-P. Charnay, «Elaboration et stratégie de la "Grande Guerre" avant l'ère industrielle», *Stratégie, Revue de l'Institut français d'études stratégiques,* 2, 1964, p. 8.

11. P. Vilar, «Les primitifs espagnols de la pensée économique. Quantitativisme et bullionisme», en: *Hommage à Marcel Bataillon,* número especial del *Bulletin hispanique,* 1962, pp. 261-184, donde busco el germen de los dos tipos fundamentales de análisis económico [hay trad. cast. *Crecimiento y desarrollo,* Ariel, Barcelona, 1974², pp. 135-162].

mento en que se la observa. Lo contrario sería mala señal en cuanto a la legitimidad de esa utilización.

Si se remonta sólo hasta 1700, la «historia cuantitativa de la economía francesa» no se arriesga a ningún contrasentido de este tipo. Lo que me parece más discutible es el privilegio exorbitante que reclama para sus propósitos. Habrían fracasado dos «encuentros» entre economía e historia. Sólo ella anunciaría el encuentro decisivo. En cambio yo diría que el modelo de contabilidad nacional es uno de los instrumentos *entre otros* de una de las aproximaciones *entre otras* de la historia humana que querríamos captar. Cuestión de *definiciones*, de *objetivos*. Pierre Chaunu bien tuvo que reconocerlo. Los historiadores, economistas o no, tienen derecho a preguntarle a Jean Marczewski cómo les define, cómo se define y si lo hace con suficiente claridad.

«El objeto tradicional de la historia —escribe—, es el estudio y la explicación de acontecimientos localizados en el tiempo y el espacio»,[12] y la fórmula se nos recordará varias veces.[13]

Ahora bien, ¿puede un «acontecimento localizado» ser objeto de «explicación» y «estudio»? Caemos en la vieja definición positivista que confundió tanto tiempo la técnica de la historia con su objeto, el establecimiento de un hecho con la investigación del fenómeno. Diríase que las palabras «hechos», «acontecimientos», «relatos», «descripciones» vienen así a conjurar, en los umbrales de la «historia cuantitativa», los manes de la difunta historia «tradicional», a la manera en que ciertos jóvenes historiadores glorifican a los jóvenes dioses de lo *Económico* alabando el análisis factorial y los ciclos Kitchin.

Sin embargo, la historia, *aplicada* a un cierto tipo de hechos (la palabra «aplicada» confirma aquí su calidad de *instrumento*), extiende de pronto sus ambiciones:

> La historia, aplicada a los hechos económicos, se empeña en dar explicación de la evolución de las estructuras, describir los modos de producción, apreciar los resultados obtenidos desde el punto de vista del bienestar material de la población y del poder político y militar del Estado.[14]

12. Marczewski, p. III.
13. *Ibid.*, p. XXVIII: «Ce qui, jusqu'à ces derniers temps, faisait l'essence de l'histoire: la fait unique localisé avec précision.»
14. *Ibid.*, pp. III y IV.

El programa no me asusta, ni tampoco los recuerdos marxistas de su vocabulario. ¿Pero puede definirse una investigación por unos objetivos no definidos? Pues bien, las «estructuras» no lo están. Ni tampoco los «modos de producción».[15]

En cuanto a lo de «apreciar los resultados obtenidos», la historia coyuntural prefiere *observar los niveles alcanzados.* Sabe que, en el encuentro de las coyunturas, la toma de conciencia y los acontecimientos, es decisiva «la imputación a lo político».[16] Pero un historiador debe criticar. Desconfía del vocabulario voluntarista, del palmarés o del acta de acusación redactados al final de un ministerio o de un reinado. ¿Han olvidado los partidarios del análisis global el entusiasmo de los años treinta por la coyuntura, hasta el extremo de cerrar los ojos a las lecciones fundamentales que sugirió para rectificar la historia?

En cualquier caso, J. Marczewski no concede a los historiadores, a pesar de los méritos que les reconoce, más que un éxito mínimo en la modificación de los métodos «tradicionales». Su poder de análisis habría progresado poco, y menos aún su capacidad de síntesis. Para asegurar ese progreso, no cuenta más que con una *historia cuantitativa,* con métodos *enteramente cuantitativos,* e *íntegramente cuantitativa* en la expresión de sus resultados.[17]

¿Pero pueden ser «descritos» o «apreciados» unos «modos de producción» (que abarcan una técnica y una psicología), un «poder político y militar» de forma «íntegramente cuantitativa»?

Nos parece que, una de dos, o la historia íntegramente cuantitativa es la única forma científica de la historia económica, y ésta renuncia a sus objetivos, o esos objetivos se mantienen, y la historia íntegramente cuantitativa, al ser *históricamente parcial,* aumentará nuestro poder de análisis lo mismo que los instrumentos anteriores.

15. El término es marxista. Pero J. Marczewski no cuenta *El Capital* entre los encuentros entre historia y teoría económica. ¿Qué sentido conferir entonces a «modos de producción»? La noción es fundamental aunque difícil.

16. E. Labrousse, «1848, 1830, 1789. Comment naissent les révolutions?», en *Actes du Congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848,* París, 1948, pp. 9-12.

17. Marczewski, pp. IV y V, para el desarrollo completo.

Parece que J. Marczewski adopta la fórmula limitativa:

> Se puede considerar que toda narración histórica se refiere a un universo de acontecimientos definidos en el tiempo y el espacio por cierto número de características que les distingue de todos los demás acontecimientos. Así, la historia económica de Francia en el siglo XIX se refiere al universo de acontecimientos que tienen por característica común: 1, ser económicos; 2, interesar directa o indirectamente a Francia; 3, haber tenido lugar en el siglo XIX.[18]

Ahora, dejémonos llevar, *provisionalmente*, por la reacción espontánea del historiador formado en la escuela de los *Annales* de los años treinta, a quienes Lucien Febvre y Marc Bloch inculcaron un primer principio: *no dejarse, a ningún precio, encerrar en un «universo»*. Para ti el universo de los hechos económicos. Para ti el de los hechos políticos. Para el otro el de los hechos artísticos. ¿Y si la historia fuese totalización? ¿Y si todo acontecimiento llevara en sí, de alguna manera, algo económico? ¿Y si todo acontecimiento económico estuviera formado por mil decisiones que no lo fuesen? ¿Y si el destino económico de Francia se jugase («indirectamente») en California? ¿Y si la fecha más importante del siglo XIX fuese ... 1789? Pero he dicho que la reacción sería *provisional*.

No nos autoriza a despreciar la operación intelectual que delimita, para el análisis, un campo que no sea un caos. A esto se le llama investigar un *conjunto de datos homogéneos*, no un «universo de acontecimientos».

Ahora bien, «el espacio histórico» propuesto, «fracción de un universo de acontecimientos históricos» está «compuesto por magnitudes aditivas» y ligado a los demás «por igualdades contables».[19] ¿Hay que entender que el espacio histórico y el económico coinciden? ¿O que todo lo histórico es contable?

El historiador no admite ni lo uno ni lo otro. Su universo también es una estructura, un conjunto de conjuntos que se ordenan recíprocamente. Espera poder hacerlo *pensable*, aunque por el momento, ningún modelo *contable* podría sobreponerse.

18. *Ibid.*, p. V.
19. *Ibid.*, p. IX, p. VII y n. 3 de la p. VII.

«La historia cuantitativa» reconoce esto, pero ¿bajo qué forma?

> La historia cuantitativa es una historia de las masas consideradas en su evolución fundamental y continua de larga duración.
>
> Ignora a los hombres y los acontecimientos excepcionales. Puede servir para localizar las discontinuidades principales provocadas por cambios cualitativos, pero, por sí misma, es incapaz de descubrir sus orígenes.
>
> Al existir esas lagunas, la historia cuantitativa no podría ofrecer una explicación completa de la evolución que relata. Los hombres y los hechos excepcionales, las principales rupturas en la continuidad son para ella variaciones exógenas, que debe de tomar de la historia cualitativa. Si no lo hace, desemboca en una masa de datos numéricos y en una serie de esbozos explicativos coherentes en sí mismos, pero casi inutilizables por la carencia de un lazo explicativo con el verdadero origen de toda historia: la aparición de ideas y hechos inéditos.[20]

Así, de un universo mecánico donde todo se puede ordenar, pero donde cualquier cambio *sólo* puede provenir *del exterior,* por este último golpe pasamos (o mejor dicho volvemos), a la concepción de la historia más «tradicional»: aquella en que los «verdaderos» motores son los héroes, las ideas y el azar. Ya no es un «encuentro» entre economía e historia. Parece una escisión. Precisamente aquello a lo que no estamos dispuestos a resignarnos.

Sin embargo, tres párrafos de la presentación de la joven «historia cuantitativa» nos conducen a un útil campo de colaboración:

> 1. Entre la especificidad absoluta del hecho histórico y la generalidad del hecho económico se crea una categoría intermedia de conjuntos específicos de hechos generalizables, que derivan a un tiempo de la historia y la economía.[21]

Efectivamente, es posible que una de las tareas comunes al economista y al historiador sea la determinación de esa categoría: los hechos de masas objetivamente mensurables.

20. *Ibid.,* p. XXXVI.
21. *Ibid.,* p. XXXVIII.

Pero es natural que, en su evolución, el economista busque conclusiones para la teoría, y el historiador conclusiones para la historia.

2. La «historia cuantitativa» es una invención reciente de los economistas, «ya que se trataba más de colmar las insuficiencias del análisis económico que de venir en ayuda de la historia».[22]

Entonces todo se aclara. ¿Pero no sería mejor, en lugar de hablar de «historia cuantitativa», decir *econometría retrospectiva,* al servicio del análisis económico y que utiliza la *técnica* histórica para su construcción?

3. En cambio, la definición que da Jean Marczewski de los «historiadores economistas como Ernest Labrousse y sus alumnos» es muy aceptable, a condición de que no suene a reproche:

> Se nos dice que no intentan enriquecer la teoría económica aportándole los datos de que carecía, pero se esfuerzan, en cambio, en aumentar los medios de investigación de la historia utilizando la teoría económica y sus auxiliares cuantitativos. A pesar de su indiscutible competencia en materia económica, son ante todo historiadores.[23]

No quisiera hablar aquí indebidamente en nombre de nadie. Y no osaría concederme un certificado de competencia que temo no merecer. También podría sostenerse que una escuela cuya primera contribución fue la definición de la «crisis de tipo antiguo» ha ofrecido a la teoría económica «algunos datos de los que carecía» y que apenas tuvo en cuenta. Pero hay un punto en el que me extrañaría mucho no estar de acuerdo con Ernest Labrousse y todos aquellos que lo eligieron por maestro: el orgullo de *ser,* antes que nada, *historiadores.*

Me parece que así está más claro el camino. Puede, debe haber una econometría retrospectiva, al servicio del análisis económico, y de la que la historia es, por el establecimiento y la crítica de las fuentes, en el sentido de Pierre Chaunu, *«auxiliar»*. Puede y debe existir una historia económica, al servicio de la historia, y cuyo «auxiliar» es la ciencia económica, en el sentido en que le enseña los procedimientos, le sugiere razonamientos, le precisa los conceptos y le ofrece —como máximo— unos modelos.

22. *Ibid.*
23. *Ibid,* pp. XXVIII-XXIX.

Una vez establecido esto, ¿qué aporta la historia cuantitativa basada en el modelo de contabilidad nacional? El historiador no tiene competencia suficiente para saber lo que aquella promete a la teoría. Cree que puede aportar mucho, aunque nada nuevo o esencial, al análisis histórico. Finalmente, teme que para el período «preestadístico» no haya respetado, en los primeros resultados ofrecidos al público, las reglas *técnicas*, las reglas *críticas*, las que derivan no de la vocación, sino del *oficio* de historiador.

> La ventaja de los métodos cuantitativos —escribe J. Marczewski—, se reduce, en suma, a que desplazan el momento en que juega la elección del observador: en vez de intervenir *durante* la observación de la realidad por describir, se manifiestan principalmente en el momento de la construcción del sistema de referencias que servirá para enumerar los hechos convertidos así en conceptualmente homogéneos. Ahora bien, la construcción de un sistema de referencias puede hacerse independientemente de cualquier preocupación que concierna a una narración histórica determinada. Incluso puede hacerse bajo la forma de un esquema general, aplicable a todas las realidades de un mismo tipo.[24]

Entonces la nueva historia cuantitativa introduciría la objetividad de la observación en la historia. ¿Es eso exacto? ¿Y no hay alguna trampa en el método que propone para introducirla?

Cuando Simiand planteó las reglas estrictas de la observación de precios y salarios, su método principal fue demostrar *bajo qué condiciones* las *cifras* escritas en un *documento*, eran un *dato objetivo*. Exigía que se confirmasen, mediante una crítica rigurosa, no sólo las garantías de autenticidad, veracidad, etc., que son los habituales controles del historiador, sino también que no se tratara de «opiniones», «apreciaciones», que no fuesen, por tanto, datos *subjetivos*. Las cifras debían ser *la resultante involuntaria de un complejo de decisiones o acciones* (sea que esa resultante fuese un precio, una producción, un índice de natalidad o una renta; lo que hace falta, es que la expresión cuantitativa obtenida traduzca objetivamente una realidad que no dependa del que la escribió ni del que la lee). En cuanto a la *homogeneidad* que hay que buscar, es la del *fenómeno cristalizado por las*

24. *Ibid.*, pp. V-VI.

cifras y la de las *fuentes que lo ofrecen.* Éstas deben garantizar que no se hayan modificado, en toda la extensión de la serie obtenida, la definición ni la medida del hecho observado. Habiendo tomado esas precauciones, se está en presencia de un *documento objetivo,* y de la posibilidad de una *historia cuantitativa.* Esa conquista data de hace más de treinta años.

Nuestro problema reside incluso en extender el campo de esa objetividad investigando, fuera del terreno económico, en qué condiciones (por ejemplo de repetición) deja un texto de ser un «testimonio», y el acontecimiento un mero «hecho», para convertirse en el signo objetivo de un fenómeno histórico. ¿Textos-series, acontecimientos-series alcanzarán un día significación estructural? ¿Construiremos «modelos» históricos? Por el momento, la fuerza de la historia económica está en ser la forma de historia basada en el documento que *menos* depende de la intervención del historiador.

¿Será esto cierto en la nueva historia «cuantitativa»? Me temo que no, puesto que entiende *deducir* de su modelo las magnitudes que no encontrará en los documentos, con sólo que el número de incógnitas no sea mayor que el número de ecuaciones.[25]

Pues bien, las lagunas documentales son más numerosas cuanto más nos remontemos en el tiempo. *La parte de datos deducidos aumenta a medida que la realidad tiene más oportunidades de apartarse del modelo.* Ciertamente, tanto en 1700 como en 1900, producción más importación es igual a consumo más exportación más formación de capital. ¿Pero significa lo mismo «formación de capital» en 1700 que en 1900? El esquema, abstracto en apariencia pero nacido de realidades modernas, no sirve para verificar necesariamente el análisis por unos datos y esos datos por un análisis. Nombra las magnitudes por adelantado. Las numera. *Interviene en la observación.*

El no preocuparse por la «narración histórica» presenta pues unos riesgos *fundamentales* y no asegura más que un objetivismo *formal.* Estudiar Francia de 1700 a 1800 mejor que de 1715 a 1815, o España de 1650 a 1800 mejor que de 1640 a 1808, ¿es ser más «objetivo»? De hecho, una serie sirve al historiador *cuando agota las posibilidades de una fuente y no las supera.* 1726 o 1756 son fechas objetivamente importantes para el estudio del siglo XVIII en Francia, porque una inicia la época de la «visibilidad económica» por la estabili-

25. *Ibid.*, p. XII.

zación monetaria, y la otra la serie más fiable de los precios del trigo.

Incluso en la técnica de la observación estadística, un promedio decenal, basado en una división mecánica del tiempo, tiene menos sentido que un promedio cíclico basado en el examen previo de las series. Únicamente ese promedio cíclico nos asegura que compararemos a largo plazo unos grupos de años en los que la probabilidad de años buenos, medianos y malos es equivalente.[26] El promedio decenal deforma la verdadera marcha del movimiento largo.

Así pues la nueva historia cuantitativa olvida las antiguas garantías y anuncia unas reconstrucciones bastante peligrosas. Su mérito no reside en la fundación de una historia *más objetiva*. ¿Tal vez está más en sus fines que en sus métodos?

El modelo de contabilidad nacional

> aprovecha la característica específica de los acontecimientos económicos: el hecho de poderse expresar en términos de unidades de valor y que, por consiguiente, son, *en principio* conmensurables y agregativos.[27]

El economista plantea *en principio* esa «conmensurabilidad». El historiador tiene el deber de cuestionarla. A larga distancia (ni siquiera *muy* larga) no se pueden comparar la expresión monetaria, el contenido utilidad ni el contenido-trabajo de unos bienes. No se pueden confrontar los *niveles* de *modos* de vida distintos. Es inimaginable la «utilidad» que le hubiera proporcionado un televisor a un hombre del siglo XVI.[28] Lo mismo que un *promedio económico* no traduce el *modelo social* del nivel de vida. Por todo ello, comparar al ciudadano francés de 1960 con el de 1700 es un ejercicio *cuantitativo* absolutamente artificial.

Eso no significa que seguir el crecimiento, sus impulsos o sus estancamientos no tenga interés. Pero más vale seguir, uno por uno, los *volúmenes* de diversas producciones para investigar qué es lo que tiende al crecimiento, que intentar captar conjuntos agregativos expresados en valor. En cual-

26. P. Vilar, «Remarques sur l'histoire des prix», *Annales ESC* (enero-febrero 1961), pp. 110-115.
27. Marczewski, pp. VI-VII.
28. Había desarrollado estas tesis en la *Conferencia internacional de historia económica de Estocolmo, 1960*, París-La Haya, 1960, pp. 35-82.

quier caso, toda utilización de valores supone una *periodización,* una división cronológica sólidamente fundada para evitar la comparación de conjuntos cualitativamente distintos.

Me alegra encontrar esa misma preocupación en la exposición de J. Marczewski, y en esto es donde pueden deberle mucho los historiadores, lo mismo que a las escuelas de econometría retrospectiva en las que se inspira. Su método de *ponderación móvil,* que tiene en cuenta los cambios de estructura del producto interior, y la idea de una *tipología del crecimiento* a través del tiempo son dos ejemplos de investigación de interés común a la economía y a la historia.[29] En cambio, por qué dejar entrever su pesar al no poder contestar a la pregunta:

> ¿Cuál sería hoy, en función de nuestra escala de valores actual, el valor de una producción de hace tiempo, por ejemplo, la de Francia en 1700?[30]

Pero, lamentablemente, el segundo cuaderno de *Historia cuantitativa* no vacila en presentar, para el «producto agrícola final» francés, una curva que, partiendo de 1.185 millones de «francos corrientes» en 1700, termina en 1.464.700 millones de francos (galopantes) en 1950. «Deflacionando» para obtener la expresión en francos de 1905-1914, se obtiene un resultado más razonable.[31] ¿Pero utilizable en mejor medida? No estoy seguro.

Aquí, el historiador preferirá las precauciones anunciadas a las imprudencias de las primeras realizaciones. Y esas precauciones aún le parecerán más útiles el día en que se reconstituyan las estructuras del producto global bruto y neto, de la renta nacional, de la renta disponible, e incluso de la población activa: campos todos ellos en los que el riesgo de comparar lo incomparable es particularmente importante.

Únicamente un estudio microscópico —pero que puede darle su parte a lo cuantitativo— al nivel de las empresas y los tipos de remuneración puede asegurarnos que no estamos aplicando la misma palabra a unas realidades distintas. Observación y conceptualización, microobservación y macroobservación tienen que controlarse recíprocamente de forma

29. Marczewski, p. XI, n. 7. Y «Le take off en France», *Cahier ISEA,* serie AD, 1, (1961).
30. Marczewski, pp. XII y XIV.
31. Toutain, *op. cit.,* II, pp. 60, 65, 128-129.

constante. Esto le resta *apariencia* de precisión al análisis. Le protege de generalizaciones ilegítimas. O, mejor, determina el grado de generalización a que está autorizado el observador.

Aquí es donde se plantean realmente los problemas de las relaciones entre el análisis histórico y el análisis económico. ¿Cuándo y dónde cuenta «la historia cuantitativa» con hacer intervenir al «hecho específico» que le reprocha a Mitchell, Moore y Burns haber olvidado en sus trabajos sobre el ciclo?[32] Si sólo se trata de probar estadísticamente que el crecimiento francés ya era «muy sensible» a mediados del siglo XVIII, que se hizo más lento durante la Revolución francesa y la Primera Guerra Mundial, hasta la gran depresión de 1930,[33] lo que es visible, sin grandes cálculos, es una relación entre economía e historia. Una simple curva, muy conocida, de la renta nacional francesa desde 1900, demuestra desde hace tiempo a los franceses de mi generación que su historia, incluso la económica, se llama guerras y crisis, y no «desarrollo autosostenido». El problema es el estudio cronológico, cuantitativo y cualitativo, de los mecanismos reconstituibles que unen crecimento con crisis, guerras, evoluciones y revoluciones. No es un problema sencillo. No admite soluciones unilaterales. Escribir:

> En cuanto al período anterior al siglo XVIII, se observa, al menos desde la guerra de los Cien Años, una alternancia de períodos de desarrollo y declive, que son esencialmente función de acontecimentos políticos,[34]

es olvidar el esfuerzo *cuantitativo* de los historiadores que, desde hace unos cuantos decenios, reflexionan sobre la Peste Negra y el descubrimiento de América. ¿Acaso se cree que los economistas no sacarían de ello conclusiones importantes?

En cuanto a la historia social contemporánea, ¿es sólo una esperanza de futuro, ligada al estudio cuantitativo de las contabilidades nacionales?

> Explicados de esta forma, los cambios de estructura de la renta nacional *podrían* convertirse en un instrumento precioso para los estudios de sociología histórica referida a los movimientos sociales, a la formación y el papel de los grupos y las clases sociales ...[35]

32. Marczewski, p. XXXIX.
33. *Ibid.*, p. XLVI.
34. *Ibid.*, p. XLVI.
35. *Ibid.*, p. XVI (el subrayado es nuestro).

Naturalmente. ¿Pero no se ha convertido la historia cuantitativa *ya* existente en ese precioso instrumento? ¿De qué se ocupó Simiand, sino de la psicología obrera ante el salario? ¿Y de qué E. Labrousse, sino de las contradicciones entre las rentas y los conflictos entre las clases antes de 1789? ¿Es seguro que el cálculo *global* del porcentaje de los tipos de renta nacional es el mejor instrumento para el análisis de las clases? Ciertamente, sería bien recibido. Pero no es ni el primero, ni el único.

De hecho, es muy importante sobre todo que cada disciplina tenga un conocimiento exacto de todo lo que puede ofrecerle la disciplina vecina, y de lo que ésta espera a cambio.

Del nuevo modelo de «historia cuantitativa», el historiador utilizará primero las *definiciones*. ¿Qué es el «producto» nacional, neto y bruto? ¿Qué es la «renta» nacional y cuál es su estructura: salarios, cargas sociales, beneficios distribuidos y no distribuidos, arriendos, dividendos e intereses? ¿Qué es la renta disponible y cómo se calcula? ¿Cómo se distribuye entre familias, administraciones o sociedades? ¿A qué se llaman disponibilidades nacionales, teniendo en cuenta las operaciones exteriores? ¿Cómo elaborar una balanza de pagos correcta? ¿Qué métodos permiten un análisis útil del ahorro, de la inversión y sus estructuras? ¿Qué precauciones deben tomarse para evitar los dobles empleos (producto global, producto final, etc.)? ¿Para utilizar los precios? ¿Para pasar de cifras globales a cifras por habitante en el análisis demográfico?

A través de esas magnitudes, el economista busca leyes generales, posibilidades de intervención y verificaciones estadísticas. El historiador busca sobre todo un principio de clasificación de los datos documentales, un principio de análisis para el estudio económico de los grupos, un lenguaje preciso cuyo uso, por otro lado, tiene que estar cuestionado siempre. Ello basta ampliamente para hacer del modelo de contabilidad nacional un instrumento de investigación histórica de primer orden.

Lo que puede pedirle el economista al historiador, en contrapartida, es: 1, los límites exactos de las posibilidades de una información retrospectiva; 2, las conclusiones sólidas *ya existentes* que aconsejan o desaconsejan tomar ciertas medidas.

En esto, los promotores de la nueva «historia cuantitativa» hubieran debido de tener en cuenta dos elementos sobre todo: la importancia del *ciclo corto* en las economías de tipo anti-

guo, y las principales diferencias entre las posibilidades documentales de la «época estadística» y las de la época «preestadística».

> Es cierto que fluctuaciones de período corto pueden intervenir bajo la influencia de factores coyunturales, pero esas fluctuaciones no son profundas y su localización o su eliminación son relativamente fáciles.[36]

¿Puede razonarse así antes de 1800, incluso para gran parte del siglo XIX? La crisis alimentica periódica no sólo desencadena miserias sociales y sus secuelas, tiene además reacciones en cadena en toda la economía; y la escasez procura unos enriquecimientos que la «formación de capital» bien debe tener en cuenta. Sean cuales sean las conclusiones globales y a largo plazo, despreciar el ciclo corto impide captar el mecanismo de la sociedad antigua. Hoy incluso se enseña en las escuelas.

Por otro lado ¿se pueden, antes de 1800, «suplir las lagunas informativas»[37] sumando o restando agregados? Cabía esperar establecer por lo menos unos cuantos. Los mejores conocedores de nuestros archivos saben que eso es imposible. Se pueden estudiar casos, regiones o mecanismos. Pero nunca la producción nacional en su conjunto, en el campo agrícola o el industrial. Según el producto, nuestras informaciones estadísticas seguras empiezan en unas fechas que se van escalonando a lo largo de más de un siglo. No se pueden abordar conjuntos, tanto en Francia como en la mayoría de los países, hasta después de 1860 como mínimo. Y no todos los conjuntos. Y sin embargo, nos prometen la esperanza opuesta:

> Las posibilidades de verificación que ofrece la historia cuantitativa son particularmente valiosas cuando se trata de períodos para los que no existen datos estadísticos regulares. Tal es el caso de la historia de Francia antes de 1815. Las divisiones horizontales y verticales que acabamos de mencionar permiten entonces aprovechar al máximo las informaciones sueltas, desperdigadas por los distintos escritos de la época.[38]

36. *Ibid.*, p. XI.
37. *Ibid.*, p. IV.
38. *Ibid.*, p. XI.

Desgraciadamente, los «escritos de la época», al igual que los muebles, no son todos buenos. Las reglas de oro de Simiand se han olvidado. Todos aquellos que están convencidos de los brillantes progresos que la historia cuantitativa puede hacer realizar a la historia a secas de los siglos XIX y XX, lamentan que ésta se aventurase con demasiada ligereza hasta épocas anteriores.

Antes de emprender su intento de «contabilización» de la producción agrícola a la era preestadística, J.-C. Toutain escribe:

> No puede practicarse la evaluación de la producción de cada producto a nivel del elemento productor de base —la parcela— ni siquiera a nivel de la empresa de base, la explotación agrícola. Sólo se puede intentar a nivel de la comarca o el cantón y con la ayuda de indicadores arbitrarios, como el rendimiento, calculados las más de las veces a ojo. ¿No es una paradoja que sea el rendimiento lo que sirve para calcular el producto y no el producto para calcular el rendimiento? ¿Y que ese producto se determine según la idea que del crecimiento se haga el evaluador local? Por otra parte, este procedimiento hace contabilizar a título de productos efectivos productos solamente virtuales.[39]

Es una condena. Pero el método se aplica. E incluso bajo esta forma: «El rendimiento de Vauban es inaceptable, pero como no disponemos de medios para corregirlo, lo conservaremos provisionalmente».[40]

Quizás me preocupe más aún la fórmula: «Los multiplicadores de extrapolaciones utilizados de la muestra, en conjunto, son generalmente falsos, pero su corrección resulta sencilla...»[41] porque este lenguaje culto sólo quiere constatar:

> Para estudiar la producción agrícola del siglo XVIII no existe ningún dato estadístico oficial. Pero un gran número de hombres de Estado, agrónomos, viajeros, hombres políticos (en el momento de la Revolución), partiendo de encuestas personales efectuadas en algunas partes del territorio, intentaron evaluar el producto de la agricultura ... [42]

39. Toutain, *op. cit.*, I, pp. 2-3.
40. *Ibid.*, p. 120.
41. *Ibid.*, p. 5, n. 6.
42. *Ibid.*, p. 4.

Si es menester, uno se conforma con D'Avenel, porque «escribió a finales del siglo XIX, y consultó a los autores del XVIII»[43] (lo cual autoriza a tomarle prestada una cifra de superficie cultivada del año 1600).

En cuanto a los historiadores, es inútil proseguir. Como dice Pierre Chaunu:

> Es auténticamente inadmisible que se hayan adoptado semejantes prejuicios de desprecio, inconsciente más que voluntario, respecto al gigantesco esfuerzo prestado por los historiadores de la economía.[44]

J. Marczewski contestó[45] que ningún estudio histórico reciente era susceptible de modificar de manera *verdaderamente sensible* los resultados de J.-C. Toutain, y que había que escoger entre esa «primera aproximación» o posponer el primer volumen de historia cuantitativa hasta el año 2000.

Bueno. ¿Pero se trataba de demostrar que el producto agrícola francés había crecido desde 1700? ¿Que la «industria química» ocupaba en Francia a 12.500 obreros en 1781-1790 y a 119.885 en 1936? En la medida en que algunas inflexiones de la curva son importantes, ya *eran conocidas*, porque se han calculado partiendo de los *precios*. Así, para el interciclo de recesión anterior a la Revolución francesa, que en la curva resulta de la aplicación de precios bien conocidos a una supuesta producción.[46]

Esperábamos mucho de una tentativa que, como otras varias desde hace veinte años, se entregó a la tarea de conferirle a la reflexión económica un fundamento en el tiempo. Seguimos estando seguros de que, respecto al período «estadístico», mantendrá sus promesas, y que la historia las aprovechará.

Pero es necesario que en cada momento cada disciplina tenga conciencia exacta de sus limitaciones y sus fines, adapte su lenguaje al nivel de las posibilidades de la información,

43. *Ibid.*, p. 32.
44. Art. cit., p. 172. P. Chaunu revela un error especialmente chocante sobre la incorporación de Lorena, pero, lo mismo que yo, juzga inútil una multiplicación de críticas de detalles. Es el método lo que hiere las costumbres del historiador.
45. «Quelques observations ...», art. cit., p. 178.
46. Sin embargo, en este caso, ¿por qué citar, junto a las cifras de E. Labrousse que se adoptan, unas cifras «sueltas», aisladas en algunos autores de la época? Sus contradicciones con los números establecidos estadísticamente demuestran cuánta confianza se les puede tener.

respete la originalidad de las disciplinas vecinas, y observe las reglas técnicas que está abocada a copiarles.

Como historiadores no tenemos por qué indignarnos al leer esta frase de J.-C. Toutain:

> Continuando con el estudio del crecimiento de larga duración, hemos eliminado los años de guerra y sustituido el decenio 1915-1924 por el medio decenio 1920-1924 y el decenio 1935-1944 por los años 1935-1938.[47]

Es un procedimiento legítimo de análisis.

Pero, para el historiador, la guerra no es «exógena». No *puede* eliminarla. Y tampoco *puede* eliminar (demasiado lo ha hecho) lo que haya de explicativo, incluso para la guerra, en los movimientos —largos y cortos— de la economía.

Su pesada tarea es captar, en una interdependencia todavía más amplia que la de la contabilidad nacional, los mecanismos del conjunto histórico *entero*, donde el hombre vive, crea, lucha y muere.

47. *Op. cit.*, I, p. 11.

DE LA ECONOMIA A LA HISTORIA, PASANDO POR LA SOCIEDAD *

Hace algunos años, escuché de boca de un colega lingüista, una ocurrencia divertida. El profesor, decía él, es un dogmático nato; el investigador, un revisionista nato. Como aquel día se trataba de rendir homenaje a un maestro, es inútil subrayar que se le atribuían todas las virtudes (y ninguno de los defectos) sugeridas por esa doble definición. Pero, aparte de la diversión de actualidad que representaba la elección del vocabulario, la fórmula me pareció estar cargada con una de las angustias secretas de nuestro oficio.

Porque ponerlo *todo* en duda, y en *todo* momento, ante un auditorio joven, asegura algo de éxito, pero en seguida desconcierta, y el profesor, muy a su pesar, bien tiene un día que «controlar los conocimientos». Sin embargo, en cualquier materia y ante cualquier persona, dejar creer que existe un «saber» constituido de una vez por todas es la peor de las traiciones para con la ciencia. ¿Qué hacer entonces?

Ya sabemos que *habría* que construir criticando y criticar construyendo, que *habría* que ligar toda lógica a una realidad, y toda realidad a una lógica, que *habría* que descubrir el fallo en el último de los descubrimientos, igual que el núcleo de verdad en el más antiguo de los titubeos, que no *habría* que ser, ante los progresos de la mente, tontamente pretencioso, ni absurdamente escéptico. ¡Difícil labor! Pero tal vez el historiador, siempre llamado a confrontar en el tiempo los cambios del mundo y la conciencia que se adquiere de ellos, no sea el menos indicado para juzgar la legitimidad de los «dogmas» y el alcance de las «revisiones».

El «dogma» es generalmente patrimonio de disciplinas aisladas —y precisamente la enseñanza, casi por definición, es unidisciplinaria—. La «revisión» nace del contacto entre ciencias —y la investigación es pluridisciplinaria, o afirma su intención de serlo.

* Artículo aparecido en el *Bulletin de l'Association des professeurs de sciences sociales dans l'enseignement secondaire*, n.º 1.

Pero, ¿en qué condiciones el «profesor-investigador» (todos deberíamos serlo) puede incluir las lecciones de otra asignatura en la pedagogía de la suya, sin temor a ser acusado por unos de incompetencia, y por otros de excesivo esoterismo? La cuestión se plantea entre economía, sociología e historia, en cuanto se trata de programar una educación que no deje desarmado ante lo social. Aislado, el economista erige en verdad una teoría cuyo sistema de hipótesis no siempre explica; el sociólogo comenta unas formas cuyo alcance y estabilidad en el tiempo no precisa; el historiador, anclado sólidamente en los «grandes hechos» de indiscutible incidencia, se cree en la obligación de no proponer más que una interpretación prudente. La colaboración de todos debería reunir en un manojo sus tres exigencias respectivas: exigencia teórica, exigencia experimental y exigencia diacrónica. Pero cuando uno de los tres habla en nombre de los demás, los demás sonríen, cuando no se enojan.

Y sin embargo, la cuestión principal es ésta: ¿cuál es la relación entre el hombre y su producto, entre economía e historia? Cuando Marx planteó el principio («en último análisis») de la primacía de lo económico, muchos se indignaron en nombre del «espíritu», porque la economía de la época no podía ofrecer a las masas más que un salario mínimo interprofesional no garantizado y realmente bajísimo. Hoy, cuando el más mínimo paso en el «desarrollo» debería ofrecer, si no a todos, por lo menos a la mayoría, automóvil y televisor, hete aquí que la primacía de lo económico se convierte en un principio conservador, ya que todo se resolverá por lo económico; y es revolucionario descubrir que no sólo de pan vive el hombre.

Entonces aparece el psicosociólogo, con Freud en el bolsillo, y nos explica que las revoluciones, o incluso las huelgas, son en menor medida la búsqueda de un poder o de una vida mejor, que un desahogo, o incluso que una «fiesta». Se pone en duda que la iniciativa histórica del hombre derive de la razón, y menos que de ninguna, de la razón económica. Se perseguía el consenso por persuasión, y he aquí que se descubre la rebelión en la lógica del inconsciente.

Pues bien, resulta que todo está relacionado. Los viejos apologistas del *laissez-faire* creían que la armonía económica sólo era turbada por la intervención intempestiva de las leyes. Los mordernos apologistas de la era técnica ven obstáculos al «desarrollo» ya no en la acción de los poderes (integrada en la técnica), sino en la incomprensión y la irra-

cionalidad de las masas. Eso ya empezó con Turgot. Malos razonamientos, mala información, «mitología social», serían, según Alfred Sauvy, lo propio de las reacciones económicas del hombre medio. Uno está hasta cierto punto tentado de preguntarse cómo un agente tan mal informado y ciego puede asegurar la racionalidad de las curvas clásicas. Se responderá (pero lo sabíamos desde siempre) que esa racionalidad no implica que cada uno de nosotros, con toda lucidez y en todo momento, mida sus decisiones con la teoría de los juegos, o incluso con más inocencia, en términos marginalistas. Sencillamente, todo ocurre como si ... Pero entonces, ¿por qué no conceder a lo histórico global, incluido el gesto social y la elección política, ese mismo tipo de racionalidad, que no significa la plena conciencia de cada agente? Entre lo económico y el acontecimiento se inserta la especificidad de la mediación social, cuya forma externa puede marcar las pulsiones individuales, o bien una excepción anecdótica, pero cuyo alcance histórico real se mide siempre al nivel de los grupos, al nivel de las clases.

En el diálogo entre economistas e historiadores (o entre historiadores más o menos economistas) abundan los malentendidos en torno a esa mediación de lo social a menudo poco comprendida. Los más inteligentes —y los más diversos— desconfían con razón de todo «economismo», es decir, de todo lazo elemental y directo entre una constatación de orden económico y un hecho clásicamente histórico, o sea, políticamente importante. Así es como un marxista como Boris Porchnev desconfió durante mucho tiempo de la decisiva demostración de Ernest Labrousse sobre la génesis de la Revolución francesa, porque temía que gentes superficiales llegaran a descubrir la «causa» de esa revolución en la culminación, en julio de 1789, de los precios de hambre; ahora bien, es evidente, para cualquier lector cuidadoso de la obra de Ernest Labrousse, que si «la Grande Peur», la agitación campesina «de tipo antiguo», es la expresión violenta que permite derribar en una sola noche todo un orden social, es que ese orden social está minado por sus propias contradicciones desde hace más de medio siglo; la estructura, a largo plazo, se desgasta, y nuevas clases están impacientes por aprovecharlo; la coyuntura *fecha y desencadena.*

En el polo opuesto del abanico intelectual, la *New Economic History*, escuela de economistas historiadores y no de historiadores economistas, utiliza todo el arsenal del cálculo económico y de la estadística retrospectiva para atacar las

tradiciones de un «economismo» elemental: ¿cómo ligar la rebelión de las trece colonias americanas contra su metrópoli a la presión fiscal, si se puede establecer que el impuesto recaudado en las colonias no representaba más que el 0,73 por ciento de su producto social? Seguramente, «no valía la pena ... ». Pero si la revuelta fiscal no era más que la ocasión —y el detonante— utilizada por una clase en ascenso para desembarazarse de su tutela y fundar su propio Estado, el mecanismo, que tiene su base en la economía y no en la fiscalidad, toma de nuevo las dimensiones de su mismo objeto. Naturalmente, habría que someter a verificación este nuevo modelo, en lo que puede tener de cuantitativo (que no lo es todo). De hecho, cualquier crítica erigida de esta forma, con motivos suficientes, contra una relación causal descubierta con demasiada ingenuidad entre el hecho histórico y la serie económica, no es otra cosa que una invitación a penetrar más *en el hecho social profundo.*

Todavía hay que disipar la oscuridad que rodea tenazmente a la palabra «social». En el siglo XIX, «la cuestión social» era el sistema del salariado. «Los conflictos de clases —escribe H. J. Perkin—, parece que han sido el concomitante inevitable de la industrialización en todos los países que la han experimentado.» Pero la industrialización no deja de poner más productos, a mejor precio, a disposición de un número creciente de consumidores. En términos económicos, la lucha de clases, a largo plazo, es irracional. Es, a grosso modo, la tesis de Maurice Lévy-Leboyer, en un reciente artículo, que discute el papel y tal vez la existencia, de las fases «A» y «B» de Simiand basadas en unas series de precios nominales, de cuya alternancia, según Maurice Lévy-Leboyer, Simiand hubiera sacado unas conclusiones pesimistas, por prejuicios favorables a las revindicaciones obreras. Yo no creo mucho en el pesimismo de Simiand, me parece en cambio que cree en el efecto *creador* (por la sucesión de floración y selección) de las alternancias. Pero no es éste el principal problema. Éste consiste en preguntarse por qué fluctúan las luchas de clases, y a veces se exasperan, si no es por razones económicas observables y que se puedan expresar en cifras. El profesor Perkin planteó esta misma cuestión en el Congreso de Leningrado (1970), sobre un intento de estimación, durante unas fases «Kondratieff» sucesivas (más o menos las mismas que las de Simiand), del PNB por habitante en Gran Bretaña, y de los salarios reales correspondientes. El índice de crecimiento siempre sería positivo para esos dos

indicadores, salvo una baja ligera del salario real entre 1894-1898 y 1909-1913 y, *quizás*, entre 1815-1819 y 1845-1849. Ello justificaría, y sólo en esas dos fases, una agudización creciente de las luchas de clases. H. J. Perkin concluye redactando un programa de mejora de los indicadores *económicos* y de los indicadores *sociales* (huelgas, etc.).

Se acaba de cumplir ese programa, respecto a los años 1870-1890 en Francia, con la tesis de Michelle Perrot, admirable estudio de las huelgas, que revela una correlación muy débil entre los índices económicos y la propensión a la huelga. ¿Sacaremos la conclusión de la irracionalidad de las relaciones entre lo económico y lo social, o de la racionalidad de este último?

No vayamos demasiado deprisa. Y primero, revisemos nuestros *instrumentos*. En las series de Perkin, el crecimiento de los salarios reales británicos entre 1919-1923 y 1934-1938 varía del 0,83 por ciento al 4,1 por ciento anual, según los autores citados. ¿Quién puede permitirse hacer razonamientos sobre unas medidas tan poco seguras? Por otro lado, ¿por qué esa preferencia por el largo plazo (baja tecnológica de los precios) o el medio ciclo Kondratieff (20-25 años) cuando las fluctuaciones más características del siglo estudiado fueron de ciclo intradecenal (antaño problema principal, y hoy pasado de moda)? Finalmente, ¿qué es el «salario real», si no la relación teórica entre salario *por hora* y «coste de la vida»? ¿No tendríamos que revisar nuestros conceptos *fundamentales*, aquellos que se atienen a las *estructuras*? En época de deflación, la parte del trabajo en el producto global depende del paro, y el trabajador individual, aunque bajen los precios, está demasiado amenazado como para celebrarlo en grande; ¡se podría sacar demasiado partido! En época de inflación, ¿qué trabajador cree estar participando lo suficiente de la satisfacción que está extendiéndose? De hecho, ¿tenemos que afinar nuestras investigaciones en el orden psicosociológico para poder captar cómo participa el hombre individual en ciertos movimientos de la conciencia colectiva, que mide quizá mejor de lo que se cree la relación entre «trabajo remunerado» y «trabajo no remunerado» en el producto social? La clase tiene un instinto más seguro que el individuo. Es peligroso creer que es pasiva. Los planificadores lo han demostrado, tanto en Francia como en Polonia.

Ciertamente, hay que desmitificar los mitos. Pero sacándoles su parte de verdad. «El acaparador» de las viejas crisis era *a la vez* un mito y un fenómeno. *A veces* la «vida cara»,

es un mito, pero no la inflación. La «barrera del dinero», en un principio «simple imagen», deja un día de serlo. Alfred Sauvy, que en *Histoire économique de la France entre les deux guerres,* hace esa constatación, está atento sobre todo a los períodos (1934-1935) en que el asalariado medio es incapaz de sentir cuánto aumenta su poder adquisitivo la baja de los precios; ¡pero está menos atento a aquellos meses de 1920 en que el coste de la vida sube un 7 y un 9 por ciento! Con toda sinceridad, se cree sin embargo «el experto» que establece *científicamente* los cálculos de los índices. Y se indigna de que se hayan entregado esos cálculos a «abogados», es decir, a representantes de intereses distintos: productores-consumidores, empresarios-asalariados. Sin embargo este método no es más que el reconocimiento de un *hecho objetivo*: la visión del «coste de la vida» (la del *coste,* la de la *vida*) depende de la *perspectiva social.*

Así, cuando A. Sauvy, al constatar que entre 1926 y 1958, una cámara «de izquierdas» cedió el poder cinco veces en dos años a gabinetes «de derechas», concluye:

> El conocimiento de los datos (entendamos los datos *económicos*) más elementales era realmente demasiado superficial para que una mayoría clarividente saliera del sufragio universal...

caemos en la tentación de parafrasear:

> El conocimiento de los datos (entendamos los datos *sociales* y *psico-sociales*) más elementales ¿no es aún demasiado superficial para que una tecnocracia clarividente asuma el destino de un país?

Es pues necesaria una *educación básica en ciencias humanas a todos los niveles.* ¿En qué condiciones superará las ideologías, los prejuicios existentes? De todas maneras, no podría concebirse como una iniciación *técnica.* La historia es tal vez la disciplina «de vocación general» que más prometería a ese futuro.

II

«SABERES» Y «DERECHO»: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

EN LOS ORIGENES DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO: LAS PALABRAS Y LAS COSAS *

> En la época clásica, pues, no existía la vida, ni la ciencia de la vida; ni tampoco la filología. Pero sí una historia natural y una gramática general. Asimismo, tampoco existía una economía política, ya que, en el orden del saber, no existe la producción. A la inversa, en los siglos XVII y XVIII existe una noción que ha seguido siéndonos familiar, aunque haya perdido para nosotros su precisión esencial. Es más, no debería hablarse de «noción» a este respecto, pues no tiene lugar en el interior de un juego de conceptos económicos que desplazaría ligeramente, confiscándoles poco a poco su sentido o menoscabando su extensión. Se trata más bien de un dominio general: de una capa muy coherente y muy bien estratificada que comprende y aloja, como otros tantos objetos parciales, las nociones de valor, de precio, de comercio, de circulación, de renta, de interés. Este dominio, suelo y objeto de la «economía» durante la época clásica, es el de la *riqueza*. Es inútil plantearle cuestiones que provienen de una economía de tipo diferente, organizada, por ejemplo, en torno a la producción o al trabajo; inútil igualmente el analizar sus diversos conceptos (aun y sobre todo si su nombre se ha perpetuado en consecuencia con una cierta analogía de sentido), sin tener en cuenta el sistema del que toman su positividad. Es tanto como querer analizar el género linneano fuera del dominio de la historia natural o la teoría de los tiempos de Bauzée sin tener en cuenta el hecho de que la gramática general era su condición histórica de posibilidad.

Ésta es, en *Les Mots et les Choses*, una de las tesis de Michel Foucault, o mejor, ésta es la tesis de Michel Foucault, aplicada aquí a la «cosa» económica.

Es también un *método de exposición* y un *estilo* cuyos secretos no sería superfluo cuestionar.

Primero la frase breve, incisiva y decisiva: «no hay ... »,

* Artículo publicado en *La Nouvelle Critique* (mayo 1967), pp. 27-34. Reproducido con la amable autorización de los editores.

«esto no existe ... », «es inútil ... ». En resumen, la hipótesis de trabajo planteada como unos cimientos inmutables, y convertida por esa seguridad en una mediatización del lector. Al ser poco competente, no tiene más remedio que aceptarlo todo. Si es competente, tendrá miedo de caer en las garras de los «sería tanto como ... » y los «es inútil ... ». ¿Cuántas mentes podrían resistir a ese terrorismo?

Pero Michel Foucault juega *también* a otro juego. *También* utiliza frases largas. Bajo el claro edificio del rigor exigido (exigido a los demás) sabe cavar (para sí) el laberinto de las incidencias y hacerlo más desconcertante con el reflejo de imágenes. La «noción» que cree resaltar —la de «riqueza»— no es siquiera una noción. Es «campo», «capa», «suelo». Es extraña al juego de los conceptos. «Abarca objetos.» Por lo menos hasta el momento en que se nos prohíbe analizar los conceptos de esa misma «riqueza» fuera del sistema que constituyen.

Así el runruneo de las palabras abstractas y las palabras como imagen nos ha conducido de lo afirmativo a lo vago y de lo vago a lo contradictorio. Gran comodidad para nuestro demostrador que podrá contestar a cualquier objeción, aquí que pensaba en «colección», o allí que quería decir «sistema». Pero, ¿es la única confusión que se permite su rigor?

Para Michel Foucault, «la época clásica» comienza con el *Quijote*, sobre todo con su segunda parte, digamos que en 1615. Ahora bien, 1615, para cualquier lector medianamente culto, es también el año en que aparecen por primera vez ciertas palabras en la portada de un libro: *Traité de l'économie politique*, de Antoine de Montchrestien. Pero estamos avisados: «En la época clásica, no hay economía política».

¿Entonces, surgiría una palabra en los mismos albores de una era de la que se nos invita a eliminarla? ¿Y a eliminarla en nombre de qué, si no de *nuestra* concepción de lo que encubre? Lo cual es exactamente el pecado mortal contra el que acaban de ponernos en guardia, ¡imperiosa y solemnemente! ¿Qué clase de consejero es aquel que no pone en práctica sus propios consejos? ¿Qué clase de meditación sobre las palabras puede ser aquella que aparta el testimonio de su nacimiento? ¿Qué clase de arqueología del conocimiento es aquella que no respeta su propia cronología?

Porque, tras una brillante demostración del contraste entre dos «saberes [episteme]» —el del siglo XVI y el de «la época clásica»— he aquí que la demostración, en materia de economía, sitúa primero «la época clásica» en «los siglos XVII

y XVIII», aunque luego incluye a Davanzati —o sea, los años 1580—, la *Compendious examination* —es decir, los años 1540— y hasta a Copérnico —lo que nos lleva a 1520—. Es cierto que, en el otro extremo del «campo», «la época clásica» parece prolongarse por lo menos hasta Ricardo.

Digo «parece» porque con Cantillon, Quesnay, Adam Smith (e incluso prescindiendo de William Petty), mantener que, «en el orden del conocimiento», «la producción no existe», es algo difícil. Incluso para Michel Foucault. Que se torturará ante la evidencia. Pero, a partir de entonces, tanto peor para quien se deje atrapar por la autoridad del tono.

No voy a reprocharle a Michel Foucault el haber caricaturizado, en un gracioso resumen, «la historia de las doctrinas económicas» tal y como se enseña aún, desgraciadamente. Yo también he denunciado los clichés de libro de texto, secuelas de Gonnard.

Lo que ahora me molesta es que Michel Foucault se tome en serio a esos fantasmas. Si hubiera preferido la *History of Economic Analysis* de Schumpeter, esa obra maestra, las *Theorien über den Mehrwert* de Marx, ese modelo de exploración genética de un pensamiento, o incluso, sencillamente, la presentación por Alfred Sauvy de los «primitivos» de la economía, sin duda hubiera hablado con algo más de modestia. Que el «justo precio» medieval se base en una problemática «puramente moral», que el mercantilismo sea una «confusión sistemática» entre riqueza y moneda, que la utilidad aparezca por vez primera en Galiani y el «precio natural» en Cantillon, yo creía que esas antiguallas estaban ya enterradas. Michel Foucault las erige en revulsivo para su análisis. Poco importaría si el análisis fuera correcto. Sin embargo, ¿puede acaso condenarse *por adelantado* cualquier investigación de un cierto tipo sobre los gérmenes del pensamiento científico en el seno de textos antiguos, sin haberse referido *antes* a los especialistas verdaderos de esa investigación, despreciando sistemáticamente lo que han dicho sobre «el enigmático nacimiento de ese conocimiento»?

Hay que reconocer que Michel Foucault tuvo un escrúpulo a la hora de proponer su propia demostración. Advirtió que «el análisis de las riquezas», más que la gramática general o la historia natural, ha estado siempre vinculado a una *práctica* y a unas *instituciones*. Reserva afortunada, pero rápidamente olvidada, puesto que en seguida repite que *práctica* y *teoría*, en el seno de una «cultura» y en un momento dado, dependen de una misma «episteme», «que define las

condiciones de posibilidad de todo conocimiento». Así, la reforma monetaria de 1575-1577 y la reforma de Law se basarían «en el mismo fundamento arqueológico».

Reconozco que a propósito del «fundamento» de la reforma de 1577, después de consultar los textos de la época, pondría más bien a Oresme y a Jacques Rueff. Pero indudablemente, Michel Foucault ve las cosas de manera distinta. Hay que escuchar sus justificaciones.

MONEDAS Y PRECIOS EN EL SIGLO XVI

Él también busca sus justificantes en los textos. En cuanto al siglo XVI, en lo que ha publicado Le Branchu, lo cual no es muy tranquilizador. Porque si nos fiamos de las *palabras*, no habría que irlas a buscar en traducciones mediocres. Y es demasiado fácil atribuirle a la gente del siglo XVI unas preocupaciones exclusivamente monetarias («o casi»), si se encuentran en una selección de «Escritos notables sobre la moneda».

Sin embargo, conformémonos provisionalmente con atenernos a Copérnico, a la *Compendious examination*, a Bodin, Malestroict y Davanzati, viejos conocidos. Incluso respecto a ellos, Michel Foucault demuestra poco, y afirma mucho. Para unos hombres de su época, dice,

> Y de la misma manera que las palabras tenían la misma realidad que lo que decían, así como las marcas de los seres vivos estaban inscritas en sus cuerpos a la manera de marcas visibles y positivas, así los signos que indicaban las riquezas y las medían debían llevar en sí mismos marca real...

Una definición muy curiosa de la «episteme» económica de una época en que, precisamente, casi ninguna moneda real llevaba grabado su valor nominal, ¡fijado sin embargo por decreto! Somos *nosotros* los sorprendidos por tal divorcio.

Sé bien que lo que interesa a Michel Foucault en la controversia monetaria de 1575, es que los hombres luchasen para *obtener* esa conjunción del valor y la marca. Se olvida de subrayar que, si la obtuvieron, no duró ni siquiera treinta años. Entonces ¿el «saber» monetario de toda una «época» hubiera sido impuesto sólo a base de luchas, y para tan poco tiempo? ¿Y dónde están entonces el «fundamento» de-

terminante, la «episteme» constricto, la coherencia entre práctica, teoría y «cultura» que se había postulado?

De hecho, el problema de 1575-1577, igual que el de la época de Oresme o de Copérnico (o de Locke, Law, o Aftalion), es el conflicto, tan antiguo como la moneda misma, entre sus distintas funciones y formas: la moneda-objeto (que es mercancía), la moneda-signo (que es «corriente» y fiduciaria), la moneda-nombre (que no es más que una medida del valor). Sobre esto, nadie podrá decir nunca más que Marx, gracias a su conocimiento (serio él) de los textos de los siglos XVII y XVIII. Pero si queremos remontarnos más atrás, ¿encontraremos entonces una «episteme» del «signo», una «episteme» «del Renacimiento»? ¿O sencillamente, ante un *mismo* problema, una *nueva* reflexión sobre unos hechos *nuevos*?

Copérnico quería una moneda fija, como la toesa o la arroba, ya que la moneda debe ser una *medida.* Malestroict situaba esa medida fija en los metales preciosos. Bodin descubrió que ese metal, que confiere «estimación y precio a las cosas» puede, él también, cambiar de valor a causa de su abundancia y condiciones de producción. Es ese descubrimiento el que más nos importa. El parentesco entre las tres posturas, si hay que buscarlo en las nociones de relación, de medida, de conmensurabilidad, nos haría retroceder hasta Aristóteles, descender hasta las teorías del equilibrio. Lo grave, en Foucault, es que define, a base de imágenes y comparaciones, como típicos de un siglo, unos problemas eternos *por formales,* a la vez que se niega a ver cuantas conquistas impone cada siglo a la mente, bajo el dictado de «cosas» nuevas.

Pero lo que es nuevo en el siglo XVI, es que ese metal «precioso» «escaso, útil y deseable», contrastado por su peso, y única referencia posible en la práctica comercial internacional, se pone a cambiar de valor, no en oscilaciones momentáneas, localizadas o lejanas (con lo que siempre habían jugado los cambistas y comerciantes), sino en Europa, frente a todos los productos, sin duda de forma desigual, pero rápidamente. He aquí lo que turbó las mentes, trastornó el «saber». Lo que es apasionante ¿es acaso descubrir el límite impuesto a ese trastorno por el utillaje mental del siglo? ¿O medir el impacto sobre el utillaje mental del siglo del «fenómeno mientras se produce» en los mercados de México, Potosí o en las «gradas» de Sevilla?

No le voy a reprochar a Michel Foucault (aunque su libro

no sea de los que desaniman la pedantería) el no haber leído la tesis inédita de Humbleton, el fragmento de Azpilcueta publicado muy recientemente en Francia, o algún artículo mío en una publicación de escasa difusión. Pero, ya que se enfrentaba al pensamiento económico de todo un siglo, por lo menos hubiera podido completar a Le Branchu con Monroe, Grice Hutchinson, Hamilton y Larraz, entiendo que con los textos a los que remiten. Tal vez ahí hubiera sacado argumentos para su tesis, pues bien pertenecen a su siglo, *formalmente*. Pero, *en cuanto al fondo*, no se conforman con relacionar riqueza y signo de riqueza; buscan la *dinámica concreta* de sus relaciones. Que Michel Foucault no me objete que se trata de todas formas de un «*análisis de las riquezas*» partiendo del *intercambio*, o le tendré que pedir que instale en el mismo «fundamento» a Cournot y Walras. Los cuales no parten de la «producción», ¡que yo sepa!

En Mercado, todo gira en torno a la distinción entre «estimación» y valor de la moneda. El real vale 34 maravedís tanto en las Indias como en España, pero

> la estima es muy diferente en entrambas partes. Que en mucho menos se estima en Indias que en España ... La qual estima y apreciación es causa lo primero, de tener gran abundancia o penuria de estos metales, y como en aquellas partes nasce y se coge, tiénese en poco ...

Mercado examina entonces *todos* los factores que hacen variar la estimación del dinero. En el *tiempo* y el *espacio*. *Se lamenta* de que esa medida de los valores no sea «fija, cierta y permanente», como la arroba o la hora del reloj. Pero *constata* que en las Indias la «barra» de plata cambia de valor «por las mismas razones que un tejido». Contrariamente, en cuanto a los tejidos, sabe que tal terciopelo de Granada pasó en quince días de 28 a 35 reales, porque se quería cargar una carabela. La *confrontación mercancía-dinero* no es una construcción intelectual, que Malestroict «lee» en un sentido, y Bodin en otro, es una *observación sobre el mercado* que interpretan unos testigos más o menos penetrantes y situados de distinta manera.

> Todas las mercaderías encarecen por la mucha necesidad que ay, y poca quantidad dellas; y el dinero en quanto es cosa vendible, trocable o conmutable por otro contrato, es mercadería, por lo susodicho, luego también él se encarece por la mucha necesidad y poca quantidad dél ... Siéndolo al

> ygual, en las tierras do ay gran falta de dinero, todas las cosas vendibles, y aun las manos y trabajos de los hombres se dan por menos dineros, que do ay abundancia dél, como por la experiencia se ve que en Francia, do ay menos dinero que en España, valen mucho menos el pan, el vino, paños, manos y trabajos de hombres y aun en España, el tiempo que avía menos dinero, por mucho menos se davan las cosas vendibles, las manos y trabajos de hombres, que después que las Indias descubiertas la cubrieron de oro y plata. La causa de lo qual es que el dinero vale más donde y quando ay falta dél, que donde y quando ay abundancia, y lo que algunos dicen: que la falta de dinero abátelo ál, nace de que su sobrada subida haze parecerlo ál más baxo, como un hombre baxo, cabe uno muy alto, parece menor que cabe su ygual.

Este texto de Martín de Azpilcueta, anterior a Bodin y que va más lejos aún, tal vez le encante a Michel Foucault por su juego de confrontaciones y signos. Pero contiene toda la *experiencia* de un siglo (la palabra está ahí) y todos los fundamentos de una teoría psicológica apoyada en las nociones de equilibrio: oferta, demanda, necesidad, escasez. No estamos tan lejos del marginalismo. Ni de las matemáticas.

> A saber, sea la estima del dinero desigual, mas que désta desigual la yguale la desigual quantidad ... la desigual quantidad yguala la differente reputación del dinero ...

Foucault señalará esa fórmula en Bouteroue. Pero si hay que buscarle el parentesco, es evidente que proviene de los escolásticos. Pero, ¿hasta dónde se extiende entonces ese «campo»? ¿De Buridan a Jevons?

A decir verdad, lo que atrae a Michel Foucault, es la *imagen literaria*. Cuando Davanzati escribió en Florencia en 1586:

> La naturaleza ha hecho buenas todas las cosas terrenas; la suma de éstas en virtud del acuerdo establecido entre los hombres vale todo el oro que se trabaja; así, pues, todos los hombres desean todo para adquirir todas las cosas ... Para verificar todos los días la regla y las proporciones matemáticas que las cosas guardan entre sí y con el oro, se requeriría, que desde lo alto del cielo o de algún observatorio muy elevado, se pudiera contemplar las cosas que existen y se hacen en la tierra o, más bien, sus imágenes reproducidas y reflejadas en el cielo como en un espejo fiel. Abandonaríamos entonces todos nuestros cálculos y diríamos: hay sobre la tierra tanto oro, tantas cosas, tantos

hombres, tantas necesidades; en la medida en que cada cosa satisface necesidades, su valor será de tantas cosas o de tanto oro.

He aquí el comentario de Michel Foucault:

> Las marcas de la similitud, por guiar el conocimiento, se dirigen a la perfección del cielo; los signos del cambio, por satisfacer el deseo, se apoyan en el centelleo negro, peligroso y maldito del metal. Centelleo equívoco, ya que reproduce en el fondo de la tierra el que canta en el extremo de la noche: reside allí como una promesa de felicidad invertida y, dado que el metal se asemeja a los astros, el saber acerca de todos estos tesoros peligrosos es, al mismo tiempo, el saber acerca del mundo...

Muy hermoso. Pero, ¿dijo eso Davanzati? Dijo sólo que «en virtud del acuerdo pactado por los hombres» (en otra parte subraya su carácter *convencional*), el oro fue el elemento utilizado para medir los valores. Entonces se plantea el problema: ¿cuál es la relación entre el oro que existe y los valores por representar? Ciertamente, lo plantea mal, pero no más ingenuamente que Locke o Montesquieu, ni tampoco que muchos cuantitativistas del siglo XIX. Porque intenta englobar el número de hombres, la noción de necesidad y la relación de las cosas entre sí. Lo que está buscando es la ecuación de Fisher. Con lo que sueña, es con un planificador mundial que conociese los suficientes componentes de la ecuación para fijar con racionalidad el nivel de los precios, o la masa monetaria. ¿Y quién no sueña todavía con eso? Efectivamente, ahora estoy traduciendo yo a Davanzati. Pero lo traiciono menos que Michel Foucault. Éste, al discernir en una de sus frases la *imaginación* de las gentes del siglo XVI, quiere reducirlo a ella, encerrarlo. Yo busco en él *el germen de futuros razonamientos*. Y ahí está, sin lugar a dudas. La «episteme» analógica del siglo XVI reina, a decir verdad, más en Michel Foucault que en Davanzati. Porque, cuando éste regresa de las consideraciones globales a la práctica cotidiana, escribe sencillamente, con sentido común:

> Desde aquí abajo, descubrimos apenas las cosas que nos rodean y les damos un precio según que veamos que tienen mayor o menor demanda en cada lugar y en cada tiempo. Los mercaderes advierten pronto y bien esto y por ello, conocen admirablemente el precio de las cosas.

Lo que Michel Foucault interpreta de esta forma:

> En los confines del saber, allí donde llega a ser todopoderoso y casi divino, se reúnen tres grandes funciones: las de *Basileus, Philosophos* y *Metallicos*. Pero así como este saber no se da sino por fragmentos y en el relámpago atento de la *divinatio*, así, por lo que respecta a las relaciones singulares y parciales entre las cosas y el metal, el deseo y los precios, el conocimiento divino o el que se puede adquirir «desde algún observatorio muy elevado», no se da al hombre. A no ser por momentos y como por azar a los espíritus que saben acechar, es decir, a los mercaderes.

Hacerle decir a un florentino que la ciencia de los precios les es otorgada a los mercaderes «por momentos y como por azar», si «la arqueología» es eso, yo prefiero la historia. Preguntemos más bien a Davanzati qué entiende por «comerciante» y cuánta «*divinatio*» le concede:

> Si el valor de la moneda disminuyese de 12 a 1, el precio de las cosas aumentaría de 1 a 12. La pequeña campesina, acostumbrada a vender su docena de huevos por un as, y viendo en su mano un as reducido a una onza, exclamaría: «Señoría, o me entregáis 12 de éstos que se han reducido a una onza, o me entregáis un as de 12 onzas, u os daré un solo huevo por un solo as».

Sin invocar al *Metallicos* ni al *Philosophos*. En cuanto al *Basileus*, he aquí lo que opinaba un comerciante, en vísperas de la reforma de 1577:

> El valor del dinero debe ser entendido según el curso que tenga entre los comerciantes, y en el comercio, por uso y observación comunes; y lo que se dice de que el valor del dinero depende de la autoridad pública debe de ser entendido más como del valor al que se expone la moneda entre comerciantes y demás personas que como la voluntad impuesta por el Príncipe, porque la ley que puso precio al dinero tiene efecto mientras sea observada usualmente por el pueblo y en tal medida que al no hacer uso de ésta la anula.

Es la afirmación de que el *precio de mercado* (se trate de cosas o de moneda) tiene preferencia sobre las decisiones rea-

les. Desde los escolásticos, comerciantes y «doctores» siempre estuvieron de acuerdo en lo siguiente: «justo precio», «ley natural», «consenso popular» son términos que determinan el precio de mercado.

Si dejamos de lado las extrapolaciones líricas ¿qué queda de la «episteme» económica del siglo XVI, según Foucault? En mi opinión, poca cosa. No es que la cuestión planteada carezca de interés. Se habría podido mostrar en qué medida tales imágenes dominantes —religiosas, mágicas, astrológicas— o qué fárrago erudito prohíben, limitan, velan o bordean, con incidencias diversas, el camino de las ideas fijadas desde la Edad Media pero enfrentadas a hechos nuevos. La experiencia de los teólogos (que Michel Foucault desdeña) es, a este respecto, evidente.

Lo que sí es exacto, es que los hombres del siglo XVI, en la medida en que captan esos nuevos hechos, están abocados a considerarlos simplemente desde el punto de vista del *intercambio* (los comerciantes, no los productores, tienen la palabra), y por eso mismo el *mercado*, «la oferta y la demanda», domina sobre cualquier otra consideración. El problema del precio de producción, del coste del trabajo, puede surgir ocasionalmente, en un Saravia de la Calle, lo mismo que había surgido en Aristóteles o en Buridan. Está mal planteado y mal resuelto. Nunca es insignificante. Pero en fin, que el «precio» domine sobre el «valor», el intercambio sobre la producción, ¿es una característica de tal o cual «capa» o «era» arqueológica? Yo más bien vería una *línea* trazada desde hace tiempo (¿desde siempre?) y nunca interrumpida totalmente. Porque es *uno* de los métodos de análisis. Es la vía microeconómica, subjetivista, opuesta durante mucho tiempo (hoy día muchas veces combinada) a la vía de los cálculos globales y los costos de producción. Esta última se abrirá paso sobre todo a finales del siglo XVII en Inglaterra. Michel Foucault apenas lo menciona, o no lo menciona en absoluto. ¿Acaso habrá que creer, por otra parte, que los españoles, franceses, ingleses o italianos del siglo XVI y la primera mitad del XVII, desconocieron la *noción* de producción? ¿Que a sus ojos «no existía»? De nuevo, en esto, Michel Foucault afirma y demuestra. Pero escogiendo sus textos, y a menudo hablando en su lugar. Me temo que se le haya escapado, de los confines del siglo XVI y de la «época clásica», un gran descubrimento de los hombres: precisamente el de la *producción.*

La noción de producción en los albores de la época clásica

Volvamos a una de nuestras primeras objeciones: a la frase «tampoco existía una economía política en la época clásica, ya que, en el orden del saber, no existe la producción», le oponíamos el hecho de que en la misma fecha en que Michel Foucault situaba el comienzo de la «época clásica», las palabras «economía política» aparecieron en el *Traicté* de Antoine de Montchrestien.

El que la palabra «economía», ligada etimológicamente a la *casa* y su correcto funcionamiento se vea conducida, por la yuxtaposición de la palabra «política», al nivel de la «polis», de la colectividad, no es de despreciar. Las dos palabras están tomadas de Aristóteles. Pero no se le ha cogido la de *crematística*, que sí habla de riqueza. Desdeñar esa *preferencia* y esa *nueva combinación* ¿no es esquivar un problema en un libro donde se ponen en cuestión *las palabras*?

Es verdad que se nos aconsejó desconfiar. E indudablemente, la *economía política* de Montchrestien poco tiene que ver con la de Samuelson. ¿Pero es porque desconozca la producción? Tenemos casi la tentación de afirmar lo contrario. Pues he aquí el índice del primer libro de Montchrestien:

> De las artes mecánicas. De su orden y utilidad. Del reglamento de las manufacturas. Del empleo de los hombres. De los oficios más provechosos y necesarios para las comunidades. Del sostén de los buenos espíritus y del cuidado que de ellos debe tener el Príncipe.

Por prudencia, interpretamos el último punto como una discreta llamada a la generosidad del «Príncipe», ¡más que como el descubrimento de la rentabilidad de la educación! En cuanto a lo demás, es más difícil encontrar «riqueza» e «intercambio» que «producción» y «trabajo».

«Hay que trabajar para comer y comer para trabajar.» Ése sería el *punto de partida* que, «por el hilo de un orden correcto del particular discurso sobre las labores manuales», decidió a Montchrestien a empezar hablando de agricultura.

Apresurémonos a afirmar que el *estilo*, el *marco de pensamiento* y sobre todo el *marco de referencias* de Montchrestien son los de su tiempo. Lo que no significa exactamente lo

que sugiere Foucault. La «episteme» descrita por éste se limita a los aspectos que más le interesan. La influencia de la Biblia, de Platón, de Aristóteles, de Cicerón, de Catón y de Columela debería también tenerse en cuenta. Pero eso no impide a Montchrestien conseguir cierta precisión en la definición de la producción agrícola:

> Desde que la tierra, maldita por la transgresión de nuestros primeros padres, fue condenada a portar zarzas y espinos, la labor y la fatiga nos fueron legadas como por derecho de transmisión, según esta sentencia: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Así pues, la vida y el trabajo están unidos indisolublemente... Por eso existe esa laboriosa agricultura que lucha continuamente contra la esterilidad [de la tierra], y la obliga, trabajándola bien, a devolver alguna recompensa a tantas labores y a pagar los intereses de tantos préstamos. De ahí el cuidado que precisan las plantas y el mantenimiento de la viña de los demás árboles frutales. De ahí esa conducción del agua tan preciada para regar los prados, y así poder la hierba germinar y crecer. Y luego la vigilancia y alimentación del ganado, cuya carne comemos y los trajes de los cuales despojamos para vestirnos. En esas cosas principalmente es en las que se ocupa la vida rústica, cuyo *trabajo* y cuya *ciencia* son la agricultura.

He subrayado dos palabras cuya aproximación no es casual porque la noción de productividad de las tradiciones y los conocimientos está clara:

> Entre los labradores, quien más tierra tiene no es quien saca más provecho de su labor, sino aquel que conoce mejor cuál es la calidad natural de su propio suelo, qué semilla le conviene más y en qué estación hay que hacer los trabajos...

Las «artes» son menos necesarias para la vida, pero sin ellas sería «incompleta e imperfecta». La primera de las artes es la *forja,*

> elemento común a todos los elementos, mano de todas las manos que trabajan, el primer instrumento de la invención; y diremos que es, respecto a los demás, que son su fruto, el móvil y órgano de movimiento...

Fue por el *hierro* de la *herramienta* como

> la imaginación movida por la búsqueda curiosa encontró en la naturaleza [el medio] para llevar a la perfección todo aquello que depende de la operación artificial.

Estamos lejos del «centelleo negro, peligroso y maldito» del metal de Davanzati, visto por Foucault. Seamos sensatos nosotros ahora. No hablemos de un descubrimiento de la productividad agrícola y de la exaltación de la tecnología metalúrgica. Después de todo, Montchrestien redescubre lugares comunes. Sin embargo, al convertir esos lugares comunes —*subrayando que no se había hecho en la antigüedad*—, en materia de una ciencia que bautiza «economía política», ¿es posible negar que la basa en la *producción*?

Añadamos: y en el *trabajo*, del que ofrece, a través de recuerdos literarios, una definición admirable y a la vez singularmente cínica:

> Ningún animal nace más imbécil que el hombre: pero en pocos años se hace capaz de grandes servicios. Quien pueda acomodarse convenientemente con ese *instrumento vivo*, esa *herramienta móvil, susceptible de cualquier disciplina, y capaz de cualquier operación*, puede enorgullecerse de haber alcanzado en su casa el punto más alto de la economía.

Testigos Catón, Craso y Casio, que no «escatimaban tiempo, dinero ni diligencias» para instruir y educar a sus esclavos, y hacían de ello «oficio y comercio». Ahora sí, ¡he aquí la rentabilidad de la educación técnica! La más reciente escuela de historia económica americana se vanagloria de haber demostrado eso para explicar la rentabilidad de las explotaciones esclavistas en víspera de la guerra de Secesión.

Pero si se tratara de un mero recuerdo de lectura, el alcance del párrafo sería limitado, a pesar de su vigor en la definición del *homo faber*. Es más curiosa la llamada siguiente: Montchrestien alaba a Francia y al cristianismo por haber superado el estadio del hombre-herramienta y del hombre-mercancía, pero parece estar buscando la forma de volver a ello, por una preocupación social de eficacia.

> Ciertamente, Francia tiene la gloria incomunicable a cualquier otro país de haber establecido, desde la antigüedad, el verdadero domicilio de la libertad, y que la escla-

> vitud no halle lugar en ella, que incluso el siervo del extranjero sea liberado en cuanto pisa su suelo. Pero, puesto que por buenas y cristianas costumbres se abolió la esclavitud, falta que el público ponga cuidado en emplear a los hombres en oficios y trabajos *que unan el provecho particular a la utilidad común.*

La tesis es que el empleo, «vivero de artesanos», los «diversos talleres de distintas manufacturas» serían el único medio de vencer el vagabundeo, el pillaje, el paro (que Montchrestien definió a la perfección) y la emigración. Traduzcamos: la industrialización es el único medio para vencer los efectos del subdesarrollo, en especial en tiempos de expansión demográfica. Comprendo. Esta traducción es un crimen. Empleo *nuestras* palabras. Utilizo *nuestros* «conocimentos». Sustituyo la «episteme» de «la época clásica» por la *mía.* Y se me reprochará semejante anacronismo con justicia y amargura, por parte de los mejores historiadores. En realidad, era sólo un poco de diversión ...

No obstante ... Utilizo los textos. Busco *las cosas* debajo de *las palabras.* Con ciertos matices —fáciles de detectar— *algunas* cosas de la vieja economía plantean unos problemas que nos planteamos nosotros. Los analizamos a nuestra manera. Montchrestien a la suya. Si resulta que coincidimos es porque nos lleva a ello el parentesco entre las *cosas.* No coincidimos en lo que difieren. Pero cuando un hombre *busca nuevas palabras,* o cuando *desvirtúa el sentido de las palabras antiguas,* es señal de cosas nuevas. ¿No es acaso la lección más clara del análisis de los textos?

No condenemos *a priori* entonces (la aplicación puede deformar o no) la investigación *vertical, lineal* y *retrospectiva* en el seno de los textos antiguos. No seamos tampoco menos sensibles a las virtudes del análisis *horizontal,* a la confrontación entre textos *de una misma época.* En esto nos acercaremos a Michel Foucault, pero en lugar de apasionarnos por sus *comunes limitaciones de forma* ¿por qué no descubrir en ellos con alegría sus *comunes innovaciones de contenido*? Después de todo, tal vez esté ahí lo que separa al historiador del filósofo formalista con sensibilidad literaria. El que éste denomine «arqueología» a su disciplina, en realidad no tiene graves inconvenientes. Ni tampoco demasiada importancia.

Ahora situémonos en la época de Antoine de Montchrestien. Preguntémonos si es el único que, en ese comienzo de «la época clásica» reflexiona sobre la primacía de la producción.

En primer lugar, cuando dice que la menor de las provincias de Francia «procura a Vuestra Majestad su trigo, su vino, su sal, su aceite, sus tejidos, sus lanas, su hierro, su pastizal, que hacen a Francia más rica que todos los Perús del mundo», da eco, espontáneamente, sin referirlo, al pensamiento de Sully: «El laboreo y el pastoreo son las dos ubres con las que se alimenta Francia, las auténticas minas y tesoros del Perú».

«Tesoros del Perú», ¡cuánta tinta habrán hecho correr! No obstante, no vaya a creerse que en ese desprecio francés se esconde simplemente el «no están maduras» de la zorra. En los albores del siglo XVII, *también los españoles* condenan la ilusión de riqueza que les dio la conquista de las Indias. Como Pedro de Valencia:

> El daño vino del haber mucha plata y mucho dinero, que es y ha sido siempre (como lo probaré en otro papel) el veneno que destruye las Repúblicas y las ciudades. Piénsase que el dinero las mantiene y no es así: las heredades labradas y los ganados y pesquerías son las que dan mantenimiento [1608].

Y Caxa de Leruela, en 1620:

> No bastan las riquezas y tesoros que las monarquías acumulan de otras provincias a suplir el defecto de los frutos nativos de la Patria... después que los Españoles pusieron su felicidad temporal en adquirir estos metales, menospreciando (como dice Columela) el mejor género de acrescentar y conservar su patrimonio y el que carece de todo crimen, que son labores y pastorías, con que han perdido deslucidamente lo uno y lo otro.

Se dirá que son lugares comunes, latín de colegio. Sí, pero los mecanismos destructores de la inflación edificada sobre los tesoros del Perú habían encontrado, desde 1600, a su analista sutil, aunque asombrado ante su propio descubrimiento: Martín González de Cellorigo, en un capítulo titulado «Que el mucho dinero no sustenta a los Estados, ni está en él la riqueza de ellos», no se conformó con afirmaciones; había perfilado el proceso destructor mucho antes que Cantillon:

> ... con el mucho dinero que se ha labrado, se han subido los encabezamientos, las rentas, los impuestos, a que no se pueden satisfacer, sino corriendo en el Reyno tal cantidad,

que dé tanto valor a las cosas, que su precio corresponda a lo que los encabeçados deven suplir, y el sustento de la monarchía, y la valuación de los contratos que contra sí tienen, han menester. Y lo mismo es respecto de las mercadurías y contrataciones fuera del Reyno. Que por la razón general del mucho dinero están subidas ... Éste es el fructo del mucho dinero, y de la mucha plata y oro, y su valor: quando las cosas necesarias a la vida humana faltan, en las quales los Reynos que faltaren, harán falta a la verdadera riqueza ...

Nunca tantos vassallos uvo ricos como aora ay, y nunca tanta pobreza entre ellos, ni jamás Rey tan poderoso ni de tantas rentas y Reynos: ni le ha avido hasta aquí que aya entrado a reynar que hallase tan disminuydos y empeñados los estados. Y el no aver tomado suelo procede de que la riqueza ha andado y anda en el ayre, en papeles y contratos, censos y letras de cambio, en la moneda, en la plata y en el oro: y no en bienes que fructifican y atrahen a sí como más dignos las riquezas de afuera, sustentando las de adentro. Y ansí el no aver dinero, oro ni plata, en España, es por averlo, y el no ser rica es por serlo: haziendo dos contradictorias verdaderas en nuestra España, y en un mismo subjecto, según diversas formalidades que ay en el cuerpo de toda la república.

Aquí se hace tambalear la «episteme» *escolástica*, cuya lógica se extraña ante esa dialéctica de la «riqueza». Y Cellorigo, al constatar «que, tirando por lo bajo, se puede calcular que entre la gente que trabaja y la que no hace nada, la proporción es de uno a treinta», concluye con la asombrosa fórmula: «parece que se haya querido hacer de esta república una república de hombres encantados que viven fuera del orden natural de las cosas ... ».

Esto fue escrito en 1600. En 1605, aparece *Don Quijote*. Si anuncia «la época clásica», si es, según Foucault, «la escritura errando por el mundo entre el parecido de las cosas», Cellorigo le dio la razón por adelantado.

Contra la ilusión del Perú, contra el mito de las Indias —y contrariamente a lo que imagina Michel Foucault tras demasiados economistas con prisas— la generación de 1600-1620 no cejó de oponer el *trabajo* al ocio, la *producción* a las «riquezas».

Lo sorprendente es la misma velocidad de asimilación de las cosas por la mente. El declive español se interpreta, y en sus más hondas causas, apenas empieza. El florecimiento económico de Inglaterra y Flandes está en sus inicios, y ya obse-

siona a los hombres de los demás países, como modelo a imitar.

Ciertamente, la riqueza monetaria, y su forma en metálico, siguen siendo todavía signo de los países ganadores y perdedores. «Hacer dinero» fue, en los orígenes de la economía y de la sociedad burguesas, un fin colectivo antes de convertirse en una palabra de orden individual. Pero Antonio Serra, desde su prisión de Nápoles, escribía en 1613, dos años antes que Montchrestien, su *Breve tratado de las causas que pueden hacer que abunden el oro y la plata en los reinos que no tienen minas.* ¿Qué preconizaba? Las mismas recetas que Montchrestien, pero mejor fundadas teóricamente, puesto que contraponía al rendimiento decreciente e irregular de la agricultura el costo decreciente de la producción industrial:

> Nadie, si se pueden sembrar en una tierra 100 *sextarios* de grano, podrá conseguir que se puedan sembrar 150, mientras que para el fabricante, no ocurre lo mismo: puede multiplicar no sólo por dos, sino por cien, lo que produce y con menor proporción de gastos.

En esto, la anticipación de pensamiento es particularmente clara, demasiado aislada para que se pueda hacer un argumento. ¿Pero cómo negar que los principios de «la época clásica», en el giro que enfrenta a la crisis española con los primeros éxitos del Norte, nos muestran una reflexión económica en la que la *producción* desempeña un papel preponderante? El mismo *Quijote* es una manera de expresarlo, *a contrario.* Una toma de conciencia ante una anacronía, un irrealismo. Lo cual no invalida en absoluto la interpretación que da Michel Foucault. La multiplicidad de sentidos es propia de las obras maestras.

Pero, por clara que esté la agrupación de pensamientos entre 1600 y 1620, no está excluido encontrar en pleno siglo XVI la noción de producción enfrentada a la de riqueza. Luis Ortiz «contador de Burgos», «para que el dinero no salga de España» ordena expulsar toda la ociosidad y reintroducir el trabajo; el trabajo productivo (se van demasiados jóvenes a Salamanca, al ejército o a las Indias); las mujeres deberían hilar con rueca en lugar de huso, porque así se produce cuatro veces más; y si España consiguiera conservar su dinero, debería dedicarlo a grandes obras de regadío, para regularizar la producción agrícola. En cuanto a los intercambios glo-

bales, Luis Ortiz analiza todos los capítulos de la balanza de pagos (no de comercio).

Así pues, desde 1557 (sin contar a los precursores) existe una *línea* de reflexión en el sentido del análisis macroeconómico, unas «cuentas de la nación» en quienes, por posición, parten del Estado, lo mismo que existe una línea «microeconómica», representada por los teólogos, porque ellos parten del individuo.

«ÉPOCA CLÁSICA» Y «CLÁSICOS» DE LA ECONOMÍA

Este artículo es ya excesivamente largo. No seguiré a Michel Foucault por los meandros de su demostración a través del siglo XVIII, puesto que requeriría demasiados desarrollos. Remitámoslo a más adelante.

Contentémonos con algunas observaciones:

1. En primer lugar, como siempre, respecto a la *cronología*; el de la «arqueología» es un mundo de cronología precisa; ahora bien, si Michel Foucault hace aquí o allá alguna alusión a la *coyuntura*, es siempre con bastante poca fortuna. Aparte de esto, ocurre que justifica unas formas de razonamiento del siglo XVIII con ayuda de los argumentos que utilizó para el siglo XVI, mientras cree discernir, a principios del XVII, un «giro», una «vuelta» que introduciría el «mercantilismo», sin destruir en lo esencial las estructuras del «saber». Hemos visto que ese «giro» tenía raíces desde mediados del siglo XVI y no respondía en absoluto a las definiciones de Michel Foucault (en particular en cuanto al lugar reservado a la *producción*).

2. Del mismo modo, Michel Foucault se retrae cuando hay que identificar el «saber» de Law y el de Cantillon, el de Condillac y el de Quesnay. Pero, sea por comodidad o por negligencia, lo que no es admisible es su silencio sobre el fin del siglo XVII en Inglaterra, sobre Graunt, King y Petty, sobre un momento en que nacen simultáneamente la preocupación *estadística*, la preocupación *probabilista*, y la noción de *costo en trabajo*, tanto para la moneda-mercancía como para las cosas. Ese silencio, por sí sólo, cuestionaría la seriedad de su método. Hay en él un galocentrismo heredado no precisamente de los más recientes, sino de los más antiguos manuales.

3. Como, a fin de cuentas, la «episteme» de «la época clásica» tiene que enfrentarse (según la hipótesis de Michel Fou-

cault) a la de los «clásicos» (en el sentido habitual de la palabra) de la economía, se escamotean las adquisiciones *progresivas* que conducen hacia estos últimos. Y se refiere al mismo Smith con alusiones. En cuanto a Ricardo, se le atribuirá el descubrimento de «la historicidad» (por el hecho de que ha anunciado la inmovilización de la Historia), para admitir que no existe ninguna «separación» entre él y Marx.

Porque se trataba de llegar a la fórmula: «*El marxismo en el pensamiento del siglo XIX está como pez en el agua: o sea, que en cualquier otra parte deja de respirar*».

Prosigamos, porque hay frases sabrosas:

> Si [el marxismo] se opone a las teorías «burguesas» de la economía, y si en esta oposición proyecta contra ellas un viraje radical de la Historia, este conflicto y este proyecto tienen como condición de posibilidad no la retoma de toda la Historia, sino un acontecimiento que cualquier arqueología puede situar con precisión y que prescribe simultáneamente, sobre el mismo modo, la economía burguesa y la economía revolucionaria del siglo XIX. Sus debates han producido algunas olas y han dibujado ondas en la superficie: son sólo tempestades en un estanque para juegos de niños.

Propongo que vayamos a celebrar el cincuentenario de la revolución de Octubre al estanque del Luxemburgo. Y que verifiquemos cuál es la «arqueología» que un «acontecimiento» pueda sacudir.

Así pues, el análisis «arqueológico» de Michel Foucault en el terreno económico termina tan desgraciadamente como empezó. Le cedo gustoso los de la historia natural y la gramática general, esperando que los conozca mejor que yo. De todas maneras, nos deja la «doxología», que me da la impresión de parecerse al auténtico análisis histórico. Falta saber si ese análisis, que, a través de las palabras, se propone siempre captar las cosas, es compatible con una investigación que *subordine las cosas a las palabras.*

HISTORIA DEL DERECHO, HISTORIA «TOTAL»*

Les propongo que nos situemos unos ciento treinta años atrás, e intentemos revivir juntos un episodio de la historia del pensamiento, sin duda importante, y seguramente vinculado muy estrechamente con los temas de reflexión de nuestro encuentro.

1842. Primeros meses de 1843. Un joven jurista, filósofo, hijo de la Alemania renana, pero que acaba de ganar el doctorado en Berlín, donde pudo escuchar a Savigny e impregnarse de Hegel, decide entrar en la política activa de su país por la vía del periodismo, y va imponiéndose progresivamente, primero como inspirador intelectual —*spiritus rector*, decía un agente de la censura gubernamental por una vez perspicaz— y luego como redactor-jefe titular de un periódico de oposición.

Era lógico que hubiese tenido que luchar, en sus primeros artículos, contra la censura. Puede parecer más sorprendente que, en un periódico consagrado —según rezaba su título— «a la política, el comercio y la industria» (y que primero pensó en Frederic Lisa para redactor-jefe), creyera ser políticamente útil lanzar una polémica brillante, aunque difícil, contra la escuela histórica del derecho positivo, en ocasión de las bodas de oro universitarias de Gustav Hugo, a la sazón casi octogenario, fundador de la escuela y maestro de Savigny. Hugo se ve acusado de haber puesto a Kant al servicio del irracionalismo, y de no haber conservado del siglo XVIII más que su escepticismo, o sea, su frivolidad.[1]

* Comunicación al Coloquio Internacional de Historia del Derecho, Universidad de Granada, 1973.

1. «Von einem Rheiländer. Die Verhandlungen des 6. rheinischen Landtags. Erster Artikel. Debatten über Pressfreiheit und Publikation der landständischen Verhandlungen», *Rheinische Zeitung*, 125 (5 mayo 1842). «Das philosophische Manifest historischen Rechtsschule», *ibid.*, 221 (9 agosto 1842). (Cf. Marx-Engels, *Werke*, Berlín, 1964, t. I, pp. 28-85). En la *Rheinishe Zeitung*, cf. A. Cornu, *Karl Marx et Friedrich Engels, leur vie et leur oeuvre*, París, 1958, t. II, pp. 1-15.

Es cierto que los lectores del periódico son burgueses liberales de Tréveris, Colonia y Bonn, muchos de ellos juristas, y espontáneamente más abiertos a los ecos del racionalismo francés que a las tentaciones del romanticismo alemán. Para ellos, es normal ver enfrentar un derecho *definido por la racionalidad* a una concepción *histórica* de las instituciones, a una visión del derecho *como producto de la historia.*

Pero lo que es extraño y problemático, es que quien subrayaba esa oposición, y levantaba esa crítica, se llamase Karl Marx: todos le habréis reconocido como el joven redactor de la *Rheinische Zeitung.* Y uno no puede menos que preguntarse ¿cómo es que aquel que un día convertiría el derecho en un mero elemento, entre otros, de la *superestructura* de las sociedades, garantía de profundas relaciones más materiales, aunque, como ellas, *constituido históricamente,* y por tanto derivado, lo mismo que ellas, del *análisis histórico,* pudo, desde los mismos comienzos de su acción política, criticar la *escuela histórica del derecho*? ¿Y ello menos en nombre de Hegel, al que sin embargo, conocía bien, que en nombre de Kant y las exigencias racionalistas del siglo XVIII?

¿Bastaría eso para distinguir, en la biografía intelectual del joven Marx, un episodio de mero racionalismo a la manera liberal? ¿Bastaría eso para desmentir a los numerosos observadores que creyeron poder vincular el historicismo de Marx a los gérmenes sembrados por Savigny, en las lecciones seguidas con asiduidad, al testimonio del estudiante mismo? Vale la pena preguntárnoslo si deseamos captar, en los orígenes de sus relaciones, los dos modos de inserción del derecho en la historia humana, las dos posibles actitudes del jurista y el filósofo ante la historia, y del historiador sociólogo ante el derecho: exactamente los temas propuestos estos días a nuestra reflexión.

Ya sé que se podría resolver el problema al modo de Althusser:[2] antes de 1857, Marx no está «maduro»; antes de 1847, no es Marx. Buscarlo en las obras de su juventud es querer exponer (como proponía Jarry) «el cráneo de Voltaire niño». Cualquier andadura intelectual es una sucesión de *coherencias* y *divisiones*: una época de racionalismo liberal, otra de romanticismo comunitario, alguna más tal vez, pero nada que anuncie el futuro, hasta el gran relámpago de 1845 entre los dos polos cargados de electricidad contraria: Feuer-

2. L. Althusser, *Pour Marx,* París, 1965: artículos sobre el joven Marx.

bach, seguido demasiado tiempo, Hegel, reencontrado de pronto, por una destrucción recíproca.

Estos importante análisis sirvieron demasiado contra las mixtificaciones y puerilidades difundidas sobre la juventud de Marx, para que olvide rendirles un homenaje. Pero, como todo historiador que quiere ser «total» bien tiene que enfrentarse un día con la historia del pensamiento, reconozco que, en el análisis histórico de un pensamiento individual, me seducen menos las «coherencias» y las «rupturas» que las incoherencias y los balbuceos, sobre todo cuando se están corrigiendo incesantemente, como en el joven Marx, por la constancia de su curiosidad, por su sensibilidad crítica frente a las ideologías —terrorismo oficial o terrorismo grupuscular— y finalmente sobre todo, por los descubrimientos de la práctica, mezclados la vida cotidiana y la vida política, fuentes más vivas del sentido de la historia que la filosofía o la erudición.

Ahora bien, precisamente el artículo contra Gustav Hugo ya lo dice: «la escuela histórica del derecho encontró su "schiboleth", su palabra mágica, en la búsqueda de las fuentes».[3] Volvamos a las suyas, y hallaremos una elección, la de la irracionalidad. Pero si bajamos por el río hasta el presente, descubriremos la realización de una vocación concreta, la «vocación legisladora»,[4] que Savigny había prometido a su tiempo,[5] pero que finalmente asume en su persona: en 1842 acaba de convertirse, en Prusia, en ministro de la reforma de la legislación. Se adivina entonces que en el artículo contra Hugo apunta al discípulo a través del maestro; a quien apunta es al *ministro* a través de una concepción del derecho.

Pero la «razón política» nada le resta —al contrario—, al vigor de una crítica filosófica que no hubiera existido sin ella y que la vivificó. Se ataca a la escuela histórica no en sus principios, sino en sus conclusiones. De Kant, ha conservado la imposibilidad de acceder a la verdad, pero ha inferido que toda existencia funda una autoridad, y toda autoridad un derecho.[6] El problema se plantea entre la necesidad de la historia y la libertad del hombre.

3. «Das philosophische Manifest ... », art. cit., p. 78.
4. *Ibid.*, p. 84: « ... *Hugos Nachfolger* den *Beruf* haben, die *Gesetzgeber unserer Zeit* zu sein» (palabras subrayadas por Marx).
5. *Cf.* Savigny, *Vom Beruf unserer Zeit für Gesetzgebung und Rechtswissenschaft*, Heidelberg, 1814.
6. «Das philosophische Manifest ... », art. cit., p. 79: «*Jede Existenz* gilt ihm für eine *Autorität*, jede Autorität gilt ihm für einen Grund» (palabras subrayadas por Marx).

El que Marx, en 1842, tomase partido por la última no significa forzosamente que en ese estadio de su pensamiento negara la primera. Únicamente se niega a convertir la *constatación* histórica en una *justificación*. «*Positiv, dass heisst unkritisch*», escribe brutalmente.[7] Y observa en seguida que el poderoso tronco de la erudición histórica «positiva» se deja ya rodear, en el seno de la escuela, por los humos del misticismo y la especulación. Tras el «*unkritisch*» surge el «*unhistorisch*».[8] La defensa de la razón se vuelve defensa de la historia. Marx, que no es aún historiador, olfatea sin embargo los posibles peligros del historicismo cuando éste es sólo una mirada *pasiva* hacia un pasado *parcial*. Él busca *otra* historia, que no sea *sólo* «historia del derecho».

Y he aquí cómo le fue dado, sólo unas semanas después de la polémica contra Gustav Hugo, observar *en sus orígenes* la génesis de una legislación, y el nacimiento de un derecho. La Dieta renana acababa de discutir sobre las sanciones eventuales contra los campesinos que recogían leña en los bosques comunales y señoriales, vieja costumbre que los legisladores decidieron asimilar al delito de robo. En apariencia se trataba de una materia sin gran importancia. Sin embargo, largos debates, y largos, larguísimos artículos de Marx.[9] Y es porque se trataba en realidad del fenómeno fundamental en la aparición de las sociedades modernas: la transformación de la *noción de propiedad*, la lenta ascensión en los hechos, y la inscripción posterior en el derecho de lo que Marc Bloch denominó «el individualismo agrario», la desarticulación progresiva de todo aquello que Marx llamaría «el modo de producción feudal», con su corte de derechos consuetudinarios.

De todo ello, el joven periodista de 1842, a pesar de ser un sólido jurista y profundo filósofo (o mejor dicho *por ser* jurista y filósofo a la vez), aún no podía captar el sentido más que de forma indecisa e incoherente, y por eso mismo más lleno de lecciones para nuestro propósito.

Hasta entonces había creído él —y en 1842 todavía lo creía, en gran medida— que las conquistas de la Revolución francesa eran una etapa decisiva en la dirección hacia la

7. *Ibid.*
8. *Ibid.*, p. 84: «unhistorische Einbildungen».
9. *Rheinische Zeitung*, 298, 300, 305 y 307 (25, 27 y 30 octubre y 3 noviembre 1842), artículos siempre titulados «Verhandlungen des 6. rheinischen Landtags» y firmados «Von einem Rheinländer»; aquí, «Dritter Artikel, Debatten über des Holzdiebstahlgesetz» (cf. Marx-Engels, *Werke*, *op. cit*, t. I, pp. 109-147).

libertad del hombre y hacia la *racionalidad universal* del derecho, encarnando el Estado esa racionalidad.

Pero, a través de los debates de la Dieta renana y las decisiones que los liquidaron, Marx descubre de pronto que el «derecho» que sustituye aquella vieja «costumbre» no tiene más valor «racional» que ella, sino que sólo tiene un valor cristalizador para unas nuevas relaciones sociales alrededor de los bienes naturales, relaciones marcadas también por el egoísmo de clase y, tal vez, a fin de cuentas, más duras para los pobres.

Dudo que en esa constatación pueda verse una adhesión, aunque fuera momentánea, a un populismo comunitario, a ese socialismo para feudales con el culo blasonado a los que denunciará el *Manifiesto*. Sólo que, en un arranque de simpatía por la clase pobre, Marx no puede evitar advertir lo que ésta está perdiendo, en nombre de una libertad y una igualdad abstractas que, para la mayoría de los hombres, no entran en el terreno de los hechos. Ello no es regresar —a pesar de algunos recuerdos de la tradición renana y de la riqueza humana del derecho germánico—[10] a la escuela histórica del derecho, tan recientemente atacada. No. Es el *principio* de una *crítica histórica del derecho racional*, cuyos diversos argumentos, en una serie de artículos sobre los «robos de leña», anuncian una nueva inserción de la observación del derecho en el análisis histórico de la totalidad social.

1. La importancia del derecho, en la interpretación histórica de una sociedad, es que *denomina, califica* y *jerarquiza* cualquier divorcio entre la acción del individuo y los *principios fundamentales* de esa sociedad. Antes de las decisiones de la Dieta renana, se *recogía* leña. Y después, se *roba*. Un artículo legal transforma a un «ciudadano» en «ladrón».[11] El derecho discrimina, con los actos, a los mismos *hombres*. Cuando la infracción se transforma en delito, cuando el delito se transforma en crimen, cuando lo que se refería a lo civil se refiere a lo criminal, cambia la cara de la *propiedad*. Si se roba tanta leña, dice un diputado, es que la mentalidad común no considera que se trata de un robo: pues decretemos que *es* un robo. Entonces, dice Marx, si se dan por el mundo

10. *Ibid.*, p. 117 sobre la riqueza de las fuentes germánicas del derecho consuetudinario de los pobres; p. 147 sobre el abandono del provincialismo renano.

11. *Ibid.*, p. 110. ¡Y basta para ello la simple modificación de la redacción de un artículo!

tantos bofetones porque no se considera que un bofetón sea un homicidio, ¿vamos a decretar que *es* un homicidio? ¿Puede acaso mentir la ley? Marx todavía cree que no *debiera.*

> La ley —escribe—, no está eximida de la obligación general de decir la verdad. Incluso tiene esa obligación por partida doble: es ella quien decide, en juez auténtico y universal, sobre la *naturaleza jurídica* de las cosas. La naturaleza jurídica de las cosas no podría entonces modelarse sobre la ley; es la ley quien tiene que adaptarse a la naturaleza jurídica de las cosas.[12]

El joven periodista de 1842 todavía cree entonces en un *derecho en sí,* que *debería* sujetar al legislador. Y descubre *que la realidad no es ésta.* Que la Dieta renana, al pronunciarse respecto a la leña, contra toda razón, contra la mentalidad común, define una *nueva visión del derecho de propiedad.* Y esto le plantea una *nueva problemática.*

2. Si los límites de la noción de propiedad se están configurando a expensas de una antigua concepción consuetudinaria más suave, ¿no será que la *definición jurídica de la propiedad está confiada a los propietarios?* En la Dieta, nos dice Marx, «el propietario de bosques impuso silencio al legislador».[13] Entendamos al legislador ideal, al legislador tal como debería ser.

Falta saber si no fue siempre lo mismo, a través de los tiempos y de todos los sistemas sociales. Pascal escribió, con la fórmula más fuerte que haya jamás enfrentado los dos sentidos de «justo» —el sentido jurídico y el moral—: «Al no poder conseguir que lo que es justo sea fuerte, se ha logrado que lo fuerte sea justo» (entendamos, considerado como tal). ¡Cuántos siglos se necesitaron para descubrir el sentido *histórico* de ese «pensamiento»! En 1842, Marx lo reinventa de manera indecisa y torpe todavía:

> Al no poderse elevar la propiedad privada hasta el punto de vista del Estado, es el Estado quien desciende a los medios, opuestos al derecho y a la razón, de la propiedad privada.[14]

12. *Ibid.,* p. 112.
13. *Ibid.,* p. 110.
14. *Ibid.,* p. 126.

Aquí se anuncia ya el gran trastorno de los años venideros: es la sociedad civil quien hace al Estado y no el Estado a la sociedad civil.

Incluso se dibujan algunos mecanismos. La Dieta se negó a distinguir entre «recogida» y robo. Como sanción, prefirió la multa al reembolso del valor de la leña robada, aunque el «valor» sea un criterio fundamental del sistema económico;[15] y es que una estimación de su valor haría destacar hasta qué punto es ínfimo el daño causado por tal «robo» de leña; la multa, desproporcionada con respecto a ese daño, aún aparece más como una sanción. Los diputados también insistieron en que la estimación del valor del hurto no sería muy «práctica». Así pues, dice el artículo de Marx:

> Éste es el razonamiento del propietario *práctico*: esta disposición es buena en la medida en que yo le saque provecho: *el bien es mi propio interés.*[16]

Otra observación característica: las disposiciones sobre la leña se extienden a la recogida de bayas silvestres como los arándanos, practicada «desde tiempos inmemoriales». Y es que esa fruta se ha convertido *en objeto de comercio*; se envía a Holanda, en barriles, *a cambio de dinero*. El bien natural se ha convertido en *mercancía*. Si se *puede* monopolizar, *hay* que justificar tal monopolio legalmente: «La naturaleza del objeto —descubre Marx—, requiere un monopolio, porque el interés de la propiedad privada acaba de inventarlo».[17]

Más tarde hubiera dicho: la transformación del valor de uso en valor de cambio exige una concepción absoluta de la propiedad del objeto. El *nuevo principio* del *modo de producción* exige una nueva *visión jurídica* de las cosas.

Por el momento, Marx está sólo empezando a preguntarse si las «legislaciones ilustradas», cuyo advenimiento había deseado, difieren todo lo que había imaginado de las sociedades de privilegios.

3. Entonces dirige su reflexión hacia esas sociedades de privilegios, jurídicos o consuetudinarios, de las que primero

15. *Ibid.*, p. 114: «Der Wert ist das bürgerliche Dasein des Eigentums ...».

16. *Ibid.*, «Diese Gesetzebestimmung ist gut, soweit sie mir nutzt, denn mein Nutzen ist das Gute».

17. *Ibid.*, pp. 119-120: el párrafo enfrenta de forma llamativa el viejo vocabulario peyorativo (monopolio) al vocabulario apologético (propiedad), y los intereses modernos de los «geldfuchsenden Handelskrämer» al «urteutonischen Interesse von Grund und Boden».

pensó que sólo prolongaban las sociedades primitivas «animales» aún, los «feudalismos ingenuos» de castas cerradas y que acababan de cederle el puesto a una racionalidad formulable en leyes. Por un lado, descubre que la sociedad feudal *tenía su propia lógica*, y por otro, que las legislaciones «ilustradas» han mantenido muchos antiguos privilegios, mientras fueron despiadadas en la supresión de los derechos consuetudinarios de los pobres:

> Esas clases [privilegiadas] encontraron en la ley no sólo el reconocimiento de sus derechos racionales, sino también muchas veces el reconocimiento de sus pretensiones irracionales ...[18]

En cambio, el derecho moderno, considerando «accidentales» concesiones consuetudinarias a las masas desprovistas de todo bien, suprimió esas concesiones, en nombre de una organización superior, más «racional»:

> Tomemos un ejemplo: los conventos. Se han suprimido los conventos, secularizado sus bienes y con razón. Pero el eventual socorro que encontraban los pobres en esos conventos, se ha desdeñado totalmente sustituirlo por alguna otra fuente positiva de renta. Al transformar la propiedad monacal en propiedad privada, y tal vez al otorgar una indemnización a los conventos, no se indemnizó a los pobres que vivían de los conventos. Muy al contrario, no sólo se han reducido aún más sus medios de vida, sino que además se les ha despojado de un antiguo *derecho*.[19]

Marx todavía no ha renunciado —tal vez no renuncia nunca, por otra parte, en nombre de la creciente racionalidad de la historia— a considerar la propiedad moderna más «racional» que la propiedad medieval; pero pone su empeño en hacer observar que todos los puntos *olvidados* en el ordenamiento de una sociedad por unas legislaciones llamadas «ilustradas», se «olvidan» sólo a expensas de la clase pobre:

> Era necesario el carácter exclusivo de esás legislaciones. En efecto, los derechos consuetudinarios de los pobres tenían por base esa idea común de que una cierta propiedad tenía una naturaleza imprecisa; no se sabía en realidad si la

18. *Ibid.*, p. 116.
19. *Ibid.*, p. 117 (el subrayado de la palabra *derecho* es nuestro).

propiedad en cuestión era privada o pública; era una especie de mezcla de derecho público y privado, tal como se encuentra en todas las instituciones de la Edad Media...

Entonces la razón suprimió las formas dudosas y degeneradas de la propiedad empleando las categorías del derecho privado abstracto cuyo esquema estaba en el derecho romano. Y la razón legisladora se creía tanto más con el derecho de suprimir las obligaciones que incumbían a esa propiedad vacilante respecto a la clase pobre en cuanto suprimía también los privilegios políticos de esa propiedad. Pero olvidaba un punto: incluso desde el ángulo del derecho estrictamente privado, existía un derecho privado *doble*, un derecho privado del propietario y un *derecho privado del no propietario*, sin tener tampoco en cuenta que ninguna legislación ha suprimido los privilegios políticos de la propiedad, sino que sólo los ha despojado de su carácter aventurero para conferirles un carácter burgués.[20]

Aquí es donde el joven Marx cae un momento en la tentación a la vez del *utopismo* y de la *mirada al pasado*, en su deseo de conciliar sus simpatías por la clase despojada y su esperanza en un derecho que fuese *universal*; querría *universalizar* el derecho consuetudinario de los pobres:

Reclamamos para los pobres *el derecho consuetudinario*, no un derecho consuetudinario local, sino un derecho consuetudinario universal, que fuese de los pobres de todos los países. Vamos aún más lejos, sostenemos que por su naturaleza, el derecho consuetudinario no puede ser *más que* el de la clase más baja, de esa clase elemental que no posee nada ...[21]

¿No podría sostenerse históricamente que, en la realidad del pasado era la clase pobre la que «ponía orden»?

La pobreza encuentra su derecho en su propia *actividad*. Con la *recogida* de leña, la clase elemental de la sociedad humana adquiere, ante los productos de la naturaleza elemental, la actitud de alguien que pone orden ...[22]

Existe en esas costumbres de las clases pobres, un sentido instintivo del derecho; su raíz es a la vez positiva y legítima ...[23]

20. *Ibid.*, p. 118 (lo subrayado es nuestro).
21. *Ibid.*, p. 115 (subrayado por Marx).
22. *Ibid.*, p. 119.
23. *Ibid.*, p. 119.

«*Tenemos derecho los pobres...*», gritaban los amotinados de abril de 1766 en Zaragoza.[24] Y sabemos que hasta los años 1830-1840, una concepción jurídico-moral implícita animaba a los sublevados alemanes e ingleses.[25]

Sin embargo, la adhesión de Marx al juridicismo instintivo de la clase pobre está acompañada de una *crítica política* y una *constatación empírica* en cuanto al sentido profundo de la instalación de una nueva sociedad, porque:

> La forma del *derecho consuetudinario* es tanto más conforme a la naturaleza en cuanto *la existencia de la clase pobre* no ha sido hasta ahora más que una *simple costumbre* de la sociedad civil, puesto que ésta todavía no ha encontrado el lugar otorgado a la clase pobre en la esfera de la organización consciente del Estado. Los actuales debates nos muestran sin embargo cómo se tratan esos derechos consuetudinarios; nos ofrecen un ejemplo en el que el método y el espíritu del proceso están llevados hasta su lógica extrema.[26]

4, Ese juego entre *la tentación utópica y filosófica* y *el análisis concreto del sentido profundo de las situaciones* caracteriza el conjunto de artículos sobre el robo de leña.

Por un lado, la crítica de una definición arbitraria de los crímenes y los delitos desemboca en una evocación de Proudhon, cuyo libro *Quest-ce que la propriété?* tiene entonces tres años de vida:

> Al negar la diferencia entre especies esencialmente distintas del mismo crimen, negáis el crimen mismo en su distinción con el derecho...
>
> Y esa misma opinión, que no recuerda más que un punto común de actos distintos, y hace abstracción de todo lo que les diferencia, ¿no se destruye acaso razonando así? Si cualquier violación de la propiedad, sin distinción ni determinación más precisas se llama robo, ¿no sería un robo toda propiedad privada? ¿Es que por mi propiedad personal no le niego a un tercero esa propiedad?[27]

24. *Relación individual y verídica del suceso acontecido en la ciudad de Zaragoza el día 6 de abril de 1766 ... por don Tomás Sebastián y Latre*, Zaragoza, 1766, p. 56; *cf.* P. Vilar, «El motín de Esquilache y las crisis del antiguo régimen», *Revista de Occidente* (febrero 1972), p. 229.

25. Cf. E. P. Thompson, «The moral Economy of the English crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present* (febrero 1971), pp. 76-136, y Richard Tilly, en *Journal of Social History* (1970), pp. 1-17.

26. *Rheinische Zeitung*, art. cit. p. 119 (continuación del texto citado, cf. n. 23; la misma observación para las expresiones subrayadas).

27. *Ibid.*, p. 113.

No obstante, Marx aún sacará de esa alusión proudhoniana unas lecciones conservadoras en un sentido, tal vez destinadas a tranquilizar a sus lectores. Por un lado, excluir de la comunidad del Estado a un ciudadano honrado llamándole criminal ¿no es segar, a expensas del Estado mismo, las fibras necesarias para su vida?

Por otro lado, acaso hubiese que considerar los peligros de una situación en que

> el pueblo ve el castigo, pero no el crimen; y por el mismo hecho de ver el castigo donde no ve crimen, dejará de ver crimen donde haya castigo.[28]

La falta de lógica de las leyes crea un rechazo hacia ellas y quizás un día situaciones revolucionarias. A menos que... A menos que las mentalidades colectivas sean, de hecho, más complejas de lo que las relaciones y sanciones jurídicas parecen sugerir. Marx descubre también, al hilo de su precoz reflexión, dos nociones que superan ampliamente al derecho en el sentido clásico de la palabra, nociones ciertamente que más de un comentarista reciente ha sobrevalorado, pero que la antropología descubre en más de un aspecto, como fundamento psicosocial de los derechos primitivos.

En primer lugar se trata de la *reificación*. La Dieta discute extensamente sobre la distinción entre leña seca y verde, pero no duda en excluir al *hombre*, parecido a la leña seca, de la madera verde de la moralidad colectiva. Parece temer por encima de todo, mientras desprecia las necesidades vitales de las familias campesinas, la previsión de que los campesinos la emprenderían con los árboles verdes, en la esperanza de aumentar las futuras provisiones de leña seca. De donde surge la prohibición de utilizarlas: «Imposible —escribe Marx— subordinar de forma más elegante y sencilla el derecho de los hombres al derecho de los árboles jóvenes».[29]

Y así es como el bien *valorado*, el objeto pasado al estado de mercancía, adquiere valor de *fetiche*. El artículo termina recordando que los indígenas de Cuba, ante la actitud de los españoles respecto al oro, creyeron que para ellos se trataba de un *fetiche*. Si hubieran sido admitidos en los debates de la Dieta, hubieran creído que los renanos tenían por fetiche a la leña.[30] Así, detrás de profundas verdades económicas,

28. *Ibid.*, p. 112.
29. *Ibid.*, p. 111.
30. *Ibid.*, p. 147.

detrás de las actitudes jurídicas que las consagran, pueden tener lugar los más inconscientes hechos colectivos, que las clases dirigentes, por otra parte, tienen interés en perpetuar. Tanto el historiador del derecho como el historiador en general tienen la obligación de no ignorarlo.

Sin embargo pienso que ese acercamiento aún vacilante a las nociones de *fetichismo* y *reificación* se ha recogido más a menudo en los pocos comentarios sobre los artículos aquí estudiados, a causa de su brillo literario y su apariencia filosófica.

Me parecen más importantes (y algunas veces expresados también con brillantez) los análisis más concretos y más realistas del fenómeno observado: para que sea aplicada la ley sobre el hurto de leña, se le dan plenos poderes al guarda forestal, público o *privado*; él es quien *califica el delito*, y quien *determina la multa*; desde entonces

> la lógica que transforma al criado del propietario en una autoridad del Estado, transforma a las autoridades del Estado en criados del propietario... Todos los órganos del Estado se vuelven ojos, oídos, brazos, piernas con los que el interés del propietario escucha, espía, valora, protege, atrapa y corre...[31]

Incluso se llegó a proponer que las penas se ejecutasen bajo forma de servicios, en deducción de las prestaciones comunales debidas por los propietarios; esto rebaja, por un lado, a los alcaldes y a las propias comunidades al rango de policías; y por otro:

> La plusvalía forestal, ese espejismo económico, se convierte en realidad gracias a la ley sobre los hurtos... Para la propiedad, el delito se ha transformado en renta.[32]

Así, se riza el rizo por el regreso al *dinero*, carácter principal del capitalismo. La *totalidad* de las relaciones entre el hombre desprovisto de bienes, el propietario y finalmente el Estado, ha sido examinada a propósito de un derecho reciente, de una legislación que está elaborándose. Se ha dicho casi todo, o todo, sobre un *proceso de transición* y también *respecto al derecho*. Se trata de la transición de un *modo de*

31. *Ibid.*, p. 130 (párrafo subrayado por Marx).
32. *Ibid.*, p. 136.

producción a otro modo de producción, de la muerte de la sociedad feudal y la cristalización en el derecho de los principios fundamentales del capitalismo.[33]

Casi podría terminar aquí mi exposición, puesto que acabamos de ver, en los orígenes de un pensamiento fundamental para una teoría de la historia, el lugar que ocupa la reflexión sobre la historia del derecho.

No obstante, desearía, en el rato que me queda aún, examinar la parte que podría tomar la historia del derecho en una historia de los historiadores, la que yo sueño en practicar y hacer practicar, y de la que hace poco decía que me gustaría que fuese *coherente, dinámica y total.* Por ello, he pensado, para simplificar, coger un viejo esquema que utilicé hace ya tiempo para precisar las relaciones entre la economía y la historia. Consiste en considerar, ante cada fenómeno ofrecido al análisis histórico, primero ese fenómeno como signo —es el análisis de la *estructura*, el análisis *en la sincronía*—, luego el fenómeno como *consecuencia*, como *producto* de las mismas modificaciones de la sociedad estudiada, y finalmente ese fenómeno como *factor*, como *causa*, porque no hay ningún fenómeno histórico que no se convierta, a su vez, en causa. Intentaremos pues examinar el derecho como *signo* de una sociedad, el derecho como *producto* de la historia y en fin el derecho como *causa*, con tendencia a organizar, a estructurar unas innovaciones, o con tendencia a cuajar, a cristalizar las relaciones sociales existentes y a veces las supervivencias.

EN LA SINCRONÍA: EL DERECHO COMO SIGNO

El historiador que observa el *funcionamiento* de una sociedad en un momento relativamente estable de su evolución, ve al derecho como *revelador* de las reglas de tal funcionamiento.

Entonces necesita saber sólidamente, recurriendo a los juristas, en primer lugar, los *principios* del derecho escrito y de todo derecho *institucional*; segundo, las costumbres *efectivamente vivas* que tengan alcance social; tercero, la me-

33. Cf. *Ibid.*, pp. 134-135, los juegos de palabras «schöne Handlung», «Das Interesse denktnicht, es rechnet», «Mehrwert», etc.

dida *real* de aplicación de las reglas destacadas, y, por último, la medida de su *aceptación socio-psicológica,* única capaz de asegurar la eficacia cotidiana de esas reglas.

Observemos en seguida que al ser toda formación socioeconómica una combinación de varios modos de producción teóricamente analizables, y aunque uno de ellos desempeñe siempre un papel dominante y determinante, lo que más bien encontraremos, en cualquier tratamiento concreto, aplicado, del análisis histórico, es una *combinación de sistemas jurídicos,* más que sistemas jurídicos puros.

Supervivencias de antiguas costumbres, alteraciones en el seno de un derecho existente, rechazos latentes o marginales, o rechazos amenazadores e invasores: todos ellos son signos «clínicos» de la salud de un sistema.

¿Significa esto que la mera observación de esos síntomas jurídicos, positivos o negativos, bastaría para *describir* y *explicar* una sociedad sometida a estudio? La innegable importancia del hecho jurídico en un conjunto social condujo durante mucho tiempo, y todavía hoy, a esa ilusión. Es *«el institucionalismo».* Ahora bien, el *principio de funcionamiento* de una sociedad no es el derecho, sino el hecho —por ello entiendo no el «hecho» banalmente enfrentado al «derecho», sino el *hecho socio-económico fundamental,* que el derecho consagra y organiza—. Que haya pues que buscar el principio de un sistema en *la economía,* dentro de la producción, y por ello fuera del derecho, es una tesis plausible. Sin embargo, si el derecho es la *cristalización* del principio de funcionamiento de las relaciones materiales, y si es la *condición* de ese mismo funcionamiento, ¿cómo podría no tener nada que decir (o poca cosa) sobre las relaciones sociales de cualquier tipo, materiales y morales?

Pero en esto los economistas —sean liberales tentados por los mecanismos de la economía «pura», o marxistas incapaces de distinguir entre materialismo *económico* y materialismo *histórico*— tienen tendencia a aislar el *modelo económico* —producción y distribución de todo el producto social— de las reglas jurídicas que sobreentienden y hacen posible tal modelo.

Pero el modelo económico no es más que el corazón de una *estructura global.* Suprimiendo la propiedad privada de los medios de producción, y la libertad de empresa y de comercio, cuya combinación supone toda una adaptación del aparato jurídico, ya no existirá la sociedad capitalista. Ésta no se define pues *sólo* por la formación, en su seno, de un

plusproducto. Se define *también* (tal vez *sobre todo*) *por su apropiación.*

Naturaleza y límites de la propiedad, naturaleza y límites de la libertad: esos son los grandes hechos jurídicos que definen una estructura global. Si la calificamos de «modo de producción» es sólo para reconocer que el hombre no vive sin producir, y que no existiría la historia si no cambiasen las capacidades de producción del hombre. Pero la *manera* de *producir,* de *repartir* y de *consumir* supone un aparato jurídico (y un aparato moral, ideológico) que pueda asegurar *sus reglas* por lo menos a bastante *largo plazo.*

1. *Tomemos el ejemplo de la esclavitud*: se trata de una *propiedad no limitada* sobre la *persona* del trabajador y su *descendencia*

No es difícil formular, teóricamente, el *modelo económico* de semejantes relaciones sociales de producción. El esclavo ofrece su trabajo a cambio de una subsistencia capaz de asegurar el mantenimiento de su propia fuerza de trabajo, y su reproducción de generación en generación (a nivel global). El excedente del valor producido redunda en el amo, evidentemente. Observemos rápidamente que si el esclavo empezase tarde a producir y viviese, en promedio, hasta más allá del agotamiento de su fuerza de trabajo, el sistema tendría pocas ventajas para el amo, mientras que en el sistema del asalariado, el trabajador cobra estrictamente por el tiempo que ha estado produciendo. De ahí la hipótesis, expresada muchas veces, hoy discutida aunque dudosamente invalidada en todos los casos históricos, de la desaparición de la esclavitud ligada al decrecimiento y finalmente a la insuficiencia de rentabilidad del sistema frente a las ventajas del sistema del asalariado.

Pero si los historiadores, en concierto con los economistas, impulsan el análisis de «casos» diversos, tienen que reconocer también que el modelo económico no lo es todo, puesto que no es necesariamente el único, y que el principio de propiedad (en este caso, de la propiedad sobre el hombre) tampoco lo es todo, puesto que puede dar lugar, precisamente, a varios modelos económicos. Todo depende de la combinación del sistema con otros conjuntos jurídico-económicos no fundados en las mismas relaciones sociales de producción.

a) La *New Economic History* demostró que la esclavitud, en vísperas de la guerra de Secesión, en los Estados Unidos, era «rentable». ¿Pero qué significa esa palabra y en qué fundamentos se basan esas pruebas?[34]

Aquí se complica el posible cálculo económico —y bajo su forma neoclásica, incluso puede ser cuestionado— por el hecho de que el hombre (el esclavo) es al mismo tiempo *capital, fuerza de trabajo* y *producto.* Es, como el buey y el caballo, «caudal»; esta palabra es, en francés (*cheptel*), el reflejo popular de la palabra culta «capital». Pero es también *producto,* quizás *stock,* y finalmente, se convierte en *mercancía,* puesto que, como los corderos y becerros, las crías de esclavo se pueden vender. Esa complejidad hace discutibles todos los conceptos implicados en el análisis de la *New Economic History.* Incluso las cifras que utiliza suscitan al menos algunas dudas.[35] Pero no importa: queda bien claro un modelo que deja creer que, gracias a los dos aspectos productivos de la esclavitud —fuerza de trabajo y autorreproducción—, la agricultura sudista seguía siendo, en algunos sectores, en vísperas de la guerra de Secesión, un «buen negocio», e incluso que aseguraba el crecimiento del producto económico global. Constatación que, ciertamente, no da cuenta de todos los aspectos de la guerra, ni tampoco de sus orígenes, pero que puede *explicar,* en un sentido, la secesión

34. El problema de la esclavitud, sus efectos económicos y las secuelas de su extinción es uno de los temas preferidos de la *NEH*; cf. *New Economic History,* selección de P. Temin, Penguin Books, 1973, parte 6.ª, pp. 33-428, y *Journal of Economic History,* 33 (marzo 1973), (32 conferencia de la Economic History Association) pp. 43-65, 66-85, 106-130. Contra las tesis de U. B. Philipps, *American Negro Slavery,* 1918 y de C. W. Ramsdell, «The Natural Limits of Slavery Expansion», *Mississipi Valley Historic Review,* (1929), sobre la rentabilidad decreciente de la esclavitud, por lo menos desde 1860, el artículo de A. H. Conrad y J. R. Meyer, «The Economics of Slavery in the Antebellum South», *Journal of Political Economy* (1958), pp. 95-130, fue una de las primeras explicaciones de cálculo económico neoclásico para la historia económica. Precisado por Y. Yasuba y E. Saraidar (1964), discutido por E. D. Genovese, *The Political Economy of Slavery in the Economy and Society of the Slave South,* Nueva York, 1965, este ejemplo ha sido tomado y reproducido en todas las exposiciones generales de la *NEH* (Fogel y Engerman, Andreano, Temin, North, etc.).

35. Al no disponer de las esperanzas de vida de los esclavos del Sur, se razona sobre las cifras referidas a los negros del Norte; muchas cifras se adoptan como «probables» o «verosímiles»; y la utilización de promedios haría soñar al menos escrupuloso de los discípulos de Simiand.

(¡cuidado aquí de nuevo, con los sutiles matices entre «explicar» y «justificar»!).

b) Pero en Cuba, en el siglo XIX, durante el mayor auge de la economía del azúcar, el modelo económico de la esclavitud es muy distinto.[36] La masiva importación de esclavos, su relativo bajo precio, los ingentes excedentes producidos por la comercialización del azúcar, permiten una amortización tan rápida de las compras de esclavos, que el sistema sólo es rentable a condición de que la liquidación física del esclavo —por muerte natural— tenga lugar a los cinco o seis años de su compra, condición realizada, por término medio. A partir de entonces, ya no hay que preocuparse más de la reproducción familiar. Y en efecto, se advierte que la familia esclava existió poco en Cuba en esa época. Incluso si falta precisar el modelo económico, e incluso si la existencia de crisis (y por lo tanto de un subempleo periódico) invita a un examen más coyuntural de las cosas, es evidente que el modelo cubano no es el mismo que el que la *New Economic History* aplicó a los Estados Unidos.

c) Sin embargo, en la antigüedad se podían encontrar otros «modelos» económicos de esclavitud, desde los esclavos de superlujo o de gran talento, que realizaban algunas de las tareas de nuestro «sector terciario» (incluida la prostitución y la gestión empresarial), hasta los esclavos formados simplemente por sus amos en una cualificación técnica, profesional, y luego *alquilados*, bastante caros, gracias a esa formación: sistema alabado por Plinio, y que Antoine de Montchrestien tomaba en su *Traicté* de 1615 —primera obra, no lo olvidemos, que lleva el título de *Economía política*—, para calificar al hombre de «herramienta viva».[37]

Así pues la *esencia* del sistema continúa siendo la extracción de los excedentes económicos. Pero el *medio* y el *signo* son el hecho jurídico (sancionado por los medios coercitivos) de la propiedad *sobre el hombre y sobre sus hijos*, y no sólo sobre su fuerza de trabajo.

36. Los trabajos en curso de Gérard Aubourg criticando las visiones clásicas de la esclavitud en Cuba muestran que los hombres del siglo XIX, desde Ramón de la Sagra a Leroy-Beaulieu, y sobre todo los hombres ligados a la vida práctica —explotadores de esclavos, hombres de negocios, cónsules de Francia informando a su gobierno— tenían un método de análisis muy parecido al de la *NEH* respecto a los cálculos de amortización y de rentabilidad basados en probabilidades demográficas, pero aplicados a un caso muy distinto.

37. A. de Montchrestien, *Traicté de l'oeconomie politique*, 1615, estractos citados en el estudio anterior. (*Les mots et les choses.*)

No olvidemos la corte de fenómenos confusamente vislumbrados por Marx respecto a los hurtos de leña, y que acompañan siempre a las construcciones coherentes en torno a un sistema de relaciones: tendencia a la *reificación* del hombre (en la esclavitud de las épocas modernas, se vende al hombre por *piezas*, y «la pieza de Indias» se estima en *dimensiones materiales*); esfuerzo de *justificación ideológica*: recorre todas las épocas de esclavitud, desde la justificación *racional* de necesidad, de eficacia, de las garantías que le da al esclavo su propio valor-moneda,[38] hasta la justificación *sentimental* del paternalismo sudista en los Estados Unidos, o la justificación *mítica*, en el mundo católico ibérico, de la «predestinación», como muestran los textos comentados recientemente por Sylvia Vilar sobre los «*predestinados de Guinea*».[39]

2. *Tomemos un segundo ejemplo:* el *derecho colonial minero, observado en Potosí*[40]

El *modo de propiedad sobre el hombre y su producto* no es ya la esclavitud. Es una *combinación de derechos parciales, primero,* sobre el hombre; segundo, sobre los bienes naturales (el mineral tal y como es hallado en la montaña), y tercero, sobre los bienes producidos (el mineral extraído).

Doble pertenencia de los bienes naturales: el rey y los concesionarios. Doble pertenencia del producto: el concesionario, y, al principio, el trabajador indio. Esta apropiación de una parte del producto por el trabajador es un paso hacia el sistema del asalariado y también hacia el capitalismo, porque la parte del producto cedida *se saca* entonces *al mercado*; se vende, en las plazas de Potosí, *plata por plata,* a precios competitivos.

Pero ese derecho *mixto, degenerado,* pronto amenazaría el sistema colonial en tanto que *monopolio.* Entonces con Fran-

38. Recorder la justificación de Aristóteles tomada por Montchrestien y varios autores del siglo XVII (Cellorigo respecto a los moriscos); Marx lo descubre en Gustav Hugo (*Werke, op. cit.* p. 82); y tampoco está ausente de los análisis de la *NEH* (noción de «necesidad»), cf. Conrad y Meyer, *New Economic History,* 1973, p. 381.

39. S. Vilar, «Los predestinados de Guinea»; en *Mélanges de la Casa Velázquez,* 1971, pp. 225-326.

40. Analicé este ejemplo según la crónica de Capoche en P. Vilar, *Or et Monnaie dans l'histoire,* París, 1974, cap. 14.

cisco de Toledo, se combinaría el trabajo libre, los trabajos forzados copiados del sistema comunitario inca, y, de forma marginal, la esclavitud misma. Y por otro lado, existía un rechazo progresivo, por parte de la clase colonial dirigente, a dejar funcionar el mercado libre de la plata, y a pagar al trabajador con una parte del producto negociable, comercializable.

Se puede imaginar el trabajo del historiador (todavía por realizar) para estimar y fechar cada una de las combinaciones realizadas sucesivamente en varios modelos económicos, que dependían ellos mismos de *modificaciones jurídicas*, impuestas u obtenidas por las partes en litigio, según sus relaciones de fuerza en cada momento.

El fondo del problema sigue siendo: ¿quién trabaja? ¿y a quién le aprovecha? ¿dónde están los productores de valores? ¿y dónde los acumuladores de excedentes?

Pero el *derecho* ocupa un lugar evidente dentro del mecanismo. *Condiciona* su funcionamiento. Es el *signo de sus principios*, donde se mezclan: 1) *concesiones* en sentido feudal; 2) *obligaciones comunitarias* en sentido incaico; 3) *decisiones políticas* donde se manifiesta el carácter *colonial* de esa sociedad. Todas ellas constituyen las características internas de la estrucutra del Perú colonial. Si, ocasionalmente, el derecho es *dictado desde el exterior* —piénsese en las «leyes de Indias»— la voluntad del lejano Estado español «*se obedece y no se cumple*».

El *grado de eficacia* de la estructura confrontado con sus mismos fines —en este caso, la producción de plata para España, realizada a través del funcionamiento de ciertas relaciones sociales de producción en la explotación de Potosí— depende evidentemente del *grado de coherencia* entre el modelo económico, el sistema de derecho realmente aplicado, y la conciencia de sí mismas que presenten las distintas clases: en el caso de Potosí, conocemos los argumentos de los que se aprovechan del sistema, con buena conciencia, y a quienes no faltan teólogos para su tranquilidad; pero también sabemos cuántas críticas violentas, en nombre de la conciencia cristiana, o de los escrúpulos jurídicos de algunos europeos, intentaron contradecir o limitar las condiciones de explotación del trabajo; finalmente, no ignoramos la resistencia, más o menos pasiva, las fugas, las amenazas de rebelión de los indios a los que el cronista Capoche acusa sin embargo de carecer del sentido «político» de solidaridad ...

Parece que sólo una *historia total* puede cubrir las nece-

sidades de nuestra curiosidad sociológica hacia ese sistema. ¿Quién podría dudar de la necesidad de incluir en ella el estudio del *aparato jurídico* implicado por él, *y de sus modificaciones*? ¿Quién podría dudar de que, a la inversa, una «historia del derecho» que únicamente concerniera a ese aparato jurídico no captaría las causas ni las consecuencias *de su propia voluntad*? Porque es fuera del derecho donde aparecen las fuerzas que exigen los cambios del derecho. Y no hay estudio «en sincronía», no hay investigación de «una estructura» que pueda aislarse de un pasado ni de un futuro tampoco.

3. *Algunas palabras sobre el «régimen feudal»*

Entre los «modos de producción» —palabras que significan totalidad histórica con una estructura determinada y determinante—, sin duda, más que estas combinaciones complejas que correspondían a unos «casos» históricos particulares hubiera podido, e incluso debido, escoger ejemplos clásicos y puros. Y sin duda, como modo de producción donde no son absolutas la *propiedad* ni la *libertad* del agente humano, hubiera podido, y debido, analizar el «feudalismo». ¿Pero cómo atreverme a tratarlo en presencia de Witold Kula, su más eminente teórico económico, y de tantos medievalistas, juristas o historiadores, todos ellos más competentes que yo en «feudalismo» clásico? Por otro lado, las reflexiones sobre la transformación de la recogida de leña en «robo», en Renania, en los años 1840, ya nos han dicho bastante sobre el carácter «degenerado» de la propiedad feudal, y la necesidad, para acceder al modo de producción capitalista, de transformarlo en carácter absoluto.

Pero no resulta vano para nuestro propósito decir unas cuantas palabras aquí sobre la famosa discusión: ¿hay que reservar la calificación de «feudalismo» al hecho *político-jurídico* de la alta Edad Media al que los historiadores (y entre ellos, precisamente, los que fueron más influidos por la escuela histórico-jurídica alemana) generalmente reservaron ese nombre? ¿Tenemos derecho a emplear esa palabra como hicieron, con evidentes fines de crítica ideológica, los hombres de «la Ilustración», del siglo XVIII en Francia? ¿O, finalmente, podemos, a la manera marxista, considerar «feudal» el conjunto jurídico económico-político —el «modo de pro-

ducción»— que estuvo en vigor antes del capitalismo en gran número de países?

Ciertamente, para esas sociedades, como para cualquier sociedad, el *problema de fondo* es el siguiente: ¿cómo *se forma*, y cómo *se apropia* la parte del producto social global que no se emplea en la remuneración directa de la fuerza de trabajo? En suma, ¿cómo se distribuye ese producto social entre las clases? Y entonces, ¿cómo funciona, en la base, la «empresa feudal», ya sea expedición, cruzada, roturación monástica o complejo dominio señorial?

¿Pero cómo se podría verla funcionar sin precisar realmente, en cada fase de la formación, del equilibrio y luego de la destrucción del feudalismo, *el derecho* —o más bien *los derechos*— primero, del señor, segundo, de la Iglesia, tercero, del rey (si ha lugar) y cuarto, del campesino? Y por campesino hay que entender *incluso al siervo*, por lo menos en ciertos casos. Porque, como nos recordaba Marx hace un momento, a propósito de las «sociedades de privilegios», la clase más baja, en la sociedad precapitalista, *también tiene sus derechos*. Pensemos que el derecho del siervo *a permanecer en su explotación* limita singularmente el derecho del señor sobre la tierra.

En todo este conjunto, el *derecho* —poco importa si es «consuetudinario»— nos parece en primer lugar esencial *como signo*. Porque estructura algunas relaciones sociales en las que entra, ciertamente, un derecho de *propiedad* —y de propiedad *a la vez sobre la tierra y sobre las personas*— pero en las que, a diferencia del capitalismo cuando se trata de la tierra, o de la esclavitud cuando se trata de las personas, ese derecho de propiedad *no es un derecho absoluto*. Conviene plantear todos los problemas de la época feudal *dentro de los límites del derecho de propiedad* sobre la tierra y las personas.

Así pues, el tema de este coloquio —papel de la historia del derecho en una historia total de la sociedad— entra de lleno en las discusiones en curso hoy día —implícitas o explícitas—[41] entre marxistas que, como Witold Kula, están

41. W. Kula, *Théorie économique du système féodal. Pour un modèle de l'économie polonaise, XVIe-XVIIIe siècle*, París-La Haya, 1970 (edición polaca redactada en 1962) y su bibliografía; por otra parte, *Journal of Economic History* (marzo 1973), sobre todo A. A. Alchian y H. Damsetz, «The Property Rights Paradigm», pp. 16-27; S. Engerman, «Some Considerations Relating to Property Sights in Man», pp. 43-65; A. Khane, «Notes on Serfdom in Western and Eastern Europe»,

tentados por la formulación de modelos económicos en el marco feudal, e historiadores de la economía marcados por la *New Economic History* que, después de haberse propuesto aplicar a la época feudal unos modelos tomados de los mecanismos capitalistas, perciben hoy la necesidad de tener en cuenta los hechos institucionales, las estructuras que modifican el sentido de las palabras «libertad», «propiedad», «mercado» y «empresa». Arcadius Kahane, en un reciente apunte sobre la servidumbre, se pregunta si la pérdida (brusca o progresiva) de los derechos del hombre sobre el hombre no fue lo que inspiró a las clases dominantes el deseo de hacer más absolutos sus derechos sobre la tierra. Es volver a encontrar, en 1973, la problemática que Marx descubría... ¡en 1842! [42] No está prohibido esperar que las llamadas «nuevas» formas —todas ellas *parciales*— de la historiografía (economía, ciencia política, psicología, etc.) encuentren próximamente las formas antiguas (como la antigua «historia del derecho») en el seno de una historia total cuyo concepto central sería el *modo de producción.*[43]

No obstante, ello implicaría un improbable abandono de muchos prejuicios ideológicos, no sólo a causa de los orígenes de ese concepto, sino porque constituir la historia total es asumir constantemente la crítica de todos los órdenes sociales, antiguos, existentes o incipientes. Es, a decir verdad, lanzar la duda sistemática sobre la «*justificación por la existencia*», la que Marx reprochaba a Gustav Hugo.

---

pp. 86-99. Este último artículo alude a una discusión directa con W. Kula, pero también se refiere a tres importantes textos sobre las mismas cuestiones; Hicks, *A Theory of Economic History*, Oxford, 1969, D. C. North y R. C. Thomas, «En Economic Theory of the Growth of the Western World», *Economic History Review* (abril 1970) y «The Rise and Fall of the Manorial System. A Theorical Model», *Journal of Economic History* (diciembre 1971).

42. Kahane, art. cit. p. 98, n. 9: «My own inclination in providing a rough summary of the development from a system of feudal tenure to a fundamentally different system of tenancy in Western Europe would be say that the abolition of property in men took place at the price of adquisition of unfettered and unlimited property rights to the land retained, by the former serf-owning class».

43. Cf. P. Vilar, «Histoire Marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser» *Annales ESC* (enero-febrero 1973), pp. 165-198; reproducido en esta recopilación, pp. 174 ss.

4. *Derecho y modos de producción capitalista y socialista*

En efecto, no olvidemos que el sistemático aislamiento de lo económico, en el método de los modelos, desemboca generalmente, por una simple constatación de eficacia, en una apologética.[44]

Al referirse implícitamente a sus orígenes liberales, el razonamiento económico «puro» olvida gustoso los *fundamentos jurídicos* de la sociedad civil capitalista, *propiedad absoluta* y *libertad de empresa*; pero esas bases sólo valen si están garantizadas por la autoridad del Estado. Hoy sabemos que el carácter jurídico de los impuestos señoriales o de la explotación de esclavos no congelaba en absoluto las proporciones relativas en la distribución del producto en el seno de las sociedades antiguas. En cambio, la distribución de las rentas, que en el régimen capitalista parece ser de origen esencialmente económico y coyuntural, depende también de la lucha de clases y de las intervenciones del Estado. El derecho fiscal y el derecho social entrarán pues necesariamente en cualquier «análisis de casos» en el seno del capitalismo.

Sin embargo, quienes estén interesados en la historia ideológica (¡y es muy interesante!) pronto descubrirán las sucesivas modificaciones de los *aparatos justificativos*: un manual de economía política[45] de este tipo conservará el núcleo explicativo del liberalismo absoluto; un tratado institucional o de ciencias políticas insistirá al contrario (sobrevalorándolas) en las conquistas jurídicas y las intervenciones del Estado en favor de las clases humildes, sin resaltar los mecanismos permanentes de explotación del trabajo.

Por no hablar ya —y habría que hacerlo— de la extensa gama de *aparatos represivos* que cubren políticamente las diversas formas de un modo de producción único. Ahora bien, un aparato represivo nunca está totalmente desligado de las reglas del derecho que se supone debe respetar, aunque escoja transgredirlas calladamente o decida suspender,

44. Advierto que las conclusiones apologéticas de *Histoire économique des États-Units* de Clough cuyo análisis podría parecer viejo, son mantenidas con el mismo vocabulario («fenómeno sin parangón, superación de los sueños más optimistas ...»), en D. C. North, *Growth and Welfare in the American Past, A New Economic History*, Englewood Cliffs (N. J.), 1966, *in fine*.

45. El de Samuelson, típicamente.

como dicen, las «garantías constitucionales». Derecho público y derecho privado, historia jurídica e historia política están constantemente mezclados; y la misma economía depende de ellos.

En esto también, las últimas discusiones entre economistas-historiadores de la escuela americana chocan —pero sin iniciar un auténtico diálogo— con las preocupaciones de los marxistas en torno al concepto de *propiedad*. La misma legitimidad del cálculo económico (o por lo menos de tal o cual tipo de cálculo) depende, como demostró muy bien Charles Bettelheim, del grado de significación que tomaron, en los sistemas socialistas en vías de elaboración, los términos «propiedad», «detención» y «posesión» de los medios de producción a diversos niveles.[46] Y, por supuesto, de todo el conjunto institucional, jurídico y político, capaz de definir, en la práctica y en la teoría, eficazmente o no, el alcance social de esas palabras.

El derecho, *signo* y *testigo* en el estudio de un sistema, *forma parte* del modelo que el historiador debiera construir.

EN LA DIACRONÍA: EL DERECHO PRODUCTO DE LA HISTORIA

Al evocar, hace un instante, la «suspensión de las garantías constitucionales», evocábamos el caso más claro: aquel en que el derecho público se deriva de decisiones políticas, que formulan sus principios y delimitan sus aplicaciones. Pero esto también es cierto en los países en que la constitución no es escrita. Y es cierto también (aunque menos evidente) en muchos campos del derecho privado. Todo derecho nace de un puñado de causas revelado por el trabajo del historiador, tanto si éste puede fijar «el día» de ese «nacimiento», como si debe observar su elaboración a lo largo de muchos siglos.

Los hombres —y mucho antes de la «escuela histórica»— siempre tuvieron de esto una vaga conciencia. No obstante ha ocurrido a menudo que las más preclaras mentes prefiriesen la robinsonada al sentido de la historia, y el mito original a la observación de lo cotidiano. Cuando Rousseau escribió: «El primero al que se le ocurrió decir, después de cercar un

46. Ch. Betelheim, *Calcul économique et formes de propiété*, París, 1970, en especial pp. 122-124.

terreno: esto es mío, fue el fundador de la sociedad civil», no advirtió (a menos que se hiciera pasar por ingenuo) que lo que estaba describiendo era la realidad creadora *de su siglo*, el triunfo de los «enclosures» ingleses,* el ataque generalizado contra los bienes comunales, en suma, el surgimiento del «individualismo agrario», y por lo tanto, de la sociedad civil capitalista y no de la sociedad civil a secas.[47] Incluso ocurre que algunos historiadores —y los más grandes— se niegan *a abrir los ojos* ante ciertas realidades, o cambios de la realidad, cuando éstos forman parte de lo cotidiano. Marc Bloch señaló cómo Fustel de Coulanges, en una carta a Maitland, negaba la existencia del pastoreo libre en Francia ¡en el mismo momento en que el parlamento estaba discutiendo su abolición!

Y es que el derecho no existe sólo en los textos, y no se crea de golpe, por la voluntad o la imaginación de los hombres, sino por el impulso espontáneo de las necesidades colectivas, sentidas de manera distinta según el estado de toda clase de *técnicas*: materiales, económicas o intelectuales. Un cambio del modo de producción implica un cambio en el modo de pensar.

Por supuesto, la Revolución francesa sigue siendo el fenómeno histórico tipo, donde la *modificación jurídico-política*, simbolizada por lo menos tanto por el código napoleónico como por la noche del 4 de agosto o por la Declaración de derechos, a veces —como hará luego, a su vez, la Revolución socialista rusa— se adelanta al grado de evolución de las fuerzas económicas y al grado de evolución de la mentalidad. En toda revolución, como el juego lo dirige la élite de una clase en ascenso, pero todavía minoritaria, existe una parte de voluntarismo que *impuso el derecho un poco por delante de los hechos*.

* Se denomina así al fenómeno del cercado de campos que comenzó en Inglaterra en la Baja Edad Media y se continuó hasta el siglo XIX, y que tuvo como motivo el descenso del precio de los cereales y el aumento de los de la lana; ante esa situación, numerosos señores ocuparon los pastos comunales y los cercaron para criar ganado de forma intensiva. Es una de las causas históricas de la despoblación del campo británico. (*N. del t.*).

47. Señalo una investigación de fondo, en redacción, sobre los problemas teóricos del «bien común», a partir de un caso concreto: A. Pelletier, *Communauté rurale et bien commun. Recherches sur les structures et les apirations communautaires en haute Picardie de la fin de l'Ancien Régime au début du nouveau. (1715-1848.)*

No obstante, no aislemos la Revolución francesa. Evidentemente, lleva algún retraso, en cuanto a transformaciones sociales, sobre la Revolución inglesa, en la que, en cambio, por el hecho de su precocidad *de fondo* (economía y sociedad), la forma *política* irá con retraso (sin duda sigue llevando retraso). Pero la España de la década de 1760, a pesar de su profundo retraso, que se prolongará mucho, le lleva una ventaja de diez años a Francia en la elaboración de las leyes liberales sobre la circulación del grano; Campomanes precede a Turgot; y la desamortización de los bienes eclesiásticos fue anunciada y pedida por él mucho tiempo antes de la puesta en venta en Francia de los «bienes nacionales».[48] El hecho de que situaciones —y en cualquier caso *problemas*— de la misma naturaleza jurídica se creasen así simultáneamente en unos países de estructuras evolucionadas desigualmente, no se puede explicar por «imitación» o «influencia», sino por una concienciación ante realidades similares, sobrevinendo en fechas distintas, circunstanciales, y cuya eficacia se revelará por la sucesión de acontecimientos.

Pido perdón a los medievalistas por tomar aquí otro ejemplo relativo a la Edad Media, sobre unas cuestiones que me parecieron oscuras durante mucho tiempo, que había estudiado sobre todo en Marc Bloch, y que aún son objeto de discusión y probablemente no están en absoluto zanjadas. Me refiero a la servidumbre.

No soy competente en absoluto por lo que se refiere al problema de la servidumbre en general, pero al enfrentarme con un problema localizado y concreto en el que tuve la fortuna de ser guiado por dos grandes historiadores —Ramón d'Abadal y Jaume Vicens Vives— advertí cómo *una* servidumbre, entendiendo por ello *un cierto tipo* de servidumbre, pudo no derivarse, como creía Hinojosa, de una larga historia jurídica que se remontara a los romanos, sino surgir de una historia material relativamente breve, la de la *lucha* entre señores y campesinos en torno a la tierra y la mano de obra, en la época en que el frente catalán de la Reconquista, al ir progresando, estaba atrayendo una emigración incesante. Contra esa emigración, los señores de todo el este catalán tuvieron que intentar sujetar la fuerza de trabajo a la tierra; y lo hicieron por medio de la violencia, con «derecho» a «maltratar», con la utilización de «malos usos»,

48. Cf. P. Vilar «El motín de Esquilache ...», art. cit., particularmente pp. 206-209.

nombre que ya revela bastante claramente su carácter dudoso, pero que adquirieron, en cierto territorio, un aspecto cada vez más de obligaciones y «derechos». Los campesinos, obligados a redimirse con dinero si querían abandonar la tierra —los «hombres de remensa»— se volvieron entonces clase discriminada, casi una casta, ya que en pleno siglo XIV la Iglesia decidió cerrarse ante ellos. Así puede *crearse* un tipo de relaciones sociales, y una especie de «derecho», por el hecho del intento de unos hombres en hacer creer (y terminar creyendo ellos) en la naturaleza eterna, o por lo menos «inmemorial» de su propia creación.[49]

Pero ocurren *acontecimientos* de masas, de los que por otra parte es difícil opinar si no tuvieron ellos también tanto un origen *social* como un origen «natural»: son las catástrofes demográficas del siglo XIV. Modifican la *relación de fuerzas* entre dos clases sociales antagónicas, cuyo conflicto estaba latente hasta ese momento; lo transforman en un conflicto abierto. Al despoblar una gran parte de las masías catalanas, las pestes colocaron de pronto a los «remensas» en una posición *económica* favorable frente a sus señores. Pero, para eliminar su inferioridad *jurídica*, hará falta una *guerra social*, de más de cien años.

El conflicto es lo bastante importante como para convertir a los «remensas» en una *clase organizada*, con la que el Estado —el rey— debe contar, y a la que utilizará. Habrá sin embargo que esperar el giro de finales del siglo XV —nueva coyuntura, demografía estabilizada, poder político modificado— para que se cree una *nueva situación jurídica*: la de la Sentencia de Guadalupe, por otra parte confusa y compleja, puesto que *libera* al campesino sin suprimir por completo los derechos señoriales y las distinciones jurídicas feudales. La historia del derecho dependió de la historia en su conjunto. En una primera fase de estudio, se la había aislado demasiado.

Otra lección que se puede sacar del ejemplo de los «remensas»: la historia *hace* el derecho; también lo *deshace*.

Si quisiéramos demostrarlo con otro ejemplo —el de la progresiva disolución de las sociedades esclavistas—, cuántos

49. Cf. P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París, 1962, t. I, pp. 464-471; en especial la discusión de la «Constitución»: «Com a molts entenents ...» de 1413, y la confrontación de los trabajos de Hinojosa, Piskorsi, Vicens, Anguera de Sojo. Los trabajos de R. d'Abadal P. Bonassie demostraron, por otro lado, el carácter *libre* del campesinado del siglo X.

elementos tendríamos que conjugar: 1. La *crítica ideológica*, que generalmente viene del *exterior*, la de los «Amigos de los negros», la de Antillón; es la que se cita más a menudo —halaga al hombre—; desgraciadamente, es sin duda la menos efectiva. 2. La *«crítica de las armas»*, que también puede venir del exterior, por complejas razones que la *New Economic History*, en el clarísimo ejemplo de la «guerra de Secesión» no ha llegado a aclarar.[50] 3. La *crítica de la violencia*, si no de las armas, y que viene eventualmente *del interior*, cimarronismo, rechazo al trabajo, revueltas finalmente, más o menos organizadas, sobre todo después del ejemplo, obsesivo al fin, de la revolución haitiana. Y 4. Por último, no olvidemos lo que Germán Carrera Damas, en una lograda frase, llamó «la dialéctica de la libertad»;[51] al querer liberarse de una tutela, la de España, los propietarios de esclavos en el mundo iberoamericano, se pusieron en la delicada situación de hacer un llamamiento a las armas ¡para la libertad de unas gentes que eran a su vez esclavos! Por eso Bolívar en 1810 y Céspedes en 1868 liberaron a sus propios esclavos y no se les pudo negar la libertad a los combatientes «mambises» del ejército de Maceo.

Todas las disoluciones progresivas de reglas jurídicas no derivan, por supuesto, sólo de los procesos que hemos subrayado hasta ahora (desgaste del funcionamiento de los modos de producción, revoluciones socio-políticas). Algunos grandes acontecimientos de masas, en la evolución de las civilizaciones o de la ciencia, también tienen sus repercusiones —rápidas o lentas— en el campo del derecho. Pero incluso en esto, la coyuntura material a menudo precisa (o *fecha*) los giros más sensibles. Así, la dura legislación francesa sobre el aborto se deriva directamente de una conciencia colectiva brutalmente aterrorizada, en 1920, por la situación demográfica revelada a raíz de la Primera Guerra Mundial. La actual tendencia hacia su modificación responde seguramente a una situación demográfica singularmente distinta, donde vence la conciencia confusa de las dificultades para emplear a las nu-

50. Una de las lagunas más enormes de la obra de North sobre la historia económica de los Estados Unidos es esa ausencia de análisis de las relaciones económicas entre el Norte y el Sur en vísperas de la guerra.

51. Durante la reunión de la Comisión Internacional de los movimientos sociales y las estructuras sociales, en Viena en 1965; cf. la publicación correspondiente, París, 1971, t. II, pp. 176-177, límites de la noción.

merosas clases del «baby-boom». No obstante, las novedades científicas en materia de contracepción, su aceptación generalizada, su recomendación a las poblaciones llamadas «subdesarrolladas», no pueden estar al margen del cambio mundial, en ese campo, de la legislación y las costumbres. ¡Un nuevo y apasionante tema de «historia total»!

El derecho, *signo* de los modelos de funcionamiento de las sociedades, también es signo de las *etapas de la civilización.* Esto forma parte pues de la «evolución de la humanidad» —término al que no renuncio, por mi parte, en la definición de las preocupaciones del historiador—. Se puede creer en el progreso del Derecho, si se cree en el progreso de la condición humana, prcisamente en la medida en que el Derecho es *producto de la Historia.*

EN LA DIACRONÍA: EL DERECHO COMO CAUSA

¿Es necesario añadir que el Derecho, producto de la Historia, es también uno de sus *factores*? Como cualquier elemento de la totalidad histórica, el producto se transforma en causa. *Es* causa por su simple posición en la estructura del todo. No existen elementos pasivos en el complejo histórico.

El derecho —tomemos de nuevo las lecciones de los primeros artículos de Marx inspirados en los debates de la Dieta renana— *nombra* las relaciones entre los hombres ante los bienes, y las *infracciones* a las reglas de esas relaciones. *Sanciona* y por lo tanto pone en marcha el *aparato represivo,* cuyas modalidades fija también.

Pero, *por eso mismo,* el derecho *modela las mentalidades.* Si bien es cierto que al principio es difícil que un derecho nuevo haga creer a unos hombres formados en antiguas costumbres que el robo de leña es un crimen, o incluso un simple delito, al final, después de algún tiempo, cualquier acto sancionado como tal se dará por tal. El *conformismo espontáneo* de los hombres cn sociedad es un hecho sociológico considerable. ¡Cuántos hombres sencillos no habrán sobrevivido a la humillación de pasar por un tribunal o una estancia en la cárcel!

Al forjar las mentalidades, un derecho refuerza su eficacia, y a través de ello, las estructuras que consagra. Las mismas *formas* de *aplicación* de un derecho derivan en gran parte de *la historia de las mentalidades.* Una tesis reciente

sobre la ciudad de Caen en el siglo XVIII describía, con textos de la época, la última ejecución pública, por descuartizamiento, por un crimen de derecho común, y en la que el reo se autoacusaba y cantaba durante el suplicio, ante los ojos de una masa inmensa que cantaba con él. Pero esto fecha también el final de una visión religiosa del castigo y el crimen, puesto que, hasta nuestros días, no han vuelto a aparecer más ejemplos. Al esfumarse el carácter espectacular de la sanción, cambia la noción misma de crimen.[52] Cuando las ejecuciones comienzan a hacerse clandestinas, asoma la duda sobre su legitimidad.

Sin embargo, no creo que convenga confundir historia del derecho con historia de las mentalidades, o conformarse con la *yuxtaposición* de esas dos historias y otras más. Hay que intentar captar su *interacción.*

Así es particularmente interesante seguir la combinación entre interés particular, interés de clase, visión jurídica de un derecho y, en último término, de las creencias religiosas, en *la historia del diezmo.* En algunas regiones de Francia, en el siglo XVIII, el rechazo a pagar el diezmo (o el fraude desvergonzado) son la regla común, mucho antes de la revolución que suprimirá su obligación jurídica. Pero en otras regiones, se pagará el diezmo concienzudamente, contra toda legislación existente, hasta muy entrado el siglo XIX. Así pues, la *conciencia de una obligación* puede sobrevivir a una modificación jurídica mientras en otros lugares su rechazo pudo anticiparse a su supresión.[53]

Y es que la noción del derecho no es sólo una noción culta. La *fe en el derecho,* que los artículos sobre los robos de leña ya sacaban a la luz, se puede simbolizar, si se quiere, en la respuesta al rey del molinero de Sans-Souci (y nos importa muy poco su autenticidad): ¡Hay jueces en Berlín! Pero he encontrado particularmente viva esa fe en los textos que he utilizado recientemente a propósito de los motines españoles de 1766. Destaca el hecho de que los organizadores de la revuelta urbana de Zaragoza —y no digo sus *instigadores,*

52. Excelente tesis de J. Cl. Perrot, *Genèse d'une ville moderne, Caen au 18e siècle,* París-La Haya, 1975. Recordemos la considerable contribución de J. Tomás Valiente sobre las relaciones entre derecho penal y mentalidades, *El derecho penal en la monarquía absoluta,* Madrid 1969.

53. Cf. las observaciones de G. Frêche en la Primera Conferencia nacional de los historiadores economistas franceses, 1969, *Actes,* París, 1972. Sobre las supervivencias del diezmo en el siglo XIX, cf. los trabajos de A. Soboul.

porque el motín es espontáneo— son indudablemente juristas o clérigos que confieren a los desafíos que lanzan contra los administradores públicos, como el intendente, y contra los comerciantes, considerados unos acaparadores, una forma *jurídica*, invocando todas las formas del Derecho, derecho civil, derecho privado, derecho público, derecho canónico, y afirmando que, cuando se contradice «el bien público», o simplemente se desprecia, existe *un derecho a la insurrección*. No a la insurrección *política*, como afirmaría la efímera constitución francesa de 1793, sino a la insurrección *social*. En nombre de un «derecho de los pobres», de un «derecho a la vida», sobre «los bienes de los Pobres representados en Cristo». Las fórmulas finales de los carteles que usan esas expresiones son una imitación del estilo *legislativo*: «Nos ... mandamos ... por su mandado ... », etc. Ahora bien, el pueblo se toma todo esto en serio; grita «tenemos *derecho* los pobres», «no queremos la vida que es de Dios, sino *lo que es nuestro*». Este «instinto jurídico» popular se suma aquí al derecho secular *contra la usura*, que sobrevive en las exigencias psicológicas en el mismo momento en que su aplicación le hace perder vigor.[54] Más ejemplos de *moral* y *juridicismo* del mismo tipo se han destacado recientemente en cuanto a Alemania e Inglaterra.[55]

Con *este aspecto complementario*: si se *deja de creer* en la naturaleza criminal de un acto, ¿por qué no realizarlo? Y es la otra cara de la moneda: el campo de la ilegalidad, del bandidaje, erigidos como modo de vida, y aceptados tácitamente por ciertas capas sociales en protesta espontánea contra la opresión social y sobre todo fiscal. Algunos abusos del derecho crean un antiderecho.

En ese campo, desbrozado por Eric Hobsbawm, nos gustaría por otra parte seguir dos pistas contradictorias y complementarias. Por un lado, las imágenes del pasado, las nostalgias de antiguos derechos destruidos por la historia en las instituciones, pero que siguen vivos en el alma de aquellos que los disfrutaron como clase.[56] Pero también existe la aspiración espontánea del hombre hacia un derecho ideal que, contrariamente a las imágenes anteriores, denuncia el pasado y proyecta hacia el futuro una esperanza que siempre ha con-

54. P. Vilar, «El motín de Esquilache ..., art. cit., pp. 227-231.
55. Cf. supra, n. 25 (artículos de Thompson y Tilly).
56. Cf. de Hobsbawm, sobre las nostalgias que siguen a las transformaciones históricas, un artículo reciente, «The social Function of the Past», *Past and Present*, (mayo 1972), pp. 3-17.

tradicho la historia: Anselmo Lorenzo, en su *Proletariado militante*, pone en boca de Serrano Oteiza este «puro criterio revolucionario»: la fuerza coercitiva del Estado es «*enemiga desde siempre del verdadero derecho*».[57] Encontramos una vez más la problemática de Marx en 1842: bien tendría que existir un derecho en sí, un derecho racional, universal; pero ¿quién dicta el derecho positivo? ¿El Estado? Pero ¿quién hace el Estado?

Del «es legal porque así lo quiero» pronunciado por el rey de Francia en «lit de justice»,* al «¿qué pide el pueblo?» de las jornadas revolucionarias de París, del «interés general» invocado por la Declaración de derechos del hombre, al interés supremo, más limitado, pero dado por absoluto, «de la Patria» según los nacionalismos del siglo XIX, el Derecho ha buscado justificación *más en lo social* que en lo puramente moral. Y por eso, antes que nada, deriva de la Historia.

Pero recordemos la controversia que citamos contra Hugo y la escuela histórica del derecho. Ciertamente, hay que estudiar la Historia para *comprender* el derecho, ya que éste es parte integrante de la Historia. Sus relaciones permiten discernir la importancia histórica de los intereses, lo mismo que el papel de las ideologías. Pero *comprender* no es *condenar* ni *justificar*: comprender es *criticar*.

57. A. Lorenzo, *El proletariado militante*, Mexico, s.d., cap. primero (evocación del «Fomento de las Artes).

* Sesión del antiguo Parlamento presidida por el rey. (*N. del t.*).

III

MARX Y EL TRATAMIENTO DE LA MATERIA HISTÓRICA

HISTORIA SOCIAL Y «FILOSOFÍA DE LA HISTORIA»*

Cuando se me pidió hace algún tiempo que participase en vuestros debates de hoy, me dejaron prever que se referirían a *la objetividad en historia*: viejo problema, que me dio que pensar durante mucho tiempo y que estaba deseando volver a examinar con vosotros.

El título que se ha adoptado por fin para mi informe, «Historia social y filosofía de la historia», me incomodaría más, por su amplitud excesiva, si no pensase que se trata en realidad de una formulación diferente del mismo problema.

En efecto, imagino —y si me equivoco, tendréis la amabilidad de advertírmelo— que después de preguntarle al señor canónigo Aubert: «¿Qué relaciones ve usted entre su fe religiosa y la investigación histórica de las religiones?», habéis querido plantear a un historiador marxista una pregunta paralela: «¿Qué relaciones ve usted entre su oficio de historiador de las sociedades y su filosofía de la historia?» (o, si me remito al título más genérico de este debate, «y su *ideología?*»).

Éste es el terreno de la claridad. Me sitúo en él con mucho gusto. No deduzcáis que acepto el paralelismo en todos sus términos.

Sé que muchas mentes preclaras entre aquellas que más respeto (y también entre las que respeto algo menos, en la medida en que su sinceridad me parece menos evidente), se llaman no marxistas, antimarxistas, «marxianos» o se instituyen «marxólogos», porque la desinencia de la palabra marxismo califica a sus ojos al menos una doctrina, y como máximo una religión, de la que Marx sería como mínimo el profeta y como máximo el dios, porque también se pronuncian las palabras *teología* y *catecismo.*

Reconozco que me divierto viendo cómo las palabras *fe* o

* Contribución aparecida en *L'Histoire et l'Historien. Recherches et débats du Centre catholique des intellectuels français,* París, Fayard, 1964. Reproducido con la amable autorización de los editores.

teología, hoy generalmente (y con toda legitimidad) cargadas de matices de respeto y consideración, adquieren de nuevo, al ser aplicadas al marxismo, aquel tono de condena implícita, de desdén, o por lo menos de ironía, que antaño se les había reservado, en la época triunfante del positivismo y del cientificismo.

Un joven historiador, al que aprecio mucho por la sinceridad apasionada de su vocación, me atribuyó recientemente, en un artículo demasiado elogioso, una «fe juvenil» en el marxismo. Juvenil siempre alegra. Fe no puede ser, de labios de un creyente, más que una palabra de simpatía fraternal. Si a pesar de ello se intuye una suave ironía, es porque el que está hablando de «fe marxista» sabe muy bien, caramba —y a esto es a lo que quería llegar— que el marxista (en este caso, yo) se atribuye una *actitud científica*. ¿Se hace ilusiones? Es el mismísimo objeto del examen de conciencia que me habéis pedido. En seguida lo comienzo.

Podría deciros que, en la experiencia personal que he vivido no he sentido el marxismo como una fe. Pero harían falta unas cuantas definiciones. Y de todas maneras, no sería una demostración, sino un testimonio. En contrapartida, espero aportaros algunos argumentos válidos, al margen de mi persona, afirmando, y precisamente en tanto que historiador social, que *el marxismo no es una filosofía de la historia.*

Verdad que es, hasta cierto punto, una filosofía. Quiero decir que no es un rechazo metafísico de la metafísica. No es un positivismo. No reserva sistemáticamente un lugar a lo incognoscible. Para él, no hay más inexplicable que lo aún no explicado. El hombre y el espíritu no le parecen unos datos sino unas conclusiones, unas conquistas continuas. Esto está al mismo tiempo muy cerca y muy lejos del entusiasmo racionalista del siglo XVIII.

Aceptar esa doble herencia, considerarla como la condición de la libertad frente a toda mitología, como la condición de la adecuación del espíritu al mundo, y de una ciencia que hará inútil toda filosofía, es legítimo o discutible. Pero no es eso supongo lo que queréis de mí. Porque si habéis preguntado: «¿Se puede ser creyente e historiador de las religiones?», no os planteáis, imagino: «¿Se puede ser no creyente e historiador de las sociedades?». Habéis dicho: «¿Se puede ser historiador de las sociedades y *tener una filosofía de la historia*?».

Generalmente se atribuye una «filosofía de la historia» a quienes creen que *la historia tiene un sentido.* Y Dios sabe

cuánto se ha hablado, estos últimos años, del «*sentido de la historia*». Lo han hecho, en realidad, más bien quienes no están satisfechos del sentido que parece estar tomando, que quienes la ven avanzar con simpatía. No obstante, concibo que suscite suspicacias el historiador que pretenda saber por adelantado el sentido de la historia. Pero en fin, puesto que por definición *se ocupa del pasado*, reconoced que el historiador dispone de cortafuegos. Porque cuando dice: «la historia va por ese lado ... » *es que ya lo ha hecho*. Buscar el por qué, ciertamente, presenta sus riesgos. No investigar el por qué es renunciar a pensar.

Y siempre me he preguntado qué es lo que harán con su oficio de historiadores quienes creen que la historia *no tiene sentido*. ¿Le dedican su vida a una materia impensable?

Es verdad que el positivismo, y luego un neopositivismo subjetivista (más en boga, por otra parte, entre los filósofos que entre los historiadores) admitieron que el oficio de historiador consiste en investigar *lo que ocurrió*, sin preguntarse por qué sucedió así, y resaltar constantemente la *infinita variedad* de las cosas humanas, para demostrar que en su terreno nunca reina la *necesidad*.

Admito la dificultad de alcanzar los puntos de necesidad en los procesos de la historia humana. Admito la fragilidad de nuestra noción de causa. Admito que en cualquier momento, un mismo problema histórico puede comportar varias soluciones distintas.

Pero si el hecho pasado —que hay que establecer, pero que, una vez establecido, se convierte en *dato*— se estima por adelantado rebelde a mi análisis, si se me niega la esperanza de reconstruir sus mecanismos, ya sea que llame *azar* o *libertad* a esa barrera que se me enfrenta, renuncio a trabajar científicamente. Coleccionaré acontecimientos, o incluso retratos. Describiré instituciones. Contaré. No intentaré *comprender*. En cuanto intente comprender, es que supongo que *la historia tiene un sentido*. Este postulado no es una «filosofía de la historia». Es la *condición de una ciencia histórica*.

Una crítica epistemológica que se ha tomado como tarea derribar este postulado no consigue disimular que es ella en realidad quien postula una filosofía de la historia. Pretende demostrar, al mismo tiempo, que no hay más historia que la del historiador, y que el oficio de historiador tiene por principal deber el de ¡desasirse de la historia!

Afortunadamente, desde hace varios años, el historiador demuestra el movimiento andando.

Además, el aparato científico se apodera cada vez más de las disciplinas que conciernen al hombre. ¿Por qué no otorgarle al historiador lo que se otorgaría al sociólogo, o al economista? Porque los sociólogos y los economistas, en el fondo, siguen considerando la historia terreno de lo particular, de lo accidental, de los «acontecimientos», en suma, el residuo de las estructuras y las regularidades de lo que ellos entienden por su campo? Pero ¿dónde, que no sea en la historia, podrán buscar una sociología o una economía no puramente teóricas, una información lo bastante amplia? Estoy lejos de negar la utilidad y el interés de una búsqueda de las estructuras más generales o de los ritmos más repetidos. Pero la historia es el *cambio* de ritmo, el *cambio* de estructura. Y la búsqueda de una explicación a esos cambios ...

Marx percibió esto tan bien como nosotros, o mejor. Es el rechazo de Marx por parte de la sociología alemana y la historia positivista lo que le hizo perder a la sociología científica, a la que se informa en la historia, un tiempo precioso que recupera trabajosamente, redescubriendo uno por uno los elementos del progreso.

Por otro lado, la época en que Marx fue más despreciado y menos leído, fue en la que se le consideró «un filósofo de la historia». Hoy, unos lo aceptan como filósofo, otros como economista y otros como historiador. No se dice bastante lo que realmente fue: el primer sabio que propuso una *teoría general de las sociedades en movimiento.*

Y una *«teoría general» no es una filosofía.*

Es el marco de una serie de hipótesis sometidas, o que hay que someter, a las verificaciones de la experimentación.

La crítica epistemológica subjetivista objeta lo siguiente: 1, que la historia es conocida y analizada demasiado mal para poder soportar una teoría y que así la presunta teoría «precede a la historia»; 2, que la historia ignora la experimentación.

Pero hoy ya, frente a esa posición modesta (o falsamente modesta) se esgrime otra crítica, que, al contrario, pretende superar a Marx, en el sentido de que nuestros métodos de análisis y de información estarían ahora infinitamente mejor instrumentados que los suyos.

He aquí pues dos actitudes contradictorias, aunque aliadas en más de una ocasión.

No me parecen justificadas ninguna de las dos. El historiador no debe ceder hoy ni a un exceso de humildad ni a un exceso de pretensiones.

Marx admitió que se podía teorizar, no porque estuviera orgulloso (aunque en su justo derecho, podría estarlo) de su propia genialidad, sino porque conocía su deuda para con sus predecesores.

Reconozco que, cuando escucho hoy que Marx está «anticuado» o «superado», prefiero no imaginarme lo que hubiera dicho él (porque era violento) al oír a uno de sus contemporáneos tratar así a sir James Stuart, o a William Petty, o incluso a Aristóteles. Marx no situaba en sí mismo el punto de partida de la mente humana en busca de sus propias leyes. Si sentaba las bases de una teoría, es porque otros habían descubierto modestamente, de manera ingenua, la estadística y la demografía, el cálculo de probabilidades aplicado a los acontecimientos humanos, la ley del valor, el producto neto, el producto global, el trabajo productivo y el improductivo, el trabajo simple y el complejo: y tantas otras nociones que sólo se admiran hoy si se las descubre orgullosamente bajo un vocabulario a la moda, pero que son las nociones *de fondo.*

Tal vez me objetéis que se trata de las nociones de fondo no de la historia, sino de la «*economía política*» (como antes se decía) o de la «*ciencia económica*» (como se dice hoy).

Es cierto. Pero no me discutiréis que también se trata de las nociones de fondo de la *historia social.*

Porque, precisamente, el gran paso adelante de Marx tuvo lugar cuando comprendió que si existía la economía política, si se constituía en ciencia, en primer lugar, era prueba de una *posible objetivización de lo subjetivo*, de una necesidad global capaz de manifestarse partiendo de las aparentes libertades individuales de elección; en segundo lugar, que si esas libertades de elección económica desembocaban en leyes, las libertades de elección política no debían ser, en cada nivel, desde el individual hasta el global, ni más ni menos necesarias; y tercero, que lo económico, lo social y lo político estaban tan estrechamente ligados que el verdadero objeto de las ciencias humanas era la *historia total.*

Imaginar que la historia en tiempos de Marx no estaba bastante avanzada como para ofrecer las bases de una teoría, es comprender incorrectamente lo que Marx entendió por historia. Concibió la historia a nivel *macroscópico*, a nivel de una realidad global pero, por eso mismo, fácil de dominar al principio. La física no se lanzó de golpe a la investigación de las partículas. Si no *dominó*, al menos *manipuló* la materia *antes de conocer su íntima estructura.*

Del mismo modo, Marx, sobre la teoría corriente de las contradicciones internas del fenómeno capitalista, lanzó las hipótesis sobre su destino. Sugirió *una experimentación.*

Esas experiencias *tuvieron lugar*: se llaman 1917, la URSS, China o Cuba.

Permitidme que os cuente cómo, en Cuba, en la universidad de Las Villas, escuché lo que considero la mejor definición del marxismo (y veréis que no se trata de una filosofía constituida por adelantado): el rector de esa universidad, al recibir a un grupo de viajeros del que yo formaba parte, nos dijo, ante la sorpresa general (era en 1961): «Nuestra universidad, a partir de ahora, entiende ser una universidad marxista-leninista». Uno de los visitantes, francés —y que creía ser marxista— le objetó inmediatamente: «Señor rector, ¿disponen ustedes acaso, de personal suficientemente cualificado como para enseñar el marxismo?» «Pero señor —exclamó el rector—, no se trata de *enseñarlo*; se trata de *aprenderlo.* Haciendo la revolución. Asociando siempre la práctica y la teoría.»

Recientemente, en su último libro sobre Marx, Roger Garaudy definió el marxismo como *una metodología de la iniciativa histórica.* Pienso que la fórmula es correcta, y puede conservarse.

Es cierto que eso parece alejarnos singularmente del mero trabajo de historiador. Es que Marx, historiador nato, no entendió en absoluto construir una historia para el uso de los futuros historiadores, ni tampoco esperó las conclusiones de los historiadores de biblioteca para prever e inspirar la transformación del mundo. Sobre una visión global, rápida, de los modos de transformación observados en estructuras pasadas —evoluciones y revoluciones— *operó unas previsiones* y *lanzó unas experiencias.* Los resultados pueden muy bien diverger de las primeras hipótesis. Eso es precisamente lo que hace que el marxismo responda a la definición misma de la ciencia: intentar la experimentación según la teoría, y modificar la teoría en la medida en que la práctica obliga a ello.

Las mismas modificaciones que ha sufrido la previsión marxista durante su acción demuestran que la teoría no se «inmovilizó». No es menos evidente que *«la experiencia histórica»*, en sus principios, no pudo modelarse según cálculos demasiado sutiles. Hizo falta que empezase *por medio de esquemas.*

Es pues posible, e incluso seguro, que *la práctica de los estudios históricos*, de la historia *del pasado*, haya padecido y padezca aún, en los mismos países en los que está en curso la «experiencia histórica», un abandono relativo (al ocuparse del presente), o una utilización tan estrechamente vinculada a la lucha diaria que derive al mismo tiempo del análisis de tal lucha, y de la crítica marxista de los períodos de construcción. Es simplemente una manera de constatar, una vez más, que el historiador está dentro de la historia, y que hay en cada momento una significación histórica de la historiografía.

Nosotros no escapamos tampoco a la misma regla. Y una de las facetas de nuestro trabajo consiste en juzgar por nosotros mismos, en todo momento, la medida en que nuestra propia reflexión (y la de los demás historiadores, a nuestro lado) obedece a las inflexiones del momento.

Pero sin duda la mejor manera, no de escapar (pues nunca se puede escapar) a la presión de la historia, sino de *dominarla obedeciéndola*, es en primer lugar tener *plena conciencia* de ella. Después, esforzarse en *pensarla teóricamente* (en vez de dejarnos llevar empíricamente por ella).

Entonces, pregunto si las conciencias humanas actuales, que nos proponen todos los días unos instrumentos de análisis más complejos o más agudos, nos ofrecen de hecho un marco de hipótesis y una problemática mejores que el marxismo, única teoría de las sociedades cuya experiencia histórica viva pone a prueba los conceptos, verifica o modifica incesantemente las hipótesis.

Sobre todo no vayamos a imaginar que el marco teórico y la problemática marxista sean soluciones fáciles. Ser marxista no es fácil. Personalmente, pienso que siempre se intenta serlo, mucho más de lo que se consigue. Pero es ese combate *para trasponer al estudio del pasado el choque vivo y creador de la teoría y la práctica* lo que me parece una actitud particularmente fecunda en el oficio de historiador.

Os voy a proponer, desde ese punto de vista, no un largo balance, sino algunas constataciones. Simplemente algunos puntos en que el marxismo me parece que ayuda, ayuda mi labor cotidiana de historiador, *como teoría, como instrumento crítico* y *como dialéctica constructiva.*

ALGUNAS EVIDENCIAS DE LA TEORÍA

A) *La noción de fuerzas productivas como factor en una historia del crecimiento*

Hoy no existe ni un solo joven candidato a la más pequeña escuela técnica o comercial al que no se le exija haber reflexionado sobre el tema de la *productividad.* Existen institutos de productividad. La productividad es progreso. Se adopta el estudio de la productividad como tema para congresos de ciencias históricas. Hay quienes están firmemente persuadidos de que la noción es un logro de Colin Clark. Marx no ignoraba que la noción, en germen en Aristóteles, estaba clara por lo menos desde William Petty.

Sabía que en la relación entre trabajo y valor está todo el secreto de la historia social.

Pero no simplificaba. No convertía la productividad en condición *suficiente* de la transformación histórica. Se conformaba con convertirla (lo que es muy distinto) en condición *necesaria.*

La hipótesis materialista de Marx tiene un carácter modesto, negativo por así decir. Consiste en sugerir: observad *las fuerzas productivas,* es decir, al mismo tiempo el número de los hombres y los recursos naturales en explotación, pero en fin, y sobre todo, *las técnicas de producción,* porque sólo ellas pueden superar la tendencia al rendimiento decreciente en la explotación de la naturaleza. Si las «fuerzas productivas» así definidas no se mueven, veréis inmovilizarse la capacidad de creación de la vida humana, las mismas formas de civilización. Si, al contrario, las fuerzas productivas se mueven, todo se pone en marcha. La pasión actual por el problema «subdesarrollo/desarrollo» no es más que el reconocimiento de esa idea.

¿Pero creéis que se trata de una idea sencilla, elemental?

Meditemos sólo la definición que nos proporciona Marx de la productividad. Veréis qué títulos de capítulo nos propone, qué investigaciones exige al historiador de las economías, al historiador de las sociedades.

> La magnitud de valor de una mercancía sería constante si fuera constante el tiempo de trabajo requerido para su producción. Pero éste varía con cada cambio de la producti-

> vidad del trabajo. La fuerza productiva del trabajo está determinada por múltiples circunstancias, entre otras el *grado medio de habilidad de los trabajadores*, el *estadio de evolución de la ciencia* y de su *aplicabilidad tecnológica*, la *combinación social del proceso de producción*, el *alcance* y la *eficacia* de los medios de producción; y también por *condiciones naturales*.

He subrayado las invitaciones a un programa de estudios. Observo que Marx introdujo, en la última indicación, respecto a las *condiciones naturales*, una serie de sugerencias (que por otra parte precisó rápidamente) sobre la observación de la *productividad que cambia a corto plazo* (en el terreno de la productividad agrícola que domina la meteorología) lo cual incluye todo el problema socio-económico de la «desigualdad de las cosechas» durante toda la historia. Esto incluye también el problema de la *productividad minera variable*, sobre la que se asienta la historia de los desequilibrios monetarios y el movimiento de los precios. En fin, incluye, más generalmente, en el programa del historiador, *toda la geografía*, la de los recursos y la de las distancias.

Las demás indicaciones invitan al estudio de la *historia de las técnicas* y *la historia de las ciencias*, sin olvidar que los problemas de «*implantación*» (como dicen los economistas) son tan importantes como los de «invención».

Finalmente, al contar entre las «fuerzas productivas» los rasgos positivos de la *organización social del trabajo*, Marx invita a una sociología del trabajo, noción que debe ser todavía más amplia que la de «sociología industrial», porque podemos soñar con una sociología del trabajo del siervo, del esclavo o del fellah, que sólo un historiador puede contarnos.

La primera indicación sobre *el grado medio de habilidad de los trabajadores* implica finalmente una investigación orientada tanto hacia la eficacia del aprendizaje en el marco corporativo medieval como hacia el estudio de la *educación técnica moderna*, uno de los criterios mejor reconocidos de las condiciones actuales del desarrollo.

Me parece que el programa de Marx, en historia económica y en historia social, no corre el riesgo de ser «*superado*», por lo lejos que aún está de verse *cumplido*.

Añadamos que afortunadamente Marx es mucho menos «materialista» que sus críticos. Con esto quiero decir menos «mecanicista» y menos «fatalista». Cuando plantea la condi-

ción principal, necesaria, del crecimiento —la modificación positiva de la productividad— sabe perfectamente que no es suficiente, en el sentido de que al no ser todos los componentes de esa «productividad» únicamente técnicos, sino también *sociales*, hay que sumarles el estudio psicológico, el estudio humano. No podrían faltar el factor espíritu ni el factor «alma».

Éstos aparecen en otro ejemplo. Y es inútil subrayar que, al proponer unos «ejemplos», me resigno a dejar en la sombra muchos aspectos, muchos matices. Es el sino de un trabajo como éste.

B) *Clases y lucha de clases*

En cuanto al mismo problema de la «lucha de clases», tan típicamente «marxista», no voy a tratar más que una aparente sutileza de definición —que de hecho es una idea fundamental y excepcionalmente fecunda—. Es la idea de que las clases sociales se distinguen no por su consumo y sus rentas, sino por su situación dentro del proceso productivo.

Ricos. Pobres. He aquí el aspecto externo. Es importante. Determina parte de las psicologías. No es un *motor* de cambios ni luchas. El problema no está en saber cómo *se es* rico o pobre. Sino en saber cómo se hace uno rico o pobre. Acumulación, pauperización: ¡éstos son los principales problemas de la historia social!

Porque se consigue ser rico o pobre por la manera en que se participa en la producción, por el modo en que se sitúa uno en relación con la producción, en una posición de fuerza o en una posición de debilidad. Es el *modo de sustracción* sobre la producción, es el *mecanismo de acumulación* lo que constituye el hecho social significativo, esclarecedor.

Reflexionemos ahora sobre los recientes progresos de la historia socio-económica; todos ellos podrían agruparse, creo, en torno a este cambio de perspectiva: estudiar no ya las riquezas o las pobrezas, sino los enriquecimientos y los empobrecimientos, no ya los ricos y los pobres, sino los productores de valor y los acumuladores de plusvalía.

Y sobre todo, no vaya a pensarse que esas nociones se limitan a la sociedad capitalista e industrial. Toda la historia agraria del Occidente europeo hasta la revolución económica industrial y hasta la revolución social antifeudal, gira en torno a estas nociones marxistas elementales: el *modo de*

producción y las *relaciones sociales de producción.* Enumeremos sólo los grandes hechos incluidos en ese marco: el señorío, la comunidad de pueblo, los modos de propiedad y los regímenes de arrendamiento, los sistemas de exacción y las capacidades de almacenaje, las desiguales repercusiones de las crisis meteorológicas sobre las distintas modalidades de renta —esas «leyes de las desviaciones sociales», esos «beneficios de punta», demostrados tan maravillosamente por mi maestro Ernest Labrousse— y más generalmente toda la evolución del mundo rural, de la aparición y la liberación de los siervos en la «génesis de los granjeros capitalistas» (uno de los capítulos modelo de *El Capital*).

Cuando se manejan a diario esas nociones vivas, se tienen unas ganas legítimas de sonreír al escuchar a tal o cual filósofo, cuidadosamente preservado de todo contacto con la investigación, clasificar a Marx entre los «filósofos de la historia» al modo del siglo XIX, y que la sociología del XX se cree con derecho a considerar «superados». Es en el contacto con los problemas cotidianos planteados al historiador social donde Marx aparece realmente como el primer *teórico* de una sociología histórica, como el primer abastecedor de conceptos de base y de modelos, susceptibles de ser perfeccionados, ciertamente, modificables, ¡pero todavía tan a menudo los únicos existentes!

C) *La correspondencia entre fuerzas, modos y relaciones de producción*

Desearía tomar de nuevo un ejemplo en que me parece que mi propia investigación histórica ha verificado una de las grandes evidencias de la teoría, a menudo una de las peor comprendidas, o en cualquier caso de las menos explotadas.

Se trata de la «ley de la correspondencia» entre fuerzas, modos y relaciones sociales de producción.

¿Qué se entiende por eso? Sencillamente, el hecho de que, al modificarse las fuerzas productivas, es obligado que cambien los «modos de producción» (conjunto mucho más amplio de costumbres y estructuras, a un tiempo técnicas, sociales y psicológicas). Y desde entonces las «relaciones sociales de producción», es decir, el modo de propiedad y las relaciones entre clases sociales no pueden mantenerse (si lo son por la fuerza, detienen el proceso de crecimiento).

En mis trabajos sobre la sociedad agraria catalana del

siglo XVIII, hallé una aplicación extraordinariamente clara de esa ley.

Y que da un ejemplo bastante característico de lo que se podría denominar, en historia, la «experimentación espontánea».

En un terreno lo bastante amplio como para comportar elementos con ritmos de evolución desiguales, y sin embargo lo bastante reducido como para ser observado (se trata de la Cataluña española entre 1714 y 1808), las modificaciones de las fuerzas de producción se concentran geográficamente: en la costa, y en ciertas regiones rápidamente repobladas, se constatan importantes innovaciones culturales, sustituciones de cultivos, intensificaciones en la rotación, estercoladura y regadíos.

Allí donde se producen esas modificaciones, se ve ceder muy deprisa el conjunto más complejo de los «modos de producción»: es decir, la misma estructura de las explotaciones, de las servidumbres colectivas, de los arrendamientos tradicionales, de las asociaciones agricultura-ganadería, de los circuitos entre la percepción del diezmo y el mantenimiento de los pobres en las parroquias, y el impacto social de las crisis meteorológicas, todo ello adquiere una nueva fisonomía; finalmente, el antiguo sistema social —las «relaciones de producción»— se desgasta y tiende a desaparecer, no sin defenderse primero. Se puede seguir al detalle la forma en que la renta señorial deducida de la producción crece de manera absoluta y decrece de manera relativa, cómo una parte es arrebatada por una capa social nueva que la emplea con un espíritu diferente, cómo el dinero penetra en unos circuitos que antes prescindían de él, cómo se modifica la noción de propiedad y cómo el campesino pobre se convierte en proletario, en asalariado, mientras el hijo del campesino rico se convierte en burgués.

Pero lo interesante es comparar esto con lo que ocurre en las regiones en que el número de habitantes ha aumentado poco y donde las técnicas han seguido sin cambiar: ahí, en algunos pueblos de montaña, el hombre reconoce que *pertenece a su señor*, como en el siglo XIV; el diezmo remunera realmente las funciones eclesiásticas; no se hace distinción entre uso y propiedad, entre bienes privados y comunales; el dinero apenas circula; los derechos fiscales del señor y del rey pesan cada vez de manera más aplastante, por lo menos relativamente. La yuxtaposición de dos casos —pueblo de montaña, pueblo de arrabal urbano— descritos por los pro-

pios habitantes en respuesta a unas encuestan detalladas (alrededor del año 1789), sí es una *experimentación verificadora.*

Pero todavía es quizá más interesante el *caso intermedio,* aquel en que el proceso se ha iniciado, pero no ha llegado a término, y donde los hombres del país —los hay dotados de una admirable mente analítica— exponen ellos mismos cómo ven con sus propios ojos que las innovaciones técnicas hacen imposibles los modos de producción tradicionales, y modifican la psicología de las relaciones entre las clases sociales en torno a la economía.

Naturalmente, una comprobación de esta índole no puede causar asombro, porque la formulación teórica de Marx no ha salido de la nada, y se debe fundamentalmente a una utilización inteligente de los textos del siglo XVIII. Fue el profundo conocimiento de la *transición del feudalismo al capitalismo* lo que inspiró a Marx su generalización y luego sus hipótesis sobre el desgaste y la necesaria sustitución de toda relación social a partir de las nuevas exigencias de cada técnica. Pero cuando se ve hoy a algunos economistas proponer como «alternativa a Marx» unas interpretaciones someras del «despegue» de la sociedad moderna, en las que no hallamos la menor experimentación seria de historiador, sigue siendo legítimo considerar a Marx el fundador aún no superado de una investigación metódica en historia social.

EL MARXISMO COMO INSTRUMENTO CRÍTICO

Quisiera abordar aquí otro aspecto del método marxista, a partir de un incidente que fue algo doloroso para mí porque me hizo medir la incomprensión manifestada por unas mentes que tengo en alta estima, no hacia mi actitud personal (lo cual no tiene importancia) sino ante un gran problema planteado (lo que es mucho más grave).

Era en Sèvres, en 1950. Se habían reunido profesores de historia y profesores de filosofía, para ayudarse a reflexionar sobre sus distintos modos de pensamiento, y sobre la mutua ayuda que podían proponerse recíprocamente. Paul Ricoeur pronunció en esa ocasión una admirable exposición sobre la objetividad en historia, que luego publicó como principio de su obra *Histoire et Vérité.*

Podía sumarme, igual que hago todavía hoy tras la lectura de su libro, a muchas de las fórmulas de Paul Ricoeur referidas a la historia, a la que concede, me parece, más o menos

lo esencial de lo que reclamamos para ella, y entiendo por ello la posibilidad de una elaboración de tipo científico: «Es objetivo —dice Ricoeur—, lo que el pensamiento metódico ha elaborado, puesto en orden, comprendido, y lo que puede hacer comprender». «La historia tiene que añadir una provincia nueva al variado imperio de la objetividad.»

Dicho esto, la exposición de Ricoeur, apoyándose con fuerza en su inmensa cultura filosófica, y excelentemente informado (aunque desde el exterior) de las más recientes y mejores formas de investigación histórica, presentaba sin embargo a mis ojos dos lagunas inexplicables: parecía ignorar la obra de Ernest Labrousse, y ni siquiera había citado a Marx. Me extrañó: porque para ese «ordenamiento», esa «comprensión», esa «historia razonada», si se las cree posibles y si se desean ¿puede desdeñarse a aquel que sentó sus fundamentos y formuló sus reglas?

Se lo pregunté a Paul Ricoeur. Me respondió algo secamente que Marx no le interesaba, por no ser un «filósofo crítico». Intenté contestar, y el presidente de la sesión me interrumpió en seguida, diciendo (más bien gritando) que no estábamos en Praga y que yo no iba a imponer la dictadura de un pensamiento. Yo no había pronunciado más que una sola palabra. Era la época de la guerra fría. Desde entonces hemos avanzado bastante.[1]

Pero lo que me entristecía aquel día no era la brutalidad inesperada de un incidente del que no me sentía en conciencia responsable en absoluto; era Ricoeur quien me preocupaba, tan escrupuloso, tan abierto, y cuya incomprensión ante Marx me dolía.

Porque, en fin, ¿Marx, un filósofo «no crítico»? ¿Y dónde está entonces la crítica? No es acaso el primero que pidió a los hombres: cuando penséis alguna cosa, preguntaos primero por qué lo pensáis. Y cuando oigáis decir alguna cosa, preguntaos primero quién la dice, y por qué. Singular ampliación de la famosa «crítica interna» del historiador, que las costumbres clásicas reducen demasiado a un ingenuo test de sinceridad, habilidad, disimulo, interés bajo y elemental. La crítica marxista del testimonio es una cosa muy distinta; es una crítica sociológica del conocimiento; no convierte las actitudes y el pensamiento en un absoluto irreductible que

1. Permítaseme una observación de 1980: la «coyuntura» material, intelectual, espiritual, pasional, ha creado condiciones que nos recuerdan 1950. ¡Que el historiador explique la razón de ello!

sólo derive del individuo. Busca esas actitudes, esos pensamientos, no unas vulgares razones de interés material (como a veces se cree), sino un fundamento *en el espacio social* y un fundamento *en el momento histórico*, que ningún análisis literario ni filosófico podrían ignorar sin grave peligro.

Esta crítica marxista de los textos y esa búsqueda de *textos-series* que tengan una significación global para una clase y una época, es un ejercicio muy distinto, y de diferente alcance, que la simple «crítica interna» del testimonio. Es el fundamento mismo de una ciencia histórica, uno de cuyos principales postulados tiene que ser la frase de Marx: «*No podemos juzgar una época según la conciencia que tiene de sí misma*».

Y tampoco podemos juzgarnos a nosotros mismos según la conciencia que *creemos* tener. El marxismo exige de cada historiador —mejor dicho, de cada *hombre*— un perpetuo examen de conciencia, una perpetua crisis de conciencia. De lo cual, generalmente, prescinden sus detractores.

Paul Ricoeur había insistido en la «revolución copernicana» operada por Kant en filosofía, y cuya importancia no discuto. Pero tenía ganas de decirle —si aquel día me hubieran dejado tiempo— que la verdadera «revolución copernicana» que obliga al hombre a no considerarse —como individuo— el centro de las cosas, me parece que ha sido realizada mucho más por Marx.

Lo acaba de escribir, del mismo modo, Roger Garaudy en su último libro. Me alegré de esa coincidencia. Y más todavía al descubrir, respecto a mis actuales reflexiones sobre la sociología de las guerras, las conclusiones de Tolstoi en *Guerra y Paz*, sobre la «revolución copernicana» deseable en las ciencias humanas —palabras escritas, curiosa coincidencia, el mismo año que el primer libro de *El Capital*:

> En el primer caso —dice Tolstoi— [es decir, en el caso de Copérnico], hubo que renunciar al sentimiento de inmovilidad en el espacio, y admitir un movimiento que no percibían nuestros sentidos. En el caso actual, debemos también renunciar a esa libertad de la que tenemos conciencia y reconocer una dependencia que no sentimos.

Que la única forma de conquistar nuestra libertad sea saber primero que no somos libres, y en qué sentido no lo somos, y si ésta es la «filosofía» de Marx, para el historiador se trata un método crítico singularmente fecundo. En primer

lugar para arrinconar todas las interpretaciones ingenuamente idealistas de la historia, donde unos personajes solemnes hacen, en cualquier momento, más o menos cualquier cosa. Y luego, para que el historiador, en materia de objetividad, luche primero contra las ilusiones sobre sí mismo.

Porque, naturalmente, el marxista es el último en discutir la fórmula «el historiador está dentro de la historia»; incluso es una de sus más evidentes conclusiones para criticar sus fuentes y a sus predecesores.

Queda su propia subjetividad.

«Presentimos —dice Paul Ricoeur—, que existe una subjetividad del historiador buena, y otra mala ... ». Desgraciadamente, en cuanto pronunciamos «buena» o «mala», hemos tomado partido. ¿Se trata de una elección libre? Hay que volver a empezar la operación crítica.

Preferiría proponer, más o menos, la regla siguiente:

La conciencia de los elementos objetivos que determinan la subjetividad del historiador, por el ejercicio de su oficio, tiene que darle capacidad para penetrar en la subjetividad de los hombres del pasado, para desembocar en una concepción objetiva de las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo, etapa suprema de la unión entre ciencia y filosofía.

Lo principal es pensar firmemente que lo objetivo y lo subjetivo están permanentemente creándose, recíproca, dialécticamente, porque esa misma es la relación que une materia y espíritu.

Pues bien, en esto, las conquistas del historiador son ya enormes. Pienso en ese siglo XVIII español, cuyo secreto ha sido perseguido durante tantos años en absurdas discusiones sobre las «influencias», y el «afrancesamiento» o el «no afrancesamiento» de tal o cual autor privilegiado, mientras que, por poco que se analicen en profundidad sus estructuras materiales y sus modificaciones, sus fuentes espirituales e intelectuales se hallan *en él mismo,* en las condiciones de vida, en sus contradicciones, sus exigencias y sus impotencias.

Ver el nacimiento —tanto en España como en Francia, de modo internacional y no localmente—, del «giro» de 1750 —«Francia se puso a disertar sobre los granos»— no de la fantasía de algún Voltaire sino de las estructuras incipientes del gran comercio y de la coyuntura de las crisis, no es sólo hacer un «modelo» de esas crisis, y un «modelo» de las revueltas («motín de Esquilache», «guerra de las harinas» o «Grande Peur» de 1789), también es hacer un modelo *social,* un modelo *intelectual,* y finalmente, un modelo *moral.*

Porque, en fin, volvamos a leer a los hombres del siglo XIX. Para Michelet, el edicto de Turgot sobre la libertad de granos, es «la Marsellesa del trigo», es la grandeza de espíritu y la generosidad de corazón. Para los autores españoles de la misma época, Colmeiro o Ferrer del Río, son los mismos reformadores, que firman los mismos decretos, quienes tienen razón (aunque Esquilache no sea Turgot). El pueblo que se levanta no comprende. Está equivocado, es ignorante. A veces es cruel. Incluso Michelet no osa defenderle. Y los pobres curas de pueblo que están con él son fanáticos o necios. O mal intencionados. Y los aristócratas conspiran.

Tal vez sea cierto. Pero hoy sabemos que se trataba del *hambre.* ¿Nos colocará eso, sentimentalmente, al lado del «pueblo»? ¿O por el contrario, nos pondremos de parte de los reformadores burgueses, por duros que sean, porque son inteligentes, y de parte del progreso? Aquí es donde puede por fin asomar la *objetividad* real, cuando hayamos captado el *porqué* de la rebelión del pueblo, y el *porqué* (donde la inteligencia y la buena voluntad no son las únicas encausadas) de la postura de los reformadores. El análisis objetivo de las alteraciones de precios y de los «beneficios de punta», de las contradicciones fundamentales entre las clases y de las contradicciones pasajeras entre categorías, puede parecerle a quien se irrita con nuestra profusión de cifras y nuestros estudios de cuentas, muy ramplonamente «materialista». Es el único fundamento de una posible superación de las subjetividades de la época estudiada y de nuestra propia subjetividad.

El marxismo como instrumento dialéctico

Faltaría aún el más difícil de todos los problemas, el problema de la *casualidad.*

En esto, Ricoeur es severo y no se lo reprocho. Tras haberle concedido mucho al historiador en cuanto a sus posibilidades de análisis, la arrebata buena parte de su confianza. A sus ojos somos ingenuos, «precríticos», y oscilamos entre el determinismo y la probabilidad.

De acuerdo. Pero, después de todo, ¿no oscila la física entre probabilidad y determinismo? ¿Entre noción «estadística» y noción absoluta de las «leyes»? ¿Y si dijésemos simplemente que la probabilidad es la forma bajo la que nos es revelado el determinismo?

El problema se planteó entre los economistas: ¿análisis «alternativo» de forma matemática? ¿O análisis «causal» de forma concreta, donde el factor «exógeno» aparece siempre, alterando el juego?

Para los historiadores, la elección se sitúa entre la simple «historia razonada» —sin duda, aún la más razonable— y una síntesis dialéctica que explique la «totalización». Sartre, en beneficio de ésta, tendería a condenar el análisis. Pero sus ejemplos toman pronto un giro verbalista que evidentemente no nace de una experiencia de historiador.

La recomendación dialéctica de Marx es mucho menos ambiciosa y mucho más aprovechable. Consiste en practicar el análisis, sin olvidar que la síntesis del conjunto no será nunca una simple suma de las partes analizadas; en practicar la abstracción, en utilizar la «teoría», incluso el esquema, pero sin olvidar nunca que lo real es complejo y que es siempre, en cierta medida, particular; en fin, en no utilizar nunca la noción de *causa* más que luchando obstinadamente contra cualquier tentación de unilateralidad, de explicación universal, de acción sin interacción.

Quizá sea una concepción banal de la dialéctica. Pero aquí también, es un tipo de banalidad que todavía puede enseñarnos mucho, porque hay muchas banalidades fundamentales despreciadas.

Por lo que a mí respecta, todavía no he encontrado más que un medio simple, modesto, para realizar la conjunción necesaria entre la inducción y la deducción, entre el análisis y la totalización, entre la constatación de los ciclos y la certidumbre de los pasos hacia adelante.

Ese medio es considerar cualquier fenómeno histórico (o sea, cualquier fenómeno social en pleno cambio) de tres maneras sucesivas: considerarlo primero *como signo*, para proceder a las constataciones y los análisis; considerarlo luego *como resultado*, mirando hacia atrás; y finalmente considerarlo *como causa*, mirando hacia adelante.

Luego, no está prohibido hacer una síntesis. Si sucede al triple análisis que he recomendado, evitará toda explicación unilateral: ni la demografía, ni la técnica, ni la ciencia, ni las «propensiones a ... », ni el ritmo de producción de la moneda (cito aquí los sucesivos intentos de explicación unilateral que han asediado la historia socio-económica) revelarán nunca el auténtico secreto de la historia, sino una paciente combinación del estudio de la demografía, de la historia de las ciencias y de las técnicas, de los ritmos de la moneda, de

las contradicciones y las luchas sociales, de los impulsos espirituales y materiales que los acompañan y subrayan, que los arrastran y por los que son arrastrados.

Esto no impide reconocer casi como una evidencia (que algunas filosofías, incluso religiosas, actualmente intentan integrar) que el motor de la historia —casi su definición— es la construcción del hombre mismo, y de su espíritu, por su influencia sobre la naturaleza, es decir, por la producción, por el trabajo. Pero la labor del historiador consiste en explicar el paso de ese motor elemental a las formas más complejas de las sociedades y las civilizaciones.

Y esto tampoco impide reconocer, con Marx y Sartre, que las iniciativas humanas, a pesar del carácter libre y voluntario que puedan tener (y sobre todo que *creen* tener), se traducen en frutos globales de lo «práctico-inerte», que la mayoría de las veces contradicen la lógica y los deseos elementales de quienes son, en el punto de partida, sus autores voluntarios y conscientes. Pero el historiador no tiene por oficio constatar esos juegos de la «Materia» con mayúscula. Lo que le interesa es lo que fue creado, lo que fue desarrollado, como condición de lo que será creado y desarrollado.

Tal vez esperaseis que centrase mi exposición sobre un problema más sencillo: ¿Orienta sus investigaciones históricas una opción política o se siente usted desligado de ella? He aquí lo que quizás hubieseis deseado que tratara. Permitidme decir que la cuestión así no estaría bien planteada.

Si se trata de saber hasta qué punto soy libre frente a las costumbres, formaciones, sentimientos o elecciones que la vida, la sociedad misma, me han impuesto, no soy más libre que cualquier otro. Pero el menos libre de todos sería aquel que se creyera libre sin habérselo preguntado seriamente.

Por otro lado, ocurre que el marxista establece un lazo (y está en su derecho, indudablemente, del mismo modo que es su deber) entre una actitud militante y una actividad global donde se inserta por naturaleza su actividad profesional. Eso sólo puede regularse según las preferencias personales y el temperamento de cada cual.

A decir verdad, dudo que un hombre de acción por temperamento haya emprendido nunca —y podido continuar con eficacia— una labor de historiador, con lo que ello comporta de paciencia y meditación solitaria. Evidentemente tenemos a Marx, y al Lenin de *El capitalismo en Rusia*. Y la dialéctica meditación-acción, en esos dos hombres excepcionales, depen-

dió en gran medida, sin embargo, de la cronología «de los sucesos» en su biografía.

En los casos corrientes, el hombre de acción *hace* la historia y si realmente asocia, en una creación recíproca, la teoría con la práctica, puede ocurrir que escriba no sólo para la Historia, con mayúscula, sino incluso para la historia como profesión, para la historia como método, para la historia como ciencia. Eso depende de su inteligencia.

Lo inverso es menos cierto. Es raro que el historiador erudito, el historiador vocacional, pueda conciliar su labor cotidiana con una acción militante. Esto no implica ninguna renuncia a su deber cívico. Y lo principal es no dejar que se desarrolle ninguna contradicción entre sus pensamientos y actitudes. Para ello, el marxista está bien situado: en el sentido de que cree favorecer el movimiento progresista de la humanidad en la medida en que piensa correctamente la historia, y ese movimiento hacia adelante de la humanidad —incluso en su complejidad y sus retrocesos, sus atrasos y dificultades— es para él una lección permanente de historia. No puede haber contradicción entre su actitud científica y su compromiso, precisamente porque el compromiso consiste en la actitud científica.

Pero el mundo no está dirigido aún por el hombre. El mundo dirigido por el hombre es una conquista continua. El imperio de la necesidad, de la historia todavía «natural», sigue siendo inmenso. E incluso en la construcción de un mundo científico, sigue habiendo una gran parte de procesos espontáneos con resultados singulares. Por eso, el análisis, la teoría, la práctica de la materia que hace la historia no deben ni pueden detenerse. La «rectificación» es tal vez la tarea más continua que se le propone al pensamiento científico, tanto por la reflexión como por la acción.

Se me permitirá volver a *Histoire et Vérité* y tomar la conclusión de Ricoeur, a pesar de nuestras diferencias:

> La historia procede siempre de la rectificación del arreglo oficial y pragmático de su propio pasado por las sociedades tradicionales. Esa rectificación tiene el mismo sentido que la rectificación que representa la ciencia física en relación al primer arreglo de apariencias en la percepción y en las cosmologías que siguen siéndole tributarias.

En efecto, ésa es la progresión. Cosmologías, magias y alquimias; luego física. Mitología, narraciones, crónicas manipuladas, y después, no de golpe, sino progresivamente, la historia total.

LA HISTORIA DESPUÉS DE MARX *

1847-1848: *Miseria de la filosofía* y el *Manifiesto.* 1857-1859: la «Introducción» y la «Contribución» a la *Crítica de la economía política.* 1867: el primer libro de *El Capital.* De esta forma se sucedían, en el siglo pasado, al mismo ritmo que las crisis de crecimiento de la economía industrial capitalista, las obras básicas de la sociología marxista.

1967 invita a hacer un balance. Un balance doble, cien años después de la fundación del marxismo como agente de la historia-objeto, y del marxismo como propósito de la historia-ciencia.

En cuanto a lo primero, al siglo —partido exactamente por la simbólica fecha de 1917— vio la práctica de las revoluciones suceder a las controversias en torno a la teoría. El marxismo ocupó el primer puesto de todos los factores de la historia. A ojos de sus adversarios, manifestación misma de su error, puesto que es el triunfo de una ideología. A ojos de sus partidarios, experimento positivo de una ciencia, por ser un nuevo modo de influencia sobre lo real.

Un debate semejante no puede zanjarse aquí, pero pone en juego la noción misma de historia. Para los economistas, Marx se convierte en una fuente viva. La legitimidad epistemológica de su proyecto obsesiona a los filósofos. Pésimo historiador sería aquel que no se plantease si la materia de su investigación y la manera de abordar su análisis llevan de alguna manera el signo de Marx. Operación de honradez intelectual, y también compromiso de eficacia, porque una investigación es tanto más productiva cuanto más consciente es de sus métodos, sus fuentes, su linaje, su alcance y su significado.

Lamentablemente, las relaciones entre la sociología marxista y el desarrollo de la investigación histórica, durante el transcurso de ese siglo, están muy mal definidas por la

* Artículo aparecido en la *Revue de l'Enseignement supérieur,* n.º 44-45 (1969), pp. 15-26.

opinión común. Marxistas y antimarxistas, a quién mejor, sobrestimaron o subestimaron la influencia de Marx.

Entonces ocurre que, en excelentes estudios de economistas, se descubre la afirmación de que los historiadores *«antes de Marx, se limitaban a describir cronológicamente hechos políticos, diplomáticos y militares»*, lo que se dice pronto en cuanto al pasado de la historia, y parece sugerir que *después de Marx* todos los historiadores hayan renunciado a esa definición.

Pues bien, algunos todavía la aceptan hasta tal punto que de buena gana excluirían de la historia «positiva» (como si estuviera mancillada de espíritu teórico y por tanto de «marxismo»), toda investigación basada en una problemática y de la que lo económico no estuviera excluido. Cuántas veces habré escuchado, en Francia y en el extranjero, para mofa o alabanza, tildar de «marxista» ¡la escuela de Lucien Febvre y Marc Bloch!

Existe una tercera forma de entender abusivamente (en cantidad) la noción de «historia marxista». Es clasificar bajo esa rúbrica, sin tomar más precaución que unas afirmaciones o unas citas previas, todas las obras que declaran serlo abiertamente. Porque una pertenencia geográfica o política no puede, sin un examen, considerarse una garantía de pertenencia científica. No todos los textos que invocan a Marx se comprometen en la responsabilidad del método marxista.

Así, el papel *activo* del marxismo, al inspirar recelos y confianzas descontroladas, a menudo extiende indebidamente el lugar del marxismo en el campo actual de la historiografía.

Pero lo contrario también se da. Trabajos de excelente línea marxista apenas se reconocen como tales porque no pusieron empeño en etiquetarse y porque poca gente se preocupa de mirar debajo de las etiquetas. En cambio, grandes textos marxistas demasiado etiquetados realizados en países socialistas son despreciados *como tales* en las bibliografías cuyo sustento deberían constituir. De esta manera, puede subestimarse la *auténtica* contribución del marxismo.

Y no hay que olvidar que, cronológicamente, fue esa subestimación la que triunfó, *al principio*, y *durante mucho tiempo*. Porque una sociología abiertamente materialista, y que señalaba la lucha de clases como motor decisivo de la dinámica social, no podía encontrar, en la sociedad de su tiempo, a la que declaraba la guerra, más que con una acogida *espontáneamente negativa*.

No es una casualidad, sino la comprobación misma de la

profunda solidaridad entre la historia-objeto y la historia-conocimiento, que, subsiguientemente a la publicación del primer libro de *El Capital* (coincidiendo con los días de la Comuna), desde los años setenta y hasta fin de siglo, por la curiosa convergencia de abstracciones puras y empirismos puros, de negaciones apasionadas y sistemas ambiciosos, se constituyeran por un lado, una economía teórica y unos proyectos sociológicos que tenían el rasgo común de repudiar la historia, y por otro, una historia que sólo se enorgullecía de su tradición erudita y de repudiar la teoría.

Al citar a Jevons, Menger, Walras o Pareto, Rickert, Simmel, Weber o Durkheim, Nietzsche o Dilthey, Schmoller o Seignobos y Langlois se descubre bajo la diversidad de los hombres y la lucha de escuelas una actitud común: su oposición a basar históricamente el razonamiento sociológico y sociológicamente el razonamiento histórico, su voluntad de definir el oficio de historiador como una búsqueda del hecho, no como una persecución del fenómeno, como una inscripción de verdades singulares, y no como un descubrimiento de un modo de racionalidad.

Pero esa racionalidad propia de la historia, no construida por la mente como en el caso de Hegel, sino extraída de la misma materia histórica, es precisamente el campo que Marx había pretendido abrir.

En ese sentido, se podría caer en la tentación de definir «la historia después de Marx», por lo menos en cuanto al primer medio siglo, como una historia *de espaldas a Marx*, igual que le daban la espalda la teoría económica «moderna» y la naciente sociología.

Los marxistas no contradecirán esa constatación, pues expresa a sus ojos el pecado original de toda ciencia «burguesa» de las sociedades, que creen que está abocada a una abstracción sin referencias con lo real, o a una observación no coordenada, si no quiere desembocar en una condena de la estructura en la que se integra. En esa perspectiva, la herencia de Marx no habría sido recogida —y no podía serlo— más que por los revolucionarios *activos*, salvados de la abstracción por la *praxis* cotidiana de la lucha, del empirismo por la preocupación teórica siempre presente, y enfrentados a la historia *por su experiencia.*

Sin embargo, en esas condiciones, la marcha hacia una historia como ciencia tenía que ser ralentizada. Porque unos tendían a atrincherarse a la defensiva en la erudición especializada, y los demás a reservarse ofensivamente el análisis

teórico. Las coincidencias fructíferas fueron escasas y se multiplicaron las condenas mutuas. Alemania, cuna de la erudición «objetiva», se convirtió en la de la historia subjetiva y la de la «crítica de la razón histórica». Pero las potentes síntesis del marxismo prerrevolucionario ruso —de Lenin sobre el imperialismo, y de Stalin sobre la nación— no inspiraron ninguna investigación desarrollada de historia contemporánea. Incluso cuando Lenin, en un momento de inactividad forzosa, pudo darle a su *Desarrollo del capitalismo en Rusia* unos originales fundamentos documentales, su polémica y teórica presentación colocó la obra (con la probable satisfacción de su autor) lejos de los horizontes entonces familiares a los historiadores universitarios. No obstante, la atmósfera rusa de aquellos años, permeable al marxismo y cargada de pasión por lo social, dio pie en efecto a ciertos trabajos pioneros, incluso para la historia de Occidente.

Aparte de esa excepción, el signo más evidente del amplio rechazo de Marx en la historiografía europea residió tal vez menos en el estricto positivismo de la investigación y en la preferencia por lo «contingente», que en la indiscutida división entre sectores de la historia. Porque si el campo político, diplomático y militar seguía considerado alrededor de 1900 como el campo de lo histórico por excelencia, no se puede decir que el de lo económico, lo institucional o lo espiritual fueran despreciados. Pero se les consideraba un asunto para *especialistas*. Dilthey había propuesto para la historia cultural una metodología propia. La historia económica, cultivada siempre con gloria en Alemania, empezaba a serlo en Francia e Inglaterra. En ese caso, a veces se discutía o se utilizaba a Marx. Pero nunca como historiador en su teoría global. Y, en las grandes historias nacionales y generales publicadas a principios del siglo XX, la división de la materia histórica se hacía por cuestión de reglas, y no de comodidad. El relato político era la trama. Unos capítulos especiales trataban la economía, las instituciones, la literatura y el arte, ya que se admitía que *formaban parte* de la historia, pero se olvidaba, al aislarlos, que *son* la historia misma.

A cierto nivel de sistematización, tal separación puede tener sentido. Cuando Rafael Altamira, en su *Historia de España*, separa la historia «externa» de la historia «interna», los hechos político-militares de los fundamentos sociales (y de las creaciones intelectuales) otorga finalmente a esos fundamentos, a esas creaciones, su lugar *primordial*. Y la alternancia de una *historia-narración* y una *historia-marco* en-

frenta ya, como más adelante hará Fernand Braudel, el modelo del «corto» plazo al del «largo» plazo, el acontecimiento a las estructuras.

Pero si precisamente es bueno que el historiador capte correctamente esa oposición de ritmos, ¿puede ser tarea suya separar los campos? ¿No sería más bien establecer las relaciones? La paulatina conquista de los mejores historiadores del siglo XX fue pasar de la primera actitud a la segunda, es decir, a *la investigación de los mecanismos que unen la sucesión de acontecimientos a la dinámica de las estructuras. En lo esencial, conducía a Marx.*

Claro que este último punto será discutido.

Pero no por quienes, «historizadores» o subjetivistas impenitentes, hemos comentado ya que confunden gustosamente, en una condena agresiva o con una sonriente condescendencia, la historia según Lucien Febvre o Ernest Labrousse y la historia según Marx. Es normal que los adversarios comunes descubran las actitudes comunes.

Serán más bien quienes se encuentran, desean o se creen en la vanguardia de una cierta manera moderna de escribir la historia, quienes duden de la idea de estar regresando a Marx. Unos dirán que no sienten nada en común con ese «hombre del siglo XIX», y lo dirán con tanta mayor sinceridad cuanto menos lo hayan leído. Otros, al no desconocerlo tanto, admitirán mejor su herencia, pero una herencia «asimilada», que cae de su peso...

¿Es necesario añadir que el marxismo ortodoxo se rebela al pensar en un método científico aplicado de forma inconsciente y no formulada, y en un método global aceptado a retazos?

Todavía es más extremada la postura de quienes —como Sartre o Althusser— proclamaron recientemente, cada cual a su manera, que el marxismo *sólo* asentó los principios de una epistemología histórico-sociológica, pero que, al no haberlos aplicado *nunca* científicamente, dejó el terreno de las ciencias humanas completamente virgen.

Y ya, por encima de esos filósofos de la «praxis» que sitúan la experiencia histórica fuera de la ciencia, llegan quienes proponen, con Claude Lévi-Strauss, situar ahí también —por lo menos provisionalmente— todo lo social y todo lo económico. Las disciplinas «punteras» serían entonces —lingüística o estilística— las que, asiéndose a unas estruc-

turas ahistóricas, darían pie a un análisis *formal*. Confundiendo ciencias incipientes y ciencias desarrolladas, sugieren que todo progreso sólo se desarrolla en la soledad de la reflexión fundamental. Desconfían —en un regreso al positivismo— de los campos en que el hombre está *interesado*, sin plantearse si la ciencia que hay que construir no es precisamente la de los *intereses* del hombre, en su sentido más amplio. Entonces se expulsa el «historicismo» fuera del marxismo, y al hombre fuera de la «antropología», de suerte que unas mentes jóvenes creen ser las mentes «punteras», reprochándole al Marc Bloch historiador su preocupación por el hombre.

En esta confusión reviven los viejos divorcios: abstracción-inducción, práctica-teoría, objetivo-subjetivo, sincronía-diacronía, social-humano, lógica-dialéctica. Aceptarlos, ¿no sería retroceder cincuenta años, a la época del rechazo instintivo de Marx? Superarlos, ¿no sería al mismo tiempo conservar las opiniones más creativas de Marx, y tomar nota de las mejores y más recientes adquisiciones de los economistas y de los historiadores?

De hecho, examinar «la historia después de Marx» es en menor medida preguntarse si ha soportado su «influencia» —hemos visto las grandes ignorancias y los rechazos renaciendo siempre— que verificar si la investigación histórica, en lo que hoy descubre y difunde, se parece más a la imagen que se hacía un Dilthey, un Pareto o un Seignobos, o a la imagen esbozada por Marx.

Por poco que se renuncie a los prejuicios y a los formalismos, la respuesta no parece dudosa.

Desde hace treinta o cuarenta años, la historia se ha ido afirmando como ciencia y lo ha hecho en el sentido que había entendido Marx.

En este sentido el que hay que comprender primero correctamente. Se puede conseguir por el examen del privilegio concedido por Marx a *lo económico*, con la condición de remontarse a su génesis.

Si el joven filósofo Marx, apasionado por los problemas sociales y la política, se transforma después de 1840 en economista, es porque presiente en la economía política *el primer campo humano en que ha podido penetrar el razonamiento científico*.

En efecto, en cuanto advertimos que la voluntad humana,

ejercida individualmente y en apariencia libre, *tiene un resultado objetivo* (un precio, un salario, una tasa de interés ...) resulta que se puede pretender, por conceptualización, razonamiento o hipótesis, reconstruir el *modelo* de esa formación, que, por otra parte, puede y debe *sugerir y luego verificar* la observación *estadística.* Por ese juego alterno, dotado en este momento de un aparato matemático y estadístico considerable, la economía de hoy consigue explicar, prever, intervenir y planificar. El hecho de que no domine todavía todo lo real no significa que haya que preferir la estilística en la jerarquía de las ciencias.

Pero el genio de Marx está en haber visto más aún, y haber marcado por adelantado los límites de aplicación del modelo económico. Pensó que si en el seno de la economía existía una objetivización de lo subjetivo, no había razón para que los demás tipos de intereses humanos —del más sórdido al más elevado —no desembocasen ellos también, entrando en combinaciones y luchas, en una objetivización de los hechos que constituye a la vez la racionalidad y la necesidad de la historia. Así, todo lo humano, en el espacio y en el tiempo, puede entrar en el campo del análisis científico.

En particular, si los modelos económicos abstractos se ven trastornados por factores «exógenos», no hay que apresurarse, como hacen los economistas «puros» en rechazar ese «exógeno» al campo de lo «contingente», precisamente por ser «histórico». Él también puede llevar su necesidad interna en el seno de un modelo más complicado. Y si las «leyes» económicas advertidas por los clásicos no son universales en el tiempo ni el espacio, es porque se ejercen dentro de un marco —técnico, institucional o psicológico— sin duda lo bastante estable como para constituir una «estructura», pero *de ninguna manera eterno.* Existe pues una ciencia de lo *histórico,* que es efectivamente la de esas estructuras, pero que también es la de su nacimiento, sus transformaciones y su desaparición.

Ciertamente, la complejidad de lo histórico es tan grande que su matemática está todavía lejos de ser inventada. El privilegio que le da ventaja a lo económico es que se inscribe casi por completo en resultados numéricos, lo que ocurre más raramente (aunque más de lo que se cree) en los demás campos abiertos a la investigación histórica.

De todas formas, un campo del que está ausente el cálculo no excluye a la fuerza una posibilidad de *razonamiento,* al menos de *esquemas,* si no de «modelos».

Y, según Schumpeter, ése había sido justamente el descubrimiento de Marx: «Marx fue el primer economista de gran clase que reconoció y enseñó sistemáticamente cómo la teoría económica puede convertirse en análisis histórico y cómo la exposición histórica puede convertirse en *historia razonada*».

Aval tanto más importante en cuanto que Schumpeter es una de las mentes capaces de mayor abstracción, y uno de los máximos historiadores de la teoría.

Tras él, otros economistas han reconocido la posibilidad (y la necesidad) del «análisis causal», y la insuficiencia de todo análisis del «crecimiento» que no incluya el factor *histórico*. De esta forma, y mucho más ampliamente de lo que muchos historiadores se atreven a reconocer, su disciplina está llamada a penetrar, *científicamente desde el exterior* en los secretos de una condición humana múltiple y en movimiento.

Tal vez se me objete precisamente lo que acabo de observar: que muchos historiadores de oficio permanecen escépticos ante la palabra «ciencia» e incluso ante la palabra «razonamiento», aplicadas a su labor cotidiana. Que, en la historiografía «occidental», «académica», el golpe bajo a la teoría siempre resulta bien visto. Y que, en la historiografía «oriental», «marxista», el primer lugar ocupado por la teoría se acompaña frecuentemente con narraciones anticuadas y aburridas. ¿Pero no decía Marcel Mauss que una historia se transforma en sociología en la medida en que es inteligente, y Lenin que un marxista tonto será siempre menos marxista que un burgués inteligente? Es evidente que eso no agota las razones del desigual desarrollo de la ciencia histórica. Pero la lentitud de ese desarrollo se debe en gran parte a las facilidades y los éxitos conseguidos por las antiguas costumbres de «los pequeños hechos ciertos», mientras que el manejo de una materia histórica densa es una profesión poco cómoda.

No obstante, por lo menos en Francia, la batalla pareció ganada. Lucien Febvre, que desconfiaba de la teoría, pero a quien gustaba, lo mismo que a Marx, hacer brillar su pensamiento en la crítica y la polémica, osó proponer a los jóvenes historiadores de nuestra generación, si no la esperanza inmediata de una historia-ciencia constituida sobre unos «modelos», sí al menos el ejercicio continuado de una historia-inteligencia centrada alrededor de unos *problemas*. No era

coincidir con Marx ni hacerle referencia. Era quitar de en medio un montón de tabúes contra el razonamiento en historia. Proclamar el derecho del historiador a una *hipótesis de trabajo*, era autorizarle a pensar dentro de un marco *teórico*. Era, de cualquier forma, otorgar a lo histórico una racionalidad penetrable.

Era, en fin, recuperar otra de las actitudes fundamentales de Marx: el rechazo a cualquier tipo de división, a cualquier tipo de «compartimentos estancos» entre sectores de la historia. No es que la encuesta pueda evitar el análisis, ni el oficio la especialización. Pero lo económico nunca se explicará íntegramente por lo económico, ni lo político por lo político, ni lo espiritual por lo espiritual. El *problema*, en cada caso concreto, está en su *interacción.*

Así la noción marxista de «totalidad», ignorada por la historia positivista, pudo tomar cuerpo en la noción de «síntesis» de Henri Berr. Y no hay más que comparar, para juzgar su influencia, las colecciones actuales de historia general con las de hace cincuenta años. Ninguna de ellas omite presentar, en el seno de las periodizaciones clásicas y antes de cualquier narración, la economía en sus profundas estructuras y sus grandes coyunturas. Ninguna le regatea el puesto a los mecanismos sociales, de derecho, de hecho y en las psicologías. Ninguna deja de situar las sociedades en su atmósfera estética y espiritual, ni de ligar los matices de la ideología a los modos de vida de los grupos. Economía, sociedades, civilizaciones: la jerarquía marxista parece haberse convertido en la cosa más natural del mundo. Y el editor de Jacques Brainville y Pierre Gaxotte hace hoy un llamamiento a Pierre Goubert y Eric Hobsbawn. Hubo una época en que, por reacción «anticontingente», se sacrificaron lo político y lo militar (¡y no por Marx!). Pero hoy se ofrecen una «politicología» y una «polemología» a completar el arsenal de la totalidad histórica.

Falta asegurarse de que el «cuadro» no aplaste el «relato», que la preocupación por las estructuras no nos aleje de la de los cambios de estructura. En Marx, la historia tiene un motor y un sentido. ¿Los tiene en nuestros historiadores?

El «evolucionismo», en este momento, no tiene buena prensa. Se le convierte en una forma mental del siglo XIX, que alejaría considerablemente a Darwin o Marx de los sabios de hoy día.

El historiador se preocupa por saber si las condenas de «historicismos» calificados de «ingenuos» no están simplemente velando la condena de la introducción del *tiempo histórico* en la ciencia. Pero esta conquista del siglo XIX, lejos de haber sido «superada», sigue sin explotar. Incluso en las ciencias exactas. Y en las ciencias humanas con toda evidencia. Renunciar a ello no sólo sería renunciar a las tareas que había definido Marx, sino también al objeto que Lucien Febvre o Henri Berr le otorgaban a la historia como máximo: la *evolución de la humanidad* (lo demuestran unos títulos célebres).

En cuanto a eso, se está autorizado a permanecer fiel y a basar las esperanzas de una futura «antropología» no sobre los secretos estructurales de los hechos humanos *menos históricos* (no digamos «ahistóricos», porque no los hay), sino sobre el análisis *histórico* de las etapas *técnicas, económicas* y *sociales* que condujeron al hombre donde se encuentra hoy: en los umbrales —y sólo en los umbrales— de una *era científica.*

Y aquí tocamos otro punto de contacto entre el pensamiento de Marx y nuestros descubrimientos más sólidos: la idea del *factor tecnológico* como motor de la historia.

Y todavía quedan por disipar nuevos malentendidos a ese respecto. Cuando Marx habló del factor «económico» como determinante «en último análisis» del curso de la historia, y del factor tecnológico como determinante, en último análisis, de la economía, simplemente entendió destacar que la originalidad esencial del hombre está en su capacidad de dominio sobre la naturaleza. Eso no significa que solamente la tecnología y la economía son «interesantes». Eso significa que sólo ellas hacen que los grupos humanos den los *pasos decisivos e irreversibles.* Si la tecnología modifica rápidamente la productividad en el trabajo, se cuestiona toda la organización del grupo. Si la organización del grupo resiste a la adaptación, el progreso técnico se resiente. No es pues *condición suficiente* —contrariamente a las tesis de algunos economistas apresurados— del desarrollo de las sociedades humanas. Es su *condición necesaria,* en el sentido de que todo cambio no acompañado por un impulso en la productividad del trabajo, tiene todas las posibilidades de revelarse infecundo, a más o menos largo plazo.

Ya sabemos que los problemas *más actuales* en torno al «desarrollo» y el «subdesarrollo» se plantean por esas delicadas relaciones entre progreso técnico y modificación de las

estructuras de todo orden, social, político, psicológico o religioso, heredadas de un pasado reciente o remoto. El historiador puede recoger en esa actualidad un montón de lecciones útiles a su oficio. Pero su oficio no deja de mostrarle en cada momento de la historia unos problemas, ciertamente no idénticos, aunque *análogos*. Es en esa continua confrontación de los tiempos, la manera en que el razonamiento, la conceptualización, el esquema y el modelo, la hipótesis de trabajo, a nivel económico y a nivel histórico, convierten a la historia en sociología.

Esa transformación exigiría un llamamiento a la *cuantificación* y a la *medida*. Los economistas tentados por la historia proponen hoy:

1) Construir una historia «íntegramente cuantitativa» de los bienes producidos;

2) Analizar todo episodio concreto a través de modelos abstractos tomados como hipótesis de trabajo.

Ésos son unos *instrumentos técnicos interesantes*, pero *parciales* (sus mismos promotores lo reconocen) por el hecho de que *separan* lo económico de lo histórico, y por eso mismo no alcanzan el fenómeno *global*. En esto, el razonamiento debe preceder a la medida. Algunos ejercicios muy instructivos de medida de la productividad, al establecer las relaciones entre el precio de los artículos y la remuneración del trabajo, no hacen más que redescubrir a Adam Smith o a Marx, redescubrimiento que hubiese sido mucho más fecundo hecho de manera consciente y sistemática. En cuanto a esto, los historiadores pueden también desempeñar un papel importante, en la medida en que, a la manera de Marx, no separan nunca el estudio de los textos y las teorías del de las condiciones objetivas en que aparecieron esos textos y esas teorías.

Hubo un tiempo en que tal vez se pudiera creer que la historia «objetiva», «cuantitativa», alcanzaría el nuevo estadio de la «teoría experimental» bajo una influencia muy alejada de Marx: pienso en la historia «coyuntural» tal y como la concibió en origen François Simiand, y que sería imperdonable no evocar aquí, por lo mucho que influyó a nuestras generaciones. Por ser sistemáticamente antideductiva, por despreciar las estructuras, por ser monetaristas y finalmente psicologista en sus conclusiones, por optimista en sus previsiones sobre el papel de los ciclos, la historia de Simiand parecía poco propicia para reintegrar las grandes opciones de Marx en la investigación histórica.

Sin embargo, al definir el *dato histórico objetivo*, al plantear *las reglas para la explotación de las fuentes numéricas*, al anunciar *la racionalidad de la historia en el plano estadístico*, Simiand creó efectivamente el utillaje técnico y conceptual necesario para toda investigación de las concomitancias entre los movimientos de la economía, las reacciones psicosociales y los acontecimientos.

Blandiendo ese instrumento, el más creativo de los historiadores actualmente vivos, Ernest Labrousse, transformó el estudio coyuntural del siglo XVIII en Francia en una reconstrucción de la dinámica de las estructuras, la observación de los precios en una observación de las rentas y, a partir de ahí, de las contradicciones de clase. Por vez primera, con él, la génesis de la Revolución francesa apareció en su dialéctica exacta. Se acabó con la contradicción entre la tesis de Michelet —«revolución de la miseria»— y la de Jaurès —«revolución de la prosperidad»— al poner en evidencia la coincidencia entre la depauperación y el enriquecimiento, entre la aparente armonía del largo plazo y la agudeza real de las crisis periódicas.

Es cierto que en la obra de Ernest Labrousse, las referencias a Marx son más implícitas que explícitas, y se acompañan de algunas reservas. Pero ¿pudo ser posible la transformación del análisis coyuntural en dinámica estructural sin conocer profundamente la obra de Marx?

Aunque tal vez nos encontremos, durante los años sesenta, en un plano parecido hasta cierto punto al de los años treinta, cuando, en relación con la crisis mundial, triunfaba la obsesión por la «*coyuntura*».

Hoy día, parece ser la obsesión por la «*estructura*» la que barre, en algunos discursos, cualquier preocupación diacrónica, pero tiene la ventaja de proponer unos instrumentos muy nuevos: modernos procesos de información y sutileza en el análisis formal. ¿Podremos, igual que hizo Ernest Labrousse ante Simiand, captar los instrumentos fuera del dogmatismo de la doctrina, sabiendo que la historia no es una curva *o* un corte, sino una *curva y un corte a la vez*? Mientras matematizamos sus relaciones, ¿no podríamos descubrir sus principios en la dialéctica de Marx? Con toda modestia, ¿los de la *historia razonada*?

Esa historia razonada ya dispone de instrumentos que el siglo pasado no osó imaginar: un enorme aparato de estadística macroeconómica, unos modelos microeconómicos que separan el principio de los funcionamientos, unos procesos

de encuesta social con unas posibilidades aumentadas por cálculos mecánicos o simplificadas por los sondeos, unos «análisis de contenido» que introducen las nociones probabilistas y estadísticas en lo espiritual...

Pero no hay que confundir al instrumento con la ciencia. Antaño se hizo en la historia como erudición. No volvamos a hacerlo con la historia como modelo. La práctica científica es un diálogo continuo entre lo concreto y lo abstracto, entre lo real y lo racional. Marx lo creyó así, y si la ciencia histórica se desarrolla hoy por la vía que él abrió, es simplemente porque fue el primero en demostrar *su legitimidad.* Y eso sería reconocido más universalmente si Marx no hubiese admitido —y si sus discípulos no hubiesen demostrado— el alcance práctico de ese reconocimiento.

HISTORIA MARXISTA, HISTORIA EN CONSTRUCCIÓN

Ensayo de diálogo con Althusser *

El comercio de la historia tiene en común con el comercio de los detergentes el empeño en hacer pasar la novedad por la innovación. La diferencia estriba en que sus marcas están muy mal protegidas. Todo el mundo puede llamarse historiador. Todo el mundo puede añadir «marxista». Todo el mundo puede calificar de «marxista» a cualquier cosa.

Sin embargo, nada es más difícil y más raro que ser historiador, por no decir historiador marxista, ya que esta palabra debería implicar la estricta aplicación de un modo de análisis teóricamente elaborado a la más compleja de las materias de la ciencia: las relaciones sociales entre los hombres y las modalidades de sus cambios. Uno incluso puede llegar a dudar de que las exigencias de tal definición hayan sido cubiertas alguna vez. Ernest Labrousse suele repetir: «La historia está por hacer», cosa que resulta a la vez tónica e intimidante. Louis Althusser nos ha recordado que el concepto de historia está aún por construir.

Si por un momento intentamos ser menos ambiciosos veremos que, bien mirado, tanto en la práctica de la ciencia como en la de la vida, los resultados del diálogo entre pensamiento y acción, entre teoría y experiencia, se registran muy lentamente. ¿Y por qué negarse a constatar entonces, observando a nuestro alrededor, que la historia de los historiadores (a condición de no incluir aquí a M. Castelot) se parece más a la historia según Marx (o según Ibn Khaldun) que a la historia según Raymond Aron, que data de Tucídides?

Obtengo con ello la siguiente evidencia, raramente destacada pero importante: que las viejas objeciones beatificantes inveteradamente opuestas a Marx apenas siguen hoy en pie,

* Artículo aparecido en *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, n.º 1 (enero-febrero 1973), pp. 165-198. Reproducido con la amable autorización de los editores.

a no ser en los niveles más inferiores de la polémica, incluso en el caso de que un Premio Nobel se divise en su horizonte. El historiador de nuestros días no malgasta su tiempo en oponer términos tales como azar contra necesidad, libertad contra determinismo, individuo contra masas, espiritual contra económico, sino en manejar sus combinaciones. Y no hay instrumento nuevo, forma nueva recientemente propuesta a su análisis, ya sea lingüístico, psicoanalítico o económico, que escape a la hipótesis fundamental: la materia histórica está estructurada y es pensable, científicamente penetrable como cualquier otra realidad.

Marx no había dicho otra cosa. Y si a este nivel se le oponen otras objeciones, es en nombre de un «hipermaterialismo» o de un «antihumanismo» que están en las antípodas de las objeciones de otro tiempo. Lo que no impide que estas últimas objeciones queden también como bagaje corriente en la ideología vulgar (o, si se quiere, dominante). De lo que resulta que ciertos historiadores son más marxistas de lo que creían, y otros menos de lo que imaginaban.

Se nos dirá que, en tales condiciones, la historia es una extraña «ciencia». Es cierto que se trata de una ciencia en vías de constitución. Pero *toda* ciencia está *siempre* en vías de constitución. La noción de «horizonte epistemológico» es útil, si sirve para distinguir las sucesivas adecuaciones de las construcciones del espíritu a las estructuras de lo real. El concepto de «ruptura epistemológica» es peligroso si sugiere que se puede pasar bruscamente de la «no-ciencia» a la «ciencia». Marx lo sabía, y por ello buscaba apasionadamente, en lo más lejano del pasado, los menores gérmenes de su propio descubrimiento. Y no subordinaba a sus propios descubrimientos la posibilidad de desarrollos científicos preparatorios o parciales: «A diferencia de los demás arquitectos, la ciencia no construye únicamente castillos en el aire, sino que edifica un cierto número de pisos habitables del edificio antes de haber colocado los cimientos».[1]

Recordamos esta frase de la *Contribución* a los que, con el pretexto de querer sacarlo todo de Marx, sacarían de buena gana todo de sí mismos, y que, después de haber colocado

1. K. Marx, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, traducción de J. Merino (Alberto Corazón Editor, Madrid 1970), p. 83. (Las notas de esta edición no pertenecen al original; corresponden a la traducción inglesa de este ensayo, publicada por *New Left Review*. Hemos creído que sería útil para el lector español, incorporarlas a esta edición, con la adecuación bibliográfica oportuna.) (N. del E.)

la «primera piedra» de virtudes casi mágicas, se apresuran a justificar de nuevo la construcción de plantas en el aire.

Así pues, el problema planteado por Marx (y por todos los que poseen la esperanza de esclarecer los mecanismos de las sociedades humanas y dominarlos un día), es el de la construcción de una ciencia de estas sociedades que sea a la vez *coherente*, gracias a un esquema teórico sólido y común, *total*, es decir, capaz de no dejar fuera de su jurisdicción ningún terreno de análisis útil, y finalmente, *dinámica*, pues, no siendo eterna ninguna estabilidad, nada puede ser más útil que descubrir el principio de los cambios.

En este sentido, si bien puede afirmarse, en el horizonte de esas reflexiones, que la investigación histórica, incluso en su etapa precientífica, no estaba necesariamente consagrada a un empirismo estéril, no es menos necesario reconocer que el programa de una historia plenamente científica, en el sentido marxista de la palabra, no sólo está por redactar, sino por esbozar. Ahora se nos presenta la ocasión de esforzarnos en ello, preguntándonos primeramente si existen ya algunos modelos y en qué medida es posible proponerlos.

1. Marx, historiador

Nos parece lógico preguntar en primer lugar: ¿es Marx el prototipo del historiador marxista? Es de sobra conocido que Marx gustaba de decir: yo no soy marxista. Pero de ello no se deduce que dar lecciones de marxismo a Marx esté exento de peligro. Es difícil creer que si Marx ha hecho trabajo de historiador no se haya adaptado a las normas de su pensamiento. Sólo podemos reservarnos el derecho de preguntarnos: ¿ha *querido* ser alguna vez historiador? ¿ha intentado alguna vez escribir «historia»?

La fórmula carece posiblemente de sentido, por el hecho de que Marx no fue un epistemólogo. Descubrió su método practicándolo. Y nosotros no podemos descubrirlo más que en su práctica. Ahora bien, su práctica de historiador se ejerce en ocasiones tan diversas que abarca no uno sólo, sino diversos tipos de análisis, no uno sólo, sino diversos niveles de información y de reflexión.

En el océano de sus artículos de actualidad y de su correspondencia, Marx no deja de hacer «historia» en el sentido cotidiano de la palabra. Él «habla de historia» como «habla de política», con el exclusivo afán de establecer no certidum-

bres, sino haces de probabilidades que sean, como se dice en nuestros días, «operativas». No es por el placer (que, según Raymond Aron, define al historiador)[2] de «restituir al pasado la incertidumbre del porvenir», sino por el contrario, en la esperanza de reducir el campo de incertidumbre en uno y otro. No se trata aún de «ciencia». Marx no se hizo ninguna ilusión al respecto. Sería un ejercicio de pensamiento de singular alcance soñar que pensamiento *político* justo equivale a pensamiento *histórico* justo.

Se trata tan sólo de un ejercicio empírico, que consiste en pasar incesantemente del ejemplo al razonamiento y del razonamiento al ejemplo y que siempre han practicado (más mal que bien) los políticos y los historiadores. Cuando lo han hecho con talento unos han podido actuar eficazmente y los otros han podido hacer vigorosas demostraciones. Pero sólo excepcionalmente.

En el caso de Marx, cuyo talento está fuera de discusión, el problema está en saber si ha llegado *más allá*, si ha añadido *algo* a esta práctica tradicional e intuitiva.

¿En qué medida su descubrimiento, que se sitúa en el campo de la economía y de la sociología más generales, inspira su interpretación y su previsión del *acontecimiento* —este «acontecimento» que ciertamente no es el todo de la historia y no puede fundamentar una «explicación», pero que reclama, si no ser «explicado», por lo menos ser exactamente situado en el conjunto estadísticamente expresable de los hechos de masa?

De una teoría de las sociedades, de una construcción por la mente de la lógica de ese conglomerado y de la dinámica de sus modificaciones, ¿cómo sacar los principios de una observación sistematizada del pasado y del presente, que no sólo responda a la legítima curiosidad del historiador o del sociólogo especializados, sino también a la expectación del hombre de acción?

Marx sólo dio al respecto unos principios muy generales. Más que reexaminarlos formulariamente, sería útil buscar ante todo dónde, cuándo, cómo y en qué medida, nos proporcionan ejemplos de aplicación. Sería un trabajo muy hermoso, y que sepamos jamás emprendido, seguir a lo largo de toda su obra, día a día, las *permanencias* y los *rechazos*, las *adquisiciones* y las *modificaciones* en el vocabulario histórico de Marx, en sus comparaciones y en su uso, en los presu-

2. Raymond Aron, *Introducción a la Filosofía de la Historia.*

puestos lógicos de sus esquemas, ya sean explícitos o sobreentendidos.

No sólo para la «marxología», sino también para la epistemología, y ante todo para la historia, es perjudicial que casi todas las ediciones de Marx aíslen las obras, desordenando su cronología, distinguiendo entre sus contenidos y sus «géneros» (obras «económicas», «políticas», «filosóficas», etc.) mientras que la fuerza de Marx está en tratar los problemas no *bajo* todos los aspectos, sino *a través* de todos los aspectos relacionados entre sí, surgiendo precisamente sus lecciones de esas combinaciones en sus adquisiciones sucesivas.

A menudo, en lugar de entregarse a esta *investigación*, se extrae de una carta, de una polémica, un juicio sobre un hombre, una palabra sobre un pueblo. Es uno de los procedimientos favoritos de los adversarios de Marx. Y podría serles reprochado si los marxistas hubieran evitado escrupulosamente hacer lo mismo: multiplicar las citas aisladas, extraer las frases de su contexto, o, peor aún, ingeniárselas para imitar un centelleo inimitable: el estilo histórico-político-polémico de Marx. No es por esta vía, obviamente, que progresará la historia marxista.

Yo me atrevería incluso a pedir, y espero que se me interprete correctamente, que se deje de investigar de forma demasiado exclusiva el Marx historiador, como se hace habitualmente, y sobre todo historiador de Francia, en *Las luchas de clases en Francia*, en *El 18 Brumario* y en *La guerra civil*.

Se trata de textos en los que, más que en los artículos periodísticos menos meditados, pueden encontrarse las cimas de la reflexión «marxista». Textos a la vez de análisis y de combate, en donde los episodios políticos apenas recién ocurridos encuentran su eco, su conclusión y sus lecciones militantes. Consagran a Marx como maestro del pensamiento revolucionario. Han servido a la historia y sirven a la historiografía. Unen la actualidad y el acontecimiento a sus agudas observaciones acerca de las estructuras de una sociedad. No viene pues al caso discutir el sentido ejemplar de un tipo de análisis que ya hemos caracterizado como portador de acción, tal y como puede y debe ser portador de acción cualquier análisis científico. Pero, para practicar así la historia, es preciso llamarse Lenin.

El historiador de oficio, el modesto investigador de cada día —después de todo, si no existiesen, ¿en qué se basaría el

análisis?— fracasaría estrepitosamente en intentos de este género, mientras que le queda aún mucho que aprender de su propio *oficio* de *toda* la obra de Marx, y más particularmente quizás de las partes para él más difíciles, las menos conformes (en apariencia) a las fórmulas clásicas del historiador.

Tomemos como ejemplo el segundo capítulo de la *Contribución* (*Zur Kritik*, 1859) en el que está en suspenso el primer ensayo redactado de lo que será *El Capital*. Se trata de situar, entre la exposición sobre la «mercancía» y la exposición sobre «el capital», el papel desempeñado por la *moneda*, enigmática intermediaria. Marx acaba de enumerar, en las últimas líneas del capítulo precedente, las cuatro nociones que presentan urgencia teórica después del esfuerzo ricardiano: trabajo asalariado, capital, concurrencia, renta de la tierra. No ha incluido la moneda. Y abre el capítulo monetario ironizando sobre las diversas elucubraciones falsamente teóricas a las cuales ha dado lugar la moneda. Parece, pues, evitar, en este dominio, en el punto de partida, una conceptualización rigurosa. Rechaza cualquier definición que sería pura tautología (como: «la moneda es un medio de pago»). Sabe que ninguna definición parcial abarcaría todos los papeles y todas las formas de la moneda, y prefiere examinarlos sucesivamente. Se guarda del dogmatismo y no dice, por ejemplo: «La moneda sólo puede ser mercancía»; sino solamente: «la dificultad capital del análisis de la moneda se ha vencido tan pronto como se ha llegado a comprender que ésta tiene su origen en la misma mercancía».[3]

Sin embargo, a pesar de esta referencia a los *orígenes* de la moneda, Marx rechaza la exposición *pseudo-histórica*, clásica después de Aristóteles, que sustituye el proceso real de los orígenes por la simple lógica de las comodidades de la moneda ante el trueque. Podría entonces limitarse a la exposición erudita de lo que es una moneda primitiva, y del tránsito a las acuñaciones metálicas. Pero Marx rechaza totalmente la erudición cuando corre el riesgo de ofrecerse a cambio de explicación.

Finalmente, al leer los comienzos del capítulo, y los de cada una de sus partes, y sobre todo al leer el mismo capítulo condensado, tal como aparece en *El Capital*, asalta la tentación de pensar que el Marx economista, sin acantonarse en la abstracción y en la pura lógica de sus hipótesis, rechaza

3. *Contribución...* p. 93.

también la exposición histórica como fuente de reflexión, y da, por tanto, pocas lecciones al historiador. Pero nos ha prevenido:

> Claro está que el método de exposición debe distinguirse *formalmente* del método de investigación. La investigación ha de tender a asimilarse en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. *Sólo después de coronada esta labor* puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real. Y si sabe hacerlo y consigue *reflejar idealmente en la exposición* la vida de la materia, cabe siempre la posibilidad de que se tenga la impresión de estar ante una construcción *a priori*.[4]

Así pues, la *fase de investigación* comporta indudablemente un trabajo de *historiador*. Y me apresuro a añadir: no un trabajo superficial, no un trabajo de segunda mano, sino una penetración directa en la materia histórica. Dicho sea esto para los marxistas con prisas, literatos y sociólogos que, desdeñando con soberbia el «empirismo» de los trabajos de historiador, basan sus propios análisis (largos) en un haber histórico (corto) adquirido en dos o tres manuales. Por el contrario, se da la circunstancia de que Marx redacta veinte páginas que coronan veinte años de auténtica *investigación histórica* sin alusión histórica alguna. Es preciso percatarse de ello. Y ser historiador para darse cuenta.

Así, para abordar *en 1859* los problemas de la moneda, Marx confronta tanto los aspectos monetarios de la crisis *de 1857* con los trabajos de especialistas aparecidos *en 1858* y con los *últimos números* del *Economist*, como compara Platón con Aristóteles y Jenofonte con Plinio. No se trata de periodismo ni de academicismo. Marx vive su tiempo y vive su cultura. Pero ningún momento de la gran historia monetaria le deja indiferente. Testigo apasionado de los debates parlamentarios de 1844-45 alrededor de los «Bank Acts», lo sabe todo acerca de la controversia entre «Currency Principle» y «Banking Principle». Lector de Fullarton y de Torrens, admirador de la *Historia de los precios* de Tooke, devorador de escritos económicos buenos y malos (su feroz crítica sólo actúa después de una atenta lectura), se remonta a los orí-

4. K. Marx, *El Capital*, trad. de W. Roces, tomo I, p. XXIII (5.ª edición, F.C.E., México 1972). Los subrayados segundo y tercero corresponden a Pierre Vilar, mientras que el primero y cuarto son de Marx.

genes de la polémica, a Bosanquet, a Thornton y a Ricardo. Entonces aprende y hace aprender el exacto parentesco de los episodios monetarios ingleses de 1797-1821 con los de 1688-1720; y el debate entre Locke y Lowndes le brinda la ocasión de remontarse hasta Petty y Child, de bajar hasta Berkeley, Stuart, Hume. Leyó todo lo publicado acerca de este tema en los siglos XVII y XVIII, *y en los textos de la época.* Pero no se limita exclusivamente a la discusión inglesa. Le son familiares Vauban y Boisguilbert. Y con una breve alusión a los franceses define una de las posibles formas de la inflación monetaria. La recopilación de Custodi le abre las puertas del mundo italiano, Carli, Verri, Montanari, con una preferencia (justificada) por Galiani. Para las actitudes del siglo XVI con respecto a la moneda, al oro, al dinero, cita a Lutero y también a Pedro Mártir y las Cortes castellanas. Ha leído los viejos tratados sobre las minas alemanas y bohemias. Conoce las manipulaciones monetarias medievales. Se burla de los que buscan la moneda ideal en Beriberia o en Angola (a decir verdad, les reprocha sobre todo su ignorancia del tema que tratan), y no ha omitido reseñas acerca de la contabilidad inca o sobre la moneda de papel china.

Es cierto que esa densa materia histórica no está tratada «históricamente». Desaparecerá prácticamente en el capítulo monetario del *Capital.* Y, para el conjunto del *Capital,* aunque la historia de las «Theorien über den Mehrwert» se destinó a formar parte de la obra, ya es clásico (¿demasiado?) admitir, por una indicación célebre del «Prólogo», que los «hechos históricos» no se invocan sino a título de «ilustraciones».[5]

2. Teoría económica

Abordamos aquí un problema central: el de las relaciones entre saber histórico y saber económico, entre la investigación histórica y el papel reservado a la teoría por el economista. Ciertamente, este problema no abarca toda la reflexión exigida del historiador marxista: que el materialismo histórico no es un determinismo económico empieza a saberse a pesar de las secuelas de una ya secular incompren-

5. «Por eso tomamos a Luis de Tena como principal ejemplo de nuestras investigaciones históricas.» *El Capital,* vol. I, p. XIV (traducción corregida de la edición española).

sión. Y tanto para un Althusser, que ha fijado sus objetivos al nivel teórico más elevado (si bien es verdad que parte tan sólo del exclusivo examen del *Capital*), como para las discusiones de los cuarenta últimos años entre economistas «modernos», historiadores especializados en economía, historiadores marxistas e historiadores *tout court*, el problema planteado entre historia y economía está siempre presente, como algo obsesivo y dirimente, y que no podría ser liquidado aun diciendo (incluso aunque fuera cierto) que se trata a fin de cuentas de un falso problema.

Si a los ojos de Marx la historia sólo fuera una colección de hechos eliminables de la exposición una vez utilizados para la teoría, y si la teoría fundamental se hubiera destinado únicamente a interpretar mejor los «fenómenos económicos»... ¡cuántos marxistas podríamos contar!

François Perroux ve en las «estructuras» y en los «sistemas», «los útiles de análisis y de interpretación que *pulen el material histórico* para hacerlo utilizable»; y Walter Eucken los entiende como «un fuerte vínculo entre la *observación empírica de los acontecimientos históricos* y el análisis teórico general necesario para la comprensión de las relaciones...».[6]

Pierre Chaunu escribió una vez (pero, ¿lo creía?) que la historia no es, después de todo, sino la «ciencia auxiliar» destinada a ofrecer series cifradas a los economistas a falta de justificación teórica.[7] Kuznets y Marzcewski han preconizado una «historia cuantitativa» en la que las relaciones teóricamente reconocidas entre un producto nacional y sus agregados constitutivos deben permitir a la vez percatarse del movimiento y completar los huecos de las estadísticas retrospectivas.[8] Por su parte, la *New Economic History*, aplicando el análisis walrasiano a los episodios concretos de la

6. François Perroux, un eminente economista francés de inspiración católica de izquierdas, puso de relieve esta metodología en *Pour un Approfondissement de la Notion de Structure* (París 1939); Walter Eucken fue un economista alemán que intentó superar las antinomías de la «Escuela Teórica» austríaca (Menger) y la «Escuela Histórica» alemana (Schmoller) en su obra *Die Grundlagen der Nationalökonomie.*

7. Pierre Chaunu es uno de los historiadores más prolifícos de los *Annales* de la postguerra. Su obra magna,, escrita en colaboración con Huguette Chaunu es *Seville et l'Atlantique, 1504-1605* (París 1955-60, 8 vols.). Con respecto a la cita del texto, ver su artículo «Histoire Quantitative ou Histoire Sérielle» *Cahiers V. Pareto.* Núm. 3, 1964.

8. Ver Simon Kuznets, *Quantitative Economic Research: Trends and Problems.* Nueva York 1972; Jean Marzcewski, *Introduction à l'Histoire Quantitative* (*Ginebra* 1965).

historia americana, desmontó elegantemente unas tesis legadas por historiadores, demostrando lo mal fundado de su argumentación económica.[9]

En todos esos casos, el economista parte de la historia como «fuente», como «dato», y piensa regresar a ella en sus conclusiones, utilizando la teoría como «instrumento», ya constructivo, ya crítico. El historiador no puede permanecer indiferente ante tamaños esfuerzos. Y un examen superficial podría hacer creer (incluso si las teorías económicas son divergentes) que los métodos que utilizan tienen la misma impronta que los de Marx y son de la misma naturaleza.

Para formarse un juicio, es preciso deducir lo que, en todos esos diversos proyectos de historia económica «nueva», constituye el cuerpo de premisas epistemológicamente comunes, la mayoría de las veces no formuladas.

Lo «histórico», para cualquiera, es el dato en bruto. Lo «económico» sólo admite teorización. Se selecciona pues, en lo histórico global, a través de la elección ya sea de un tipo de hechos o de un episodio, lo que se define como económico y que se supone sometido a leyes *conocidas*. En tales condiciones, observémoslo cuanto antes, el examen del caso concreto no puede esclarecer más que el mismo caso concreto. Si se aparta demasiado del «modelo», se invocan factores «exógenos», «históricos» (lo que esta vez equivale a «contingente»). Sin duda, el economista puede servir a la historia apartando incidentalmente unas tesis en las que lo económico estaba mal analizado. Pero no llega casi nunca a *reemplazar* los puntos de vista erróneos, que sería mucho más importante, o, lo que sería científicamente más interesante, a *poner la teoría en tela de juicio*.

Puede evocarse, ciertamente, una demarcación algo más vieja y más abiertamente empirista, la de Simiand, a la que críticas recientes vuelven a poner de actualidad.[10] Para él, el

9. «New Economic History» designa la escuela de historiadores americanos cuyo más eximio representante es quizás Douglass North: ver, *inter alia, The Economic Growth of the United States 1790-1860* (Nueva York 1961).

10. François Simiand (1873-1935) economista socialista, se dedicó particularmente a la historia de los precios y el movimiento obrero; estaba también preocupado por problemas metodológicos. Su obra más importante es *Recherches Anciennes et Nouvelles sur le Mouvement Général des Prix du XVIe au XIXe Siècle*, París, 1932. Autor también de *La Méthode Positive en Science Economique* (1912) y *Les Fluctuations Economiques à Longue Période et la Crise Mondiale* (1932). Simiand fue profesor de Historia del Trabajo en el Collège de France desde 1932 a 1935.

examen de los hechos debe preceder a la teoría, y su selección no se limita a lo económico (quería fundamentar una *sociología*). No habrá, pues, ninguna hipótesis de partida. Pero nada más insidioso que las hipótesis informuladas. De hecho, una teoría de los precios estaba presente en las conclusiones monetaristas de Simiand. Esta vez la *debilidad teórica* comprometió la empresa.

Prácticas de anteayer, de ayer y de hoy. La práctica de Marx es anterior a todas. ¿Análoga o diferente? ¿Prometía —promete aún— horizontes más vastos, cálculos igualmente precisos?

El historiador se preguntará ante todo —o se le preguntará (desde hace seis o siete años los jóvenes no han dejado de hacer preguntas)— si la crítica epistemológica de Louis Althusser, que pretende nada menos que la «construcción del concepto de historia», le ayuda o no a terminar con los hábitos de su oficio, con las proposiciones de los economistas, con el mismo Marx.

3. Historia y teoría: la crítica de Althusser

El propio Althusser, aunque subraya el carácter puramente filosófico (es decir: *teórico*) de su propósito, estima que puede interesar tanto a economistas como a historiadores. Y es que, en efecto, a ellos concierne, puesto que se pone en cuestión la legitimidad de sus disciplinas; en cuanto a Marx, es a la vez: 1.º apasionadamente alabado como *primer* descubridor de los *fundamentos científicos* de esas disciplinas, 2.º respetuosa pero firmemente acusado de que no podía saberlo y menos aún decirlo.

También aquí se emplea el término «nuevo» con una insistencia peculiar, como en «*nueva* historia cuantitativa» o «*New Economic History*», y el retroceso de cien años en el caso de Marx no varía mucho la cosa, porque precisamente hace cien años, su novedad era tan «nueva» que ni siquiera podía comprenderla. Habrá que entender, supongo, que respondía con demasiada anticipación a los criterios sugeridos al filósofo por recientes «historias del saber».

Igual que la mujer de César, el conocimiento científico no debe ser sospechoso ni 1.º de ideología, ni 2.º de empirismo. Althusser demuestra fácilmente (con alusiones, desgraciadamente, más que con ejemplos) que los economistas no marxistas, empíricos por su insistencia en lo concreto, en los

«hechos históricos», han erigido en teoría lo que no es sino ingenua antropología. Y no menos fácilmente demuestra (aunque siempre con alusiones) que los historiadores, tradicionalmente preocupados por hechos «precisos» u orgullosos de resurrecciones lujuriosas, no han formulado nunca teóricamente el objeto de su ciencia. En particular, *el tiempo* es para ellos un simple «dato» lineal.

En el momento oportuno tendremos ocasión de ver los elementos constructivos, utilizables por el historiador, de la potente contribución de Althusser a la edificación de una ciencia marxista. Pero no deja de ser útil distinguir los límites de un intento que liquida con demasiada facilidad (de un modo que Marx nunca hubiera hecho) los «pisos habitables» construidos en las diversas etapas de la conquista científica, de las cuales ninguna puede ser divinizada.

Y uno, no solamente si es marxista sino simplemente si está ávido de coherencia, no puede dejar de plantear a Louis Althusser una cuestión previa: si acepta los fundamentos de una crítica del conocimiento surgida de Marx, si cree que toda construcción que no está de acuerdo con dichos fundamentos es «precrítica», «empírica» e «ideológica», si se permite aplicar a Marx suposiciones del mismo orden allá donde su revolución permaneció inacabada... ¿cómo puede bajar la guardia cuando se trata de lo que él llama «los estudios sobre la historia del saber que actualmente poseemos»? (deja que los adivinemos, pero, esta vez, no es difícil hacerlo). O también sobre esta «formación filosófica suficiente» para, según dice, poder leer provechosamente a Marx. Temo reconocer aquí la actitud de esos economistas a lo Joan Robinson, que quieren «leer a Marx», pero a la luz de una «formación económica suficiente» —la suya, naturalmente. Entiéndase bien que yo no estoy propugnando, en nombre del marxismo, que se *ignore* a los economistas «modernos» o a los epistemólogos «de actualidad». Me parece, tan sólo, que ser fiel a Marx no consiste en buscar en *El Capital* un atisbo de Foucault o la presciencia de Keynes, sino más bien en someter a Keynes o a Foucault a las dudas sistemáticas que frente a ellos habría podido experimentar Marx.

Por lo que se refiere al terreno de lo económico, Althusser lo conoce tanto que mete en un mismo saco desdeñosamente a los más grandes de los viejos clásicos y a los más sabios de los jóvenes económetras; hay que confesar que va muy rápido. Ahora bien, por el contrario, está dispuesto a tomar prestados de los «historiadores del saber» los temas de una «filo-

sofía» encargada, nos dice, de «velar» por el materialismo dialéctico, como hizo Lenin después de 1900, cuando la física sufrió su primera crisis. Pero Lenin no la tomó con los físicos, sino con sus intérpretes. ¿Y qué hubiera dicho (estamos, al menos, en el derecho de preguntárnoslo) de esas corrientes epistemológicas que no dejan de oponer, desde hace algunos decenios, una neoescolástica a toda dialéctica, un neopositivismo antihumanista a la toma de partido sistemática de Marx, y un estructuralismo antihistoricista y neoidealista a lo que Althusser reconoce con razón como una «teoría de la historia»? Por no hablar de una crítica del empirismo y del sentido común hecha en nombre del espíritu científico, pero que ha escogido el psicoanálisis individual para fundamentarse y no tiene en cuenta la existencia de las clases sociales, sus luchas y sus ilusiones.

El estudio marxista de esas corrientes debería tentar a la vez al historiador y al filósofo puesto que son pruebas de la reacción ideológica (existencial) de una clase amenazada. Todo «antihistoricismo» espontáneo, toda «crítica de la razón histórica», son antídotos inventados contra la *crítica histórica de la razón,* auténtico descubrimiento de Marx.

No obstante, la indiscutible sinceridad marxista de Louis Althusser y de sus discípulos nos obliga a clasificarlos entre las víctimas del engaño y no entre sus responsables, y nos lleva a estudiar a Marx, no a su manera pero sí a su lado. Sobre determinados puntos, el historiador puede hacer por ellos lo que ellos han hecho por él: indicarles posibles vías y peligros. Si bien no se han equivocado al señalarnos que el concepto de historia está aún por construir, señalémosles que sin el historiador no podría ser construido, y, mucho menos, sin ese prodigioso historiador que supo ser Marx, tanto cuando «habla de historia» de manera *implícita* o de manera abierta y tradicional.

Admito de buena gana, y, más que Althusser, admito como una evidencia que el objeto construido por Marx en *El Capital* es un «objeto teórico». Admito que conviene no confundir el pensamiento con lo real ni lo real con el pensamiento, que el pensamiento no mantiene con lo real sino una «relación de conocimiento» (¿y qué otra cosa podría hacer?), que el proceso de conocimiento tiene enteramente lugar en el pensamiento (¿y dónde diablos podría tener lugar?), y que existe un orden y una jerarquía de las «generalidades» sobre las que Althusser ha hecho proposiciones de mayor alcance.

Pero confieso que no llego a ver qué pecado «estupefa-

ciente» pudo cometer Engels al escribir (por otra parte, a modo de imagen, en una carta y a vuela pluma) que el pensamiento conceptual progresaba «asintóticamente» con respecto a lo real, mientras que, según Althusser, la ley del valor, a propósito de la cual Engels utilizó esta imagen, «es, sin duda un concepto adecuado a su objeto, ya que es el concepto de los límites de sus variaciones, el concepto adecuado a su campo de inadecuación».[11]

Espero que esa sutilidad señale la dificultad que tenemos, en la definición de nuestras andanzas y en la práctica de nuestra investigación, para no «caer en el empirismo» manteniéndonos demasiado cerca del objeto descrito, del «ejemplo». Pero el abismo del empirismo está separado del abismo del idealismo por el filo de la navaja. Practicando en demasía el horror del ejemplo, aislando en demasía el «santo de los santos del concepto» (he hallado la expresión en una reciente tesis «althusseriana» sobre la noción de la ley económica en Marx), se corre el riesgo de ser «precipitado» (o catapultado) a su vez en un mundo que no sería ya el del marxismo. Porque desde la *Introducción* de 1857 está claro que si hay que «entender las ciencias», es preciso cuidarse muy bien de no hacer callar las palabras:

> El todo, tal como aparece en la mente como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, *por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se comporte únicamente de manera especulativa, teórica.* En consecuencia, *también en el método teórico* es necesario que el sujeto, *la sociedad,* esté *siempre presente en la representación como premisa.*[12]

Todo Marx está aquí. El mundo no permanece «autónomo» si el espíritu no permanece «especulativo». *El sujeto es la sociedad.* El teórico solamente se la «apropia» si la tiene constantemente «presente».

11. Louis Althusser, *Para leer el Capital,* trad. de Martha Harnecker (Siglo XXI, México 1969), p. 90.
12. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858.* Trad. de Pedro Scaron (Siglo XXI, México, 2.ª ed. 1972), p. 22. En adelante *Grundrisse.*

Althusser nos dirá que Marx, en esta *Introducción* (de la que cada uno, ¡ay!, retiene lo que le conviene), no sabe distinguir la jerarquía de las abstracciones. Pero Marx señala aquí diversas maneras de «apropiarse el mundo». El modo empírico (el «espíritu práctico»), el modo religioso (mitos y cosmogonías), el modo artístico (que es usado ampliamente por Bachelard, Foucault y Althusser). El modo científico *procede* de ahí y *difiere* de ahí. *Procede* de ahí, pues no podría pasar sin el «espíritu práctico» (de las «técnicas»), y «rectifica» progresivamente las cosmogonías y las tradiciones. Pero *difiere* de ahí, y es en tal sentido que todo esfuerzo epistemológico serio rinde servicio al señalar los «horizontes» entre los tipos de conocimientos. En contrapartida, al calificar una abstracción de «buena» y otra de «mala» (como Ricoeur había hecho con las «subjetividades»)[13] uno se desliza, por la sola elección del vocabulario, hacia el dogmatismo filosófico, y a la menor distracción es atraído por las condenas ideológicas mal meditadas.

Pues, en fin, esta disputa entre observación empírica y construcción teórica, es la *Methodenstreit* entre «escuela histórica» y economistas matemáticos, contemporánea y pariente de la controversia entre Engels y Schmidt.

Pero esa disputa está hoy zanjada, superada, en el mismo sentido en que Althusser sitúa lo «nuevo», conforme a las imágenes de objetos teóricos, de juegos combinatorios, de matrices lógicas, ya hoy corrientes. De tal suerte que si la innovación de Marx, que, ciertamente, anunciaba *todo eso*, no hubiera anunciado *más que* eso, podría sostenerse en buena ley que se ha disuelto en la ciencia económica más reciente. Ésta se defiende, como Althusser defiende a Marx (y como es legítimo) contra las objeciones usadas desde la distancia del modelo a lo real, o desde la inexorable «riqueza» de éste, respondiendo que no se trata del mismo «objeto». Para ella el juego utilidad-escasez es un juego teórico adecuado a su objeto. Por lo demás, la macroeconomía razona hoy mucho más allá de tales premisas; su «formación de capital», concepto operativo, no es sino otro nombre de la «plusvalía». Algunos economistas ni siquiera tienen ya inconveniente en admitir de este modo un triunfo tardío de los descubrimientos marxistas. ¿Pero sería «marxista» estar de acuerdo con ellos?

13. Paul Ricoeur, un filósofo personalista católico, autor de *Historie et Verité* (París 1955).

No, puesto que el descubrimiento de Marx no es en lo esencial ni de orden económico ni de orden teórico, sino de orden *socio-histórico*. Es la puesta en claro de la *contradicción social* que implica la formación espontánea, libre, de la plusvalía («acumulación de capital»), en el conjunto coherente del modo de producción que la asegura y al que caracteriza.

4. EL «MODO DE PRODUCCIÓN» Y LA UNIDAD DE LA HISTORIA

En este punto coincidimos con Althusser. El concepto central, el todo coherente, el objeto teórico de Marx, es el modo de producción, como estructura determinada y determinante.

Pero su originalidad no está en ser un objeto teórico. Está en haber sido y en haber continuado siendo el primer objeto teórico que expresó *un todo social*, en tanto que los primeros balbuceos teóricos de las ciencias humanas se habían limitado a lo económico y habían visto en las relaciones sociales o bien inmutables datos (la propiedad de la tierra para los fisiócratas), o bien condiciones ideales a conseguir (como eran para los liberales la libertad e igualdad jurídicas).

La segunda originalidad, como objeto teórico, del modo de producción está en ser una estructura *de funcionamiento y de desarrollo*, ni formal, ni estática. La tercera es que esa estructura implica por sí misma el *principio* (económico) de la *contradicción* (social) llevando en su seno la necesidad de su propia destrucción como estructura, de su *desestructuración*.

Inversamente, esta constatación no permite liquidar con desprecio —cosa absurda— la teoría económica no marxista. Parece evidente, en efecto, que puede *existir como teoría*, lo que no significa, salvo a ojos de sus defensores (y de Althusser) que tenga valor de «ciencia», y al mismo tiempo *sea una ideología*. Esto no significa incoherencia o empirismo, sino *pretensión de universalidad* de leyes *de un solo nivel* (el económico) *en un solo modo de producción* (el capitalismo).

Es la misma crítica que Marx hace a Ricardo, que Althusser juzga insuficiente, y que es ejemplar. Puede y debe reconocerse y utilizarse el genio de un espíritu, la lógica de un sistema en cuanto se tiene claro: 1.º el campo lógico en el que sus hipótesis son confirmables, 2.º los horizontes que un teórico burgués no puede franquear sin entrar en contra-

dicciones (Walras, Keynes, Schumpeter se dieron cuenta perfectamente), 3.º los dominios prácticos en los que se revelan no la distancia del modelo a lo real (cosa de sobra conocida), sino los verdaderos límites del campo de la teoría enjuiciada: aquí, modificaciones de las estructuras del capitalismo, problemas político-sociales, administración de las sociedades precapitalistas, aparición histórica de los socialismos.

Tales análisis realzan el trabajo del historiador. En ellos reside la esperanza de la «construcción del concepto de historia». Pero, para trabajar a la manera de Marx, no hay que contentarse con decir, como Althusser, que «clásicos» y «modernos» tienen «problemáticas distintas», que nociones como «óptimo», «pleno empleo», son de la misma naturaleza que las armonías fisiocráticas o que las utopías socialistas, o que la pareja «necesidad-escasez» es utilizada como un «dato» «empírico-ideológico», cuando es el tipo mismo de la pareja «teórica», del objeto «construido».

Lo que hay que esforzarse por pensar *históricamente* (si se quiere, como Marx gustaba de decir, «comprender los hechos»), es, por el contrario, como una *teoría*, precisamente porque es *parcial* (la de *un* nivel de *un* modo de producción) *y se da como universal*, puede servir de instrumento a la vez *práctico e ideológico en manos de una clase y durante una época.*

Una época, ciertamente, que habrá que «construir», pues alterna descalabros y éxitos, pesimismos y optimismos, momentos en los que se impone el camuflaje incluso de la apariencia (la ganancia), momentos en los que se puede ensalzar incluso la realidad (la plusvalía) por poco que podamos descubrirla en tiempo de expansión, bajo el nombre de inversión y como base de la reproducción ampliada.

Lo importante es entonces darse cuenta de lo que, en contrapartida, está *constantemente camuflado*, por el hecho de que se lo apoltrona en una hipótesis intocable que, como la propiedad de la tierra para los fisiócratas, es, para el modo capitalista de producción, 1.º *la apropiación privada de los medios de producción*; 2.º *la fijación de los valores por el mercado.*

Dando por supuestas esas «relaciones de producción», puede pasarse provechosamente a la teoría, al nivel económico, y aclarar la «historia económica» en los países y en las épocas en las que efectivamente rigen esas relaciones.

Pero es precisamente por eso que el historiador que se pretende marxista rechazará (salvo para estudiar empírica-

mente un caso) el enclaustramiento en la «historia económica». Ya he dicho en su momento, y lo mantengo firmemente, que las llamadas «historias cuantitativas» no son sino econometrías retrospectivas, y que me niego a dar a la *New Economic History* el nombre de «cliometría». Pues según la confesión de Colin Clark, en la jerarquía de las ciencias la historia está «más arriba» que la economía, *porque la engloba.*[14]

Y añadiría, para ser fiel a Marx: *porque no puede ser dividida.*

Esta convicción me ha señalado (lo que me la hace estimar en mucho) la convergencia de las lecciones de Lucien Febvre y de Marx. Para Lucien Febvre, el mayor vicio de la práctica histórica de su época, que se esforzó particularmente en combatir, fue el muy universitario respeto a los «compartimentos estancos»: para ti la economía, para ti la política, para ti las ideas. Y debo confesarle a Louis Althusser mi desengañada estupefacción cuando he visto que sus proposiciones acerca de la «concepción marxista de la totalidad social» concluían postulando no sólo la «posibilidad», sino la «necesidad» de regresar a la división de la historia en diversas «historias».

Si alguna cosa rezuma el empirsmo, es precisamente esta pluralidad. Para la historia-conocimiento autoriza cualquier vieja pretensión de los «especialistas». Para la práctica social —y ello es uno de los dramas de la construcción del socialismo— propugna el mundo de la ciencia, el de la tecnocracia económica, el de la política, el de las ideas, el de las artes, a vivir cada uno a su propio «nivel», y según su propio «tempo». Mientras que, en los procesos espontáneos, la sinfonía se organiza subterráneamente.

Yo me niego, tan pronto es afirmada la «dependencia específica» de los niveles entre sí, a proclamar la relativa independencia de sus historias. «Independencia en la interdependencia.» Ya se sabe qué pasa con esos juegos verbales cuando el contenido de los términos no se ha fijado. Podrá concluirse, sin duda, que nuestra tarea está en esa fijación. Pero el ejemplo escogido —por una vez— por Althusser no nos asegura lo que promete: la distinción de las «historias» desde un punto de vista marxista.

Supongamos que se trata de historia de la filosofía. En

14. Colin Clark, *Las condiciones del progreso económico* (Alianza, Madrid 1967).

la cronología, se nos dice, se suceden los filósofos. Tal sucesión no constituye la historia de la filosofía. ¿Quién no estaría de acuerdo? ¿Qué obra, qué manual los confunde hoy? Y algunos, quizá, incluso harían bien en hacerlo. Un diccionario siempre es útil pero no todas las construcciones lo son. Pero ¿qué condiciones habrán de distinguir a la «historia»?

Althusser pide que sean definidos con todo rigor: 1.º lo filosófico (=lo teórico); 2.º su «tiempo» propio; 3.º sus «relaciones diferenciales», sus «articulaciones» propias con otros niveles.

Excelentes indicaciones. Pero ya hemos visto cómo, al aislar lo económico de lo social, sólo se había podido dar de aquél una definición *ideológica.* ¿Cómo no hacer otro tanto en lo filosófico? La ideología es sobrestructura. La ciencia no debería serlo. Pero ¿dónde se sitúa lo «teórico»? ¿Cuál es, a cada momento, su grado de independencia con respecto a los demás «niveles»? Enjuiciarlo exigiría a la vez, además de una *formación filosófica* suficiente, una *información histórica* capaz de «hacer suya» toda la materia interesada, como la que Marx se procuró antes de hablar de economía.

Ahora bien, inversamente, Althusser quiere sacar de su historia particular «relativamente autónoma», una definición que cree «rigurosa» del «hecho», del «acontecimiento». El «acontecimiento filosófico» es el «que es susceptible de originar una mutación en la problemática teórica existente». El «hecho histórico» es el «que es susceptible de originar una mutación en las relaciones estructurales existentes». Se trata también de «acontecimientos filosóficos de envergadura histórica»[15] lo que testimonia el persistente peso, en el lenguaje teórico, de una dramatización de la historia «ingenuamente amasada».

5. Acontecimientos-ruptura y proceso histórico

En efecto, ningún acontecimento deja de ser anecdótico en algún sentido. Incluso la aparición de un Spinoza o de un Marx no posee «alcance» (excepto para una historia idealista) más que por y para la época más o menos lejana que recogerá su pensamiento. Hasta aquí, incluso el *rechazo* de este pensamiento constituye lo *histórico.*

15. *Para leer el Capital,* p. 112.

Y ¿han sido alguna vez las «relaciones estructurales» modificadas por «un hecho»? La más consciente de las revoluciones sólo las ha modificado de un modo imperfecto. Por no hablar de las técnicas. Papin «ve» la fuerza del vapor, Watt la domestica, pero su «innovación» tiene que «implantarse» para convertirse en una «fuerza productiva» real. Y, entre otros factores, sólo alcanza a un mundo limitado. ¿Dónde está la «ruptura»?

Los profesionales de la sensación multiplicaron los «acontecimentos». El «hecho histórico» hace furor un día de alunizaje o un día de barricadas. Se dirá: por ello precisamente el historiador escoge. ¿Pero qué? Tanto el ama de casa que no quiere o no puede pagar diez francos por un kilo de judías verdes, como la que los paga, tanto el recluta que responde a la llamada de su clase, como el que la rechaza, todos se conducen «históricamente». Las coyunturas dependen de ellos, ellos refuerzan o minan las estructuras. Sólo la *objetivación de lo subjetivo por la estadística*, por imperfecta que sea aún su interpretación, funda la posibilidad de una historia materialista que sea la de las *masas*, entendiendo por ello al mismo tiempo los *hechos masivos*, infraestructurales, y los de las «masas» humanas que la teoría para convertirse en fuerza, ha de «penetrar».

Uno se ve forzado a preguntarse si el teórico del concepto de historia, a fuerza de enfrentarse con una historia que carece de curso, no acaba siendo su prisionero. Después de haber admitido un reparto de la historia entre los «especialistas», he ahí que se parte en busca del «hecho histórico», del «acontecimiento». Ciertamente, el acontecimiento cuenta, y sobre todo la manera —fortuita o integrable— en que se inserta en la serie. Pero si un historiador marxista desconfía de los excesos de la reacción «antiacontecimental» que desde hace cuarenta años transforma la práctica de los historiadores, no hace sino permanecer fiel a sus principios, que eran los de Marx. No podría transigir, aunque sólo fuera por la elección de una palabra, con el mito de «los días que forjaron a Francia» o, incluso, con los «días que estremecieron al mundo». Al final de *Octubre* de Einsenstein, se dice: «La revolución está hecha». Nosotros sabemos que acababa de empezar.

No eludimos la dificultad, después de haber sugerido con el empleo de la palabra «mutación» la idea de «ruptura», dando un sentido más amplio a la palabra «acontecimiento». Ciencia y teoría padecen hoy las palabras. Las inventan eso-

téricas para nociones que no lo son; y dan nombres familiares a contenidos esotéricos. «Acontecimiento», «crónica», se pasan al lenguaje matemático en cuanto empiezan a ser sospechosos a los historiadores. Y los genios comienzan a tomar decisiones cuando sólo se atribuye a los jefes de Estado la ilusión de hacerlo. «Sobredeterminación», «eficacia de una causa ausente», vienen del psicoanálisis, como «mutación» viene de la biología.

Pero ¿conviene a todas las estructuras una palabra inventada para una de ellas? Ni siquiera Marx y Engels han sido afortunados en ese género de comparaciones. Schumpeter escribe, para caracterizar a Marx, que éste efectúa entre los datos económicos e históricos, no una articulación mecánica, sino una mezcla «química».[16] La imagen me ha seducido durante mucho tiempo, porque he aprendido en la escuela, hace ya muchos años, que la mezcla deja los cuerpos separados mientras que la combinación es un cuerpo nuevo (aquí la totalidad marxista). Pero ¿qué valor tiene tal comparación para la ciencia moderna? Y ¿qué nos enseña a los de mi oficio? A Balibar, en lugar de «combinación» le gustaría poder decir «combinatoria». Pero vacila: «no se trata (...) de una combinatoria en el sentido estricto», «seudo combinatoria»...[17]

¿Y si decidiéramos, puesto que Marx sigue siendo «nuevo», mantener sus palabras allí donde las inventó e inventarlas cuando haya necesidad, pero sin pedir préstamos a las ciencias que de cualquier modo no pueden hablar por la nuestra, para poder efectivamente «construirla»?

Dicho brevemente, el comentario teórico de *El Capital* creo que ha tenido el inmenso mérito de demostrar cómo, después de escrita la historia, no se había «sabido» jamás exactamente lo que era historia (ciertamente, ¡es tantas cosas!). Sin embargo una vez más, aunque sea correcto plantear una cuestión, quizá no sea prudente creer que se la ha respondido, dicho sea sin intención de flirtear con el viejo Seignobos.[18]

A la pregunta: ¿qué es la historia? no se puede contestar

16. Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* (Aguilar, Madrid 1968).
17. Étienne Balibar, *Para leer el Capital*, pp. 236, 263.
18. Charles Seignobos fue un eminente historiador francés del siglo XIX. Sus posiciones metodológicas fueron expuestas en una obra conjunta con Charles Langlois titulada *Introduction aux Études Historiques* (París 1899).

de manera más satisfactoria con la teoría que con la sola práctica. Solamente podemos intentar hacerlo, a la manera de Marx, con la doble pasión de «hacer suya» una materia compleja, lo que exige siempre un *minimun* teórico, y de «construir» el objeto de pensamiento que le corresponde, lo que exige a un mismo tiempo evadirse de la materia y tenerla «presente». No es posible la investigación sin la teoría, y la poca exigencia teórica del historiador irrita con razón al filósofo. Pero tampoco puede haber teoría sin investigación, o el teórico no tardará en verse acusado, como no hace mucho lo fue el economista, de manejar «cajas vacías».

Bien mirado, uno se pregunta si las cajas vacías no estarán menos vacías de lo que aparentan, porque los historiadores son menos empiristas de lo que parece. En lugar de complacerse en las constantes negativas —que forman parte del montaje ideológico— ¿no sería más razonable hacer constar en acta algunos pasos adelante de los historiadores, del mismo modo que sería *más científico* intentar, *entre historiadores*, un *balance histórico* del marxismo, no «enjuiciado» según nuestras preferencias políticas o nuestras exigencias morales, sino «pensado» como un fenómeno a situar en el tiempo?

Pues nuestros filósofos, tan de buena gana antihumanistas en sus exigencias teóricas, se muestran afligidos por el hecho de que —Lenin religiosamente excluido— demasiados pensadores marxistas, mal penetrados por el gran legado, han aceptado vivirlo como «ideología» y no como «ciencia», en una perspectiva «historicista» y no como un absoluto. Especialmente, dicen, las mutaciones del mundo parecen lentas al lado del ritmo acelerado de las fuerzas productivas, y cargadas de errores y horrores, cuando existe una teoría que bastaría con conocer mejor para que la historia se convirtiera en algo razonable. Althusser escribe:

> El día que la historia exista como teoría, en el sentido que se acaba de precisar, su doble existencia como ciencia teórica y como ciencia aplicada no planteará más problemas que la doble existencia de la teoría marxista de la economía política como ciencia teórica y ciencia aplicada.[19]

¿«No más»? ¿Y no basta con eso? La victoria de la economía socialista consiste en existir —lo que muchos creían imposible— y no en estar libre de problemas. Lo mismo

19. *Para leer el Capital*, p. 121.

sucede con el socialismo *como totalidad,* como *modo de producción naciente* —lo que, por otra parte, hace quizás impropio el término de «totalidad», de estructura global auténticamente realizada. Su construcción en un mundo hostil y, ciertamente, también dramático, también imperfecto —pero no más— después de cien años de reflexión y cincuenta de acción, ¿qué es si la comparamos a la instauración del mundo capitalista y del feudal, que tardaron muchos *siglos* en pensarse y en nacer? La lógica de las guerras napoleónicas debió parecer bastante afiligranada a sus contemporáneos.

La impaciencia no es virtud de teóricos. Nikos Poulantzas se indigna de las interpretaciones sucesivas y contradictorias que la IIIª Internacional dio del fascismo.[20] ¡Bien! es que antes de interpretar hay que estudiar, *ver.* El combate no siempre permite ese lujo. Las victorias de la «ciencia» son a largo plazo.

Esas consideraciones sobrepasan un poco el marco propuesto para nuestras reflexiones, pero no le son extrañas. Economía, sociología, historia, marxistas y no marxistas, han estado siempre sometidas, y lo están más que nunca, a la presión «sobredeterminante» de la actualidad. Se defendieron de ello feroz e ingenuamente en la época del positivismo. Hoy, llámeselas politicología, sociología empírica, o prospectivas de cualquier clase, acepten la existencia de las luchas de clases o el «consensus», todas se confiesan ciencias *aplicadas,* ciencias *prácticas.* La historia continúa. Tanto le da explicar a Fidel Castro como a Hernán Cortés. Bien lo muestran nuestras revistas.

Esta presencia del presente en el pasado, del pasado en el presente, no es en absoluto contraria *al espíritu* de Marx. Constituye incluso una de sus características. Pero *en ciertas condiciones,* que nos reconducen a nuestro propósito. ¿Procedemos a interrogar el pasado juntando, conscientemente o no, las innovaciones epistemológicas de Marx? En diversos puntos importantes, y en particular en uno de ellos —el *tiempo histórico*—, las investigaciones de Louis Althusser nos hacen tomar más clara consciencia de nuestras lagunas, de nuestras fidelidades o de nuestras infidelidades, pero también de algunas de nuestras adquisiciones.

20. Nicos Poulantzas, *Fascismo y Dictadura, La tercera internacional frente al fascismo* (Siglo XXI, Madrid 1973).

6. ¿ES «LINEAL» EL TIEMPO DE LOS HISTORIADORES?

Con respecto al «tiempo histórico», Althusser nos señala dos abismos complementarios: un tiempo «homogéneo y continuo», el del sentido común y de la investigación histórica; y el tiempo de Hegel: «corte de esencia» «presente histórico», continuidad del tiempo y unidad del momento.[21]

En cuanto al segundo, ¿qué historiador lo es tan poco como para aceptar esos «horizontes absolutos» que acaban de renacer en los filósofos?

En cuanto al primero, la millonésima de segundo es el tiempo del físico, y la décima la del deportista. El tiempo vivido fue el día y la noche, el invierno y el verano, la siembra y la cosecha, las vacas gordas y las vacas flacas, los intervalos entre los nacimientos, la previsión de mortandad. La demografía histórica es una gran maestra en materia de temporalidades diferenciales. El tiempo del hombre que tiene ante sí sesenta años no es ya el del hombre que tenía treinta. Como tampoco el tiempo de los habitantes del Caribe es el de los esquimales.

Si se ha cometido el error del corte mecánico, es por causa de esos economistas que, para oponer un tiempo «objetivo» al tiempo de los historiadores, cortan sus series temporales en decenios o en siglos, sin tener en cuenta que, incluso desde el simple punto de vista matemático de las probabilidades, quitan todo sentido a las mencionadas series.

Iré más lejos. Es esa historia tradicional la que ha «construido» el tiempo, la de los viejos «anales» y las cronologías escolares. Acontecimientos, reinos, eras: es una construcción ideológica, pero no homogénea.

Por lo demás, en cuanto la precisión cronológica se hace *crítica*, ¡cuántos mitos destruye, cuántos textos desacraliza! Eso también forma parte de la «historia del saber», de la «producción de conocimientos». Por el contrario, cuando Michel Foucault se pierde en materia económica, en su propia cronología y en la cronología *tout court*, deja de hacer arqueología, historia, ciencia, epistemología, para hacer literatura.

Fechar por fechar no es más que una (útil) técnica de erudición. «Fechar finamente» es un deber de historiador.

21. *Para leer el Capital*, pp. 104 y 105.

Pues *la consciencia de las sucesiones en el tiempo y de las proporciones en las duraciones es lo contrario de un dato ingenuo.* No se obtiene a partir de la naturaleza y de los mitos, sino *contra ellos.* ¿Cómo Althusser, que concluye con la identificación del concepto de historia y del concepto de tiempo, no siente todo el contenido del término *cronología*?

En contrapartida, habiendo leído a Hegel, sobrestima el de *periodización*:

> Todo el problema de la ciencia de la historia tiene que ver entonces, a ese nivel (la Idea hegeliana) con el corte de este continuo según una *periodización* correspondiente a la sucesión de una totalidad dialéctica con otra. Los momentos de la Idea existen como *períodos* históricos que deben ser cortados exactamente en el continuo del tiempo. Hegel no hizo aquí más que pensar en su problemática teórica propia el problema n.º 1 de la práctica de los historiadores, aquel que Voltaire expresaba distinguiendo, por ejemplo, el siglo de Luis XV del siglo de Luis XIV; es todavía el problema mayor de la historiografía moderna.[22]

Digamos que después de haber apartado los mitos, la historia tiende espontáneamente a *sistematizar* la crono-logía. Es curioso que se le reproche. Pues, desde después de la Revolución, la escuela francesa intenta hacerlo a partir del concepto de *clases sociales.* Y nuestra periodización escolar (Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna, Edad Contemporánea) refleja la sucesión de los tres *modos de producción* dominantes, correspondiendo a la Edad Moderna la preparación del tercero con el triunfo de la economía mercantil. Es europeocentrismo, mal conceptualizado, ingenuamente cortado con respecto a los «acontecimientos-mutación» tan gratos a Althusser (1492, 1789). Pero eso asegura la convergencia que hay que alcanzar entre «aproximaciones» prácticas y «construcciones» de la teoría.

Cierto que Marx nos ha dado, en *El Capital,* una «construcción del tiempo» en materia económica: tiempo complejo, no lineal, «tiempo de tiempo» no leíble en el reloj de lo cotidiano sino adaptado a cada operación bien conceptualizada (trabajo, producción, circulación de los diversos tipos de capital...), descubrimiento que a menudo se finge no percibir. Pero ¿quién ha dado el espaldarazo a esta construcción del tiempo —del tiempo del capitalismo— sino los eco-

22. *Op. cit.*, p. 104.

nomistas modernos? Una vez más, si la innovación marxiana residiese en eso, podría decirse que está anexionada, perfeccionada, superada.

Pero no reside en eso. Consiste en mostrar que las «circulaciones», los «ciclos» (y naturalmente las «revoluciones», a pesar de ciertos juegos con el doble sentido de la palabra), no se reducen nunca al punto de partida, sino que *crean situaciones nuevas, no sólo en lo económico, sino en el todo social.*

Aquí está la dificultad de la que se adueñarán los filósofos. Hablar de «tiempo creador» (imprudentemente yo lo hice una vez) no quiere decir nada. «Historia acumulativa», «historia caliente», propone Lévi-Strauss (para evadirse). No es cómodo nombrar aquello que, de lo viejo, hace salir lo nuevo.

El físico puede burlarse y el biólogo verse obligado a filosofar: sus materias no cambian al ritmo de las vidas humanas. El campo del historiador es el *del cambio, no sólo al nivel de los «casos» sino al nivel de las estructuras.* Para el historiador, cualquier tentación de descubrir estabilidades será una tentación *ideológica,* basada en la angustia del cambio. Pues no hay nada que hacer: los hombres en sociedad, salvo aislados y en vías de desaparición, no viven ya como en la *prehistoria,* palabra cuya misma invención prueba que *el concepto de historia tiene una historia* menos simple de lo que cree Althusser. Seis mil años o más cubren «los tiempos de la historia». Algunos siglos, los de nuestros horizontes familiares. Dos o tres, los de nuestra economía, nuestra ciencia. La «larga duración» no es muy larga. Entre ella y el «acontecimiento», el enigma es el tiempo medio.

Althusser reconoce que «los historiadores comienzan a plantearse cuestiones» sobre todo ello, e incluso «en una forma muy destacable». Pero, dice, se contentan con *constatar «que hay»* tiempos largos, medios, cortos, con registrar sus interferencias como producto de sus encuentros, y no como producto del todo que los gobierna: el modo de producción. Una crítica en diez líneas, tres nombres entre paréntesis (Febvre, Labrousse, Braudel):[23] ¿basta eso para situar la «práctica histórica» contemporánea: 1.° ante el tiempo histórico, 2.° ante Marx?

A decir verdad, se tiene la impresión de que para Althusser esta evocación de tres obras no es *sino un escrúpulo.* Su

23. *Op. cit.,* p. 107.

crítica se dirige a *toda* historiografía, desde los orígenes hasta la casi totalidad de los historiadores vivientes.

Tal actitud no está forzosamente injustificada. Sugiere una gran encuesta: ¿cuál es el lugar —se desearía saber— en la cultura de las clases y la cultura de los pueblos, a través de la historia académica y de los juegos televisados, de lo que Althusser llama magníficamente «las bellas secuencias de la crónica oficial —donde una disciplina, una sociedad no hacen sino reflejar su buena (es decir, la máscara de su mala) consciencia»? [24]

Pero sería precisa una encuesta mundial. Y otra, más difícil, sobre el lugar eventual y los lugares de implantación de una «verdadera historia», *si pudiese definirse alguna y encontrarla practicada.* Sobre este punto, las *esperanzas* de Louis Althusser, en materia de *construcción del tiempo histórico,* y de una construcción *en el sentido de Marx,* difieren de las nuestras. Diremos las nuestras a propósito de los tres nombres de historiadores mencionados por Althusser e invocando nuestra propia experiencia. Pero nos damos perfecta cuenta de la estrechez de esta evocación en lo que atañe a las dimensiones de las cuestiones a plantear: 1.º *¿cuál fue, cuál es* el papel histórico de la historia *como ideología?* 2.º ¿cuál *es ya,* cuál *podría ser* el papel de la historia *como ciencia?*

A) *¿Michel Foucault o Lucien Febvre? Los tiempos del saber*

La única práctica que inspira a Louis Althusser una página positiva es la de Michel Foucault, descubridor, según él, de una «verdadera historia» totalmente invisible en el continuo ideológico de un tiempo lineal que bastaría con cortar. Foucault descubrió «temporalidades absolutamente inesperadas», de «nuevas lógicas» en las que los esquemas hegelianos (¡de nuevo los encontramos!) no tienen ya sino un valor «altamente aproximativo», «a condición de hacer de ellos un uso aproximativo correspondiente a su aproximación»;[25] dicho en pocas palabras, un trabajo no de abstracción, sino *en* la abstracción, que ha construido, *identificánolo,* un *objeto* de la historia, y con ello el concepto de *su* historia.

24. *Op. cit.,* p. 114.
25. *Op. cit.,* p. 114.

Si, cuando escribió esas líneas, Althusser no conocía de Foucault más que la *Historia de la locura* y *Nacimiento de la clínica,* estoy dispuesto a compartir sus fervores. No obstante, si es preciso un «tiempo propio» para cada «formación cultural» de este tipo, ¿dónde estará el tiempo del todo? Desde la lectura del primer Foucault experimenté una angustia «claustrofóbica», atribuible al objeto, pero debida también a su manera de *contarlo.* Creía que tal insatisfacción era *marxista.*

Posteriormente, Foucault ha generalizado en grandes obras un método que permite observar mejor sus vicios y percibir peor sus virtudes. De entrada, unas hipótesis autoritarias. Luego viene la demostración, y, en los puntos en los que uno posee cierta claridad, he ahí que descubre las fechas mezcladas, los textos forzados, las ignorancias tan solemnes que hay que creer que son ex-profeso, los *contrasentidos históricos* multiplicados (terrible categoría). Sobre todo, en la «episteme» que descubre, Foucault está siempre dispuesto a introducir sin dar la alerta, no conceptos construidos (se le felicitaría), sino *su propio juego de imágenes.* Althusser, a propósito de Michelet, habla de «delirios». Y no es distinto el talento de Foucault. Pero el historiador preferirá a Michelet si es que hay que escoger entre dos delirios. La modestia de Michel Foucault sabrá perdonar esta elección.

Mucho menos lejano a Marx nos parece Lucien Febvre.[26] Pero, ¿dónde le situaría Althusser? ¿Entre los ensambladores de «tiempos lineales» mal ajustados al todo de la historia? Nada le caracterizaría peor. ¿Entre los promotores de las hermosas secuencias oficiales? ¿Quién no las ha sugerido? Pero ¿quién las ha demolido mejor que él? Bien mirado ¿dónde mejor que en su obra pueden encontrarse las «temporalidades inesperadas», las «antípodas de la historia empírica», los «objetos históricos identificados»? ¿No haría el no creyente, como objeto de historia, las veces del loco? ¿Sería inútil el «utillaje mental» para la «producción de conocimientos»?

26. Lucien Febvre fue uno de los fundadores de la escuela de los *Annales* —«un viraje decisivo en la historiografía francesa» en palabras de Fernand Braudel que definió su creación como una tentativa «de dar conjuntamente en una especie de continua conversación sobre las diferentes clases de historia —intelectual, cultural, social, económica, etc.— y de las ciencias humanas, especialmente la sociología», mientras al mismo tiempo buscaba «una especie de hegemonía de la historia sobre las otras ciencias humanas». La mayor obra de Febvre es *Le Problème de l'Incroyance au XVIe Siècle* (París 1947).

A propósito de la historia, entre una condena de Michelet y una exaltación de Foucault, citar entre paréntesis a Lucien Febvre como uno de los que «empiezan a plantear cuestiones» es un rasgo muy de nuestro tiempo, tan falto de comunicación que cada uno deja de entender lo que no constituye un determinado lenguaje: el de su «formación». No es por azar que imputamos al pasado tantas culturas «cerradas». Convendría investigar qué épocas de crisis tienen en común semejantes cerrazones.

El siglo XVI de Febvre no está cerrado: Lutero, Lefèvre, Marguerite, Rabelais, los Périers: cada uno se revela ahí en los exactos límites que le impone la cohesión del todo «sobredeterminante». Pero todo *esto se mueve.* «No se juzga una época revolucionaria por la consciencia que tiene de sí misma.» El historiador debe demostrarlo *contra* la ideología de su propio tiempo, de sus maestros. Si lo logra, es porque ya había *ante todo* «hecho suya» la sociedad del siglo XVI, *a todos los niveles,* que la conservaba «presente» gracias a una investigación *concreta, pero no empírica,* sino sistematizada por su lucha a favor de la problemática contra el positivismo historizante, a favor del hecho masivo contra el hecho puntual, por el escrúpulo auténtico contra la falsa erudición. Esta lucha tiene a menudo el mismo sonido que los enfados de Marx.

La «historia auténtica» puede, así, surgir de una *práctica* y de una *crítica,* no de un «rigor» afectado, sino de una *justeza* manifestada por la *ausencia de cualquier contrasentido.* Lucien Febvre no se ha considerado nunca ni teórico ni marxista. Pero no ha sido (como Foucault, en *Las palabras y las cosas*) carcelero que encerrase a Marx en la prisión del siglo XIX.[27]

B) *Estructura y coyuntura: los tiempos de Labrousse*

Un parentesco marxista más evidente no le vale a Ernest Labrousse, ante Althusser, un lugar aparte.[28] Su crítica pa-

27. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (Siglo XXI, México 1971).

28. Ernest Labrousse, otro importante miembro de la escuela de los *Annales.* Historiador de la economía cuyo primer estudio fue *Esquisse du Mouvement des Prix et des Revenues en France au XVIIIe Siècle* (París 1933) y que desde 1970 es co-editor con Braudel de las series *Historie Economique et Sociale de la France.*

rece vislumbrar en Labrousse una *historia enteramente coyuntural*. Así pues, cae bajo esta crítica que, en contrapartida parece olvidar la gran corriente que, de Vico a Kondratieff, de Moore a Akerman, de Levasseur a Hamilton[29] (sin descuidar a Simiand, si no se quiere perder la perspectiva galocentrista), ha pretendido aclarar, a través de la observación de indicios, las relaciones entre *ciclos* y *desarrollo*, entre *tiempo de la naturaleza*, *tiempo de la economía* y *tiempo de la historia*: el *auténtico problema que estaba planteado*.

Pero su planteamiento, ¿había sido hecho en función del tiempo «vulgar» o del «todo» «marxista» del «modo de producción»? Abordamos aquí una dificultad real.

Se da el caso, en efecto, de que la historia coyuntural[30] por un modo de exposición, un comentario prematuro, una vulgarización escolar, parece hacer de la historia un producto del tiempo (lo que no significa nada) y no del tiempo (es decir, de su distribución no homogénea, de su diferenciación) un producto de la historia (es decir, del mecanismo cambiante de las relaciones sociales en el seno de las estructuras). Una objeción —marxista— había sido ya avanzada en tal sentido por Boris Porchnev que, en una observación superficial, la había extendido injustamente a la obra de E. Labrousse. Las relaciones entre tratamiento coyuntural y tratamiento marxista de la historia deben, pues, ser precisadas.

El propio Marx nos ayuda. Su manera de situarse en relación al *boom* de los años 1850 («esta sociedad parecía entrar en una nueva etapa de desarrollo después del descubrimiento

29. Giambattista Vico, el pensador más original del Iluminismo italiano, publicó su *Scienza Nuova* en 1725. El teórico ruso N. D. Kondratieff desarrolló su famosa teoría en «Die lange Wellen der Konjunktur», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Pd. 56, Hft 3, diciembre 1926. El economista americano Henry Ludwell Moore publicó su *Economic Cycles: Their Law Cause* (Nueva York 1914). El teórico sueco Johan Akerman puede ser consultado en la edición francesa de su obra *Structure et Cycles Economiques* (París 1957). Emile Levasseur fue un eminente historiador de la economía y del movimiento obrero del siglo XIX francés: ver, por ejemplo, su *Cours d'Énomie Rurale, Industrielle et Commercielle* (París 1867). Una de las obras más famosas del primer Hamilton fue *American Treasure and the Prices Revolution in Spain, 1501-1601* (Cambridge, USA, 1934).

30. «Historia coyuntural» no se refiere aquí al uso leninista del término «coyuntura», que después pasó a formar parte del vocabulario marxista político general, sino a la investigación económica especializada en los ciclos de mercado y los movimientos de precios, que fueron llamados en las universidades alemanas, donde estaba más desarrollado su estudio, *Konjunkturforschung*. El término francés que Vilar emplea es una adaptación del que se usa en alemán.

de las minas de oro de Californa...»), las esperanzas que comparte con Engels a cada crisis del capitalismo (ingenuidad disculpable en el hombre de acción), la alusión repetida al amplio vuelo económico que, después de los Descubrimientos, sirve de rampa de lanzamiento a las sociedades burguesas, el interés por la *Historia de los Precios* de Tooke, el reproche hecho a Hume por haber disertado sin fundamento *estadístico* acerca de la economía monetaria antigua, finalmente, el análisis sistemático del «ciclo», mucho más «moderno» de lo que se dice a menudo: todo impide oponer a Marx la historia coyuntural, tanto como ver en ella una innovación con respecto a Marx. Lo que hay que confrontarle son los *fundamentos teóricos subyacentes* y las *conclusiones históricas*, a menudo prematuras, de los diversos coyunturalismos.

La observación de los *ritmos reales* de la actividad económica debería partir de una *estricta conceptualización* de lo que es observado. Se han observado aquí los precios nominales, allá los precios-dinero, aquí los volúmenes de producción, allá los niveles de la bolsa, aquí el largo plazo, allá el corto plazo, sin preguntarse suficientemente qué era el *indicio* y qué era el *objeto*, y qué teoría vinculaba el objeto al indicio. He aquí lo que yo he reprochado largamente a Hamilton de haber confundido a largo plazo: la formación del capital con la distancia entre los precios nominales y los salarios unitarios (cosa que no significa que Marx ignorara la categoría de «ganancias de inflación»). Un concepto, una medida, carecen de valor fuera de una determinada época; yo no siempre admito, a pesar de Marzcewski (o de Fourastié) la obstinación en buscar el equivalente para 1970 de una renta de 1700.[31] Porque al eliminar un movimiento para dejar otro aislado puede provocarse un auténtico espejismo estadístico. También hay trampas de «construcción».

Por eso pueden ser impugnados los más clásicos movimientos coyunturales, y basta con leer a Imbert para calibrar nuestra indigencia teórica ante el ciclo Kondratieff.[32] El tiempo medio no pudo dominarse —como demuestra la actual crisis monetaria—, en tanto que el capitalismo pudo, después del descalabro del empirismo de Harvard, suavizar el ciclo intradecenal. Algunos lo echarán ya por la borda. Pero, como

31. Para Jean Fourastié ver su *Machinisme et Bien-Etre: Niveau de Vie et Genre de Vie en France de 1700 à Nos Jours* (París 1962).
32. Gaston Imbert, *Des Mouvements de Longue Durée Kondratieff* (Aix en Provence 1959).

tiempo económico de una larga etapa del modo de producción, forma parte del *tiempo histórico* correspondiente. El historiador no puede salirse del laberinto coyuntural.

Aun tomando a Marx como guía, Althusser no siempre nos ayuda de un modo claro: el aconsejarnos abandonar las «variedades» por las «variaciones», las «interferencias» por las «interrelaciones» se queda en lo puramente verbal si no se avala con ejemplos; y si, en *El Capital,* no encontramos más que tiempos *económicos* ¿de dónde tomaremos las «temporalidades diferenciales» de los otros «niveles»? Se nos previene:

> ... debemos considerar estas diferencias de estructuras temporales como, y *únicamente como* indicios objetivos del modo de articulación de los diferentes elementos o de las diferentes estructuras de conjunto del todo ... es en la unidad específica de la estructura compleja del todo donde debemos pensar el concepto de dichos retrasos, adelantos, sobrevivencias, desigualdades de desarrollo, que *co-existen* en la estructura del presente histórico real: el presente de la *coyuntura.*[33]

Estructura-coyuntura: ¿no ha llegado esto a ser ya, en la práctica histórica, un *plan-tipo,* que nada garantiza de por sí, sino que nos aleja tanto del empirismo cuantitativo como de las «hermosas secuencias» tradicionales?

La obra de Ernest Labrousse significa una «ruptura» entre el economicismo coyuntural de Simiand y un coyunturalismo estructural más cercano a Marx. ¿Qué nos enseña acerca de las «temporalidades»?

Si se le hace decir: la Revolución francesa nace de un «encuentro entre un *tiempo largo,* el arranque económico del siglo XVIII, un *tiempo medio,* el interciclo depresivo 1774-1788, y un *tiempo corto,* la crisis de carestía del 89 que culmina —por decirlo de un modo hermoso— con el paroxismo *estacionario* de julio, parece como si la demostración, de tipo mecanicista, propusiese algo así como un encadenamiento causal, un simple juego de tiempos lineales. Pero ¿se trata de eso? ¿Lo interpretamos correctamente?

De hecho, el *ciclo corto* estadísticamente observable que da ritmo a la realidad económica *y social* del siglo XVIII francés es *el ciclo original del modo de producción feudal,* en el que, 1.º la base de producción sigue siendo agrícola; 2.º la

33. *Para leer el Capital,* p. 117.

técnica productiva de base no domina todavía el ciclo estocástico de la producción; 3.º los impuestos sobre los productores *debían regularse a través de la producción*; 4.º limosnas y tasaciones *debían* paliar, en malos años, las más estrepitosas miserias.

Pero ese «tiempo» precapitalista co-*existe*, después del siglo XVIII, con otros que, sin ser todavía típicos del futuro modo de producción (como será el «ciclo industrial»), participan de él y lo preparan: 1.º *un largo período* de acumulación previa de capital-dinero, de origen directa o indirectamente *colonial*, que crea una burguesía adinerada y aburguesa a una parte de la nobleza; 2.º la posibilidad de *depresiones comerciales* a *medio plazo* (crisis de mercados, depresiones de los precios) que afectan y desagradan a un número creciente de granjeros, de propietarios, de empresarios —cuyos productos entrarán en lo sucesivo en el circuito comercial, convirtiéndose en «mercancías»— y que se convierten en capas interesadas en la igualdad de derechos, en la libertad de mercado, en el fin de las estructuras feudales; 3.º finalmente, la exasperación, a *corto plazo*, de la «crisis del viejo tipo», menos mortal que en los tiempos del hambre, pero cuya especulación sobre la escasez, menos frenada por las tasas administrativas y las redistribuciones eclesiásticas, depauperiza y proletariza más que nunca, dirigiendo a la vez el campesino pobre contra el impuesto feudal, el impuesto real y la libertad mercantil.

Si este encuentro de «temporalidades específicas» conduce, en julio-agosto del 89 al «acontecimiento» que destruye la estructura jurídica y política de la sociedad... ¿qué mejor y más hermoso ejemplo se necesita de una «interrelación de tiempos» como «proceso de desarrollo de un modo de producción», esto es, como proceso de transición de un modo a otro?

Sé bien que Althusser, interesado por oficio en los tiempos de la ciencia y de la filosofía, lo está más aún, por legítima angustia ante lo actual, en las palabras«retrasos», «adelantos», «supervivencias», «subdesarrollo». Y que haciendo preceder a esas palabras en su definición de la «coyuntura», de un irónico *soi-disant*, ha querido subrayar lo absurdo (y lo peligroso ideológicamente) de una terminología que, presuponiendo modelos y fines, se presenta, dice, como un horario de la S.N.C.F. ¡Cuántos gráficos gratos a los anuarios estadísticos le dan la razón! Aquellos en los que sobre la línea de los dólares *per cápita*, de las cuotas de inversión o del

número de las revistas científicas publicadas, ciertos países parecen tomar el expreso «Mistral» y otros el lentísimo tren correo.

Esta justa crítica de la jactancia verbal de economías y clases dominantes, y de falsos espejismos que son determinados criterios cuantitativos, no debe conllevar el olvido de principios marxistas esenciales: 1.º el *primado* de lo técnico-económico sintetizado en la productividad del trabajo, 2.º la necesidad de una *cuantificación* para escapar a las descripciones vagas, 3.º la *realidad mayor* que constituyen las *desigualdades en el desarrollo material.* Marx ha tenido siempre «presentes» el adelanto de Inglaterra y la potencialidad de los Estados Unidos, y Lenin el concepto de «desarrollo desigual». Hay que saber salirse del tiempo lineal. No basta con condenarlo.

Supongamos un *desnivel* entre un tipo de institución, un modo de pensamiento, una actitud económica, una moral social, y el *modo de producción que suponemos vigente* (otras tantas hipótesis *teóricas*). Diremos: ¿hay «adelanto», «retraso», «supervivencia», «ritmo autónomo», en las «morales», las «actitudes», los «pensamientos», etc.? O bien diremos: este modo de producción que suponemos vigente ¿en qué medida funciona de acuerdo con sus modelos? ¿En qué espacios? ¿Con qué duración? ¿En qué sectores es una totalidad eficaz (lo es *ya,* si está en vías de constitución, lo es *aún* si se desestructura)?

Es así como entendemos la «coyuntura» en el pleno sentido de la palabra (y no en el sentido meteorológico de Simiand). Estamos utilizando diversos «tiempos específicos». En mis investigaciones españolas, he deducido los *contrastes estructurales* a partir de la *especificidad de los ritmos económicos.* En Cataluña, pequeño espacio, he distinguido hasta tres ritmos en el proceso de modificación del modo de producción.[34] En la crisis de subsistencia de 1766, los insurgentes, los curas, los agitadores que organizan las tasaciones salvajes invocan una concepción del derecho, de la moral, de la propiedad, que corresponden al siglo XII, mientras que cualquier pequeño negociante habla acerca de la libertad de empresa o de la verdad de los precios con el vocabulario de Samuelson. La especificidad del tiempo es aquí una especificidad *de clase.* La observación del «ciclo industrial» no es

34. Ver Pierre Vilar, *Catalunya dins l'Espanya Moderna. Recerques sobre els fonaments econòmics de les estructures nacionals* (Tercera edición, octubre de 1969, Edicions 62, Barcelona. Vol. II.)

menos instructiva. Desaparece de la economía socialista cuando todavía la lentitud de transformación de las técnicas agrícolas sigue manteniendo aún por mucho tiempo el «viejo ciclo». Pero cualquier restablecimiento del mercado como «regulador» conlleva la reaparición del «ciclo industrial», con la inflación como signo distintivo. Y cuando el mismo ciclo, en el capitalismo, es atenuado, es porque el capitalismo se aparta de su modelo. Implantación *sectorial* de las transformaciones, implantación *de clase* de las sobrestructuras, implantación *especial* de las totalidades, son reveladas por otros tantos indicios objetivos».

Tal tipo de análisis permite ir de la teoría a los «casos». Puede ayudar —sobre todo en los procesos de transición— a edificar la teoría. Puede reprochársele el pensar el tiempo fuera del concepto de modo de producción; se refiere a él constantemente. Por el contrario, si se busca un «tiempo específico» para cada «nivel», esta referencia tiene todas las posibilidades de ser eliminada.

C) *Estructura y larga duración: los tiempos de Fernand Braudel*

Se imponía hablar ahora del tercer nombre de historiador citado por Althusser, por un artículo justamente famoso.[35] Pero que sin duda fue lo que indujo a error a Althusser. Cuando Fernand Braudel, después de una práctica de treinta años, piensa en teorizar, el filósofo exclama: he ahí que *comienza a plantearse* problemas. ¡Pues no! Lo que hizo Braudel, en 1958, fue *terminar* por hacer preguntas *a los demás*, molesto, si no irritado, por su indiferencia hacia las innovaciones de los historiadores:

> ... las otras ciencias sociales están bastante mal informadas y tienden a desconocer por igual los *trabajos* de los historiadores y un aspecto de la realidad social del que la historia es fiel *sirviente*, y a veces hábil *propagandista*: esa duración social, esos tiempos múltiples y contradictorios de la vida humana ... Razón de más para señalar con vigor ...

35. El artículo de Braudel era «La Longue Durée», *Annales*, octubre-diciembre 1958 (apareció en la misma sección «Débats et Combats» de esta revista, al igual que el presente ensayo de Vilar). La obra maestra de Braudel es, naturalmente, *La Mediterranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, publicada por primera vez en 1949, y revisada y aumentada en 1966 (edición de dos volúmenes).

la importancia, la utilidad de la historia, o más bien de la dialéctica de la duración tal como se desprende del *oficio*, de la *repetida observación* del historiador ... [36]

Oficio, observación, trabajos, sirviente, propagandista... Estas palabras habrán desolado al teórico. Adivino también la identidad de quienes le habrán incitado a clasificar a Braudel entre los esclavos mal manumisos del tiempo lineal: suma de jornada, recitativo de la coyuntura, rotación de la tierra, tiempo-medida, tiempo idéntico a sí mismo, y, en plural, tiempos que encajan sin dificultad al ser medidos a idéntica escala. Todo lo opuesto al tiempo sociológico de Bachelard. Pero ¿es tan difícil, con semejante insistencia, darse cuenta de la añagaza de una crítica, del destello de una ironía? Althusser no ha situado el artículo «en su contexto». Para él, el conocimiento de la historia no es más histórico que azucarado es el conocimiento del azúcar. ¡Bah! El conocimiento de este conocimiento, en Braudel, en Althusser, en Marx (que lo sabía perfectamente) se constituye siempre *históricamente*.

En 1958, Braudel se pregunta por el destino de su contribución personal a este conocimiento: el «tiempo largo», la «geo-historia» concebida como una imposición del espacio al tiempo. Importante cuestión que recoge doce años después de la redacción de su *Méditerranée*, en función de otras orientaciones, incluidas o no en la «práctica histórica».

Ironizando implícitamente acerca de lo «recitativo» de la coyuntura, teme percibir en ella una especie de regreso al «acontecimiento». Labrousse pasó de su «largo siglo XVIII» de 1933 a la vedetización, en 1943, del «interciclo» prerrevolucionario de menos de quince años, y después, en 1948, al brillante escorzo de las revoluciones tomadas en «tiempo corto»: 1789, 1830, 1948.[37] Lo que le acarrea un cordial fastidio por los «trucos» del oficio, por el «historiador agente de la puesta en escena». Para Braudel, el historiador debe situarse *justo encima* del «último grito». Si se le dice que el oficio consiste precisamente en situar al acontecimiento en la dinámica de las estructuras, insinúa que, de intentarlo, se acaba siempre por sacrificar la estructura al acontecimiento.

36. «La Longue Durée.»
37. Respectivamente, *Esquisse des Mouvements des Prix et des Revenus en France au XVIIIe Siècle* (París 1933); La *Crise de l'Economie Française à la Fin de l'Ancien Régime et au Début de la Révolution*, París, 1955; «Comment naissent les Révolutions», en *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1848* (París 1948).

Debía haberse inquietado menos con respecto al «tiempo largo». Pero está superado. Cierto tipo de «antropología« decide investigar sus permanencias en la lógica estructural de los «átomos» sociológicos, y los economistas descubren las virtudes de las matemáticas cualitativas de la «comunicación». Siempre sensible a las «últimas palabras», Braudel accedería a dejarse seducir. Esas novedades van en su mismo sentido, el de la resistencia a los cambios. Pero a él le gusta su oficio. El historiador desea «tiempos largos». Pues si el tiempo desapareciera, también él debería desaparecer.

Propondrá pues llamar estructura «sin duda a una conjunción, a una arquitectura, pero mejor aún a una realidad que el tiempo usa mal y mueve lentamente».

El teórico no dejará de hacer muecas. «Sin duda», «mejor aún», todo esto no tiene nada de «riguroso». E, independientemente de la realidad, no es «el tiempo» quien la usa, sino «alguna cosa» que lo hace de un modo desigual, según las realidades en cuestión. Es este «alguna cosa» lo que constituye el problema.

De ello se sigue, por tanto, que si una realidad posee más duración que otra, la envuelve, y es esta palabra de «envoltura» lo que Braudel retiene, desviándola hacia su sentido matemático, para designar esas imposiciones geográficas, biológicas, esos impulsos técnicos sobre los que construye el tiempo largo», y en donde incluye, anunciando a Foucault, las «limitaciones espirituales», los «cuadros mentales», «cárceles», también, «de larga duración».

¿Se pueden dejar de situar esas proposiciones en relación a Marx cuando Braudel se refiere explícitamente a él como al primer creador de «modelos históricos» y señala los sectores en los que ha intentado seguir, si no su vía, al menos su ejemplo?

Si esta referencia no me convence, es porque Marx, me parece, no ha pensado nunca con modelos *parciales*, de modo que el concepto de «modelo» aplicado a las circulaciones monetarias no es marxista, mientras que lo eran bastante más conceptos como «crisis», como «utillaje mental», que no pretendían ser «modelos».

La cual cosa no significa, empero, que la historia marxista no vaya a contar con los problemas planteados —en su obra y en su artículo— por Fernand Braudel: naturaleza, espacio, estructuras resistentes, estructuras ahistóricas —si es que existen—... ¿qué hará el historiador con ellas?

1.º Ante todo, *la naturaleza*. En el único texto que puede

pasar por un proyecto de tratado de historia, Marx recuerda, *in fine*, que, bien mirado: «el punto de partida está dado naturalmente por las determinaciones naturales; objetiva y subjetivamente».[38] Y su definición fundamental de la productividad menciona, igualmente *in fine*, «las condiciones naturales». *Last but not least*. Pues una dialéctica hombre-naturaleza difícilmente puede subestimar las «condiciones naturales».

Sólo hace falta *colocar la técnica* (después la ciencia), ante las mismas. Entre dos victorias de la ciencia y la técnica, los *límites* señalados enmarcan el modo de producción. El n.º 5 de los «puntos a no olvidar» de la *Introducción* —«Dialéctica de los conceptos de fuerza productiva (medios de producción) y de las relaciones de producción, dialéctica cuyos límites habrá que definir y que no suprime la diferencia real»—[39] muestra, por ejemplo, cómo habría que tratar, en la Europa del siglo XX, la pervivencia de las «crisis del viejo tipo» en varios modos de producción.

Pensar geográficamente una historia, no es, pues, lo contrario del marxismo. Pero más marxista sería pensar históricamente una geografía. ¿Dónde distinguir, en esas «permanencias», los polos en los que se puede asir más eficazmente al hombre? El Mediterráneo los tiene en abundancia. Pero desiertos y montañas los «envuelven». Hermoso objeto de historia (dialéctica) para «identificar» y «construir» aunque Althusser no lo conoce suficientemente como para discutirlo.

2.º Después, *el espacio*. También *objeto a construir*. Algunas teorías han sido esbozadas, después elaboradas; Braudel les ha prestado atención, pero no Althusser. Se han visto precisadas en ellas algunas viejas tentaciones de geógrafos, de economistas, de lógicos, a veces incluso caricaturizadas. Hombres, pueblos, ciudades, campos, fábricas..., al no haber surgido «de cualquier forma», debe poderse descubrir una lógica en su localización. Esto podría inspirar ejercicios matemáticos, gráficos, cartográficos. Ninguno es desdeñable. Pero si el historiador acepta esas lecciones, debe a su vez dar las suyas.

Puede pensarse en una organización del espacio al servicio de los hombres, en una «geografía voluntaria»; será la tarea de pasado mañana. Puede imaginarse también un capitalismo nuevo, sobre un espacio nuevo, instalándose sin plan glo-

38. *Grundisse*, p. 31.
39. *Op. cit.*, p. 30.

bal, según su propia lógica. Es más o menos el caso de Estados Unidos (a menudo señalado por Marx). El empuje es potente. Se está a punto de percibir que es monstruoso, hasta el punto de que la «ecología» se convierte en una mística.

Pero, en los viejos países, el problema es más complicado. La historia no es tan sólo interrelación de tiempos, sino también de espacios. La lógica de la aldea bretona no es la de Nuremberg, que no es a su vez la de Manhattan . El siglo XIX destripa el París medieval, mancilla el Marais. El XX salva el Marais, destruye los Halles. Barcelona tarda cinco siglos en salirse de sus murallas, inventa el Plan Cerdá, lo desfigura al instante. La ciudad americana lleva el cáncer de las *favelas*, de las *barriadas*. El contorno del Mediterráneo, convertido en patio de recreo, titubea entre la tienda de campaña y el rascacielos. El Plan Vedel ofrece a las dos terceras partes de la Francia cultivada la oportunidad de convertirse en parque de atracciones. La larga duración no pertenece ya a este mundo.

Pero el historiador del paisaje rural o del fenómeno urbano se pierde en la prehistoria o en la psicología colectiva. Y el espacio, si se escapa del promotor, cae en manos del sociólogo empirista o del tecnócrata.

Divorciado del concepto de tiempo, el concepto de espacio hace un flaco servicio a los viejos países en los que cualquier estado productivo, cualquier sistema social ha tenido sus ciudades y sus campos, sus palacios y sus chozas, morando cada totalidad histórica mal o bien en el legado de otra. Una «verdadera historia», corrigiendo balances, desmontando mecanismos, contribuiría a *construir* —en sentido concreto esta vez— una combinación *pensada* entre pasado y futuro. El socialismo cuenta con algunos éxitos en ese terreno. Sería importante saber cuánto deben, si es que algo deben, a la concepción marxista de esta combinación.

3.º *Tiempo histórico y luchas de grupos* se combinan aún de otro modo. Reduciendo a la misma palabra historia y lucha de clases, Marx y Engels han creado un duradero equívoco sobre su pensamiento. Se ha llegado a pensar que desdeñaban los fundamentos étnicos de las agrupaciones políticas. Y este equívoco ha sido útil, ante todo, para invertir el concepto de historia ideológicamente basado en la potencia de los reyes y las guerras de las naciones.

Pero en la correspondencia de Marx y Engels, y en sus artículos de actualidad, las palabras alemanes, franceses, ingleses, turcos y rusos salían bastante más a menudo que

las de proletarios y burgueses. No se trata de un abandono de la teoría. Las contradicciones de clase son *el motor* de la historia del mismo modo que la técnica y la economía están *en el origen* de esas contradicciones. Pero esta «última instancia» se ejerce a través de otras realidades. Siempre, en los «puntos a no olvidar» de la *Introducción* de 1857, la *primera* palabra es: *la guerra*; las últimas: *tribus, razas,* etc.[40] Uno se siente obligado a recordarlo. Nacionalidades y supranacionalidades, nacionalismos fascinantes y nacionalismos revolucionarios, estados centralizados contra reivindicaciones étnicas, resistencia de las autonomías monetarias a los lazos económicos multinacionales, todo indica un segundo siglo XX por lo menos tan sensible como el primero, y quizá aún más, a la *existencia,* o a la *exigencia,* de formaciones políticas encuadrantes de las consciencias de grupo. Así pues, incluso aquí, propone el marxismo una *teoría,* decisivamente formulada por Stalin en 1913, basada en los «tiempos diferenciales» relacionados con el concepto central *de modo de producción* (yo añado: así como al concepto *de clase*).

La formación política-tipo correspondiente al capitalismo concurrencial es el *estado-nación-mercado* con clase dirigente burguesa, que se realiza a partir de marcos feudales muy estrechos (Alemania, Italia), o tiende a realizarse a expensas de vastos y heterogéneos imperios (Austria, Rusia, Turquía). Pero la condición de esas realizaciones es la *pre-existencia* de «comunidades estables», no eternas, sino *históricamente constituidas* por factores muy diversos y en un *tiempo muy largo.* De ninguna manera el marxismo presenta a esas comunidades como fines absolutos o factores determinantes. Son los *marcos pro-puestos,* los instrumentos ofrecidos a *una* clase para forjar *su* estado. El mundo feudal, bajo sus propias formas, dio ejemplo en ese sentido. La etapa mercantilista de las burguesías (Francia, Inglaterra) ha preparado directamente el estado nacional.

Ahora bien, esta proyección hacia el pasado nos sugiere otra hacia el porvenir. Otras clases pueden tomar como fundamento de acción una comunidad estable y asumir su existencia. Su éxito va a depender de su capacidad para crear un nuevo modo de producción. A la inversa se usó el capitalismo como instrumento nacional. Rosa Luxembug se anticipó excesivamente (Lenin se lo reprochó) a la tendencia *a largo plazo* del capitalismo de trazar vínculos multinacionales y forjar

40. *Op. cit.,* pp. 30 y 31.

super estados. En nuestros días, la tendencia se afirma y las burguesías nacionales no saben cómo resistirse. Son los pueblos los que resisten, en la medida en que la lucha de clases crea entre ellos situaciones revolucionarias. El socialismo, en la organización de espacios multinacionales, como en la de los espacios económicos, tiene finalmente la tarea de *construir* (¡tan posible como es, científicamente, sobre la base de un concepto de historia bien entendido!) la combinación pasado-porvenir. Todo depende su *fidelidad a la teoría en el análisis.*

La triple dialéctica: 1.º entre «tiempo largo» y tiempo específico del modo de producción, 2.º entre pequeños espacios de las etnias y grandes espacios propios de la actividad moderna, 3.º entre luchas de clases y consciencias de grupo, me ha servido de sobra en mis investigaciones sobre el pasado, y me ha aclarado mucho sobre el presente, tanto como para que me arrepienta de no haberla mencionado ni a propósito del «tiempo largo» de Fernand Braudel, ni con Althusser a propósito de la interrelación de los tiempos específicos. La teoría marxista se oculta tanto más cuanto más penetra en la historia que se hace.

4.º Algunas palabras acerca de las *estructuras a-históricas.* El historiador (sobre todo el marxista) desconfiará del concepto. Para él, *todo cambia.* Y nada es totalmente independiente de una estructura global que se automodifica.

Si admite las nociones de «tiempo largo», de «comunidad estable» ¿por qué no integrar, estando ya casi resuelto el caso, las resistentes redes de las más arcaicas estructuras, las de la familia o las de los mitos, agradeciendo naturalmente a los etnólogos el haber construido las lógicas, cuando las han descubierto próximas a su pureza? Lo que le retiene son los grados, las modalidades, los papeles que juegan esas resistentes redes en las sociedades en transformación. Siempre aparece la «interrelación de los tiempos».

Distinto sería el debate ante pretensiones *del* o *de los* estructuralismos, inevitables en su período inicial, pero que actualmente van atenuándose:

1.º La autonomía de los campos de investigación: solícitos de una autoexplicación a través de sus propias estructuras internas, cada campo proclama inútil, ineficaz, hasta escandalosa, cualquier referencia a una inserción en la historia de los casos estudiados; pues, si bien es posible tener aquí, por ejemplo en literatura, una feliz reacción contra el trata-

miento histórico *superficial* de esta inserción, despreciarla totalmente deja a la obra incompletamente asida; he intentado demostrarlo en el caso de Cervantes;[41] pero me parece que intentos de este tipo vienen más *como* conclusión de una investigación histórica global y profundizada que como objetos estudiados por sí mismos y vagamente relacionados a una historia conocida de un modo aproximado; los intentos estructuralo-marxistas carecen de la suficiente información histórica; y Althusser ha dado poca precisión a su combinación autonomía-dependencia de los «niveles».

2.º Otra pretensión «estructuralista» tendría un carácter más global: las ciencias humanas (excluidas la historia, y una buena parte de las «ciencias sociales» con contenido cuantitativo) se constituirían en una «antropología», a partir de todas las estructuras formalizables, en particular las de la comunicación, consideradas como reveladoras de los mecanismos psicológicos e intelectuales; curiosamente, esta «antropología», tomando al hombre como «objeto», se declara anti-, o por lo menos, a-humanista; pero en la medida en que se pretendiera, en que se creyera *ciencia exacta*, sería muy raro que no se convirtiera rápidamente en *ciencia aplicada* y, por eso mismo, vinculada a los *intereses* de los hombres, y de sus clases. El proyecto mismo, que enlaza con la añeja metafísica de la «naturaleza humana», es un proyecto *ideológico*; se propone estudiar las sociedades a partir de sus «átomos» antes de haberlos observado a nivel macroeconómico, a nivel macrosocial.

La asimilación de las relaciones sociales a un «lenguaje», el de las relaciones económicas con una «comunicación de los bienes» (que olvida la producción, relación con la naturaleza), las incorpora a la «antropología ingenua» del intercambio equilibrado. Una teoría de los juegos en la que todo el mundo toma decisiones racionales deja siempre por explicar por qué hay perdedores.

Todo arranca de la confusión con la ciencia del lenguaje, renovada por el descubrimento estructural, después de largo tiempo de falsa teorización. Percibimos ya que esta autonomía no es integral. Y, sobre todo, como en el caso de la literatura o del arte, si bien el historiador tiene que asimilar una parte suficiente de la lección estructural para no atribuir sentido histórico a lo que no es quizás más que un lugar

41. Pierre Vilar «La época de Don Quijote», en *Crecimento y Desarrollo* (Ariel, Barcelona 1964).

común, las *diferenciaciones* siguen siendo de su dominio: si la semántica histórica es un campo aún por descifrar, es señal, en las *palabras*, de los cambios en las *cosas*. Si las barreras lingüísticas separan las «comunidades estables», ¿por qué algunas se resisten bastante y otras bastante menos? Las cuestiones que interesan al historiador son aquellas *a las que el estructuralismo no contesta.*

Es curioso pensar que Marx, reflexionando acerca de la producción, haya creído poder aclararse mediante una comparación con el lenguaje:

> ... pues si los idiomas más evolucionados tienen leyes y determinaciones que son comunes a los menos desarrollados, lo que constituye su desarrollo es precisamente aquello que los diferencia de estos elementos generales y comunes. Las determinaciones que valen para la producción en general son precisamente las que deben ser separadas, a fin de que no se olvide la diferencia esencial por atender sólo a la unidad, lo cual se desprende ya del hecho de que el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza, son los mismos ... [42]

Balibar ha tenido razón al señalar que ese texto no distingue en absoluto la generalidad del concepto de la particularidad de lo real, sino dos tipos de abstracción, dos tipos de vínculo entre conceptos en la teoría de la historia, no debiendo ninguno de los dos ser privilegiado a la hora de construir la teoría del conocimiento. Anotación esencial para el debate historia-estructuralismo. Agreguemos, empero, que Marx pone en guardia, al menos en lo que a la economía se refiere, acerca de los recursos a las «generalidades» concernientes al hombre o la naturaleza que conviertan «el lugar común en delirio». El lugar común, la tautología, se encuentran de nuevo a menudo, y no siempre inútilmente, en la constatación de la lógica de las cosas. Sólo hay que asegurarse de que, bajo la máscara sabia o la máscara vulgar, el lugar común no delire.

7. Dificultades persistentes en vías abiertas

Pretendo deliberadamente mostrarme optimista en tiempo desagradable. He pretendido mostrar una historia mejor equi-

42. *Grundrisse,* p. 5.

pada de lo que imaginan algunos teóricos marxistas a la búsqueda (que bien poco tiene de marxista) de un saber absoluto.

No he pretendido atribuir abusivamente a Marx conquistas realizadas sin gran referencia a su teoría, sino tomar acta de una posible utilización, por parte del historiador marxista, de todo lo que, en la investigación histórica contemporánea, se esfuerza por comprender globalmente lo social, y renuncia a la simple aproximación a los aspectos parciales, sobre parcelas de realidad.

He pretendido, en fin, sin tomar demasiado en serio el prurito de la novedad que invade la epidermis de las jóvenes ciencias humanas, no olvidarme de lo que, en éstas, puede servir a la ciencia en el sentido marxista de la palabra, en un tratamiento interdisciplinario de lo social, no siendo *ideológico* ningún estructuralismo ni ningún empirismo sino en la medida en que aspira o bien a la universalidad en el inmovilismo, o bien a la soledad en la partición.

Faltaría por señalar, con respecto a la práctica científica del historiador, las dificultades, que son considerables y persistentes, y las vías abiertas, que son múltiples y variadas.

A) *Un vistazo a las dificultades persistentes*

No las veo, en lo esencial, por el lado de esta «teoría de transición» que Althusser busca desesperadamente y no encuentra en Marx. Permaneciendo, por filósofo, más hegeliano de lo que desearía, Althusser ha cerrado de tal modo, ha cristalizado de tal modo su concepto de modo de producción que se pregunta con inquietud cómo puede salir y entrar del mismo. Tiene razón si se trata de erigir la «transición» *como tal* en un nuevo objeto de pensamiento.

Pero si Marx, a fuerza de observar, de escrutar, de revolver en todos los sentidos el funcionamiento del modo de producción capitalista, ha podido proponernos una teoría válida —incluso para prever el proceso de su destrucción—, ha observado también, ha escrutado, revuelto en todos los sentidos la transición del feudalismo al capitalismo, desde esos días de 1842 en que los delegados de la Dieta renana le revelaron el contacto —el conflicto— entre dos legislaciones, dos concepciones, dos espíritus, alrededor de un problema tan banal en apariencia como era el de la recolección de la leña: un punto de partida característico, que regularmente

se descuida en las cabeceras de las ediciones de las obras de Marx, porque no se sabe si es «económico», «político» o «filo sófico» —cosa que, precisamente, constituye su interés.

A causa de esa riqueza en sugestiones de la obra marxiana, y de la obra de Lenin, a causa de los viejos, que no caducos, debates entre historiadores marxistas (Dobb, Sweezy, Takahashi),[43] a causa del adelanto de los trabajos sobre los «tiempos modernos» en relación a los análisis sobre la Edad Media y los tiempos contemporáneos, por no hablar de una experiencia de investigador de la que no voy a juzgar su importancia, pero que puedo invocar como testimonio, creo que avanzamos en la «historia auténtica» de la transición del feudalismo al capitalismo, lo que puede ayudarnos a pensar teóricamente en otras transiciones.

Un pesar: en la Conferencia Internacional de los historiadores económicos, en Leningrado, en 1970, fue puesto a estudio bajo el vago nombre de «modernización» algo que habría debido ser llamado en buen vocabulario marxista: transición de los modos de producción precapitalistas (feudales o incluso anteriores) ya al modo de producción capitalista (¿y de qué tipo?) ya al modo de producción socialista (admitiendo que éste exista *en el pleno sentido*). Así pues, ante este programa que exigía una reflexión sobre todos los países de África, de Asia, de América, los historiadores «occidentales» se acantonaron en los más viejos problemas de su «especialidad» (siglo XVIII, prioridad de la agricultura, adelanto de Inglaterra...) en tanto que los historiadores soviéticos, en síntesis colectivas acerca de diversos espacios de su país, aportaron un impresionante cuadro de *resultados*, pero apenas nada acerca de los *procesos*, y menos aún acerca de la *teoría*. Habría sido mal recibida una condena del debate, o más bien de la ausencia de debate, al haber yo aceptado presidirlo. Pero mi decepción me hace menos rebelde a las exigencias y a los rigores de Althusser. Una *deserción teórica del marxismo* equivaldría, en efecto, a *una renuncia al concepto de historia.*

Es bueno, pues, que hombres como Boris Porchnev o Witold Kula hayan emprendido la tarea de construir una «teoría de la economía política del feudalismo» a la manera en que Marx, para el capitalismo, había edificado la teoría espe-

43. *La transición del feudalismo al capitalismo* (Ed. Ciencia Nueva, Madrid 2.ª ed. 1968).

cífica de su nudo económico determinante.[44] Se comprende también el interés, a veces apasionado, de los jóvenes historiadores por ese modo de producción que Marx ha nombrado tan sólo de pasada, y cuyo papel y originalidad son tan relevantes: el «modo de producción asiático», palabra mal escogida, desgraciadamente, ¡y que no tiene más valor teórico si se la cambia, de manera convenida, por MPA! Es en tales ocasiones que uno se da cuenta de cuán difícil es (y aquí el historiador coge ventaja a Althusser) teorizar aceptablemente a partir de experiencias demasiado parciales o de conocimientos demasiado limitados. Harán falta años, decenios de investigaciones para sacar una teoría global de las formas variadísimas del MPA. Pero en este campo no hay ninguna prisa.

Más urgente sería elaborar métodos para pasar de la teoría al análisis *de los casos* (esos *marcos ofrecidos a la acción*), en los que no se trata generalmente de un solo modo de producción ni de una «transición» hacia uno de ellos, sino de una combinación compleja, a veces muy estable, no sólo de *dos*, sino de *varios* modos de producción.

La distinción entre la «formación económico-social» real y el objeto teórico «modo de producción» debería ya ser familiar, aunque el vocabulario, en los estudios marxistas, permanezca flotante a este respecto. Pero lo que habría que saber (yo me he planteado muy a menudo este problema) es si una estructura compleja, una «estructura de estructuras» lleva en sí, como el modo de producción, una cierta fuerza de determinación, una «eficacia».

A propósito de América Latina, en donde la excepción es casi la regla, Celso Furtado ha combinado, en sus modelos económicos de parámetros múltiples, un mecanismo de sectores con «leyes fundamentales» diferenciadas,[45] pero se acuartela en la economía, y uno se pregunta si la noción de «maximización de la ganancia» tiene sentido fuera del modo de producción capitalista. Otro ejemplo, la España del siglo XIX, que conozco algo mejor: sería tan absurdo calificarla de «capitalista» como de «feudal»; «semifeudal» es un mal compromiso, y «bisectorial» evoca una simple yuxtaposición. Pues, incluso si *grosso modo*, percibimos una yuxtaposición

44. B. Porshney, *Ocherk Politicheskoi Ekonomii Feodalizma*, Moscú 1956; W. Kula, *Théorie Economique du Système Féodal*, París-La Haya 1970.

45. Celso Furtado, *La economía latinoamericana. Desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana* (Siglo XXI, México 1969).

en el espacio de dos dominantes, las afinidades existentes bastan para constituir un cuerpo original caracterizado por esta misma yuxtaposición, por sus contradicciones, por sus conflictos, y por la consciencia de esos conflictos. ¿Haría falta construir para cada «formación» un objeto teórico correspondiente? La química sí lo hace.

El gran problema sigue siendo el de las *causalidades*, que no se resuelve empleando el término «eficacia». Comparto las desconfianzas de Althusser hacia un marxismo fácil que, aunque corto de argumentos a la hora de confrontar esquemas teóricos y realidad, declara que la necesidad facilita su tarea. Para Althusser el error está en la confrontación misma. Se trata de objetos distintos. Pero si el historiador rehúsa unirse al tropel de los que dicen «cómo han sucedido las cosas» y sobrentienden que la historia no es pensable, se verá reducido, en su práctica investigadora, a la elección o a la combinación entre los diversos tipos de causalidad: lineal, alternativa, estadística, probabilística. Que no se crea por ello teórico. Sigue en el empirismo. A menudo, en el empirismo difícil de los sociólogos, cuando investigan correlaciones entre series de distinta naturaleza, entre un económico cifrable, un social que ya no lo es tanto, un espiritual al que llegará *quizá*, pero al precio de ¡cuántas precauciones! Althusser, como se comprende fácilmente, quiere cambiar de terreno. Pero el historiador de nuestros días, con los tanteos metodológicos, ha tomado consciencia de la unidad y de la complejidad de su materia, de su originalidad, de la necesidad de buscar en ella un *nuevo tipo de racionalidad* en el que la matemática se dejará para más tarde.

Althusser propone una cosa: una causalidad estructural interna al modo de producción. El concepto clave sería la *Darstellung* de Marx, designando la *presencia de la estructura en sus efectos*. O, mejor aún, es *en los efectos en lo que consistiría toda la existencia de la estructura.*

Es seductor, y me afirmaría en la convicción, que he expresado aquí mismo, de la no existencia de una estructura global cuando no están presentes todos los efectos. Pero no me gustan los argumentos de Althusser. Se parecen demasiado a las imágenes. Imagen de la *Darstellung*, representación teatral. Imagen propuesta por Marx, que me es grata por su potencia de sugestión, pero a la que reconozco su vaguedad e incoherencia, en la que el modo de producción es comparado a una «iluminación general» que modifica los colores, después a un «éter particular que determina el peso espe-

cífico de todas las formas de existencia que allí toman relieve».[46]

No, eso no es lo mejor de Marx, al menos en expresión, aunque la idea es fuerte. Y tampoco son mejores esas metáforas en las que Althusser ve «conceptos casi perfectos» aunque sean poco compatibles con la imagen precedente: mecanismo, mecánica, maquinaria, máquina, montaje (¡qué no se diría si uno quisiera aprovecharlo contra Marx!).

Althusser ha utilizado también la palabra «metabolismo». Y, sobre todo, de un modo personal, se refiere al psicoanálisis. Yo lo respeto, aun cuando tales comparaciones resulten poco convincentes, pues a fin de cuentas, no hay ningún razón para que el todo social llegue a comportarse como un todo psicológico o fisiológico. De hecho, le llega a Marx, como a todo el mundo, el momento de escoger una palabra o una comparación para hacerse entender, y ser, en esa elección, más o menos afortunado. Por eso prefiero aprehender su pensamiento *en el conjunto de su obra*, en sus *tipos de análisis*, en sus «ilustraciones».

También en sus *aplicaciones*. Un psicoanalista es un *práctico*. Aunque hable de la «eficacia de una causa ausente», el concepto evoca para él un cierto número de *casos*. Sólo si un marxista creador, independientemente de su aportación teórica —Lenin, Stalin, Mao, Ho-chi-min, Fidel Castro—, prueba la eficacia del modo de producción que pretende crear sobre una sociedad determinada durante mucho tiempo por otra (o varias otras) estructuras, consigue demostrar también la validez del concepto. El historiador encuentra pruebas semejantes, menos conscientes pero no ciegas, en la Inglaterra de 1680 o en la Francia de 1789. El testimonio es la historia.

Última dificultad: Althusser, bajo otras influencias, se pone a definir la causalidad estructural como una simple lógica de posiciones. Las «relaciones de producción» resultarían exclusivamente de la *situación* de los hombres en el sistema; serían los *portadores*, no los *sujetos* de tales relaciones.

Es cierto que para Marx las relaciones sociales no son *exclusivamente* «intersubjetivas» como en la economía vulgar. Ante todo porque comportan relaciones *con las cosas* (es el primado de la *producción*). Luego porque no es cuestión de denunciar a los explotadores *individuales*, sino de ver

46. *Grundrisse*, p. 28.

una explotación *social.* No se puede pues reducir el marxismo a una teoría de las «relaciones humanas» (¡por qué no de «relaciones públicas»!).

Pero decir, para expresar todo eso, que una tal reducción «injuriaría al pensamiento de Marx», es dejar que se asome un antihumanismo que podría injuriar a su persona. Para el autor del *Manifiesto,* la historia no es un tablero de ajedrez ni un juego la lucha de clases. Ni tampoco es una «estrategia». Es un combate.

B) *Vistazo a las vías abiertas*

Las dificultades expuestas prueban que hay vía libre para resolverlas mediante la investigación.

Para un historiador marxista, creo que pueden excluirse dos vías: 1.º la repetición de principios teóricos, unida a la crítica de quienes los ignoran y al servicio de construcciones esqueléticas en cuanto al contenido; 2.º una práctica de la historia, quizás muy alejada de las prácticas tradicionales, pero que, acantonada en sus especialidades, en sus problemas parciales, en los tanteos alrededor de innovaciones técnicas, permanece fiel, de hecho, al empirismo menos creador.

Por el contrario, para que pueda construirse una «auténtica» historia marxista, ésta debe ser ambiciosa. Puede lograrlo —ninguna ciencia ha dejado de hacerlo— yendo sin cesar de una investigación, a la vez paciente y amplia, a una teoría que no retrocede ante ningún rigor, pero también puede conseguirlo yendo *de la teoría al «caso»,* con objeto de no quedar como un saber inútil.

De la investigación a la teoría: hemos percibido ya demasiados problemas teóricos como para no distinguir una primera vía abierta al historiador: *la historia comparada al servicio de problemáticas teóricas.*

Si nos preguntamos: ¿qué es una estructura? ¿una estructura de estructuras? ¿una interrelación de tiempos diferenciales? ¿una articulación de lo social en lo económico, de lo espiritual en lo social? ¿una lucha de clases? ¿una ideología en una lucha de clases? ¿la relación entre el lugar de un agente en la producción y las relaciones humanas que este lugar supone? ¿la combinación entre luchas de clases y luchas de grupos étnicamente o políticamente caracterizados? Estos problemas, a la vez históricos y teóricos, nos imponen un solo deber: *investigar,* como hizo Marx, teniendo en cuen-

ta (no sin desconfianza) todas las averiguaciones económico-político-sociales de nuestro tiempo, pero negándonos a creer en la especificidad histórica de los últimos veinte años. *Remontándonos en la historia.* Pensando en *todos* los países. La validez teórica de nuestro análisis, renunciemos o no a la exposición de la fase investigativa, dependerá de la profundidad, de la precisión, de la amplitud de esta investigación. Nos enfrentamos a un solo peligro: la lentitud. Engels sabía que Marx no empezaba jamás a escribir (y sobre todo a publicar) sobre una cuestión sin haberlo leído todo sobre ella. Es una de las razones por las cuales, como recuerda Althusser, *El Capital* concluye: «Las clases sociales. Veinte líneas después, el silencio».[47] Más que de hipotéticos silencios de las palabras, *se trata del silencio que nosotros tenemos que rellenar.*

La investigación no maltratará la teoría. Recordemos el ejemplo del capítulo monetario de Marx. La enorme información histórica que atestigua la cantidad de hechos, de tiempos, de lugares, de pensamientos examinados, permite por sí sola alcanzar la originalidad teórica del texto, que, caso indudablemente único en la inagotable literatura monetaria de todos los tiempos, desmitifica el falso problema de la teoría cuantitativa de la moneda. En dos páginas se dice todo lo que algún día se llamará la «ecuación de Fisher» con esa indiferencia que no deja equívoco posible acerca de la reversibilidad de las relaciones, mencionándose todas las hipótesis, con ejemplos históricos en el trasfondo, sin dejar lugar a las confusiones que la formulación matemática ha inspirado a los historiadores ingenuos (o apresurados). Se nos dirá: pero estamos hablando de economía, no de «historia». Ante todo, es inexacto; no existe lo económico «puro» y moneda e historias de todo tipo (política, psicológica) se hallan recíprocamente vinculadas. Por otra parte, ¿por qué no aplicar el mismo método a esos conceptos ni más ni menos teóricos, ni más ni menos históricos que la moneda? Citemos los conceptos de *clase, nación, guerra, estado,* alrededor de los cuales se han acumulado tantas proclamas y discursos ideológicos y tantos «lugares comunes delirantes» a guisa de teoría.

Althusser, que afirma al mismo tiempo que no hay «historia en general» y que es preciso «construir el concepto de historia», no dice nada acerca de *esos conceptos interme-*

47. *Para leer el Capital,* p. 209.

diarios, constantemente manejados, apenas pensados. Debería haber realizado, sobre este punto, una crítica más constructiva, de la que el marxismo debería asumir (asume algunas veces) la responsabilidad.

Ir de la teoría a los «casos»: segundo deber, también difícil.

Deber necesario: ¿qué sería de una teoría que no ayudara al historiador a comprender mejor *un* país, *un* tiempo, *un* conflicto, que, en el primer momento, no constituyen para él sino un caos y que no ayudase al hombre de acción (y no importa a qué hombre, puesto que todos están interesados en ello) a comprender mejor *su* país, *su* tiempo, *sus* conflictos?

Deber difícil, desgraciadamente. Ya se sabe cómo el marxismo, junto a masivos éxitos que sin duda señalan alguna adaptación de la teoría a los «casos» —Lenin en la revolución, Stalin en la construcción y en la guerra, Mao en el transtorno de un mundo tradicional— ha conocido titubeos oscilantes entre un esquematismo que extraía su corrección de su simplicidad, aunque demasiado «passe-partout» como para que la aplicación fuera siempre bien recibida, y, por otra parte, «revisiones» en nombre de la complejidad de lo real, pero que se arriesgaban a conducir bien a un tratamiento empírico de cada «caso», bien a la pura especulación que deja a lo real como «autónomo».

Pero, ¿qué es el «tratamiento» de un «caso» histórico?

1.º Hay clases de «casos teóricos», en el sentido de que se presentan varios ejemplares en un momento de la historia y exigen una interpretación común. El fascismo, por ejemplo, o el despotismo ilustrado: formas de autoridad que intentan salvar, a través de la instauración de un cierto tipo de estado, un modo de producción que conduzca a su fin, adoptando a un tiempo (o fingiendo adoptarla) una parte del modo de producción que ya está apuntando. Una teoría de los modos de producción, una teoría de la transición, una teoría del estado, se ven, de este modo, comprometidas en el análisis de los casos reales, aunque su combinación pueda desembocar en una teoría del fenómeno mismo.

2.º En oposición a esos casos agrupados, cuya agrupación misma invita a la teoría, se sitúan los «episodios» múltiples, dispersos, incoherentes, de la historia «historizante»: subidas y derrocamientos de gobiernos y de hombres, debates parlamentarios, golpes de estado, diplomacia, guerras en fin, guerras sobre todo. Sabemos que haría falta (aunque estamos lejos de alcanzarlo) que cada «acontecimiento» llega-

se a ser para nosotros un «caso», cuyas particularidades no sobresaliesen más que en función de un conjunto y de un momento, o mejor de un modelo. Confesemos que la teoría no nos explica la articulación entre el funcionamiento global de las sociedades y la incubación de los «acontecimientos».

«Politicología», «polemología»: tales palabras atestiguan la *necesidad* de una ciencia de esas materias, pero también una tendencia a parcializar lo que no es sino uno. ¿Es posible una «teoría política» del fascismo sin una teoría de la guerra? ¿Pero acaso una «teoría de la guerra» es algo más que el estratégico esquema caricaturesco o que el «lugar común en delirio» que mezcla Salamina e Hiroshima? Una polemología debería relacionar modos de producción, tipos de estado, tipos de ejércitos, tipos de tensiones, tipos de luchas de clases, para hacer aparecer cada conflicto, pasado, presente o eventual, en esquemas globales y en sus propias situaciones. En eso Lenin era un maestro.

3.º Queda el «caso» por excelencia, *la formación económico-social en un marco político históricamente estabilizado*: «nación» o «estado» —siendo uno de los problemas la coincidencia o no coincidencia entre uno y otro.

¿Cómo puede el historiador marxista pasar de la *teoría* sociológica general al *análisis*, explicativo para el pasado y eficaz para el presente, de un «cuerpo» delimitado jurídicamente, políticamente, pero asegurándose también (o a veces desgarrándose) a consecuencia de afinidades de otra especie?

El siglo XIX ha dado a la historia escrita y enseñada un papel ideológico tal que la tradición marxista ha intentado durante mucho tiempo destruir esos marcos nacionales, nacionalistas, nacionalitarios, y comprometer a toda historia «nueva» a encontrar otros límites.

Pero la vieja historiografía atestigua acerca de toda una época. Ella misma forma parte de su historia. Descubrirla como ideología es dar un paso hacia la ciencia. No es posible intentar un examen por «casos» nacionales del conjunto de modificaciones mundiales. Sólo es preciso pensarlos, situarlos en relación a ellas.

Hay que retener también los *efectos totalizantes* que cada caso, de los que ya hemos dicho algo: si la estructura social global es determinante, la estructura «regional» de la sociedad —combinación compleja, estructura de estructuras— tiene igualmente que reconocerse en sus efectos. Nos acercamos a la noción de «historia global» que yo he defendido

a menudo y que provoca algunos sarcasmos. ¡Cómo si se pudiera decirlo *todo de todo*!

Bien mirado, de lo que se trata tan sólo es de indicar *aquello de lo que depende el todo*, y *aquello que depende de todo*. Es mucho. Es menos que las inutilidades antaño amontonadas por los historiadores tradicionales, o, en nuestros días, por los capítulos yuxtapuestos que, precisamente, abandonados a los «especialistas», pretenden tratar *de todo*.

Sea un grupo humano, una «nación». El problema consiste en distinguir, como hábito, la *apariencia* de la *realidad*. La apariencia (que crea la historia ideológica) es que los «temperamentos nacionales», los «intereses de potencia», están *dados*, y que *hacen* historia. La realidad es que «intereses» y «potencias» se hacen y se deshacen a partir de los sucesivos empujes de las fuerzas y de los modos de producción; y que los «temperamentos nacionales», las «culturas nacionales», se modelan con una muy larga duración en los moldes que crean —o que respetan— esos sucesivos empujes.

La apariencia —temperamentos, lenguas, culturas— es, naturalmente, retenida por el sentido común. En la Edad Media, las «naciones» universitarias se zaherían a golpes de adjetivos. En otras coordenadas, con bondad o con violencia, las «naciones» modernas hacen otro tanto. Es un aspecto del problema que hay que conocer bien en la medida en que todos tenemos necesidad de librarnos de él. El problema permanece: ¿por qué los grupos? ¿Cómo pensar las naciones?

Respondamos una vez más: «penetrando» la materia, «haciéndola nuestra». Marx, en 1854, recibe de la *New York Tribune*, un encargo de una serie de artículos sobre un *pronunciamiento* español, el tipo de «acontecimiento» banal. ¿Qué hace él? *Aprende español* en las traduciones de Chateaubriand y de Bernardin de Saint-Pierre que por lo visto le divirtieron mucho. Rápidamente leyó a Lope y a Calderón, para escribir por fin a Engels: «y ahora, ¡de lleno en Don Quijote!». El buen y gran militante anarquista Anselmo Lorenzo, cuando vea a Marx en Londres en 1871, quedará estupefacto de la cultura hispánica de su interlocutor; admirado, pero escapándole su sentido, la calificará de «burguesa»; sólo en sus artículos de 1854-1856, Marx había dado de España una visión histórica de la que hasta el siglo XX no ha podido medirse el alcance: todos los grandes trazos esbozados, ni un solo contrasentido, y, en ciertos aspectos del desarrollo de la gue-

rra de la Independencia, un análisis que aún no ha sido superado.[48]

Hay que tener en cuenta el genio. Pero hay también el método. Nos preguntamos si Marx quiso alguna vez «escribir una historia». La respuesta está aquí. Para un artículo sobre una «militarada» no escribe una «historia de España». Pero cree necesario *pensar España históricamente.*

Pensarlo todo históricamente, he ahí al marxismo. Que sea o no, después de todo, un «historicismo», es (como en el caso del humanismo) mera disputa de palabras. Yo sólo desconfío de las negaciones apasionadas. Importa saber, por lo visto, que el objeto de *El Capital* no era Inglaterra. Naturalmente, puesto que se trataba del capital. Pero la prehistoria del capital se llama Portugal, España, Holanda. La historia se piensa tanto en el espacio como en el tiempo. «La historia universal, escribe Marx, no siempre existió; la historia como historia universal, es un resultado.»[49]

Una frase clave más. Nacido de la colonialización y del «mercado mundial», el capitalismo ha *universalizado* la historia. No *unificado,* ciertamente: eso será tarea de otro modo de producción.

Aquí, la última ambición del historiador encontrará su sitio. La «historia universal» es de ayer. Su hora no ha pasado. Hay algo de irrisorio en esos propósitos a menudo escuchados: sabemos demasiadas cosas, hay demasiados especialistas, el mundo es demasiado grande para que un hombre, un libro, una pedagogía aborde la «historia universal». Este enciclopedismo implícito está en las antípodas de la noción de «historia razonada», de «historia total», o simplemente de «concepto de historia».

Se puede soñar con tres tipos de tarea: 1.º «tratados de historia», lo que no tendría por qué ser más absurdo que los tratados de «psicología» o de «sociología»; 2.º historias nacionales, claramente periodizadas a partir de la cronología de los modos de producción, sistemáticamente estudiados a partir de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales, de los tiempos diferenciales, de las combinaciones de estructuras regionales; 3.º historias universales lo suficientemente informadas como para no olvidar nada de esencial en el estudio de los trazos componentes del mundo moderno, pero

48. Los escritos de Marx sobre España están recogidos en la obra conjunta de K. Marx y F. Engels, traducida por Manuel Sacristán, *Revolución en España* (Ed. Ariel, Barcelona 1960).
49. *Grundrisse,* p. 31.

lo suficientemente esquemáticos como para no clarificar los mecanismos explicativos. Se clamará contra el dogmatismo y la ideología. Que se recuerde el descrédito en que ha caído el *Manual de economía política de la Academia de las Ciencias de la URSS*. Pero... ¿se puede sustituir por algo que no sea la negación de la unidad del todo social, del todo histórico? A todos los niveles, la historia marxista está por hacer. Y es la historia *tout court*. En ese sentido, cualquier «historia verdadera» sería una historia «nueva». Y cualquier historia «nueva» privada de ambición totalizante es de entrada una historia ya vieja.

ÍNDICE

Esta obra representa treinta años de reflexiones y puntualizaciones en torno a la historia. Durante este largo período, el profesor Pierre Vilar se ha planteado en innumerables ocasiones el rumbo que seguían tanto los estudios como las investigaciones y teorías históricas contemporáneas. Según él, «muchos de los artículos dan fe precisamente de viejos combates contra esos cotos en que se organiza la ilusión de las explicaciones únicas»: el pandemografismo de Malthus, el panmonetarismo inspirado en Keynes, el esquematismo de Rostow, los conocimientos estereotipados de Foucault, el atraso de Raymond Aron o el subjetivismo de Marrou. Esta crítica que intenta liberar los estudios históricos de dichos cotos desemboca en la formulación de propuestas positivas y constructivas. Se emprende aquí un camino por el que ya deambulan numerosos historiadores de hoy: el del acercamiento comprensivo, incluso de colaboración, entre la historia y otras disciplinas. En concreto, el profesor Vilar se refiere a la economía y el derecho. Su actitud pionera en este campo de la interdisciplinariedad da un valor añadido a la obra y muestra, una vez más, al profesor Vilar en primera línea de las innovaciones metodológicas y conceptuales de la investigación histórica. La actualidad de este libro es evidente. Su objetivo subyacente y primordial es el de mostrar la existencia y la posibilidad de una *historia en construcción*.

Ariel historia